



LA ESPADA DEL PROFETA

DANIEL
EASTERMAN

سيف النبي

Lectulandia

La invitación a visitar una de las antiguas librerías de El Cairo desatará una serie de terribles acontecimientos en la vida de Jack Goodrich después de que le muestren una inestimable espada que, supuestamente, perteneció al profeta Mahoma. Jack regresa a su casa rebosante de emoción, pero es entonces cuando la pesadilla comienza...

Un *thriller* tenso y envolvente de escala internacional que plantea una pregunta escalofriante: ¿Cómo detener una Yihad antes de que comience?

Lectulandia

Daniel Easterman

La espada del profeta

ePub r1.0

Titivillus 16.01.16

Título original: *The Sword*
Daniel Easterman, 2007
Traducción: Santiago Nudelman

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Beth. ¿Quién si no? ¿Quién mejor?
En otras palabras: aquí tienes una más, Dido.*

*Quem for beijado por ti Até
se esquece de Deus.*

NATÁLIA DOS ANJOS

Al-Janna tahta zilal Al-Suyuf.

«El Paraíso se encuentra tras las sombras de las espadas»

De los dichos del Profeta recopilados por Al-BUKHARI, vol. 4:73

Primera parte

En el Jardín de Luces del Rey Ángel

Carretera Gardez-Zarghun Shahr
15 kilómetros al sur de Zareh Sharan
Este de Afganistán
Lunes, 27 de noviembre

En lo alto de las montañas, donde las águilas pescadoras danzaban con los cernícalos de Amur y las águilas de cola blanca se abalanzaban sobre cualquier presa que pudiesen encontrar en el árido paisaje, un hombre observaba con sus poderosos prismáticos la escena que tenía lugar más abajo. Los prismáticos estaban fijados a un pequeño trípode, y podían ampliar los objetos hasta ciento cincuenta veces. Suficiente para que el observador oculto pudiese seguir desde su atalaya todo lo que sucedía en el valle.

El día anterior habían clavado en el lecho del río seco un largo poste de madera, de unos quince centímetros de diámetro y apenas mayor que un hombre. Esta mañana, siete soldados talibanes llegaron en un *jeep* e hicieron descender a un hombre que era, sin duda, su prisionero. Parecía que lo habían tratado con dureza: las zonas de la piel que el observador pudo distinguir estaban cubiertas de cortes y magulladuras, y caminaba con dificultad, como alguien a quien han azotado o golpeado en las plantas de los pies.

Ataron al prisionero al poste, con las manos por detrás. Aunque era evidente que no podría liberarse, uno de los talibanes recibió órdenes de quedarse vigilando, como un guarda armado. Los demás se alejaron en *el jeep*, seguidos por una nube de polvo ocre hasta perderse de vista. Cuando el rugido del motor mal afinado se apagó al fin, un silencio total se extendió sobre el valle.

El observador ajustó un pequeño receptor en su oído. La conexión inalámbrica a un micrófono parabólico de última generación le permitía escuchar una conversación normal a casi trescientos metros de distancia. La antena apuntaba directamente hacia el poste, cerca de donde había colocado el micrófono la noche anterior. Durante toda la mañana solo hubo silencio. Ahora, sonaba la música del aparato de radio del guarda.

No muy lejos de allí, los picos de las montañas estaban cubiertos por la nieve. El frío se adhería a todo, y el aire parecía congelado.

A pocos metros del camino, el prisionero escuchaba la misma música. En algún lugar detrás de él, sonaba una canción en dari en una pequeña radio. Era una música alegre, festiva: *Az yade rokbat mastam...* «Me emborracho recordando tu rostro». Esas palabras le hicieron estremecerse, ansioso por arrebatar algún significado a los

últimos minutos de su vida. La transmisión era de Radio Afganistán Libre. Las emisoras locales ya no se atrevían a emitir música, ni siquiera los éxitos del ídolo pop Farhad Darya. Cada vez más regiones del país volvían a caer en manos de los talibanes, y de nuevo había música prohibida. Con la excepción de este momento, pensó el prisionero: estaba en manos de un talibán, y su guarda escuchaba las canciones de moda.

Suspiró mientras intentaba estudiar la zona adonde le habían llevado. Enebros, tarayes y pistachos salvajes crecían aquí y allí en las laderas cubiertas de maleza, pero debajo no había nada salvo rocas. Lo habían dejado en este lugar varias horas antes, cuando el sol comenzaba a asomar desde la India y Pakistán, elevándose sobre la cordillera de Toba Kakar, justo frente a él. Hacia el norte, el Hindu Kush dominaba el mundo, y sus picos cubiertos de blanco eran símbolos de lo imposible.

Al otro lado de la frontera, donde las montañas de Toba Kakar alcanzan su máxima altura, se extiende la gran región tribal de Waziristán, en la que los misioneros musulmanes predicaron ante los habitantes paganos. Allí arriba, en las montañas, Pakistán se había dedicado a desarrollar su programa nuclear, y un poco más al este, llevó a cabo las infames explosiones de prueba. Pero lo peor era que ahora Waziristán era otra vez territorio talibán, y la ley islámica se imponía en pueblos y ciudades. Khost, a no muchos kilómetros de allí, fue la primera base de reclutamiento de Al Qaeda, bajo la dirección de Ayman Al-Zawahiri, médico personal y mano derecha de Bin Laden.

Los analistas occidentales creyeron que Al Qaeda y los talibanes habían sido derrotados. Sin embargo, el prisionero no se engañaba: los militantes seguían entrando en Afganistán por la frontera libremente. Algunos llegaban en vehículos cedidos por los servicios de inteligencia pakistaníes, otros más lentos y precavidos se abrían camino a pie, de noche, utilizando a los leñadores locales de guías.

Su misión implicaba algo absolutamente distinto, algo que, pensó sintiendo un vacío en la boca del estómago, podría revelarse más peligroso que todo lo anterior junto.

Sus captores lo apartaron unos pocos metros de la estrecha carretera —más un camino que una carretera—, a un espacio llano donde habían clavado un largo poste. Le ataron las manos por detrás y lo dejaron bajo la vigilancia de un solo guarda, un robusto hombre de la tribu Durrani con un turbante rayado cuyos dos extremos colgaban como trenzas más allá de sus hombros.

El guarda se sentó en una roca, para recibir el poco calor que le llegaba del sol, aún lejos del mediodía. Su pie marcaba el ritmo de la música prohibida.

El prisionero, un hombre de pelo corto al final de la veintena llamado John Navai, miró a su alrededor por enésima vez. Se dijo que se encontraba en uno de los lugares más desolados del mundo, no en una región a la que la caballería pudiese llegar descendiendo las montañas. No le sorprendía que nadie viniera a rescatarlo, por carretera o en helicóptero; desde el principio supo que iría solo, y que si era

capturado, moriría solo. Su identidad debía permanecer oculta, aunque le costara la vida. John era un agente del MI6 y, según le habían dicho, su misión en Afganistán era de suma importancia para la seguridad británica.

Ya lo habían interrogado en lo alto de las montañas, en una base secreta a la que solo se podía acceder en mula o, con mucha dificultad, a pie. Era un lugar de precipicios escarpados, de rocas desprendidas en caminos tortuosos y barrancos profundos entre las cimas cubiertas de nieve de los innumerables picos de montaña. Un mundo que le era familiar, aunque en su corazón lo sentía tan ajeno como los cráteres de Marte, un reino inviolable y secreto del que nadie podía entrar o salir sin permiso.

Estaba en una gruta llena de humo, entre una variedad maloliente de cabras y ovejas y encadenado a un anillo clavado profundamente en la pared. El suelo estaba lleno de deyecciones de murciélago y, durante el día, el techo se ennegrecía con sus cuerpos colgantes de terciopelo.

Notó que la gruta en la que se encontraba formaba parte de un complejo unido por pasajes subterráneos. Debía de estar a unos quince metros bajo tierra, y se accedía mediante un túnel muy empinado cuya entrada quedaba bien escondida tras la maleza. Un conducto de ventilación en el techo constituía la única fuente de aire fresco procedente del exterior.

Cada día le daban de desayunar cuajada hervida y pan duro. Mientras comía, un clérigo con turbante llamado Hajj Ahmad le predicaba con dulzura en inglés, pidiéndole que se convirtiese al islam para evitarse el dolor y la muerte. Cada día él había permanecido inmóvil, mientras el *akhund* sonreía como muestra de respeto a su decisión. Decían de él que era cristiano, así que no lo matarían si no aceptaba convertirse. Si lo mataban, no sería a causa de su obstinación espiritual, sino debido a sus otras ofensas.

Cuáles eran esas otras ofensas se lo iban a explicar muy pronto. Hajj Ahmad dijo que el prisionero era un espía británico, que trabajaba para el MI6, o que era un oficial de la inteligencia militar de Gran Bretaña asignado a la fuerza de Reacción Rápida de los aliados en Kabul. El prisionero iba vestido con un sombrero afgano plano y llevaba una manta de lana encima. Podría pasar perfectamente por un nativo. No admitió hablar dari ni pastún, aunque el interrogador solo debía mirarle el rostro para saber que era probable que fuese de ascendencia iraní, aunque hablara inglés con un marcado acento británico. Hajj Ahmad tenía un doctorado en ingeniería por la universidad de Newcastle, y la habilidad de distinguir los diferentes acentos ingleses. Su prisionero era de clase media, originario de algún lugar del sur del país. Muchos iraníes habían huido a sitios como Brighton tras la revolución, y Hajj Ahmad estaba seguro de que aquel hombre era hijo de padres exiliados. Conjeturas, por supuesto. Pero Hajj Ahmad era bueno haciendo conjeturas.

La tortura comenzaba cada día después de intentar convertirlo. La llevaban a cabo diferentes guerreros afganos bajo la dirección de su tranquilo líder, Hajj Ahmad. El

prisionero sabía muy bien quién era su captor: Hajj Ahmad era un árabe egipcio, al igual que su gran amigo Al-Zawahiri. Provenía de la notoria yihad islámica egipcia y había sido reclutado en 1981 por un grupo organizado por Bin Laden para combatir a los rusos en Afganistán.

Al final se quedó en Afganistán como miembro de Al Qaeda, uno de los varios centenares de «árabes afganos» que comprendieron la imposibilidad de regresar a sus países de origen, donde tenían órdenes de captura. En 1998 colaboró en la puesta en marcha de la organización madre de Bin Laden, el Frente Islámico para la Lucha contra Judíos y Cruzados. Quizá se tratase de un nombre medieval, pero los judíos eran ciudadanos de países modernos, y los cruzados eran americanos, europeos, australianos y todo aquel que los apoyase.

Había estudiado la tortura con los rusos. A cambio, les había pasado datos de inteligencia, los suficientes para convencerlos de que estaba de su lado, aunque desde el principio el único lado del que estuvo fue el de Dios. Le dieron el nombre de Ahmad, seguido de Ibn Abdullah, «el hijo del siervo de Dios». En su fuero interno, cualesquiera fuesen sus actos, intentaba servir a su Creador.

Torturaban al prisionero con todos los medios de que disponían. Casi no contaban con tecnología: ni picanas eléctricas, ni taladros de alta velocidad, ni auriculares para torturarlo con sonidos agudos..., pero siglos de guerra a sus espaldas, y la guía de Hajj Ahmad, les habían enseñado cómo hacer daño a un hombre.

Sabían cuándo comenzar y cuándo detenerse, cuándo cortar y cuándo cerrar las heridas, cuándo agredir verbalmente y cuándo tratarle con amabilidad. Utilizaban el fuego, un poco por aquí, un poco por allí, la sofocación, le aplastaban con pesadas rocas que casi quebraban su espina dorsal y le hacían expulsar el poco aire que quedaba en sus pulmones, le cortaban la piel con cuchillos, y luego le aplicaban vendas y ungüentos para curarle las heridas y dejarle listo para una nueva sesión de tortura tres o cuatro días más tarde. Las horas pasaban con lentitud, como si su único propósito fuera provocarle un dolor cada vez más intenso.

Nada de lo que le hacían mostraba sadismo. Querían obtener información, y él se obcecó en no decirles nada, ni siquiera su nombre. Podría haber detenido el dolor en cualquier momento con solo decirles lo que querían saber. Pero sabía que si lo hacía, lo matarían de todas formas.

Les hablaba en inglés, pues el más mínimo indicio de que sabía dari y pastún habría revelado su identidad verdadera. En un intento de hacerle hablar, Hajj Ahmad había ordenado a uno de sus guerreros que le recitase poemas persas. Entre cada sesión de tortura, le recitaba suavemente versos místicos de Rumi que conocía de memoria, y el prisionero escuchaba recordando la voz de su padre mientras recitaba los mismos poemas. Pero nunca se puso en evidencia, ni siquiera con un parpadeo.

Un frío húmedo penetraba en la gruta, que estaba helada en cualquier estación del año. A veces le dolía recordar la luz. Cuando el sol brillaba, Afganistán era el lugar más hermoso que jamás había conocido.

En una ocasión visitó la tumba del emperador Babur en Kabul. Aunque estaba muy dañada a causa de las recientes guerras, conservaba su majestuosidad: un lecho bajo con columnas y un sencillo féretro bañado de luz y aire. La inscripción de la tumba decía que Babur vivía por siempre en el Jardín de Luces del Rey Ángel, donde era rey y ángel a la vez.

De vez en cuando le dejaban sentarse en la entrada de la gruta y observar el cielo nocturno, en el que brillaban millones de estrellas. Le dijeron que las estrellas eran lámparas sostenidas por ángeles en el primer cielo. No les creyó. Le dijeron que Dios estaba observando. Y el prisionero siguió sin creerles.

El genio de los genios

Las piernas le comenzaban a ceder, y le dolía la espalda como si le estuvieran atacando miles de demonios del infierno. Poco a poco, se fue dejando deslizar por el poste, con el temor de no poder volver a levantarse. Quizá le dispararan en la nuca mientras estaba en cuclillas. Esperaba no orinarse encima cuando llegara el momento. No vaciaba la vejiga desde que se había despertado, y lo que al principio era una molestia se estaba convirtiendo rápidamente en dolor.

Miró a un lado y a otro de la carretera. Nadie había pasado por allí en horas. Sus captores debían de haber bloqueado esa parte del camino. Se preguntó si lo dejarían allí tirado una vez que acabasen con él.

Le había dicho a Hajj Ahmad que era cristiano, que su madre lo llevaba a la iglesia anglicana y que, como cristiano, tenía derecho a la protección del islam. Los cristianos y los judíos, afirmó, tenían garantizada su seguridad incluso si no se convertían.

—Se está engañando —le respondió el mulá—. Estamos en guerra contra los cristianos y los judíos. Los jeques han declarado la yihad, y han hecho de la Guerra Santa un deber para todos los verdaderos creyentes.

Le dijo a Hajj Ahmad que tenía esposa e hija, que ella no era culpable de los errores que él había cometido, pero que si le mataban, también la matarían a ella y arruinarían la vida de la pequeña. Su esposa se llamaba June y la niña Mary. Le contó todo aquello a Hajj Ahmad, como si sus nombres pudiesen ablandarlo.

—¿Quiere hacer de June una viuda y de Mary una huérfana? Apenas tiene cinco años.

—¿Y cuántas viudas y huérfanos dejaron los americanos e ingleses en Afganistán? —le respondió Hajj Ahmad—. ¿Y en Irak? Mujeres inocentes, niños inocentes que murieron por ser musulmanes. Mi esposa era iraquí. Estaba en Bagdad visitando a su familia cuando comenzó vuestra guerra. Todos murieron en un ataque americano. Usted no es especial. Su corazón no es especial. Su esposa e hija no son especiales. Su amor por ellas y el amor de ellas por usted no es especial. Si no me dice lo que quiero saber, la tortura que ha sufrido hasta ahora le parecerá poca cosa. Si cree que ha sufrido antes de esto, piénselo bien. Puedo provocarle más dolor del que imagina. Me dirá lo que quiero saber, y le recompensaré con una muerte rápida.

El sonido del motor de un camión llegó desde más allá del valle. Mientras se acercaba, el guarda apagó su pequeña radio y la escondió dentro de su turbante. John lo vio ponerse de pie y acercarse a él.

—¡No puede sentarse aquí! Hajj Ahmad está llegando, no puede dejar que le vea así. Pensará que ha estado descansando.

Se acercaban en una furgoneta Ford destartada que aún mostraba restos de

pintura azul entre la herrumbre, las abolladuras y los agujeros, que sin embargo avanzaba muy rápido. Descendieron desde las montañas, dejando tras de sí nubes de polvo color ocre, como un demonio alado o un genio.

Dentro de la furgoneta iban tres hombres. En la parte trasera, sentados junto a unos grandes tablones, dos guardas llevaban viejos AK-47 rusos y bandoleras repletas de cargadores. Al volante iba Hajj Ahmad. Aparcaron la furgoneta unos veinte metros detrás del poste. Al escuchar cómo abrían la parte trasera, John hubiera querido ver qué estaban tramando, pero apenas fue capaz de ponerse de pie cuando el clérigo entró en su campo de visión.

—Ha sido muy valiente —dijo su torturador—. Pero ha llegado el final del juego, y su coraje pronto será puesto a prueba más allá de lo tolerable. Va a ceder, puedo asegurárselo. Pero cuanto antes me diga lo que quiero saber, más pronto le ofreceré una muerte rápida e indolora.

Fuera del alcance de su mirada, detrás de él, los acompañantes del mulá y el guarda comenzaron a ensamblar algo con las maderas, martillando con golpes precisos que resonaban entre las escarpadas colinas como las notas de una campana imperfecta.

Le habló al mulá con rapidez:

—¿No se da cuenta de que lo que diga en medio del dolor será intencionadamente falso? No soy un espía. Se lo he dicho miles de veces, y sigue sin querer escucharme. Soy periodista. Trabajo para *The Guardian*. ¿Ha oído hablar de él?

—Solía leerlo —dijo Hajj Ahmad con una sonrisa—. Un buen periódico.

—¿Entonces por qué no me cree? Mis documentos están en mi bolsa, pero usted no quiere aceptar que son verdaderos. Todo lo que tiene que hacer es llamar a mi editor, y él le confirmará lo que digo.

—Quisiera poder hacerlo. Pero si hago una llamada a Londres, ¿no cree que intentarán rastrearla? Debería de saber eso, si no sabe nada más. ¿Es su trabajo, no? ¿Rastrear a la gente?

—Entonces envíe un telegrama, lo que sea.

Hajj Ahmad sonrió.

—Ya lo he hecho. Uno de los nuestros lo envió desde Kabul. Un hombre llamado Ronald Anderson respondió, y confirmó que un periodista llamado Mike Smith es parte del personal de *The Guardian*. Por desgracia, no va a servir de nada. Alguien llamado Clement, o quizás un asistente que actuaba en su nombre, cometió un terrible error: enviaron el telegrama de respuesta desde una oficina de correos dentro de los cuarteles del MI6. Vauxhall Cross, si la memoria no me falla. Seguro que conoce la oficina en cuestión. Ahora, si me disculpa, creo que mis amigos ya tienen todo listo. Deje que afloje la cuerda de sus muñecas.

Se sintió liberado, pero era incapaz de moverse, temeroso de mirar a su alrededor. Sabía que cuando lo hiciera, enfrentaría su destino, y el mulá y sus guardas no le permitirían escapar. El corazón se le salía del pecho. ¿Cómo podían haberlo puesto en

evidencia de una manera tan estúpida?

—Señor Smith, o como sea que se llame, le he traído aquí para ejecutarle. Y es lo que voy a hacer. Déjeme advertirle, sin embargo, que su muerte no será rápida. La muerte que pretendo infligirle será terriblemente dolorosa, quizás aún más de lo que se imagina. Le explicaré todo en un momento. Ahora, por favor gírese.

Detrás de él se elevaba una cruz de dos metros de alto y un metro y medio de ancho, una intrusión blasfema en el país afgano, un símbolo de la religión extranjera y de la divinidad extranjera.

La primera reacción de John fue de horror, no tanto porque estaban planeando crucificarle y someterle a solo Dios sabe qué mientras lo hacían, sino porque la cruz no tenía ningún derecho de estar en este lugar.

—Esto es blasfemia —dijo—. El Corán dice con claridad que Jesucristo nunca fue asesinado o crucificado.

—Pero continúa diciendo que alguien ocupó su lugar. Hubo una cruz, el Corán nunca lo negó. Pero el profeta Jesús nunca murió en ella. Y usted debe de saber que la crucifixión era una forma común de ejecución en el Imperio romano.

»Deje que le explique lo que va a suceder. Es importante que no tenga ninguna duda de lo que va a sufrir mientras esté en esa cruz. Le izaremos al travesaño y le ataremos las manos a él. Sus tobillos serán clavados al exterior de la columna vertical. Cuando hayamos terminado, clavaremos sus muñecas con clavos largos, entre estos dos huesos... —señaló la muñeca, dudando del nombre. John cerró los ojos con fuerza, luchando por conservar la calma.

—El radio y el cúbito —dijo John, como si ayudara a un estudiante en un ejercicio de traducción.

—Gracias. Sí, los clavos irán entre el radio y el cúbito. No a través de la mano, como vuestros pintores cristianos lo han mostrado. Los huesos de la mano son muy débiles, no soportarían su peso. En los tobillos será igual, entre dos huesos.

»También encontrará en la cruz un pequeño asiento en el palo vertical. Está ahí para darle un poco de alivio. Le mantendrá vivo más tiempo, prolongando la agonía. La muerte tardará horas en llegar, si tiene suerte. Pero la suerte nunca es una cuestión entre creyentes. Es la voluntad de Dios la que cuenta, y hoy Dios quiere que sufra.

»Morirá de una o varias causas. Puede ser el shock de ser atravesado por los clavos: si tiene un corazón débil, eso será suficiente para matarlo. También podría deshidratarse, pero tomaremos medidas para evitarlo. A medida que las horas pasen, los músculos de su pecho se irán debilitando, hasta asfixiarse.

»Una vez que le hayamos colgado, el peso de su cuerpo tirará hacia abajo hasta que se disloquen los hombros y los codos. Saltarán de las articulaciones, desgarrando sus ligamentos por el camino y haciendo mucho más difícil respirar. Puesto que los brazos estarán estirados, su cavidad torácica se expandirá, dificultando más aspirar el aire.

»Pero ya llegaremos allí cuando corresponda. Aunque podría evitarlo. Dígame a

quién ha venido a ver, y qué es lo que traía para él. Y si no era algo, la información que tenía sobre algo. Dónde está, quién lo tiene, cómo llegó allí. ¿Me entiende? ¿Ha traído una espada, o noticias sobre una espada? Sabe a qué espada me refiero, ¿verdad? ¿Ha visto algún documento, una carta? ¿Una carta en árabe? Una carta muy antigua... ¿Sabe dónde está la espada? ¿Ha salido de El Cairo? ¿Fue su gente la que se la llevó, o sigue en manos de Goodrich?

John sabía de qué estaba hablando el mulá: no sabía nada respecto de ningún documento, pero había oído algo sobre una espada, y alguien le había hablado de Goodrich. Goodrich no tenía la espada, de eso estaban bastante seguros. Su gente estaba segura de que Al-Masri la había robado, y estaban casi igual de convencidos de que se la había llevado a Bin Laden a Afganistán. Por eso lo habían enviado allí, para averiguarlo. Si tan solo pudiese aguantar lo suficiente, estaba seguro de que no diría nada a Hajj Ahmad. Todo dependía de la espada, de si era verdadera o no, de si podrían impedir que cayese en manos equivocadas. Además, su vida no era más importante que la del caracol que se desplazaba a sus pies.

No dijo nada, así que lo izaron y lo clavaron en la cruz. Primero el pie derecho, luego el izquierdo: el dolor fue más terrible que todo lo que había sentido hasta entonces. Cuando atravesaron sus muñecas con los clavos, gritó pidiendo clemencia y se orinó encima, mientras rezaba por una muerte rápida.

Quedó allí colgado durante horas, y a cada instante sentía como si todo su cuerpo fuese a desmembrarse. Cada parte de él estaba atravesada por mil agujones, cada centímetro de su piel ardía, cada uno de sus músculos se retorció desgarrándose. El esfuerzo de alzarse hasta el pequeño asiento le otorgó unos momentos de alivio a sus pulmones y su pecho, al precio de un dolor inconcebible en los tobillos y los pies. Pero en el instante en que liberó el peso de sus tobillos, resbaló y sufrió la doble agonía del dolor en los tobillos y de la sensación de ahogo en el pecho.

Intentó pensar en algo que lo distrajera de su agonía: su casa en Cambridge; sus padres, que habían huido de hombres como el mulá Ahmad años atrás y habían establecido una nueva vida en Inglaterra; June, Mary, sus viejos amigos y colegas... pero ninguno de estos pensamientos duraba más de uno o dos segundos. Intentó recordar piezas de música, canciones que le habían emocionado, como cuando entonaba «Jerusalén» al comenzar el día en la escuela Leys, o la poesía que había elevado su espíritu, o la voz de su padre ascendiendo y descendiendo mientras cantaba temprano por la mañana las odas de Hafiz, o el rostro de June que le había fascinado tantos años... pero los recuerdos apenas pasaban como estrellas fugaces a través de un cielo negro para luego desaparecer.

Pasó el tiempo, pasaron las horas, y en lo que a él concernía, podrían haber pasado días enteros, mientras seguía allí colgado, pensando que podría morir en cualquier momento. De vez en cuando conseguía abrir los ojos, y cada vez se cruzaba por un instante con la mirada de Hajj Ahmad, de pie y en silencio, que lo observaba. Tenía sangre en los ojos mezclada con lágrimas, y también le salía sangre de la nariz

y los oídos.

Pensó que gritaría sin cesar a causa del dolor, pero no fue así. Sus pulmones apenas podían llenar de aire su pecho, por lo que eran incapaces de otorgarle la fuerza de gritar o quejarse. A lo sumo gemía, y siguió haciéndolo hasta que los gemidos fueron el único sonido en el universo, y su cuerpo se convirtió en el universo, y el universo estaba en caída libre, fuera de control.

—Solo háblame, Mike. Solo una palabra. Un nombre. Una pista. Dime dónde guardáis la espada, dime quién la tiene, y terminaré con tu sufrimiento en un instante.

Luchó por abrir los ojos, y vio a través de una cortina de sangre el rostro de su torturador, elevado a su altura por algún tipo de escalera.

—¿Cuánto... tiempo... llevo... aquí arriba? —preguntó con voz áspera, seca como papel de lija, y atragantándose con cada palabra.

—Media hora —respondió el mulá—. Volveré más tarde.

¿Media hora? Le había parecido media eternidad. ¿Cómo sería al cabo de una hora? ¿Cómo llegaría al final del día? ¿Cómo sería capaz de enfrentarse a la larga noche cuando el frío inclemente remplazara al sol?

Los pensamientos desaparecieron por completo. Era una simple máquina luchando por un momento de comodidad o por llegar al final. Como un autómeta, se alzaba y volvía a dejarse caer, desgarrando fragmentos del músculo, arrancando ligamentos, seccionando nervios, haciendo trizas sus tejidos.

Varias veces se sumió en un estado de inconsciencia, y solo despertaba con una droga de efecto rápido que Hajj Ahmad le inyectaba en el muslo. El estimulante le mantenía despierto durante incontables minutos, hasta que su efecto desaparecía y él se hundía nuevamente en un profundo pozo de tinieblas. Perdió todo sentido del tiempo. Ahora, los segundos y minutos se medían en dolor.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, con la voz ajada por la sed. Era como si su garganta estuviese repleta de arena caliente.

—Diez minutos —respondió el jeque con voz plácida.

—E... eso... es imposible...

—Solo una palabra. Solo un nombre.

Intentó sacudir la cabeza, pero no podía moverla. El corazón le latía cada vez más rápido, como si estuviera a punto de estallar. La droga de Hajj Ahmad circulaba por su sangre, y podía sentirla mientras debilitaba su corazón.

Más oscuridad tranquila, más agonía al ser arrancado de ella. Tenía el trasero hecho jirones a fuerza de deslizarse por la madera del asiento. Podía sentir como los huesos de los tobillos y las muñecas rozaban los clavos que le sujetaban, y el dolor que se transmitía por su cuerpo a todas sus articulaciones. Tenía la boca y la nariz llenas de sangre y mocos. El miedo lo atravesaba como la hoja de una espada.

Arriba en la montaña, un quebrantahuesos volaba en grandes círculos, atraído por el

olor de la sangre y la visión de la carne desnuda. El observador dejó a un lado los prismáticos, balanceándolos para que las lentes no reflejasen los rayos del sol que comenzaba a descender. Sacó un teléfono móvil del bolsillo y marcó un número al otro lado del mundo. La llamada fue transmitida a Inglaterra a través de uno de los varios satélites de telecomunicaciones norteamericanos que daban vueltas alrededor del planeta.

—¿Malcolm? Escucha, creo que está a punto de quebrarse. Van a matarle de todas formas, y si habla, sabrán que no podemos encontrar la maldita espada. En los próximos minutos. ¿Tengo permiso para actuar? ¿Sí? Lo haré ya mismo. Saluda a Christina de mi parte. *Ciao*.

Después de colgar el teléfono, buscó detrás de él un rifle que ya estaba unido a un pequeño trípode, y lo colocó en posición. Era un Barrett 50, el mejor rifle de francotirador que existía. Su largo cañón ofrecía al menos dos mil metros por kilo de energía, lo suficiente para matar a un hombre a un kilómetro de distancia o más. Ya lo había preparado por la mañana temprano, así que lo único que necesitaba hacer era apuntar y disparar. Para comprobar el viento y cómo podría afectar su disparo, utilizó una regla circular, calculando el ángulo correcto.

Abajo, sobre el valle, Hajj Ahmad miraba a su víctima retorcerse de dolor, y supo que tenía que decidirse rápido. Si dejaba al prisionero así por más tiempo, su corazón fallaría o terminaría por sofocarse sin darle la información que el jeque quería. O quizás aguantaría aún varias horas. A pesar de lo que Hajj Ahmad había dicho, Smith no llevaba minutos en la cruz, sino más de tres horas. Había aguantado bien, pero era el momento de terminar con todo aquello.

Volvió a subirse a la escalerilla y le habló en tono elevado a su víctima, prometiéndole que al fin podría tener paz.

Al mismo tiempo, desde algún lugar del cielo despejado, donde vivían águilas y halcones, desde las montañas lejanas, llegó el sonido de un estallido. La bala dio en la barbilla del hombre moribundo, pasó a través de la parte baja de su cráneo y le destruyó el cerebelo, matándolo en el acto. No se asfixió ni gritó, simplemente se derrumbó mientras la sangre manaba de la herida en la cabeza.

Hajj Ahmad bajó de la escalera y se tiró al suelo. Sus compañeros hicieron lo mismo. Pero ya no hubo disparos. Con la vista acostumbrada al escarpado terreno, escrutaron las montañas a su alrededor, pero no pudieron ver ni oír nada.

Hajj Ahmad maldijo para sus adentros y se puso de pie mientras se sacudía el polvo. Tan buena puntería, pensó, era digna de un afgano, pero ningún afgano poseía un rifle que pudiese tener tal precisión a tanta distancia.

Ni siquiera pensó que valiese la pena enviar a sus hombres a cazar al tirador: fuera quien fuera, tendría apoyos en su camino de regreso a Londres.

En la ciudad victoriosa

Dos meses antes

El Cairo, Egipto

Lunes, 18 de septiembre

14:05 h

El Cairo era una ciudad calurosa y sofocante, el aire denso por la arena del desierto, y el Nilo crecido y espeso con sus aguas color ocre. De norte a sur y de este a oeste, la gran ciudad estaba repleta de gente, atascada de coches y estridente a causa de los burros, las motocicletas y los altavoces crepitantes de sus quince mil mezquitas. Era la ciudad más grande de África, la decimotercera más poblada del mundo. Quince millones de personas luchaban por un espacio en los estrechos márgenes a cada lado del Nilo.

Jack Goodrich era inglés, supuestamente anglicano y miembro del King's College de Cambridge, donde había estudiado y obtenido su posgrado. Pero desde hacía ya varios años se consideraba a sí mismo parte de los quince millones, un ciudadano más de esta gran metrópolis. El Cairo era ruidosa, sucia, maloliente, calurosa, polvorienta y descuidada, pero amaba aquel lugar con devoción casi religiosa.

Apenas se había sentado en el maltrecho sillón del barbero cuando estalló la primera bomba. El barbero, un hombre astuto de mediana edad llamado Ali Hamid, maldijo en voz baja en irlandés: *pog ma hon*. Era un antiguo insulto, que le había enseñado años atrás un profesor irlandés con la garantía de que no significaría nada para el noventa y nueve coma nueve por ciento de la humanidad.

Jack, al ser inglés y sabidamente imperturbable, ignoró la imprecación. Por supuesto, sabía lo que significaba, todo el mundo en la universidad lo sabía, pero nunca se lo había confesado a Ali.

—¿Dónde mierda ha sido eso? —exclamó.

Ali, que llevaba la pequeña barbería cerca de la Universidad Americana, prefería no pensar en las bombas que aterrorizaban la ciudad desde hacía unos meses. Eran malas para el negocio.

—No ha sido cerca de aquí —dijo, intentando tranquilizar a su cliente.

Pero ambos sabían que la bomba podía haber estallado en cualquier parte: una bomba pequeña aquí cerca, una grande más lejos, y cualquier combinación posible entre ambas. Podría tratarse de un ataque suicida, o de un coche bomba detonado con un temporizador.

Imperturbable o no, Goodrich estaba ansioso. Su mayor preocupación era que la bomba hubiese estallado en la embajada norteamericana o británica, ambas cerca de donde se encontraba, al otro lado del río. Su esposa trabajaba como secretaria en la embajada británica. Desde que vivían en El Cairo, los Goodrich compartían el mismo

y creciente temor: que alguno de los dos fuese víctima de un ataque terrorista, en la embajada o en la universidad.

—Sea paciente, profesor —confirmó Ali—. La bomba puede haber estallado en cualquier parte. Es demasiado pronto para saber algo, pero dejaré la radio encendida para escuchar las noticias.

Ali le hablaba en árabe, en una forma de dialecto peculiar propia de Egipto que Goodrich manejaba con toda la fluidez de la que un extranjero era capaz. A lo largo de los años, el profesor había aprendido más árabe cairota en sus sesiones de barbería y peluquería con Ali que en los cursos que en su momento había pagado su departamento.

Ali se mantenía sereno, con la brocha de afeitar en la mano. Era la *prima donna* de los peluqueros, si algo así existía. Si hubiera estado en un escenario, se estaría pavoneando. La espuma resplandecía en las cerdas, espesa como nata montada. Goodrich apartó el rostro, pidiéndole que esperara.

—Voy a intentar llamar. Si responde, no habrá de qué preocuparse.

En la última semana se habían sucedido varios ataques terroristas, la mayoría de ellos contra objetivos extranjeros.

Cogió el teléfono móvil y marcó el número. Nada. Miró las barras de la cobertura.

—Ali, ¿qué problema hay en este sitio? Tengo cobertura al otro lado de la calle, en cualquier punto de la universidad. Incluso aquí al lado, en el café Faruq...

Ali se encogió de hombros.

—Ya hemos pasado por esto antes —contestó—. Tiene que ser paciente.

Se inclinó hacia delante y apagó la radio.

—Inténtelo ahora —dijo.

Esta vez logró llamar, y Emilia respondió al otro lado de la línea.

—Tranquilízate, Jack. Estamos perfectamente bien. La bomba ha estallado justo al otro lado del río, en el Hospital Angloamericano. Todavía estamos esperando un informe con el número de víctimas.

—¿El doctor Fathi no trabaja allí?

—Sí, y su esposa, que es enfermera, también. Jack, tienes que dejar de llamarme así. Cada vez que estalla una bomba en El Cairo, aquí los teléfonos suenan sin parar. A estas alturas ya deberías saber que este es uno de los sitios más seguros de todo Oriente Medio. Hemos aprendido la lección de los yanquis en Mogadiscio, el Líbano y Bagdad.

—Me preocupo, eso es todo. Y no me creo tu historia de lo segura que es la embajada, o de cuánto aprendieron los americanos en Beirut. No hay ningún lugar al que un hombre bomba no pueda llegar si lo intenta de verdad.

—Algún día deberías intentar pasar los controles de seguridad, y ya verías. ¿Pero tú no deberías estar trabajando?

—Estoy con Ali, afeitándome.

Emilia no conocía a Ali. La pequeña barbería era territorio estrictamente

masculino.

—Dile que no abuse de la loción para después del afeitado, por favor.

—¿Por qué?

—Si tienes suerte, lo descubrirás esta noche. Pero ahora mi jefe me necesita para un dictado.

La comunicación se cortó. Jack guardó el teléfono en el bolsillo.

Ali colocó la sábana a rayas sobre Jack y mezcló la espuma de afeitar en la jarra vieja y ajada. Nadie enjabonaba como Ali. Goodrich le sugirió una vez que se comprara un cepillo de tejón, pero el barbero le explicó con amabilidad que los tejones eran impuros para su religión, lo que quería decir que no podían comerse ni tocarse.

A su manera, Ali era un devoto. Rezaba cinco veces al día, ayunaba durante el Ramadán, acudía todos los viernes al mediodía a su mezquita y dormitaba durante el sermón. Incluso partía en peregrinación cada tres o cuatro años. No a La Meca (reservada para cuando se retirase), sino a las celebraciones anuales del *mawlid* en la tumba del gran santo egipcio, Sidi Ahmad Al-Badawi.

Ali comenzó a afilar su navaja con pereza contra la correa de cuero. Nunca comenzaba hasta que el filo no estuviese perfecto. Era lo que más le gustaba del trabajo: la confianza de los clientes habituales. Dado que la mayoría eran profesores de la Universidad Americana, casi todos ingleses o norteamericanos, su confianza significaba mucho. En Argelia, los fundamentalistas religiosos habían convertido el degüello en su marca de fábrica. Y la confianza iba en ambos sentidos: en Bagdad, los extremistas habían cortado el cuello de barberos que afeitaban a no creyentes.

Mientras Ali comenzaba a afeitar las mejillas de Goodrich, las noticias de la radio informaban sobre una segunda explosión en el supermercado Carrefour del centro comercial Maadi, en el sur. No daban ninguna otra información. En el silencio que siguió, pudieron escuchar las sirenas por las calles de la ciudad. Era la ciudad más grande de África, pero cada vez que sonaban las sirenas, parecía reducirse a un puñado de calles y callejuelas.

Inglés chapucero

El Cairo

14:30 h

De vuelta en la calle, Jack experimentó ese pánico momentáneo que todos los extranjeros sienten en El Cairo: demasiado tráfico, demasiada gente, demasiado ruido y polvo, demasiados olores. Estaba de pie sobre el adoquinado de la plaza Tahrir, el espacio público más grande de la ciudad. Los enormes Mercedes Saloon («culos de pollo», en la jerga local) gruñían a los autobuses, los autobuses rugían a todo lo que amenazara con ponerse en su camino, los ciclomotores embestían con bravura (y con frecuencia fatalmente) entre todo lo demás, y por todas partes Goodrich veía muchachos en tejanos y niños con jerséis holgados, ancianas con *galabiyyas* raídas y muchachas con pañuelos en la cabeza, que se jugaban la vida solo para cruzar la calle.

Miró a su alrededor: señales de tráfico cubiertas de óxido y polvo desde hacía años, carteles promocionando las últimas producciones de los estudios cinematográficos egipcios, comercios con carteles escritos en árabe y en un inglés chapucero, el reflejo de la luz en los escaparates sucios, motas de polvo descendiendo continuamente a través de los rayos del sol. En una esquina, el rostro de la esfinge miraba hacia la nada. Del lado opuesto, una joven estrella de cine llamada Basma dirigía sus grandes ojos y una sonrisa seductora a los transeúntes. Por todas partes, los intrincados giros y curvas de la escritura árabe bendecían la plaza. El pasado y el presente unían sus fuerzas en cualquier lugar. El tiempo aquí no significaba nada.

Caminó frente a puertas de comercios que vibraban al ritmo de los últimos éxitos del pop egipcio, pasó delante de un mendigo con la mano extendida y le dio dinero: una libra egipcia. No demasiado, apenas unos peniques al cambio inglés. Pero con poco se conseguía mucho por aquí.

Miró el reloj. Las dos y media de la tarde. Pronto comenzaría a refrescar, pero de momento hacía calor, alrededor solo había polvo y ruido, y era imposible librarse de ello. La mayoría de los cairotas vivían en habitaciones individuales, y familias enteras se hacinaban en espacios ridículamente pequeños donde los bebés lloraban, los ancianos y ancianas se aferraban a vidas miserables, y los hombres y mujeres más jóvenes se acoplaban en la oscuridad, en silencio y sin placer. En la Ciudad Islámica de los Muertos, al límite de la ciudad de los vivos, los más pobres vivían en tumbas, compartiendo su miserable existencia con aquellos que llevaban mucho tiempo muertos.

Cogió el teléfono móvil y marcó el número de Emilia. Nadie respondió. Llamó a la centralita.

—Me temo que está en una reunión, señor.

—Muy bien. Llamaré más tarde.

Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo. Todo iba bien. La embajada seguía en pie.

De regreso a la universidad, una pila de correo le esperaba desde la mañana. La señorita Mansy asomó la cabeza por la puerta del despacho para decirle que su clase de las cuatro sobre el árabe del sur del siglo VII se había cancelado.

Salió al pasillo solo para ver alejarse el trasero de su secretaria. Por lo general, todo el mundo estaba de acuerdo en que tenía el mejor culo de todo El Cairo, y en una ciudad donde la mayoría de las mujeres aún se cubrían de pies a cabeza, eso era algo a tener muy en cuenta. Algunos de los estudiantes egipcios se metían en enormes enredos y sufrían lo inconcebible por amor a la señorita Mansy. Ella, sin embargo, hacía ya mucho tiempo que había decidido liarse con un profesor norteamericano o un hombre rico que la liberaría de su vida de secretaria en un departamento universitario.

Goodrich cerró la puerta y se dirigió de mala gana al escritorio. No sabía qué haría si la señorita Mansy partiese o fuese cooptada por el departamento de sociología o de inglés. Todos la querían porque, sexy o no, era la mejor secretaria de la universidad. Tenía una licenciatura en árabe, que hablaba con fluidez en cinco dialectos y en su forma literaria moderna, y había salido con varios hombres solteros de los diferentes departamentos. Un verdadero tesoro. Irremplazable. Y extremadamente sexy.

Suspiró y se sentó frente al correo. Llevaba varios días acumulándose, y apenas sabía por dónde comenzar. Hurgó en el cajón en busca del abrecartas. Como de costumbre, el correo era profundamente aburrido. Hoy en día, las cosas interesantes llegaban por correo electrónico. Había varios catálogos de libros, incluyendo uno de un anticuario que ni él ni la universidad podían permitirse.

Jack llevaba ya cinco años como profesor de árabe medieval en la Universidad Americana. El trabajo le había llegado por sorpresa junto al nombramiento de Emilia en la embajada. Antes de eso había sido feliz en Londres, donde ella trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El trabajo en El Cairo significaba una promoción para ella, y acompañarla le había resultado perfecto. Con su puesto en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos no iba a ninguna parte. Andaba corto de dinero, como sucedía en todas las universidades: se había recortado el presupuesto de los departamentos, y a sus cuarenta años tenía pocas esperanzas de un cargo más importante en la universidad, ni hablar de un puesto de catedrático.

Había comenzado tarde la carrera académica. Su primer amor fue el ejército, donde se enroló a los diecisiete años, para ser trasladado tres años después de la infantería a las Fuerzas Aéreas Especiales Británicas. Antes de que lo enviaran a Irak durante la primera guerra del Golfo, estudió árabe varios meses en la Escuela de Idiomas del Ministerio de Defensa, en Buckinghamshire, donde fue el mejor de su clase. El profesor pensaba que tenía una aptitud natural para el idioma. Para cuando

la guerra terminó, había visto suficiente brutalidad para el resto de su vida. Su entusiasmo juvenil por las cuestiones militares había dejado paso a algo más tranquilo, un amor por el aprendizaje y, en particular, por la cultura árabe.

Conoció a Emilia durante la fiesta inaugural de una exposición de manuscritos del Corán que él había ayudado a preparar en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos. Estaba aferrado a un vodka en un rincón alejado cuando ella se le acercó y comenzó una conversación que, quince años después, seguía sin mostrar signos de terminarse. Durmieron juntos por primera vez aquella noche, y eso tampoco mostraba signos de agotamiento.

Pasó a la siguiente pila de correo. Hizo una bola con un montón de publicidades y la arrojó al cesto de la basura sin leerlas.

Casi al final había una carta de su amigo, el académico y librero Mehdi Moussa. Como todas las cartas de Mehdi, estaba escrita con la más exquisita caligrafía árabe, en *ruq'a*. El lenguaje era florido, basado en los mejores modelos clásicos. Después de varias líneas utilizando las frases más enrevesadas tomadas de Al-Hariri y cualquier otro con un buen estilo de prosa, Mehdi fue al grano:

Queridísimo profesor, lamento tener que robarle su tiempo con estas peticiones. Sin embargo, si fuera posible, me alegraría mucho que viniese a mi negocio, si pudiera ser el lunes por la tarde, alrededor de las cinco. Tengo algo que mostrarle. De momento, no se lo he mostrado a nadie más, en parte por amistad, en parte para protegerme. Sé que puedo confiar en usted, de ahí esta invitación y esta oportunidad única para usted de examinar lo que voy a enseñarle. Le aseguro que no será una pérdida de tiempo. Como dice el proverbio: «Cree en lo que ves, y deja de lado lo que has aprendido».

Si no puede hacerlo, deberé acudir con premura a otra persona. Pero preferiría que usted fuese el primero en verlo y el primero en opinar. Le esperaré hasta las seis, y si para entonces no ha venido, seguiré mi

camino.

Jack dejó el papel sobre el escritorio y lanzó un suspiro. No cabía duda de que el anciano le había encontrado otro manuscrito del *Kitab Al-Bukhala*, un manuscrito del siglo IX que el librero apreciaba más que ninguno. Pero aunque fuese algo que valiera la pena, Goodrich no creía que pudiera hacer mucho al respecto: el presupuesto del departamento era menor de lo habitual, y estaba convencido de que la siempre presente necesidad de equipamiento básico pesaría más que otro manuscrito o litografía. Por otra parte, Moussa era un comerciante astuto. Conocía el presupuesto de sus clientes hasta el último céntimo. No iba a ofrecerle algo que no pensara vender, y había elegido a Goodrich como su primera opción. Jack canceló una clase aquella tarde, y esperó con ansias el momento de su cita con el librero. Ni siquiera en sus sueños más febriles podría haber imaginado lo que sucedería.

El Egipto

La casa de oración Al-Manar

Callejón Ishaq

Imbaba, El Cairo

Lunes, 18 de septiembre

15:00 h

Fuera, en las calles, los niños jugaban sobre pilas de basura, las familias se hacinaban de a treinta personas en habitaciones en el interior de edificios de apartamentos improvisados con barro y ladrillo, y en las angostas y peligrosas callejuelas el suelo se convulsionaba como arenas movedizas, vibrando con los cuerpos de diez millones de moscas. En silencio, las alas entonaban una canción, una serenata de pobreza y abandono. El humo negro y espeso de las fábricas locales inundaba el aire tórrido. Imbaba respiraba enfermedad. Enfermedad y religión. En los noventa, Imbaba había sido un Estado virtual dentro del Estado. Los más ingeniosos la llamaron República Islámica de Imbaba, lo que se acercaba bastante a la verdad. En su intrincada red de callejuelas estrechas, callejones sin salida amurallados y altos edificios de apartamentos, los grupos de islamistas radicales ejercían el control: imponían las estrictas leyes del Corán, cobraban impuestos a los cristianos, castigaban a los criminales y alimentaban a los pobres. Parecían intocables. Pero entonces, en una serie de asaltos rápidos, los servicios de seguridad entraron y los expulsaron, arrestaron a todo hombre que llevara una barba larga y tuviera la cabeza afeitada y a toda mujer con velo, arrojándolos en prisiones donde estaban destinados a pudrirse o a ser torturados.

Ahora, más de una década después, estaban de regreso, pero no como antes. Estos nuevos militantes eran astutos. Utilizaban teléfonos móviles y ordenadores portátiles, tenían espías en todas partes y actuaban entre bambalinas. No les interesaba gobernar Imbaba: planeaban gobernar el mundo. Su trabajo se hacía en silencio, en células para las que reclutaban solo a los más dedicados y castigaban la desobediencia y la traición con una muerte instantánea. Cada viernes se reunían para rezar en pequeñas habitaciones lejos de las miradas curiosas. Cuando se reunían con otros propósitos, lo hacían en secreto, en lugares ocultos a los que solo se podía acceder a través de un laberinto de callejuelas malolientes o túneles profundos bajo tierra.

Lugares como esta casa de oración, escondida al final de un callejón sin salida en un edificio de apartamentos llamado Hayy Fatima. La habitación estaba en los bajos, en un piso que funcionaba como cuartel general de una célula que pertenecía a una pequeña pero peligrosa organización llamada simplemente Al-Jaysh: El Ejército. Las paredes eran delgadas, y llegaban los sonidos de los pisos superiores: un bebé llorando, una pareja discutiendo, la radio de un adolescente. Desde la calle se escuchó

el ruido de un ciclomotor, seguido de los gritos de niños que corrían a sus casas después de la lección en la escuela coránica local. Algunos habían improvisado un balón de trapo y jugaban al fútbol.

Había nueve hombres sentados en círculo cerrado sobre una alfombra de mala calidad. Eran sin duda pobres, pero a diferencia de los muchos que se veían en las calles, llevaban las ropas impecables, las barbas perfectamente recortadas y las cabezas recién afeitadas. Hombres que vivían modestamente, emulando el estilo de vida humilde del Profeta, que dormía sobre un colchón de paja y comía un puñado de dátiles al día acompañados con un poco de agua. Querían ser como él. Era su modelo en todo. Su devoción no tenía límites, y habían jurado con solemnidad defender su honor con la propia vida. Un hombre destacaba entre los demás: vestía de la misma manera, llevaba barba y la cabeza afeitada como ellos, y como ellos, sostenía un rosario de plástico en la mano derecha. Pero nada en él era igual. Nadie podría haber puesto en cuestión ni por un segundo que se trataba de su líder. Estaba escrito en sus ojos, en sus gestos, en la manera en que se sentaba más erguido que los demás, en la calma que irradiaba. Sus dedos no jugueteaban con las cuentas como los de otros. No estaba inquieto. Su rigidez era la de una estatua de mármol. Tan solo los ojos se movían, lentamente, pasando de un hombre a otro, como si fuese uno de los ángeles gemelos enviados a interrogarlos en su tumba. Tenía cuarenta años, y en su rostro se veían las marcas de una vida de lucha con Al Qaeda en Afganistán y en Irak. Su nombre era Muhammad, como el Profeta, y el apellido de su familia era Al-Masri: el Egipcio. Muhammad el Egipcio. Como cualquier otro. Un nombre sencillo. Pero no un hombre sencillo.

A pesar de su nombre, Muhammad Al-Masri no era uno más. Los documentos en poder de su familia desde tiempos inmemoriales así lo atestaban. Era el descendiente del último de los grandes califas abasíes, los gobernantes de *Las mil y una noches*, cuyo palacio en Bagdad fue una de las maravillas del mundo. El antepasado de Muhammad fue asesinado por los mongoles cuando saquearon Bagdad en 1258. Fue arrollado por caballos envuelto en una alfombra, pues los supersticiosos conquistadores no querían derramar la sangre de un gobernante.

Un muchacho de la familia del califa, Ahmad, fue el único en escapar del saqueo y la destrucción. Ahmad huyó de la Ciudad de la Paz en llamas y se refugió en El Cairo, llevando consigo los documentos que acreditaban su linaje. Esos documentos le fueron entregados a Muhammad Al-Masri por su padre antes de morir, varios años atrás. Entre ellos estaba el testamento escrito de puño y letra por Ahmad, en el que se señalaba a su hijo como el próximo califa, y a los hijos de sus hijos en línea directa hasta que Dios recuperase la tierra para Sí.

Muhammad se consideraba y era considerado por sus seguidores como el verdadero líder del islam, el hombre que restauraría el califato y lanzaría la última yihad contra el Occidente infiel. Él terminaría la tarea iniciada en el siglo VII por el Profeta para unir a todas las naciones bajo un solo Dios.

Tan solo le faltaba una cosa, una cosa que le permitiría proclamar públicamente su identidad y hacer un llamamiento a los musulmanes de todo el mundo para unírsele en su misión sagrada. Lo sabía desde hacía años, y ahora creía saber dónde encontrarla. Cerró los ojos, murmuró una plegaria breve y los abrió de nuevo.

—Alabado sea Dios —dijo—. En las explosiones de hoy murieron sesenta y una personas. Cada uno de nuestros mártires se llevó con él a no creyentes. Los no creyentes están en Jahanam, el más profundo de los pozos del infierno. Los mártires están en el Paraíso, bebiendo un vino que no intoxica, rodeados de vírgenes de pieles color miel.

Uno tras otro, los presentes gritaron *Allahu akbar*. Dios es el más grande. Uno de los mártires, un muchacho de dieciséis años llamado Hamid, había sido reclutado por su célula, el núcleo duro del movimiento. Se ocuparían de su familia. Quizá los seguidores de Al-Masri parecieran pobres, quizá se reunieran en una habitación andrajosa en medio de chabolas, quizá vivieran vidas humildes, pero la organización contaba con apoyos a los que no les faltaba el dinero: hombres y mujeres piadosos que podían permitirse financiar una campaña de terror. El Corán no solo llama a los creyentes a combatir en la Guerra Santa: les pide que utilicen sus bienes materiales para permitir que otros se unan a la lucha.

—Pero Dios exige más que eso de nosotros. Los americanos, los judíos, los cruzados de todas partes siguen proyectando su sombra sobre los creyentes. Matar algunos aquí y allá no es suficiente. Destruir las Torres Gemelas no fue suficiente. Tenemos que dar un golpe capaz de ponerles de rodillas. Debemos convertir sus ciudades en escombros, como Dios borró de la tierra Sodoma y Gomorra. Debemos enviar a sus presidentes y a sus reyes a Satán. El tiempo se acerca, amigos míos. Lo veréis con vuestros propios ojos.

Sonrió, y al hacerlo, su rostro severo se transformó. No era una sonrisa de político, porque no ocultaba nada. Nadie podía resistir su transparencia, su sinceridad honesta. Muhammad Al-Masri era peligroso precisamente porque no era como un político. Nunca cedería, nunca negociaría, nunca prometería nada que no supiera que podía dar.

—Y ahora —dijo— es el momento de vuestros informes.

Uno a uno, los miembros del grupo ofrecieron información sobre las células que comandaban, no solo en Imbaba, sino en todo El Cairo. La célula de Al-Masri era la célula líder, integrada por sus lugartenientes, uno de los cuales era su hermano menor. Para todos los otros miembros del movimiento, Al-Masri era una figura en la sombra. Ninguno de sus seguidores, salvo estos ocho hombres, había visto su rostro. Por todas partes se le conocía solo por su nombre, Muhammad. Su verdadera identidad se guardaba en estricto secreto.

El primero en notar algo fue Rashid. Sucedió poco a poco: el ruido fue apagándose. El bebé dejó de llorar, pero eso era algo normal. La radio dejó de sonar, aunque quizá la madre del adolescente había perdido la paciencia. Las voces de la

pareja que discutía habían cesado, pero toda discusión termina alguna vez.

Mientras Rashid escuchaba, notó que los ruidos presentes minutos antes no habían sido remplazados por ningún otro. Se percató de que llevaba un tiempo sin escuchar un ciclomotor, o los gritos de los niños jugando.

Alzó la mano para silenciar al hombre sentado a su lado, que presentaba su informe.

—Escuchad —dijo—. ¿Podéis oír algo?

Nada.

Se miraron unos a otros. A su alrededor solo había silencio. Sabían lo que eso significaba.

—Rápido —gritó Al-Masri—. A la otra habitación. ¡Deprisa!

Sin entrar en pánico, pasaron a la habitación contigua, amueblada como si alguien viviese allí. Una ventana con las persianas bajadas daba al callejón. Rashid corrió hacia allí y quitó un disco metálico, dejando un hueco a través del cual observar el exterior.

—¡La policía! —exclamó entre dientes.

Fuera, un escuadrón armado de la policía y oficiales de los servicios de seguridad ocupaban el callejón sin salida. Llevaban ametralladoras y chalecos antibalas. Rashid entendió que se preparaban para atacar en cualquier momento.

Uno de los hombres ya había abierto un falso muro y recogía armas del interior. Se las fue dando a los demás.

Mientras lo hacía, uno de los policías abrió fuego. Una línea de agujeros de bala estalló a través de la persiana, y uno de los disparos la dio a un hombre llamado Mustafá, le atravesó la frente y esparció su cerebro contra el muro posterior. Los demás se arrojaron al suelo, mientras allí fuera se desataba el infierno. La persiana estaba repleta de agujeros de bala, que se fueron haciendo jirones con cada nuevo disparo hasta que se rompió en pedazos y se encontraron disparando a través de una ventana abierta, haciendo estallar trozos de yeso de las paredes.

Rashid se arrastró hasta la ventana, alzó su Kalashnikov con una mano y disparó a ciegas a través de la abertura, una ráfaga tras otra. Se escuchó un grito fuera, luego otro, y los disparos se detuvieron. En el interior, un hombre fue hasta la puerta que daba al callejón. Disparó a través de los delgados paneles de madera, destrozándolos. Las balas encontraron su objetivo en los cuerpos de las tropas de seguridad que esperaban para entrar por la fuerza. Tres hombres murieron cuando el plomo caliente impactó contra sus rostros sin protección, y otros recibieron balas en brazos y piernas. El militante siguió disparando, tan solo se detenía para recargar su arma.

Mientras esto sucedía, el hombre que había entregado las armas regresó donde estaba el falso muro. Allí cogió nueve cinturones, cada uno de ellos cargado de gelignita y con una conexión inalámbrica a un botón que detonaría la explosión. Mientras Rashid y el otro hombre mantenían un fuego constante para hacer retroceder a la policía, los demás se pusieron de pie, se arrancaron sus *galabiyas*, se ataron los

cinturones a la cintura y volvieron a colocarse la ropa. Colocaron los detonadores dentro de los turbantes bien ajustados.

Al-Masri hizo el gesto de coger un cinturón, pero su segundo al mando, Dawoud, se lo arrancó de las manos.

—Tú no. Tú eres el Comandante de los Fieles. Tienes una misión que cumplir. En cualquier momento comenzarán a lanzar granadas, tú y tu hermano debéis iros ya. Nosotros nos ocuparemos del resto. Por favor, deprisa.

Si su hermano muriese, Rashid se convertiría en el califa. Al-Masri aceptó lo inevitable. Fue hacia su hermano y le ordenó que entregase el arma al hombre junto a él. Rashid había recibido un entrenamiento riguroso. Jamás habría desobedecido a Muhammad.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Al-Masri—. Si no, todo estará perdido.

Cogió la mano de su hermano y lo guio hasta la primera habitación.

En el salón los disparos habían cesado. Dawoud se había quitado el turbante y lo sostenía en la ventana como signo de rendición.

—Vamos a salir —gritó—. Os entregaremos nuestras armas. Mirad.

Dawoud y sus seis compañeros lanzaron sus ametralladoras a través de la ventana. Sonó un martilleo seco cuando golpearon contra el suelo sucio e infestado de moscas.

Uno a uno, con las manos en la cabeza, fueron surgiendo a través de la abertura, hacia el callejón. Podían ver a los hombres esperándolos protegidos por sus armaduras y con las armas apuntándolos. En seguida estuvieron rodeados. Los policías se acercaron para arrestarlos, y en ese momento los seis hombres apretaron los botones en sus manos.

En un espacio cerrado, incluso un solo cinturón cargado de explosivos puede dañar gravemente a personas y edificios. Y mientras los seis terroristas entraban en el Paraíso, el callejón sin salida y todo lo que había en él fue exterminado. No sobrevivió nadie alrededor, y apenas unos pocos pudieron ser identificados como humanos. El calor de la explosión convirtió la sangre en polvo y la carne en gelatina. El sonido de la explosión se escuchó en todos los rincones de la ciudad. De camino a su cita con el librero, Jack Goodrich lo oyó y se estremeció. Su esposa Emilia lo oyó a través de las ventanas que se sacudían en su oficina. Su hija Naomi lo oyó en la escuela.

El ángel de la muerte

Al-Azbakiyya

El Cairo

Esa misma tarde

Eran pasadas las tres cuando Jack apareció en la pequeña librería de Al-Azbakiyya. Dejó su Fiat en el aparcamiento de varios pisos que construyeron en el lugar de la antigua ópera, después de que esta se incendiase en 1977, y caminó hacia el este en dirección de Maydan Ataba.

Caminaba con sigilo, atendiendo a los agujeros y las grietas de las aceras derruidas. Únicamente solía venir aquí por dos razones: para comprarle libros a Mehdi Moussa y para llevar a Naomi al próspero teatro de marionetas en la esquina de los antiguos Jardines de Azbakiyya. En su momento habían rivalizado con cualquier jardín de París, pero los habían descuidado a lo largo de los años: el césped se había marchitado, y la mayor parte de lo que alguna vez fueron espacios verdes, hoy estaba cubierta de cemento. Ahora un cerco de alambre de púas rodeaba casi todo el lugar.

La parte trasera de la librería de Mehdi, Dar Al-Kutub Al-Manar, se situaba sobre un pequeño callejón de comercios locales. Las únicas ventanas estaban en el segundo piso: celosías antiguas hechas de varillas de madera torcida, desde las cuales las mujeres de la casa podían observar la calle sin ser vistas. En los bajos, puertas lisas de madera cerraban el acceso a los comercios del interior.

Dos niños pequeños de unos diez años, la misma edad que su hija Naomi, ligeros y cubiertos de polvo, jugaban al fútbol con un balón de trapo atado con soga. Jack notó que uno de ellos tenía bastante estilo, mientras que su amiguito, a pesar de ser rápido, tenía problemas para mantener el ritmo.

—¿En qué equipo queréis jugar cuando seáis mayores? —les preguntó Jack.

Todos los niños en todos los callejones, todos los golfillos que intentaban sacarte un paquete de Marlboro, todos los improvisados guías turísticos revoloteando por las pirámides, compartían un mismo sueño: ser jugadores profesionales de fútbol. Incluso en los callejones más siniestros, el fútbol reinaba sin cuestionamientos. La ambición, el hambre de gloria, eran acicateados por la desesperación.

—Zamalek —gritó uno de los niños sin quitar los ojos del balón.

—Yo soy seguidor del Ahli —dijo Jack con una sonrisa.

El niño marcó un gol, se sorbió los mocos y le hizo un corte de mangas.

—Mirad lo que pasará este sábado en el estadio —dijo Jack—. El Ahli va a ganar al Zamalek. Ya veréis lo que hace el nuevo entrenador, Vingada. Es un genio. Tengo muchas esperanzas...

—No podemos ver el partido —dijo el niño—. No tenemos dinero, ni para el

estadio de El Cairo ni para ningún otro. Maldito extranjero, ¿tú qué te crees? Nunca he visto un partido en un estadio y nunca lo veré, a menos que me coja el Zamalek.

Jack metió impulsivamente la mano en el bolsillo y cogió un puñado de libras egipcias.

—Toma —dijo, entregando el dinero al niño de los pies de oro—. Es para los dos. Será suficiente para ver el partido del sábado, e incluso el del próximo si no os lo gastáis todo en golosinas. Id al partido del sábado. Si el Zamalek gana, tendréis también entradas para la semana próxima. ¿Cómo te llamas?

—Darsh.

Jack asintió.

—¿Y tú? —preguntó Darsh.

—¿Yo? Me llamo Jack. Bueno, no puedo entretenerme más. Disfrutad del partido.

Pasó frente a varias puertas hasta llegar a la de Mehdi, un portal estrecho de madera pintado de verde que daba a unas escaleras igual de estrechas.

En el piso de arriba, Mehdi le esperaba en una habitación llena de libros: libros antiguos, principalmente litografías, y quizás un centenar de manuscritos encuadernados.

El egipcio no había cambiado. Jack imaginaba que tendría entre setenta y noventa años. Pero el anciano contradecía todas sus conjeturas con un aire tan vital y dinámico como el de un hombre de sesenta. Llevaba una *galabiyya* que le llegaba a los tobillos y un turbante ajustado que señalaba su estatus de miembro de la clase de los hombres de letras y líderes religiosos. Se puso de pie al acercarse Jack.

—*Ahlan, ahlan*. Bienvenido. ¿Cómo está usted? ¿Está bien? ¿Su familia está bien?

Goodrich sonrió y cogió la mano del anciano entre las suyas.

—Alabado sea Dios —dijo Jack—. Estoy bien. Mi esposa está bien. Mi hija está bien. ¿Cómo está usted? —no preguntó por la esposa de Mehdi ni por su familia porque hubiera sido descortés. La privacidad era de gran importancia para los musulmanes, para los egipcios y para las familias, y Jack había aprendido a mantener una distancia discreta.

Se quitó los zapatos y los dejó a un lado. El librero le entregó un par de zapatillas para provocar el menor daño posible a las magníficas alfombras persas antiguas.

—Tengo té recién preparado. Tome una taza, debe de estar muerto de sed.

Una tetera de té verde rebosante de hojas de menta descansaba sobre el escritorio de Mehdi.

«Justo lo que necesita mi páncreas», pensó Jack, imaginando los terrones de azúcar blanco que debían de haber llenado la tetera con la menta. Junto a la tetera había una bandeja con algunas pastas dulces.

Bebieron en vasos de té persas con bordes gastados color dorado, unos objetos magníficos que Moussa había heredado de su abuelo junto con las alfombras, quien a su vez los había recibido de su buen amigo el embajador de Irán a finales del siglo

XIX.

El líquido caliente entró en el torrente sanguíneo de Jack, elevando peligrosamente sus niveles de azúcar a la vez que le provocaba un efecto balsámico. Se dio cuenta de que había estado tenso todo el día, incluso antes de que estallase la primera bomba. Emilia y él habían reñido la noche anterior, lo que no ayudó a mantener la compostura. No estaba seguro de que lo hubiesen superado. No había manera de saberlo tratándose de Emilia. Al final las cosas se calmarían; se amaban profundamente, y no dejaban que nada interfiriese en ello.

—Está usted muy pensativo, amigo mío —dijo Mehdi, volviendo a llenar de té el frágil vaso de Jack.

—Lo siento. Estaba pensando en las bombas de hoy. Me hacen sentir incómodo. ¿Qué pasaría si atacasen la embajada con Emilia dentro? ¿Qué pasaría si alguien se hiciera estallar rumbo a la eternidad cuando Naomi anda cerca?

Naomi era la única hija de Jack y Emilia. Había nacido en Londres diez años atrás, y crecía a un ritmo de quince centímetros por día, o al menos eso le parecía. La habían inscrito en una escuela británica en Zamalek, a poca distancia de su casa en coche, en Ciudad Jardín. Hoy era el turno de Jack de recogerla: saldría más tarde de lo habitual debido a sus prácticas para el examen de música, y sería casi de noche cuando terminase. Tiempo atrás, Naomi había decidido aprender a tocar el laúd árabe, un instrumento de cuerda que sirvió de inspiración al laúd. Para placer y desconcierto de sus padres, su niña se estaba convirtiendo en una pequeña egipcia. Ya hablaba fluidamente el árabe, y tenía más amigos egipcios que ingleses o norteamericanos. Pero eran sus orígenes y su piel clara los que la ponían en riesgo frente a los extremistas.

—Comprendo —dijo Mehdi—. Todos estamos preocupados. Es perfectamente natural. Pero no tiene mucho sentido, eso no hará que los terroristas desaparezcan.

—¿Entonces deberíamos ir por el mundo sin preocuparnos de nada?

—¿Acaso he dicho eso? Jack, seguramente usted recuerda la historia de Azrael, el ángel de la muerte, y de cómo conoció a un hombre llamado Abu Hamza en un bazar en Samarcanda... El hombre lo vio y se estremeció cuando el ángel se volvió para mirarlo, porque el ángel le ofreció una mirada que helaría la sangre de cualquiera.

»Pero para sorpresa de Abu Hamza, el ángel dejó de mirarlo y siguió su camino...

»Aquel día, más tarde, Abu Hamza se encontró con un genio en la calle, y el genio le preguntó adónde querría que lo transportase. Abu Hamza respondió: "Bagdad", para escapar así del mensajero de la muerte y disfrutar de la buena vida en la capital del Imperio. Momentos después se encontró de pie en el grandioso salón del trono del califa Harún. ¿Y a quién vio de pie junto al trono, mirándolo con codicia, sino al ángel de la muerte en persona, Azrael, el de tez oscura?

Jack terminó él mismo la conocida historia:

—Y entonces el ángel se acercó a Abu Hamza y le dijo: «Me sorprendió verte esta mañana en Samarcanda, ya que Dios me dijo que te buscara por la noche en

Bagdad...».

Mehdi sonrió y vació su vaso. Lo dejó sobre la mesa de marquetería y suspiró.

—Ahora tengo algo que mostrarle —dijo.

—Deberá ser rápido —dijo Jack—. Voy a recoger a Naomi a la escuela dentro de una hora.

Mehdi cogió un pequeño rosario de madera del bolsillo y comenzó a girar las cuentas entre los dedos. Algo le preocupaba, pensó Jack. El librero permaneció en silencio durante varios minutos, dejando que su conversación se diluyese.

—Jack —dijo finalmente el anciano—, dígame: ¿qué daría usted por descubrir algo que coronaría su carrera? Más aún, un descubrimiento que desafiaría a la mitad del mundo y que incluso podría cambiarlo.

Jack rio con nerviosismo.

—Daría el típico ojo de la cara. O quizá solo mi brazo derecho. O algunos años de mi vida, quizá. Si tuviera mucho dinero, le daría todo lo que me pidiese. No lo sé... ¿Cuánto vale este descubrimiento?

Mehdi respondió con sequedad:

—Cuando vea lo que tengo para mostrarle, lo entenderá. Le he planteado la pregunta antes de tiempo, pero solo quería saber a qué estaba dispuesto a renunciar, qué sería capaz de sacrificar. Porque algo tendrá que sacrificar por esto. Cuánto vale en términos de dinero es imposible de calcular. No se trata de eso. Pero podría costarle todo lo demás: su carrera, su familia, su incredulidad, lo que sea que más le importe. Usted es el único no creyente a quien jamás diré algo así. Es por eso que lo he elegido. Pero no tiene ninguna obligación de decir que sí.

Jack miró fijamente a su amigo.

—¿Qué es lo que tiene? ¿El manuscrito original de *Las mil y una noches*?

Mehdi se encogió de hombros, pero no reveló nada.

—Mejor será que lo vea usted mismo —dijo—. Venga por aquí.

De aquí a la eternidad

Yenín, Cisjordania

El mismo día

Samiha estaba despierta desde el amanecer. Había recitado la oración ritual antes de que saliese el sol, y acababa de terminar las postraciones del mediodía.

En la habitación no había esterilla de plegarias, solo una toalla, pero en una de las paredes una flecha dibujada con rotulador rojo señalaba la dirección de La Meca. La habitación estaba casi vacía. Adosada al muro había una cama baja sin sábanas ni mantas. Una palangana y un aguamanil contenían el agua empleada para las abluciones. Eran todos los objetos que había en el suelo, a menos que también se contasen el retrete turco y la jarra de agua de la habitación contigua.

Se sentó al borde de la cama e intentó ordenar sus ideas. A veces tenía breves ataques de temblores que le dificultaban mantenerse en pie o dejar las manos quietas. Pero había ido alejando sus pensamientos desesperados a un rincón de la mente, concentrándose en la misión que tenía frente a ella.

Sobre la cama, a su lado, descansaban un bloc y un bolígrafo. Había escrito su testamento tal y como le habían dicho, y se había despedido de su madre y sus hijos sin decir nada respecto de lo que estaba a punto de hacer.

Samiha tenía dos hijos: Adnan, de ocho años, y un bebé de dieciocho meses, Nabil. Nunca volvería a verlos. Por dentro, se sentía más triste y más contenta que nunca. Triste, porque no volvería a ver a sus hijos; contenta, porque iba a morir y a dejar de lado la vergüenza y el sufrimiento. Hoy, su nombre sería limpiado y recuperaría el honor de su familia a través de Yenín. Se convertiría en una mártir, una heroína entre sus compatriotas palestinos. Mejor aún, iría directamente al Paraíso y viviría allí por toda la eternidad. Eso si había un Paraíso, de lo que no estaba segura. Rezaba porque era parte de la rutina, y más allá de una cierta religiosidad, Samiha dudaba de todo lo que no pudiese ver o tocar.

Llevaba ropas elegantes, una chaqueta negra larga y una falda que le llegaba apenas por debajo de las rodillas. Ayer, un peluquero le había dejado el pelo corto, un estilo habitual entre las mujeres israelíes. Le avergonzaba tener que salir a la calle sin una túnica larga y con la cabeza descubierta, pero sus ropas caras eran esenciales. En el puesto de control, la tratarían como lo que era: una abogada palestina de Derechos Humanos que iba a Haifa para participar en las conversaciones con fiscales israelíes y representantes del grupo de Derechos Humanos B'Tselem. Ella acudía en representación de un muchacho palestino retenido en la unidad de interrogatorios del Centro de Detención Kishon, cerca de Haifa.

El encuentro no era una impostura. Efectivamente se llevaría a cabo a las siete de la tarde, en una habitación del ayuntamiento de Haifa en Hadar Hacarmel. Pero ella

nunca llegaría allí. En cambio, se dirigiría al cercano centro comercial Haneviim Tower, en Rehov Haneviim. Una vez dentro, presionaría el botón en su cintura y convertiría su cuerpo en una metralla, con los huesos astillados esparcidos por el centro comercial, con el objetivo de matar a la mayor cantidad posible de judíos.

La sola idea le hizo sentirse enferma, pero sabía que no tenía opción. La culpa no sería suya, se convenció, sino de aquellos que amenazaban a sus hijos y la habían enviado a esta misión.

Si se sentía culpable de algo, era de su breve relación con Aziz Daraghma, líder de la unidad de las brigadas de los Mártires de Al-Aqsa para quienes ella iba a convertir su cuerpo en una bomba.

Seis meses atrás, su hermano se había convertido en mártir luchando por las Brigadas de Al-Aqsa, el brazo armado de Al-Fatah. Aziz había venido a su casa varias veces para expresar sus condolencias, y le había dedicado una especial atención a ella. Samiha se veía a sí misma como una mujer emancipada. Nunca se encontraban solos en la misma habitación, y ella se sentía halagada por sus atenciones. Un mes después, su esposo, Abd Al-Sami, fue arrestado otra vez por tráfico de drogas, y ahora se encontraba cumpliendo condena en la prisión de Ayalon en Ramala.

Las atenciones de Aziz se habían vuelto cada vez más insistentes. Él era un hombre poderoso, y ahora la visitaba por la noche. Nadie se quejaba. Su madre quería que ella regresase a casa de sus padres, pero Samiha había insistido en que era su deber quedarse a ocupar el lugar de su esposo y mantener la casa limpia y confortable hasta que saliese de prisión, aunque fuera el peor bastardo que jamás hubiera conocido. Al tercer día, Aziz la había llevado a la cama. En poco tiempo, Samiha había caído enteramente bajo su embrujo.

Cada vez que hacían el amor, se sentía culpable y avergonzada, a la vez que temía lo que podría pasar si alguien descubría su relación. Y cada vez que él la besaba o atrapaba sus pechos o pasaba los dedos con suavidad entre sus piernas ella se convertía en gelatina, y por primera vez en su vida había gritado de pasión. Él le contó que el Profeta había dicho que un hombre debe dar orgasmos a su esposa, y cada vez ella le recordaba que no era su esposa, que su verdadera esposa vivía a unas calles de allí. Él apenas sonreía y volvía a besarla.

Pero dos meses atrás, el período no le vino a tiempo. Esperó, y seguía sin venirle, y al mes siguiente tampoco, y entonces supo que estaba embarazada, aunque no osaba ir al médico para estar segura.

Se lo dijo, y él se enojó y le dijo que no podía tener nada que ver con ella o con el crío que llevaba en el vientre. Samiha supo que estaba muerta, que enviarían a uno de sus hermanos o primos o cuñados a asesinarla por traer la vergüenza a sus familias. Los llamaban asesinatos de honor, pero nunca eran para malar a un hombre, ni siquiera a un violador, y ella se preguntaba qué honor podría haber en ellos.

Finalmente, él le ofreció una vía de escape a su dilema. Podría llevar a cabo una

operación de martirio. Después de todo, Samiha odiaba a los sionistas, ¿no era así? Quería limpiar el deshonor de su esposo y limpiar la mancha que había dejado sobre su madre y sus hermanas, sobre la memoria de su difunto padre, ¿o no? Ella no recordaba odiar a nadie, pero respondió que sí.

Y entonces tuvo un aborto espontáneo. Le rogó a Aziz que la liberase de su compromiso, pero él respondió que la noticia de su deshonor había llegado a varios oídos y que, de una forma u otra, moriría.

Golpearon una vez a la puerta, luego otra, y otra más. Se puso de pie y abrió.

El elegido había sido su primo Marwan. Se mantuvo de pie frente a frente con él, pero él ya no sonreía como solía hacerlo antes.

—La paz sea contigo —le dijo. Eso fue todo. Marwan no sentía lo que decía, era otra parte del ritual.

Sin pedir permiso, entró en la habitación. Llevaba una bolsa grande. Samiha sabía qué había dentro, y por un momento casi le fallaron las piernas. Respiró profundamente e intentó sonreír. La llamaban la sonrisa del mártir. Era la sonrisa que tendría que mostrar al pasar el puesto de control del muro de seguridad, la puerta amarilla en el cerco que dividía Cisjordania de Israel. Cuando era niña, solía sentarse en las salas oscuras del cine, y observaba fascinada a Judy Garland mientras avanzaba por el camino amarillo. Ahora, ella también estaba yendo a ver al mago.

Su primo dejó la bolsa en el suelo, mostrando en el rostro su repulsión hacia ella. Marwan había sido su amigo de infancia, y durante mucho tiempo ella fue la opción de sus padres para casarse con él. Pero Samiha había insistido en su deseo de estudiar derecho en la universidad Ayn Shams, mientras que Marwan había seguido los pasos de su padre en el negocio agrícola desde adolescente y había deseado a una muchacha más joven para ser su esposa, una que no se espantase al ver un pollo.

Marwan cogió una cámara de vídeo y un trípode de la bolsa. Ella permaneció de pie, sin saber bien que hacer en aquella circunstancia. Una vez que la cámara estuvo bien posicionada, dirigió el trípode para que enfocase la pared.

Samiha no se atrevía a hablarle. Su antiguo amigo se había convertido en su enemigo. Seguramente hubiese sido el elegido para cortarle el cuello si se tratase de un asesinato de honor. Habría usado su cuchillo en ella como si matase a una cabra y luego habría pasado a otra cosa. Si las mujeres no tenían ninguna importancia, ¿cuánto menos valía la vida de una mujer sin honor? Su amante no habría recibido ningún castigo, considerado como un héroe entre su gente. Así eran las cosas, y siempre lo habían sido.

Con la cámara preparada, Marwan cogió una bandera palestina de la bolsa. La clavó en la pared frente a la cámara para que sirviese de telón de fondo. Al lado colocó un estandarte amarillo de las Brigadas de Al-Aqsa. Sobre ambas banderas figuraba la inscripción «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta», la *shahada*, la declaración de fe musulmana. *Shahada* también significaba martirio, otra forma de testimoniar la unicidad de Dios. La pared estaba marcada de pequeños

agujeros donde habían clavado las banderas anteriores.

Finalmente se volvió hacia ella.

—Quítate la falda y la chaqueta —le dijo.

Ella lo miró espantada, y por un momento pensó que intentaría violarla antes de filmarla. Entonces comprendió lo que quería, y sus piernas temblaron de nuevo y casi tuvo arcadas. Pero se dijo que no mostraría debilidad, que no permitiría que aquel hombre viese lo asustada que estaba.

Sin dirigirle la mirada, se desabotonó la chaqueta, una chaqueta Dior comprada con los fondos de Al-Fatah provenientes de las ayudas europeas. No llevaba nada debajo salvo un sujetador de puntilla. Luego bajó el cierre de la falda y la dejó caer al suelo. Debajo llevaba unas bragas y medias. Sentía la piel ardiendo a causa de su sonrojo. Recordó que, durante su adolescencia, nunca les habían permitido jugar juntos a menos que estuviesen acompañados por un pariente cercano. Y ahora, se encontraba casi desnuda frente a él en esta habitación anónima.

La habitación y el edificio los había alquilado su antiguo amante, no como lugar de encuentro, sino para alojar a los mártires durante la noche anterior y parte del día en que se convertirían en bombas humanas. Allí los filmaban mientras realizaban sus últimas declaraciones al mundo, allí les entregaban los cinturones cargados de explosivos, allí recibían sus últimas instrucciones, y desde allí partían hacia sus misiones homicidas.

Marwan rebuscó de nuevo dentro de la bolsa. Parecía casi indiferente ante la visión de ella semidesnuda. Samiha sabía que tenía un buen cuerpo, que provocaba deseo en los hombres. ¿Qué podía provocar que un hombre la mirase y se diese la vuelta?, se preguntó.

Marwan se puso en pie, y en sus manos llevaba el cinturón de explosivos. Este había sido diseñado especialmente para ella. Ocupaba la zona entre sus pechos y su entrepierna, pero tenía dos partes añadidas que se ataban alrededor de sus muslos y terminaban pocos centímetros antes del borde de su falda.

—Ponte esto —le dijo. No le ofreció ayuda.

Samiha obedeció, y sintió el algodón áspero raspando su piel desnuda. El cinturón era pesado. En lugar de estar formado por bastones, el explosivo de nitrourea estaba dispuesto en finas tiras verticales que se amoldaban a su cuerpo sin aumentar excesivamente su grosor, como un delgado corsé fabricado por un sastre experto.

Con el cinturón ya puesto, pensó en el explosivo y en qué provocaría. Aziz le había dicho que contenía miles de minúsculas bolas de plástico, que desgarrarían piel y huesos y, mejor aún, no podían ser detectadas por los aparatos de rayos X.

Volvió a vestirse.

—Ahora ponte esto —dijo su primo, ofreciéndole una túnica lisa gris y una larga pañoleta con los colores de la bandera palestina: negro, blanco, verde y rojo.

Mientras Samiha se vestía con dificultad, Marwan cogió un fusil de la bolsa, un Kalashnikov AK-47, el arma preferida de los terroristas. Sin ninguna emoción, se lo

entregó. Ella permanecía de pie, cohibida y asustada, frente a las banderas, sosteniendo el Kalashnikov como un emblema de su pertenencia al club más exclusivo del mundo. Ya no era una mujer, una madre, un ser sexual, ni siquiera un ser humano: la habían convertido en un objeto, en un arma mortal.

Marwan se colocó detrás del trípode y encendió la cámara, la observó por el visor y se aseguró de que estuviera enfocada. Ella comenzó a leer el texto que Aziz había preparado.

—Mi nombre es Samiha Diab —comenzó con una voz vacilante, muy diferente de la suya.

»Soy musulmana, palestina y madre de palestinos. Por la fuerza de Dios, me he ofrecido como voluntaria al martirio en la senda de esta Guerra Santa, para convertir mi cuerpo en metralla y matar a los sionistas opresores. Me convertiré en una puñalada al corazón de los colonizadores, en una lanza arrojada por el pueblo de Palestina hacia quienes nos odian.

»Sé que entraré en el Paraíso, y sé que cuando mi cuerpo estalle, arrojaré a los infieles a los fuegos del infierno, donde residirán por toda la eternidad.

»Les pido a mi madre y a mis queridas hermanas que no lloren mi muerte, sino que se regocijen de que me haya convertido en una prometida para Palestina y que mi cuerpo terrenal haya sido sacrificado en el altar sagrado del pueblo palestino. Y pido a mis hijos, Adnan y Nabil...

Aquí su voz se entrecortó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Luchó contra sus emociones y recuperó el control de su voz. Veía el texto borroso, pero de todas formas lo conocía de memoria.

—Les pido a mis hijos que, cuando sean hombres, se conviertan en guerreros de Palestina, se alcen y empujen a los judíos al mar, haciendo de esta tierra una tierra musulmana otra vez.

»Y pido a mis hermanas del islam que consideren la realización del martirio y que lo realicen ellas mismas. Cada una que avance por la senda de Dios y convierta su cuerpo en un misil al rostro de los judíos, descendientes de monos y cerdos, llevará el vestido de novia de los mártires y entrará en la historia de Palestina como una heroína...

Continuó en la misma tónica unos minutos más, con su imagen y sus palabras absorbidas por la cámara para ser utilizadas como instrumento de propaganda por las Brigadas de Al-Aqsa, Fatah y Hamás.

Marwan cerró la bolsa de deporte.

—Por aquí —le dijo, guiándola escaleras abajo hacia la calle.

Había gente por todas partes. Mujeres y niños yendo y viniendo, comprando el pan para la comida de la noche. Los muchachos haraganeaban en las esquinas, fumando y mirando la gente pasar las banderas flambeaban bajo la suave brisa: verde por Hamás, negro por la yihad islámica, amarillo por Fatah y las Brigadas de Al-Aqsa. Sobre las paredes se exhibían carteles con las fotografías de jóvenes mártires

que habían dado sus vidas por Palestina. Una anciana pasó cojeando, mientras recordaba un pasado demasiado distante donde no había sangre.

Un coche esperaba en la acera, un Volkswagen negro ni muy antiguo ni muy moderno, un vehículo que no llamaría la atención. Detrás estaba aparcado un todoterreno destartado, el coche de Marwan.

Un chofer esperaba al volante del Volkswagen. Samiha le reconoció en el acto: era Muslih Shalabi, un clérigo de su despacho de abogados.

Marwan la observó meterse dentro del Volkswagen, e hizo un gesto al chofer. El coche se adentró en el tráfico y se dirigió hacia el puesto de control más cercano.

La espada de Alá

El Cairo

Jack siguió a Mehdi hasta una habitación en la parte trasera. Por primera vez desde que venía aquí, se dio cuenta de que había una pequeña puerta en la pared del fondo. El anciano cogió una llave y la hizo girar en la cerradura.

—Después de usted —le dijo, mientras mostraba a Jack el camino. Cuando entró tras él, encendió la luz del espacio.

Jack quedó boquiabierto cuando pudo ver la habitación. Cerca del techo, se extendía alrededor de las paredes una franja ancha de caligrafía árabe ornamentada. Distinguió enseguida los versos del Corán, aunque estaban escritos de forma tan elaborada que en algunas partes era casi ilegible. Debajo, las paredes estaban decoradas con incrustaciones de madreperla en forma de rombos, diamantes y círculos formando complejos patrones en los que las líneas individuales se entrelazaban unas con otras. Entre estos, había paneles de cerámica blancos y azules, probablemente en loza de Esmirna, Turquía. Se dijo que la habitación debía de datar de finales del siglo XVII, unos cien años después de que los turcos otomanos comenzaran a reinar sobre Egipto.

La única luz natural de la habitación provenía de dos ventanas de celosías tornadas de manera exquisita. Jack imaginó a las esposas de algún antepasado de Mehdi, sentadas en la habitación sobre mullidos sofás, vestidas con los colores luminosos del harén, abanicadas por una pareja de esclavos de Nubia, eunucos o mujeres, y mirando de vez en cuando a la calle a través de aquellas ventanas, protegidas de la mirada lujuriosa de los paseantes. Se preguntó qué habrían soñado, ya que este lugar y los baños públicos eran prácticamente los únicos espacios en los que se les permitía vivir sus vidas de encierro. Había oído decir que algunos esposos acaudalados se enorgullecían del hecho de que sus mujeres nunca salieran de su casa hasta el momento de ser transportadas en sus ataúdes.

La habitación estaba apenas amueblada. En una esquina se erguía una silla de caoba con trabajos de marquetería, y contra un muro, una pequeña y antigua estantería sostenía cuarenta o cincuenta libros encuadernados en piel, entre los cuales destacaban varias copias del Corán en el estante superior, ya que el Libro Sagrado nunca debe estar bajo otros libros, o por debajo de la cintura, o en el suelo.

En medio de la habitación había una mesa de madera y latón sobre la cual descansaba un gran cofre otomano.

Mehdi se dirigió hacia allí y extrajo del bolsillo una llave que parecía pesada.

—No se fije en el cofre —dijo—. Es solo un viejo objeto que me regaló mi abuelo. No creo que tenga mucho valor, pero tiene el tamaño justo para guardar mis

pequeños tesoros dentro. No juzgue el contenido por su continente.

Alzó la tapa. Jack casi se esperaba que apareciese un genio entre una nube de humo. En cambio, el librero buscó en el interior con ambas manos y cogió un objeto largo envuelto en un paño liso blanco bordeado por una tira entretejida con letras doradas.

—Un *tiraz* —dijo Jack—. Es muy poco común. Debe estar bien preservado.

—Para ahorrarle problemas, ya lo he examinado —intervino Mehdi—. Probablemente comenzó siendo una túnica de honor antes de ser recortada a su forma actual. El tipo de escritura árabe data sin duda de uno de los primeros califas, a principios del siglo VIII. Aquello me confundió al principio, y me hizo desconfiar de lo que mis ojos veían. Ahora estoy seguro de que el paño es posterior al objeto que cubre. Este es mucho más antiguo, también estoy seguro de ello.

Los ojos de Jack mostraban sorpresa. No era posible. Casi nada había sobrevivido de los primeros tiempos del islam.

El anciano quitó el paño muy lentamente, con cuidado de no desgarrarlo. Ya estaba en muy mal estado, se había podrido en algunas partes y en otras se veían manchas marrones.

Debajo del primer paño había otro de apariencia aún más antigua, algo más tosco, con franjas rojas, raído y manchado. Las manchas eran manchas del tiempo, pero sin los exámenes apropiados era imposible decir si era en realidad más antiguo que el paño exterior o si solo había estado más expuesto a los elementos en su momento. Algo sí era seguro: no parecía provenir de la corte del califa. Jack sintió que un escalofrío atravesaba su cuerpo. Creía saber exactamente de dónde provenía y quién lo había utilizado.

Al quitar el segundo paño apareció un objeto largo y delgado hecho de lo que parecía ser hierro o acero, oxidado en algunas zonas y marcado en otras, pero perfectamente reconocible como una espada rota y corva. Había una inscripción sobre la hoja, en caligrafía árabe antigua, difícil de descifrar. No tenía mango, pero la espiga que aún conservaba permitía imaginar sus dimensiones aproximadas. Los dos agujeros centrales mostraban dónde se ajustaba la empuñadura de madera o de madera y cuerda.

Parecía más pesada de lo que su antigua apariencia sugería. Con una buena empuñadura, Jack imaginó que en su tiempo debía de haber sido un arma poderosa en las manos apropiadas. Mehdi alzó la espada con cuidado, una mano en cada extremo, y se la ofreció:

—Tenga —dijo—. Pruébela, no se va a romper.

Jack la cogió por el extremo del mango y la sostuvo con cuidado, cortando despacio el aire inmóvil hacia delante y hacia atrás, sin saber qué hacer.

—¿Por qué me muestra esto a mí? No soy experto en armas o blindajes del islam. Usted necesita a alguien como Jim D'Souza, de Sothebys, o quizás Andy Gould del Museo Británico. Es muy bueno. Probablemente podría decirnos quién era el

propietario de la espada y qué comía para desayunar.

Mehdi asintió.

—Lo sé. Conocí a Gould hace tres años, durante una exposición de cristalería Fatimí en el Museo de El Cairo. Usted se encontraba en los Estados Unidos con su familia. Pero creo que es el indicado para decirme la identidad del espadachín. He intentado leer la inscripción, pero está más allá de mis capacidades. Quizás usted pueda descifrarla. Pero antes, tengo otros objetos en mi cofre. Disculpe si le parezco uno de esos magos de la calle que suelen verse en Tanta. Tenga paciencia.

Al decir esto, volvió a hurgar en el cofre y extrajo una vaina de cuero, lisa y casi desintegrada en algunas partes; parecía del tamaño apropiado para cubrir la espada. Le siguieron un par de sandalias de doble correa desgastadas, también de cuero. Tras estas, unos brazaletes dorados abollados y manchados por el paso del tiempo.

El siguiente objeto que Mehdi extrajo del cofre era plano y casi rectangular. Al igual que la espada, estaba envuelto con un retazo del paño de franjas rojas. En el interior había varias hojas de papel vitela, probablemente fabricadas con piel de gacela. Jack recorrió algunas líneas con la vista y comprendió que lo que tenía frente a él era una parte del Corán. Una copia parcial, pero vieja. Muy vieja. Y el paño de franjas rojas, y los brazaletes... Sintió el escalofrío aún más fuerte que antes. Y recordó las palabras de Mehdi: «¿Qué daría usted...?». «¿Qué daría usted...?» listo requiere su pericia —dijo Mehdi—. Y esto también...

Sacó una pequeña caja de cedro del fondo del cofre. Era una vieja caja, trabajada finamente, con gruesas letras cúficas de marfil que recorrían y decoraban toda la superficie. Depositó la caja sobre la mesa y abrió la tapa, separándola completamente de la base. De esta extrajo una hoja de pergamino casi igual de larga y ancha que la propia caja.

—Tenga —dijo Mehdi, y por primera vez estaba susurrando.

Sostuvo la hoja con las dos manos como si fuese la cosa más valiosa y frágil del universo, y la dejó suavemente sobre la mesa. Cogió una gran lámpara de escritorio enchufada a la pared. Cuando la encendió, la luz de la habitación aumentó considerablemente.

—Siéntese en esta silla —le pidió, acercando una silla de escritorio hasta la mesa antes de que Jack pudiese reaccionar.

Y así Jack se sentó, sin saber qué vendría a continuación, mientras el anciano sonreía para sus adentros y rezaba por que su invitado pudiese descubrir la verdad.

Jack ajustó la lámpara para que iluminase el pergamino desde el mejor ángulo. La escritura era rudimentaria pero legible, realizada en una versión de un tipo de letra utilizado en algunas de las más viejas transcripciones conocidas del Corán. Aún más, el estilo era muy similar al de las hojas de papel vitela. Quizás habían sido escritas por la misma mano. Examinándolo más de cerca y comparándolo con los pocos documentos árabes conocidos que sobrevivieron a aquel período, estaba seguro de poder asignar una fecha bastante precisa.

Pero el manuscrito se encargó de ello en su lugar. Había varias líneas de observaciones religiosas y loas, en un estilo muy diferente al de siglos posteriores. Luego aparecía el nombre de la persona a quien el texto iba dirigido, y esto le permitió conocer la fecha del período del que databa: la carta había sido escrita entre los años 644 y 656 d. C., durante el breve reinado de doce años del califa Uthman, el tercero de los compañeros del Profeta en sucederle como líder de la comunidad musulmana. La carta estaba dirigida al mismo Uthman, Representante de Dios en la Tierra, Comandante de los Fieles.

Oh, Comandante de los Fieles, Espada de Alá, Destructor de los Infieles y los Hipócritas, y Asesino de los Apóstatas —que Dios los maldiga y los devuelva al Infierno—, saludos y alabanzas, y después felicitaciones y bendiciones para ti de parte del más humilde de los siervos de Dios.

Cuando el Profeta, la paz y las alabanzas sean con él, murió, surgieron desacuerdos y divisiones en su comunidad en lo concerniente a las cuestiones de sucesión. Como es bien sabido, durante esta confusión las posesiones del Profeta se encontraban en grave peligro de ser robadas y dispersadas entre los musulmanes, o incluso de caer en manos de los incrédulos.

Antes de morir, el Profeta dejó a mi cuidado muchas de sus posesiones más valiosas. Por valiosas no entiendo que tuviesen algún valor a los ojos del mundo, sino que eran tenidas en alta estima por él y sus compañeros. Las he envuelto en paños y colocado en la cesta de junco que acompaña esta carta. Por supuesto, reconocerá varias de ellas. Para empezar, está la espada del Profeta, conocida como Al-Adb, utilizada en la batalla de Uhud, junto con su vaina. También encontrará unos versículos del Corán que yo escribí bajo el dictado del Mensajero, y que él conservó para sí. Estos se cuentan entre las primeras revelaciones, como usted sabe.

Tras su lamentable muerte surgieron dudas respecto de su sucesión, seguidas inmediatamente por las guerras de apostasía en las que murieron muchos de los compañeros y recitadores del Corán. Entonces guardé estos objetos, los envolví en paño y los mantuve escondidos y a salvo en mi morada aquí en Medina. Han permanecido a salvo hasta ahora, pero en su momento no consideré prudente revelar su existencia por temor a los usos malignos que se les podría haber dado.

Pero ahora usted ha depositado una gran confianza en mí, para servir a Dios y a usted, Su Califa, como Jefe del Tesoro Público, por

lo que considero justo entregarle a su cuidado esta herencia bendita del Elegido, nuestro Profeta Mahoma. Debe usted hacer uso de estas cosas como crea conveniente y de manera que satisfaga los deseos de Dios.

Que Alá le traiga paz y justicia, y que le dé una larga vida y muchos hijos.

El sirviente de Dios y de Su Profeta,
SAID IBN THABIT

Al leer el nombre y comprobar la identidad del autor, Jack sintió una punzada de algo en el corazón, algo que era incapaz de nombrar o comprender del todo. Un instante después, casi estalla en risas. Dada su importancia, la firma podría perfectamente haber sido «Santiago, hermano de Jesús». Se mantuvo en silencio varios minutos, y Mehdi no dijo ni hizo nada para que Jack volviese en sí.

Releyó la carta, y esta vez percibió detalles de la caligrafía y la gramática. Parecía real. Todo en aquella carta decía que databa del reinado de Uthman. A menos que se revelase como una farsa en los análisis de laboratorio.

Pero Jack no creía que fuese falsa. Había visto el paño de franjas rojas y los brazaletes. La esposa preferida del Profeta, Aisha, quien le sobrevivió varios años, se había casado con él con un vestido de franjas rojas traído desde Bahrein. Durante la batalla de Uhud, cuando la sangre de las espadas absorbía la luz de un sol ardiente, ella y Umm Sulaym alzaron sus vestidos por sobre los tobillos, mostrando los brazaletes que repiqueteaban mientras corrían de un soldado a otro llevándoles agua.

Entonces volvió a mirar las sandalias. Por supuesto, ahora lo recordada. Las sandalias del Profeta estaban hechas según el patrón de Hadramaut, con dos lazos en lugar de uno.

Leyó la carta una tercera vez.

—¿De dónde proviene todo esto? —preguntó, sin alzar la vista.

—Lo encontraron en una casa en Medina, en el antiguo distrito de Sunh, cerca de donde tenían sus casas el califa Uthman y otros compañeros del Profeta. Hubo una inundación, y el propietario del lugar tuvo que excavar un sótano para tapiarlo correctamente. Mientras uno de sus hijos estaba cavando, se encontró con un pequeño hueco que había sido tapado. Aquella pared estaba por debajo del nivel de la casa. Desde Medina, estos objetos han llegado a mí.

—Necesitaré más detalles al respecto. Pero antes, ¿qué es lo que quiere de mí? No estoy ni siquiera seguro de poder serle útil, Mehdi. Si estos objetos son genuinos, si la carta fue realmente escrita por Said ibn Thabit, no tengo que explicarle lo grande que puede ser todo esto.

—Quisiera vender todo este tesoro, pero no a un particular. Deben conservarse

juntos, y deben estar en un museo, donde puedan ser expuestos al público, musulmán o no musulmán. Pero ningún museo ni universidad los aceptará a menos que estén seguros de su proveniencia y su autenticidad. Haga lo que necesite hacer. Examine lo que tenga que examinar. Y luego dígame sus conclusiones.

—¿Tiene algún plazo?

—Las personas que me enviaron este cofre se están impacientando. Pero tómese su tiempo.

Jack dudaba. Se llevó la mano a la mejilla, acariciándola lentamente. Quizás un diente dolorido. O la ansiedad.

—Jack... —comenzó Mehdi con timidez—. He oído que los rumores se están esparciendo. Rumores sobre la espada del Profeta. Cometí el error de mostrarle un instante la carta a un sabio en Al-Azhar.

La universidad Al-Azhar, en El Cairo, era la referencia indiscutible en enseñanza y autoridad religiosa en el mundo islámico.

—Quizá le conozca —continuó Mehdi—: Omar Shaltut.

Jack asintió. Conocía a Omar. No era alguien en quien confiaría, pensó, pero sí era una autoridad innegable del islam.

—Creo que me ha traicionado —siguió—, y que solo es cuestión de tiempo antes de que alguien intente hacerse con estos objetos. Pero no quiero apurarlo. Quiero las respuestas correctas, favorables o no. En cierto sentido, me alegraría escuchar que se trata de falsificaciones.

—Debo pensarlo. Es una responsabilidad gigantesca. Debo considerar las implicaciones que podría tener.

—Comprendo. Pero por favor, no se tome demasiado tiempo.

—¿Estará aquí mañana por la tarde? ¿Sí? Entonces pasaré a esta hora y le comunicaré mi decisión. O mis consejos si decido no ocuparme de ello. Necesitaré llevarme la carta, si no le molesta. Y también la espada, para intentar descifrar la inscripción. Quiero examinar ambas antes de decidirme.

—Mañana estará bien. Sé que puedo confiárselas.

Mehdi le entregó la carta en la caja. Luego cogió la espada, sin el paño, y la colocó en una maleta larga que había comprado para ese propósito.

Jack se puso de pie. Se tambaleó un instante, y comprendió que se le habían debilitado las piernas a causa de la excitación. Si tenía razón y estos objetos eran genuinos, serían los artefactos descubiertos más significativos de toda la historia del islam. Solo debía asociar su nombre a ellos y su carrera sería tan larga como su propia vida, probablemente más. Casi dio un brinco mientras se dirigía a la puerta.

Hermanos de armas

En un túnel subterráneo de Imbaba, Muhammad Al-Masri y su hermano Rashid escucharon la explosión mientras avanzaban a gatas hacia un lugar seguro. Rezaban en susurros. Entre rezos, Al-Masri se dijo que había llegado el momento de apostar por el califato.

El túnel avanzaba hacia el sur a través de Shari Sudan y dentro del barrio de Suhafiyin, donde terminaba en el interior de una panadería perteneciente a un socio cercano a Al-Masri. Mediante una explosión controlada, el túnel se hundió desde el centro hasta Imbaba, llevándose consigo una hilera de bloques de apartamentos mal contruidos.

Salman, el panadero, se apresuró a meter a los hermanos dentro de una furgoneta y los condujo al otro lado del río, al este de Bulaq, donde tenían otra casa segura. En el camino, Muhammad se dirigió a su hermano:

—Rashid, tengo una misión importante que debes llevar a cabo. Nadie más ha de saber sobre esto, ¿entiendes?

Rashid asintió, pero no dijo nada.

—Quiero que recojas unas cosas de un viejo librero. El anciano es un académico, un sabio y un hombre piadoso, pero sabe demasiado para su bien. Ya te he hablado de la espada del Profeta, la llamada Al-Adb. Omar Shaltut me ha dicho que este hombre tiene en su poder la espada y otros objetos que venían con ella, además de una carta del escriba del Profeta. Planea vender todo a algún museo. Debemos impedirselo y recuperar la espada; es lo que he estado esperando. Una vez que esté en mis manos, seré califa más que por el nombre.

—Considéralo hecho. ¿Y el anciano?

—Se llama Mehdi. Mehdi Moussa. Te diré dónde encontrarlo. Mátalo. Nadie debe saber nada de esto antes de tiempo.

La muerte y la doncella

Autopista 66, norte de Israel

Una vez pasado el puesto de control, se dirigirían al noroeste en dirección a Haifa, para entrar en la ciudad por detrás del monte Carmelo.

A medida que se alejaban de los apretados edificios de Yenín, la alambrada fue apareciendo delante de ellos, con sus puertas amarillas todavía visibles bajo la luz del atardecer. Ya estaban encendidas todas las luces alrededor del puesto de control. Avanzaron despacio a través del estrecho pasillo que llevaba a la puerta. A mitad de camino el chófer detuvo el coche y los dos descendieron. A cada lado del vehículo se colocaron dos guardias de las Fuerzas de Defensa israelíes. Eran jóvenes, uno de ellos llevaba kipá y los otros tres iban con la cabeza descubierta. Cuatro hombres, ninguna mujer. Samiha suspiró aliviada: sus servicios de inteligencia habían acertado. Las soldados mujeres podían registrar a una mujer, pero los soldados hombres tenían órdenes estrictas de no hacerlo.

Mientras registraban al chófer, Samiha sostuvo en alto sus documentos de identidad junto con una carta del Misrad Ha Mishpateem, el Ministerio de Justicia de Israel. La carta la definía como una abogada digna de confianza que colaboraba en la defensa de sospechosos de origen palestino. Lo horrible de todo esto, pensó Samiha, es que era exactamente lo que había sido: una opositora a la violencia y una realista que comprendía que la cooperación y el reconocimiento mutuo, y no los atentados suicidas, eran la manera de avanzar.

El soldado a quien entregó la carta se dirigió a una pequeña garita e hizo una llamada. Dos minutos después, regresó y le entregó sus papeles.

—Dicen que puede pasar. El oficial con quien he hablado se llama Moshe Harel. Nos llamará cuando usted llegue a la reunión y cuando se vaya. Asegúrese de que su chófer permanezca dentro del edificio durante todo el tiempo.

Continuaron en silencio, y en cada tramo de carretera Samiha observaba su vida reducirse como un hilo que una tijera cortaba cada vez más pequeño.

Poco tiempo después llegaron al cruce de Meggido. Había pasado muchas veces antes por aquí, en sus visitas a los prisioneros palestinos de la enorme prisión militar cercana. Para su sorpresa, en lugar de continuar por la autopista 66 desde Meggido y el kibutz de Mishmar Ha'emek, el chófer giró a la izquierda por la autopista de Wadi Ara, que conectaba Afula con Hadera en la costa, bien al sur de Haifa.

A su derecha se extendía el entramado de verdes y marrones del valle de Jezreel, puntuado por tejados rojos y blancos (rojos en las ciudades árabes, blancos en los asentamientos israelíes). A cada lado del camino, se veían pequeñas granjas rodeadas de olivares. No muy lejos, una ciudad crecía en el horizonte.

Con más de cuarenta mil habitantes, Umm Al-Fahm era la segunda ciudad árabe

más grande en territorio israelí. Samiha había estado varias veces allí con amigos y familiares de los muchachos a los que representaba. Era una ciudad de Israel solo porque se encontraba dentro de los límites del Estado judío, aunque en realidad era un semillero del radicalismo islámico. Hoy en día, tras los ataques de los residentes al principio de la segunda Intifada, los judíos se mantenían lejos, y la guerra del Líbano solo había empeorado las cosas.

—¿Por qué venimos aquí? —preguntó Samiha—. Nos estamos alejando de nuestro camino. No deberíamos desviarnos.

El chófer se encogió de hombros, sin responder.

Pasaron frente a dos patrullas de policía, pero nadie los detuvo. Más adelante, al acercarse a la entrada de la ciudad, un *jeep* repleto de policías de fronteras pasó junto a ellos. Por un instante, Samiha sintió que el corazón le subía a la garganta. Aunque se preguntó por qué no recibirlos con alivio, aprovechar la oportunidad para entregarse y soportar la prisión antes que la muerte.

Pero comprendió que si lo que quería era rendirse, el momento había sido en el puesto de control. Ahora debía pensar en el futuro de sus hijos: el hijo de un mártir goza de privilegios, y se le entrega mucho dinero a su familia, más dinero del que mucha gente podía soñar: un pago al contado de veinticinco mil dólares más una mensualidad de por vida de trescientos treinta dólares. Y no solo eso, sino que con su muerte limpiaría su vergüenza y evitaría el deshonor que su reputación acarrearía a Nabil y Adnan. Después de todo, ¿qué otra opción tenía?

Recorrieron un laberinto de callejuelas serpenteantes donde el coche avanzaba con dificultad, adentrándose cada vez más en el corazón de la ciudad, a través de un zoco y de un enmarañado barrio residencial.

—¿Adónde me lleva? —insistió Samiha.

El chófer no respondió, pero poco después se detuvieron frente a una puerta cochera asegurada con un pesado cerrojo de metal. Esperaron hasta que la puerta se alzó y se adentraron con el coche en un pequeño patio.

—Fuera —le dijo—. Rápido.

Otra puerta se abrió en la pared del costado, y Samiha distinguió a una mujer que llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo y le hacía señas para que la siguiese.

La puerta se cerró detrás de ella, y avanzaron escaleras arriba hasta una pequeña habitación donde otra mujer, de aproximadamente su edad y en ropa interior, esperaba sentada en una silla. Llevaba un sujetador con relleno y un vestido de malla. No le sonrió al verla entrar por la puerta.

La mujer que había guiado a Samiha hasta allí entró tras ella y cerró la puerta. Parecía tener unos cuarenta años, y sus ropas hablaban a las claras de sus tendencias religiosas. Quizá su rostro había sido bello en otro tiempo, pero el descuido y las arrugas le daban una apariencia seria y avinagrada.

—Quítese la ropa y désela a Hiba —le dijo—. El cinturón también. Y tenga cuidado al quitárselo.

—No entiendo. ¿Qué sucede?

—No tenemos mucho tiempo —cortó la mujer—. Usted ya no forma parte de esta misión. Hiba tomará su lugar, e irá a la reunión en su nombre.

—Pero... —Samiha ya se estaba desabotonando la chaqueta.

—Hiba es graduada universitaria. Al igual que usted, habla con fluidez el hebreo. Ella dirá que usted ha enfermado en el último momento, presentará sus papeles, y cinco minutos después del comienzo de la reunión, hará estallar el cinturón. Los hombres que acudirán tienen todos un pasado de persecución a los guerreros de la libertad palestinos. Estaremos mejor sin ellos.

Samiha dejó la chaqueta sobre una silla vacía y comenzó a quitarse la falda. La mujer le ayudó a quitarse el cinturón. Hiba se puso de pie y, también con ayuda de la mujer, se colocó el cinturón alrededor de los muslos y la cintura. El talle era perfecto, al igual que con la falda y la chaqueta. Como Samiha, llevaba el pelo corto. En el suelo a su lado yacían una túnica y una pañoleta, y se vistió también con ellas. Era bastante guapa, pensó Samiha. ¿Tendría padres, esposo, hijos? ¿O era otra de las vírgenes de Dios, que preferían la muerte al sexo?

—Esta misión ya no le concierne —continuó explicando la mujer—. Vístase mientras le explico lo que preparamos para usted.

Samiha tembló ligeramente, en parte porque estaba casi desnuda, en parte ante la idea de lo que tendrían preparado para ella. Se puso la falda y la ajustó a sus caderas.

—Le daremos nuevos papeles. Hemos cambiado su nombre. Viajará con un pasaporte falso norteamericano bajo el nombre de Samiha Brook, una americana de origen árabe en viaje de negocios a Haifa. Más adelante le daremos todos los detalles. Un coche la llevará a Haifa esta noche, donde embarcará en el ferry de Salamis Lines a las nueve en punto. El barco debe llegar a Limassol mañana por la mañana a las ocho. En el puerto la estarán esperando para llevarla al aeropuerto de Larnaca, donde tomará el vuelo de Helios Airways hacia El Cairo.

—¿El Cairo?

—No me interrumpa. Una mujer la esperará en el aeropuerto de El Cairo. Su nombre es Fátima. No se preocupe por buscarla, ella la encontrará. Lo que suceda después, ni lo sé ni me importa. Todo el mundo estará encantado de verla partir.

—¿Y si decido quedarme en Chipre?

—La mataremos. Y mataremos a sus hijos. Ahora váyase, el coche la espera abajo.

Horario de máxima audiencia

Jack llegó veinte minutos tarde a la escuela. Pero su retraso no era un problema: todo el mundo conocía el estado calamitoso de las calles de El Cairo, sin mencionar el estado calamitoso de las mentes de algunos profesores de la Universidad Americana. Estaba tan concentrado en lo que acababa de ver que en realidad era un milagro que no hubiese tenido un accidente.

Naomi le esperaba en la oficina de la directora, en absoluto preocupada por su no aparición. Estaba leyendo su regalo de cumpleaños, un ejemplar de los *Cuentos de hadas* de Perrault con ilustraciones de Dulac. Jack se había topado con una edición original de Hodder de 1912, para su gran sorpresa en perfectas condiciones y por un precio irrisorio, en un puesto del mercadillo de libros de la plaza Azbakiyya. No era un fuera de serie, pero mientras mantuviese a su hija alejada de las banalidades de Harry Potter, Jack estaba contento.

—Parece que te ha gustado el libro —le dijo, inclinándose para besarla—. ¿Por dónde vas?

—*La bella y la bestia*. No entiendo cómo la bella puede querer al monstruo espantoso.

—Ya lo entenderás. Si no, pregúntale a tu madre: ella me ama...

—¡Pero tú no eres un monstruo espantoso!

—Claro que sí. Tú misma me lo has dicho más de una vez.

—Eso era antes, cuando era joven. Ahora soy mucho más madura, ¿no crees?

—Tienes diez años, y cuando tengas veinte, seguirás llamándome monstruo espantoso. ¿Todo ha ido bien en la escuela?

—La señorita Maxwell se enfadó y nos hizo sentar a todos sin hablar durante media hora. Fue horrible.

—Bueno, supongo que habrá tenido sus razones.

La niña hizo una mueca y guardó el libro en su cartera. Tenía el cabello largo y rubio como su madre, y al igual que ella, estaba destinada a ser una belleza. También había heredado los ojos extraños de Emilia: el iris del izquierdo era color verde mar, mientras el derecho era color aguamarina. Pero lo que más le gustaba a Jack de ella era su aplomo. Siempre iba erguida, caminaba con gracia consciente, e incluso cuando jugaba con otras niñas, nunca se perdía del todo en el juego.

—Eso es lo que dices siempre —le reprochó Naomi—. Nunca estás de mi lado.

—Lo estoy cuando es necesario. Pero tu madre trabaja con diplomáticos, así que todos debemos comportarnos diplomáticamente.

—¿Qué es un diplomático?

—Algo muy lejano para una niña de diez años. Venga, que si no mami llegará a casa antes que nosotros.

La llevó hasta el coche y condujo hasta su casa. Tres calles antes de llegar, el motor se detuvo y no hubo forma de resucitarlo. Como el depósito de gasolina estaba medio lleno, Jack dedujo que debía de tratarse del motor.

—Ven, caminemos hasta casa —dijo.

Ciudad Jardín

Emilia los esperaba, tal y como Jack había predicho.

—Llegáis tarde —dijo, dejándolos entrar—. Empezaba a preocuparme.

Jack la besó con dulzura en los labios, y ella contraatacó jugando con su lengua.

—Surgió un imprevisto. Tuve que ir a ver a alguien, era importante. Y luego el coche se estropeó. Llamaré a Jimmy Chow esta noche.

Naomi pasó corriendo, ansiosa por ver el último episodio de *Angelina Ballerina* en la televisión por satélite.

—¿Alguien que yo conozca?

—Tú conoces a Jimmy.

Jimmy Chow era un egipcio de origen chino y el mejor mecánico de coches de todo El Cairo. Tenía un pequeño taller en la calle Ma'ruf, en medio de la zona consagrada a la reparación de vehículos. Allí arreglaba los coches de todos sus conocidos, y cobraba muy poco en comparación con los grandes talleres y las franquicias. Él recogería su coche donde había muerto aquella tarde, y se lo tendría listo a mediodía si el problema no era muy grande.

—No estoy hablando de Jimmy —dijo Emilia—. La persona que viste esta tarde... ¿La conozco?

—Era Mehdi —respondió Jack—. Mehdi Moussa.

—¿El librero? Espero que no te hayas gastado todo tu dinero.

Jack negó con la cabeza.

—Y yo que pensé que podía tratarse de una mujer... Hablando de eso, ¿cómo está la exquisita señorita Mansy? ¿Ha encontrado ya a quién amar?

—No creo que el amor tenga nada que ver con esto, cariño. Supongo que sí el sexo, aunque como buena muchacha musulmana, Mansy muestra pero no entrega nada. Creo que ha descubierto que los académicos aquí ganan menos que los conductores de autobús, y lo que ella necesita en realidad es un trabajo donde haya muchas empresas, o en una compañía extranjera.

—No debería frenar tanto sus ambiciones. Podría ser una estrella de cine. Quién sabe, quizá la próxima Basma.

—Es demasiado inteligente para eso. La gente le mira el trasero y piensa que es tonta, pero de hecho es brillante, más que muchos de los estudiantes que he tenido.

—¿Y tú le miras el trasero?

—Por supuesto. Me ayuda a mantener las cosas en perspectiva. Conozco un mejor trasero con el que compararlo.

Emilia sonrió y volvió a besarle los labios. Esta vez su lengua pasó a través de la barrera de los dientes. Jack se dijo que llevaban varios días sin hacer el amor, aunque sabía que a ella le gustaba mantenerle a la expectativa.

—Puesto que no escucho gritos viniendo de su habitación, supongo que Naomi se ha enganchado a Angelina y su clase de ballet. La cena está casi lista.

—¿Algo especial?

Su esposa negó con la cabeza.

—Maryam preparó un poco de *mulukheya* con arroz y berenjenas.

—Estoy un poco harto de la *mulukheya* —dijo Jack.

—Llevamos semanas sin comer eso. Y de todos modos, es lo que quería Naomi.

Cuando *Angelina Ballerina* por fin terminó, Naomi salió de su habitación con la promesa de comida. Jack se comió la *mulukheya*, y las berenjenas le parecieron deliciosas y muy bien preparadas. Naomi tomó tres raciones de sopa, dos de arroz y una de berenjenas.

En mitad de la cena, Naomi dejó su cuchara sobre la mesa.

—Papá, ¿me llevas a McDonald's este fin de semana?

Jack la miró horrorizado.

—Cariño, ya fuiste el mes pasado. Y celebramos tu cumpleaños allí hace apenas dos semanas. El Ramadán comienza la semana próxima. Podrás comer en casa de tus amigos. Y después es Eid Al-Fitr. Entonces comerás a reventar.

—A Aisha la dejan quedarse despierta hasta tarde en Ramadán, y se levanta temprano para un desayuno especial cada mañana. Come todo lo que quiere y nadie le dice nada. Los musulmanes se divierten mucho más que nosotros.

—Cariño, cuando Aisha crezca deberá ayunar todo el día durante el Ramadán. A ti no te gustaría eso, ¿no? Sin bebida, sin comida...

—A mí me gusta el Ramadán —respondió Naomi—. Todos salimos a la calle con faroles por las noches. En la escuela cantamos *Wahawi ya Wahawi* todos los días. ¿Cuándo podremos ir por mi farol?

—¿Quieres ir con Aisha?

Naomi asintió.

—Llamaré a su madre —dijo Emilia.

La niña se puso a dar saltos de alegría.

—Si no vamos pronto, se llevarán los mejores faroles.

—No te preocupes —le dijo Emilia.

Llevaban teniendo la misma conversación cada año desde que Naomi había comprendido la existencia de la tradición del Ramadán, donde los niños salían a la calle cada noche, llevando faroles y cantando canciones tradicionales. En Londres se habría enfermado de preocupación, pero El Cairo era la ciudad más segura que conocía. Aquí los niños no eran secuestrados ni asesinados.

—Y de todos modos —dijo Naomi—, el mes pasado no fuimos a McDonald's, sino a Pizza Express. Y mi cumpleaños fue en Hardee's.

Jack no podía concentrarse en Naomi o en McDonald's por más tiempo. Su mente estaba hiperactiva, focalizada en la enormidad de lo que Mehdi le había mostrado. Todo estaba en una bolsa en su estudio, junto con la carta que confirmaba su autenticidad. La espada del Profeta. La verdadera espada, no una falsificación. Ya se había topado con supuestas espadas de Mahoma en otros lugares, algunas en Estambul y otra en posesión de la mezquita Husayn en El Cairo. Todas falsas, sin lugar a dudas. Pero lo que había visto hoy era diferente.

—¿Qué sucede, cariño? Pareces preocupado.

—¿Perdona? —Jack salió de sus ensoñaciones y observó a Emilia mirándolo desde el otro lado de la mesa, con la preocupación escrita en sus ojos—. Lo siento —dijo—. Tengo algunos problemas en el trabajo.

Decidió no decirle nada sobre la espada hasta que Naomi se fuera a la cama. Conociendo a su hija, estaba seguro de que le pediría llevar la espada a la escuela, para mostrarla a su maestra y a su clase. Se estremeció de solo pensarlo, y de pensar en la riña que seguiría después de que le dijese que no.

—¿No nos pasa a todos? —dijo Emilia—. En todo caso, te perdiste cómo las mujeres hemos arreglado todo. Tu hija y yo...

—Querrás decir «mi hija y yo»...

—Cierto. Como prefieras. En todo caso, hemos decidido ir a McDonald's el fin de semana, el sábado para ser más precisos. ¿Planeas venir con nosotras, o tienes demasiados problemas de esos?

Jack se movió nerviosamente en su asiento.

—Mehdi me pidió que analice un par de objetos...

—Dime algo nuevo... Jack, es tu hija. Necesitas conocerla mejor. Tómate libre el sábado por la noche. Será bueno para tu espíritu.

—¿Ir a McDonald's?

—No lo veas como comida basura, considéralo más bien como un momento especial con tu única hija. Esta, la que está sentada junto a mí.

—Eso significa que... —pensó con rapidez—. Sí, ya está, me quedaré mañana en casa trabajando en las cosas de Mehdi. Y el domingo prepararé mi clase. ¿Podrías...? ¿Te molestaría llevar una carta a Mehdi Moussa mañana por la mañana? Sigue estando en Al-Azbakiyya.

—Jack, eso es a pocas calles de aquí. Ya es bastante malo sufrir el tráfico camino a la embajada cada mañana. Además, ¿quién llevará a Naomi a la escuela?

—Yo la llevaría, pero el coche no estará listo tan pronto. Jimmy lo recogerá esta noche. Llamará para recoger las llaves. Pero no se ocupará de él hasta mañana por la mañana, o incluso más tarde si tiene encargos más urgentes.

—Tú ganas. Puedo desviarme por Sheikh Rihan. Quizá no sea muy complicado llegar a Zamalek por la calle 26 de julio. Pero si el coche está listo por la tarde, tú la

recogerás en la escuela y la llevarás a su clase de música.

Naomi se fue a la cama temprano. Jack quería mostrarle la espada a Emilia, pero ella se le adelantó proponiéndole que ellos también se acostaran temprano.

—Me voy arriba —le dijo—. Puedes seguirme si quieres.

Todo pensamiento sobre la espada oxidada se desvaneció en anticipación de lo que podría pasar en el dormitorio.

Emilia fue al baño a quitarse el maquillaje. Minutos después, abrió la puerta del dormitorio. Jack, que se estaba desvistiendo, alzó la vista. Estaba completamente desnuda.

—Jack —le dijo—, no me importa en qué has estado pensando desde que llegaste a casa, solo espero que sea algo bueno cuando decidas contármelo. Si se trata de la señorita Mansy, me divorcio de ti y me llevo a nuestra hija come-hamburguesas conmigo. Si han comenzado a gustarte los hombres, y Mehdi Moussa es el objeto de tus intenciones amorosas, te corto el pene y lo entierro bajo el obelisco más cercano.

»Pero mientras tanto, quisiera tu exclusiva y caliente atención durante los próximos veinte minutos o algo así. Tengo una necesidad urgente de sexo, y espero que tú también, visto lo que hay en oferta y las alternativas que se presentan. Cualquier signo de distracción, por mejores intenciones que tenga, resultará en zapatillas de felpa, un camisón grueso y algo ridículo en mi cabeza. Y crema en la cara. Perderás tu oportunidad, quizá para siempre. Ahora, ¿qué va a ser?

—Te amo —le dijo—. No soy gay, no estoy excitado por el trasero de la señorita Mansy, y llevo un mínimo de la colonia para después del afeitado de Ali. Si quieres echar un ojo, verás que tengo una gran erección en este momento, porque estás muy desnuda y eres increíblemente hermosa...

—Y sexy...

—Y te amo, y...

Emilia se abalanzó de golpe sobre él y cayeron juntos y riendo en la cama.

—Yo también te amo —dijo Emilia—. Solo Dios sabe por qué, pero te amo con locura.

Zarpas surgidas de sus peores pesadillas

Casa de los Goodrich

Ciudad Jardín

La mañana siguiente

Martes, 19 de septiembre

Pasó la mañana primero concentrado en la espada, y luego en la carta de Said ibn Thabit. Para cuando su traducción le pareció satisfactoria, tenía el escritorio cubierto de diccionarios, en su mayoría enormes diccionarios árabes compilados durante el medioevo. También utilizó ediciones de las mejores poesías islámicas tempranas y preislámicas como referencias para el vocabulario más indescifrable. Cualquier duda con la que pudo comenzar la tarea se disipó rápidamente. O la carta era una falsificación casi perfecta, o era verdadera. Confiaba en que se tratase de la segunda opción.

La inscripción de la espada al final no fue tan difícil. Era bastante simple: «Mi nombre es Al-Adb. Soy la espada del Profeta y la asesina de los infieles». Jack estaba seguro de que era genuina.

Hacia las diez y media, comenzó a preguntarse por qué Mehdi aún no lo había llamado. El librero tenía un teléfono móvil y el número de su casa, y Jack sabía perfectamente lo ansioso que estaba por conocer sus resultados. Cogió el teléfono y marcó el número, pero nadie respondió.

Llamó a la embajada y preguntó por Emilia. Quizá se había retrasado y no pudo ver al librero. Pidió que le pasaran con su oficina, pero la voz que respondió fue la de un hombre. Jack lo reconoció en seguida: era Simon Henderson, el jefe de Emilia. Se habían encontrado varias veces en los últimos años.

—¿Hola? Esta es la oficina de Emilia Goodrich. No se encuentra en este momento, pero quizá yo pueda ayudarle.

—¿Simon? Soy Jack. ¿Qué sucede, por qué no está Emilia? Se dirigía al trabajo cuando salió de aquí esta mañana.

—Hola, Jack. Escucha, pensaba llamarte, pero surgió algo importante y tuve que ocuparme. Pensé que Emilia estaría contigo, que estaba enferma o con resaca, o algo así.

—Ella nunca tiene resaca, Simon, y no estaba enferma cuando salió. Iba con Naomi. Le pedí que llevase un recado por mí, y luego debía ir hacia la embajada.

—Pues aquí no hay señales de ella.

El corazón de Jack se detuvo por un instante.

—Quizá fue directa a una reunión de la que no estás al tanto. Podría estar allí ahora.

Simon soltó una risilla corta y triste.

—Su reunión de esta mañana era una en la que yo debía estar, algo importante. ¿Has llamado a la escuela de Naomi?

—No, no lo he hecho. Tienes razón. Quizá le sucedió algo a Naomi, quizás Emilia no tuvo tiempo de telefonar. Voy a llamar a la escuela, pero quizá tenga que volver a contactar contigo en algún momento.

—Estaré aquí toda la mañana, Jack. Y si algo malo sucede, estaré todo el tiempo que sea necesario. Lo digo en serio. Ahora haz la llamada.

En la escuela no sabían nada.

—¿Qué quiere decir que no saben nada? O mi hija está en su clase, o no está.

Jack estaba al borde de perder la compostura, o de estallar en lágrimas. En su interior, sentía la ansiedad crecer como un globo.

—Espere, le paso con la señora Crane-Johnson. Es la directora. Ella podrá decirle algo. Espere, por favor.

Esperó, y con cada segundo que pasaba su mente se ponía al borde del pánico. ¿Habría habido un atentado suicida esta mañana? ¿Acaso podría no haberse enterado? Todos sus antiguos miedos afloraron como amigos traicioneros. Pensó en encender la radio, pero estaba en la cocina.

—¿Profesor Goodrich? Lamento que haya tenido que esperar. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Es... lo siento... ¿Mi hija está hoy en la escuela?

—¿No lo sabe? ¿No la trajo usted?

—¿Y por qué la llamaría si supiera dónde se encuentra? Su madre ha desaparecido, y quiero saber dónde está mi hija.

—¿Su esposa no la habrá llevado a algún lado? De compras, por ejemplo. Algunas madres son muy traviesas y se llevan a sus hijas a...

—¿Podría por favor mirar los registros, o preguntarle a su maestra, o hacer algo, coño?

Jack se sentía a punto de perder el control.

—Profesor, me sorprende su lenguaje. Nosotros no...

—Señora Crane-Johnson, puedo llegar caminando a la escuela en quince minutos, o menos. Y créame, usted no me quiere cerca de su escuela en este momento. Ahora, encuéntrela.

Jack escuchó el golpe del auricular contra el escritorio. Menos de un minuto después, la directora estaba de vuelta.

—Profesor, tengo la lista de la escuela en mis manos. He visto las entradas de esta mañana, y Naomi no ha venido hoy. Espero que la traiga más tarde.

—¿Podría mirar en su clase? Quizá llegó tarde y no figura en la lista.

La renuencia en la voz de la directora era palpable.

—Profesor, ya he pasado bastante tiempo ayudándole. Quizá no lo sepa, pero tengo una escuela que dirigir, personal y alumnos que supervisar y motivar. Si usted es incapaz de conocer el paradero de su propia hija, es su responsabilidad, no la mía.

Estoy segura de que se encuentra perfectamente bien. Organiza usted un escándalo por nada. Recuerde, estamos en El Cairo, no en Chicago.

Le llevó menos de quince minutos llegar hasta allí. La directora llamó a seguridad, pero eso era El Cairo, no Chicago, y para cuando el bedel encontró la oficina, Jack ya estaba en la clase de Naomi hablando con su maestra, una muchacha de Northampton en su año sabático llamada Janice. Esta no había visto a Naomi en todo el día, y no tenía idea de dónde podría estar. No, ningún alumno del círculo de amigos de Naomi estaba ausente sin aviso.

—¿Puedo preguntarles si saben dónde podría estar? ¿Puede señalarme quiénes son?

Reconoció a la mayoría de fiestas y salidas anteriores. Le dijeron lo que pudieron, lo cual era nada o simples fantasías. No habían planeado hacer novillos, o ir a McDonald's, o al zoológico.

Jack llamó a la embajada desde su móvil. Simon Henderson respondió de inmediato.

—¿Novedades?

Jack le explicó. Le dijo a Simon adonde había enviado a Emilia con su mensaje.

—Puedo tener a alguien allí en minutos —dijo Henderson.

—Déjame ir primero, es fácil perderse. No hay números de calle. Ven solo, y espérame junto al estanco al principio de la calle.

Colgó y regresó a la oficina de la directora. Se dijo que estaba teniendo un ataque de pánico. La señora Crane-Johnson estaba sentada detrás de su escritorio, y parecía asustada.

—Quiero su coche.

—¿Cómo? Usted no puede coger mi coche, no está asegurado y...

—Mi coche está en el taller. Pero tengo que llegar a un sitio en Al-Azbakiyya rápido, así que necesito el suyo.

—No puede tener ni mi coche ni el de nadie más. Si usted...

—Esto podría no ser nada, pero podría ser una cuestión de vida o muerte. Póngase en mi camino y le haré daño. Ahora, por favor, deme las llaves.

La directora dudó durante cinco o seis segundos, y finalmente hurgó en su bolso, extrajo las llaves de su coche y las dejó sin convicción frente a ella. Jack se acercó, las cogió y desapareció en un instante.

El tráfico era denso, pero Jack impuso su presencia y, al precio de varias rayadas y abolladuras en el Renault de la directora, llegó a Al-Azbakiyya en diez minutos.

Todo parecía normal cuando entró al callejón. Había dejado el coche en una calle cercana y continuado a pie. Caminó desde el lado opuesto de la calle, buscando con la mirada cualquier signo de problemas, aunque sin saber exactamente qué era lo que esperaba encontrar. Pasó frente a la entrada trasera de la librería de Mehdi y siguió caminando. En una calle aledaña encontró el Volvo blanco de Emilia. La llave estaba puesta en el contacto.

Llamó al teléfono de Mehdi desde su móvil, y seguía sin haber respuesta. Volvió a la puerta. Al acercarse, vio a los dos niños de la vez anterior jugando con un nuevo balón. Llamó al que había conversado con él.

—Hola, Darsh —le dijo—. ¿Cómo van las cosas?

El niño se encogió de hombros.

—Es un buen balón el que tenéis ahí. Espero que os haya quedado dinero suficiente para ir al partido del domingo.

Volvió a encogerse de hombros.

—Hoy no pareces muy conversador.

—Le he dicho a mi madre que hablé con usted. Dijo que debería tener cuidado. Dijo que vosotros, los malditos extranjeros, no sois gente de confianza.

—Darsh —dijo Jack, llamándolo por su nombre para recuperar el contacto—, ¿has visto a alguien entrar en la librería de Moussa esta mañana? Quizás una mujer con una niña... una inglesa vestida de rojo. La niña llevaba un uniforme de escuela.

Darsh reflexionó sobre la pregunta durante un tiempo que pareció eterno. Cerca, su compañero pateaba el balón contra una pared. El balón de plástico, un lujo en estos callejones, requería de mucha más habilidad para controlarlo que los fabricados con trapos.

—Sí —respondió Darsh—. Recuerdo a una mujer. Creo que había una niña o un par de niñas, no me he fijado.

—¿Hace cuánto? ¿Puedes recordarlo? ¿Una hora? ¿Dos?

Darsh observó al inglés con los ojos entrecerrados en un esfuerzo por comprender. El niño nunca había tenido un reloj, ni tampoco nadie en su familia. Las horas no significaban nada para él.

Negó con la cabeza.

—No sé —dijo—. Ahmad y yo estamos fuera desde el desayuno. Ellas llegaron un poco después. Pero no fueron las primeras clientas del anciano. Un tío entró poco antes que ellas. Uno de esos yihadíes, con barba y casquete, *galabiyya* blanca y muy engreído. Ni siquiera nos miró. Pensaba que somos basura.

Jack sintió su pecho comprimirse al punto de pensar que tendría un ataque cardíaco. Tenía que decirse a sí mismo que todo estaría bien, que seguramente habría una explicación para las ausencias de Emilia y Naomi, y para que nadie respondiese al teléfono donde Moussa. Aquel hombre sería un cliente, nada más. Quizás incluso un miembro de la hermandad sufí de Mehdi.

—¿Volvieron a salir, Darsh? Piensa bien. ¿Viste salir a la mujer y a la niña?

Darsh se encogió de hombros.

—No sé. No creo. Tuve que irme.

—Me has ayudado mucho, Darsh. Disfruta del partido. Me temo que debo irme.

Le dio la mano al niño y se dirigió hacia la librería. La puerta estaba cerrada, y por más que llamó varias veces, nadie vino a abrir.

Decidió no esperar a Simon.

Llamó a Darsh.

—Escucha, Darsh, creo que quizás algo malo le ha sucedido al anciano. ¿Me entiendes?

El niño asintió. Sabía que la aparición de un barbudo generalmente significaba problemas.

—Voy a tirar la puerta abajo, ¿vale? Mantén los ojos abiertos por mí, y si no vuelvo rápido, di a tu madre o a tu padre que llamen a la policía.

Sin dudar más, Jack lanzó su hombro contra la vieja puerta. Al tercer intento cedió. Al traspasar la puerta se entrecerró suavemente detrás de él, todavía intacta. Se mantuvo inmóvil frente a las escaleras, intentando escuchar algo que le indicase qué sucedía, pero solo distinguía la incerteza del silencio. La ausencia de sonido lo envolvía como una capa alrededor de su ansiedad.

Subió las escaleras y entró en la habitación cubierta de libros donde el sabio realizaba la mayor parte de sus transacciones. Parecía azotada por una tormenta: los muebles por el suelo, vidrios rotos, libros desgarrados y papeles por todas partes.

Mirando a su alrededor, observó que la puerta que daba a la habitación trasera estaba entreabierta, apenas distinguible bajo la luz trémula que se filtraba a través de las ventanas antiguas.

—¿Emilia? —llamó, una y otra vez—. ¿Emilia, me oyes? ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Lo intentó en árabe:

—*Ya Mehdi! Ayn anta?*

Nada. El corazón le latía como un tambor al amanecer. Algo desgarraba su estómago, algo con zarpas surgidas de sus peores pesadillas.

Se acercó a la puerta e intentó ver el interior, pero la oscuridad apenas se disipaba con la luz de la habitación donde estaba. Lentamente abrió la puerta, que giró sobre sus goznes cediendo el paso. Podía distinguir la mesa sobre la que Mehdi había colocado el cofre durante su encuentro apenas veinticuatro horas antes.

Entró. Mientras giraba para observar la habitación, le pareció que cada segundo se estiraba como los cuadros de un filme pasado a cámara lenta. Y que sus ojos se habían separado de su corazón, y su corazón del resto de su cuerpo, y en esta separación pudo ver sin ver y comprender sin el corazón, comprendiendo y a la vez no comprendiendo nada.

Emilia y Naomi yacían juntas, como colocadas allí por descuido, con sus miembros formando ángulos extraños. Darsh se había equivocado, solo había una niña: Naomi. Emilia yacía sobre la espalda, con el rostro mirando al techo y los ojos completamente abiertos. Naomi estaba boca abajo con los brazos estirados formando una pequeña cruz. Mehdi yacía varios metros más allá. Les habían cortado el cuello de lado a lado, quién sabe en qué orden, y junto a cada una de sus cabezas se extendían charcos de sangre coagulada como tres flores rojas en plena floración. La piel de Emilia ya estaba pálida, vacía de su propia sangre, y su blancura contrastaba con la alfombra persa como un ramo de azucenas sobre pétalos de rosas rojas. Naomi

había dejado caer su cartera en algún momento, sus papeles y libros nadaban en sangre, y su nombre grabado en la cartera de cuero estaba cubierto por el espeso líquido rojo.

—¿Jack? ¿Dónde estás? ¿Estás ahí dentro?

Miró a su alrededor para identificar a la persona que le hablaba. En realidad su mente estaba en otra parte, en el otro extremo del universo.

—¿Simon?

Alguna parte terrenal de su ser reconoció al hombre bajo el marco de la puerta. No se detuvo a pensar que Simon llevaba un arma en la mano y caminaba con cuidado hacia él.

—Están aquí, Simon —dijo—. No les hagas daño. No les hagas daño, Simon.

Y entonces gritó, y su mente se puso en blanco. Se lo llevaron absorto, en silencio, como alguien que nunca más volvería a hablar. Luego volvieron a entrar a la librería. Pero no se trataba de la policía de El Cairo, ni de las fuerzas de seguridad egipcias. Eran hombres y mujeres de la embajada británica, que venían a llevarse a uno de los suyos. Y a encontrar a un asesino antes de que volviese a matar.

Segunda parte

Un refugio en las montañas

Cabaña Bailebeag

Lago Killin

Escocia

Sábado, 2 de enero

Pasaron casi cuatro meses como en un sueño, como fantasmas de un futuro que llega al mundo ya sin vida. Simon Henderson se ocupó de todo. Los cuerpos fueron trasladados a Inglaterra y enterrados bajo un viejo roble en Durham, la ciudad donde Emilia había nacido. El dolor había privado a Jack de todas sus fuerzas: pudo despedirse de Emilia al identificar su cuerpo en la morgue de El Cairo, pero Simon Henderson le aconsejó no ver a Naomi, a quien le habían hecho cosas que no especificaría pero que volvían imprudente que se despidiese de ella. Aquello había dejado un vacío en él, un espacio estéril en el que se filtró una culpa insostenible, como las aguas residuales que inundan un sótano. Una semana después del funeral se despidió de los padres de Emilia y viajó hacia Londres con los suyos. Permanecieron en silencio durante el viaje, como había sido en los primeros días del luto. La muerte de su nieta los había envejecido enormemente. Este tipo de muerte, que eran incapaces de comprender, esta pérdida, era más de lo que sus viejos corazones podían soportar. Y Jack se encerró en su propia prisión de soledad, sabiendo que más allá de sus muros no había nada, y que no era capaz de vivir sin nada.

Cuando sus padres volvieron a su casa en Norwich, Jack cogió un tren hasta Escocia, en dirección norte a Inverness, y luego un autobús al sur hacia las montañas Monadhliath, donde había alquilado una cabaña con vista al lago Killin. Era el único plan que tenía, alejarse de la humanidad y encerrarse con su depresión día tras día mirando las aguas oscuras del lago. Era lo bastante profundo para que alguien se ahogase en él, y hubo días en los que Jack se paraba en la entrada de la casa pensando en la libertad que aquello le traería. Pero en el fondo sabía que lo que buscaba no era la muerte, sino liberarse de su dolor. Por las noches, la luna lo amenazaba.

Era pleno invierno, y los montes Grampianos y las colinas circundantes estaban cubiertas de una nieve densa. Jack había almacenado suficiente comida y combustible para llegar hasta la primavera, aunque por momentos se apoderaba de él una especie de claustrofobia producto del encierro prolongado que amenazaba con hacerle perder el juicio aún más que el dolor.

A las pocas semanas ya había leído todos los libros de la cabaña y escrito sus pensamientos repletos de angustia en cada trozo de papel que encontró en los cajones. La colección de discos era ínfima, y no había televisión. Cada día escuchaba Radio 3 o Radio 4, en función de su estado de ánimo. Pero la música que sonaba en la primera no le provocaba ningún efecto, y los asuntos que se discutían en la segunda lo

dejaban indiferente. Sobre todas las cosas se instalaba un manto de silencio, que después lo atormentaba a su propia manera.

La Navidad pasó sin celebración alguna. Nadie vino a la puerta de su cabaña aislada a cantar villancicos, ni a venderle pavo o pudín de Navidad. Pero estuvo despierto toda la noche, y todo el día siguiente, incapaz de controlar los accesos de llanto que se apoderaron de él hasta bien entrada la noche.

El año nuevo pasó sin que Jack notase la fecha o supiese en qué año se encontraba. De vez en cuando escuchaba las noticias, y supo que las guerras de Afganistán e Irak continuaban sin que pudiese vislumbrarse un final, que los iraníes seguían fabricando armas nucleares, y que Hamás seguía disparando cohetes a las ciudades israelíes.

Una noche poco después de año nuevo, cerca de las ocho, cuando fuera ya era noche cerrada, alguien llamó a la puerta de la cabaña. Nervioso, Jack no sabía si abrir con confianza la puerta ante un desconocido. Pero todas las luces estaban encendidas, por lo que no podía mantenerse en silencio. Cuando llamaron una segunda vez, se acercó a la puerta y gritó:

—¿Quién anda ahí? ¿Qué demonios pretende, a estas horas y de noche? ¿Qué es lo que quiere?

La voz al otro lado de la puerta sonó apagada:

—¿Jack? ¿Estás ahí? Necesito hablar contigo...

—¿Quién diablos es?

—Soy Simon. Simon Henderson, de la embajada de El Cairo. ¿Puedo pasar? Se me están congelando las pelotas aquí fuera.

Estaba a punto de enviar a Simon de vuelta cuando lo recordó en el funeral, y antes de ello la amabilidad de todos en la embajada, y cómo Simon se había ocupado de todo.

—Está bien —gritó—, pero no puedes quedarte esta noche. No tengo lugar.

—Gracias.

Jack abrió la puerta de madera lisa y lo dejó entrar.

Iba vestido con una chaqueta de plumón enorme y amarilla que le daba un aire inconfundible de hombre de Michelin. Sobre la cabeza llevaba un gorro de lana estilo escandinavo con pompones, y una bufanda le cubría las orejas. Sus manos parecían tomates gigantes dentro de unos guantes rojos de esquí. Llevaba una pequeña mochila al hombro, su rostro estaba enrojecido y su bigote rígido a causa del hielo.

Jack tuvo que hacer un esfuerzo para encajar la imagen frente a él con la del hombre que había conocido en circunstancias muy diferentes —y con ropas muy diferentes— en El Cairo.

Una vez dentro, Simon se colocó junto al fuego. A pesar de estar bien vestido para el clima que hacía, temblaba de pies a cabeza. Las montañas escocesas no perdonan, incluso a aquellos que van bien preparados.

—Podrías haber elegido un lugar más cálido —dijo Simon mientras le

castañeteaban los dientes al hablar—. Una isla griega, o el sur de Francia...

Jack se sentó en una silla al otro lado de la chimenea. Asintió, más para sí mismo que para Simon.

—En su momento pensé que era una buena idea. Emilia y yo solíamos venir durante nuestras vacaciones, sobre todo a los Cairngorms más al este. Y al oeste está Loch Ness. Una vez fuimos en busca de Nessie, y Emilia sacó una fotografía de un tronco gigantesco. Pero para ser honesto, me importa un comino dónde me encuentre. ¿Por qué debería?

—Es tu tiempo para el duelo, Jack. Espero no pasar nunca por eso, y espero poder morir sin poner a nadie en ese trance. Pero ¿cómo saberlo? No podemos controlar esas cosas.

Hizo una pausa, como dudando de sí mismo, y finalmente continuó:

—Pero quizá para ti sea el momento de comenzar de nuevo.

Jack le lanzó una mirada de enojo.

—Santo Dios, vosotros los diplomáticos podéis ser tremendamente inocentes a veces. Parece que vivierais en el país de las maravillas, con Alicia y sus amigos.

—Supongo que tienes razón. Pero no es bueno ser demasiado inocente en nuestro negocio, como podrás descubrir tú mismo. Nos ocupamos de otras cosas además de organizar fiestas en embajadas y ser condescendientes con los dictadores, y tú más que nadie deberías saberlo. Conociste bien a Emilia, y no era precisamente un personaje de *Alicia en el país de las maravillas*...

—Tienes razón, lo siento. No he hablado con nadie en mucho tiempo.

—Ya veo. No te preocupes, te volverás a acostumbrar rápido. Pero antes, ¿no tienes una cafetera en este lugar? ¿O al menos café instantáneo? Instantáneo no estaría mal...

Jack se puso de pie. Su súbito ataque de ira lo había abandonado. Simon Henderson no era responsable de las muertes de sus amadas Emilia y Naomi. Quizás había venido a decirle que habían atrapado a su asesino o sus asesinos.

—Solo tengo café instantáneo. Compré un frasco gigante de Nescafé al llegar, y apenas lo he utilizado. Todo lo que quiero hacer últimamente es dormir.

—Bueno, quizá podamos cambiar eso cuando te cuente una o dos cosas. Pero primero tomemos un café, llevo horas ahí fuera. Y hazte uno bien cargado para ti, te quiero bien despierto..., tenemos mucho de qué hablar.

El calor de la habitación comenzaba a devolver la vida al cuerpo de Simon. Se quitó la chaqueta, el sombrero, la bufanda y los guantes, y dejó que el fuego lo calentase directamente. Era un hombre alto y delgado, que muchos hubieran tomado por un arquitecto o un diseñador. Bajo la chaqueta de plumón llevaba un traje de tweed, seguramente comprado en las mejores sastrerías, como Henry Poole o Anderson & Sheppard. Como siempre, parecía estar en perfecto estado de salud y lleno de vida. Jack sabía poco de él, pero el porte de Simon hablaba de la mejor educación posible. ¿Qué lo había llevado al cuerpo diplomático?

Jack preparó dos grandes tazas de café, agregó un poco de leche en polvo y se puso en su taza varias cucharadas de azúcar.

Simon se sentó en la mesa de la cocina, y Jack se acomodó frente a él.

—Bueno —le dijo—, ¿de qué se trata todo esto?

Simon tomó un sorbo de su café e hizo una mueca ante el gusto de la leche artificial. No respondió en seguida. En cambio, removió su café, observando girar el líquido. El segundo sorbo le supo igual que el primero. Dejó la taza sobre la mesa y alzó la vista.

—Jack, tengo noticias difíciles para ti. En cierta forma, se trata de buenas noticias, pero debes prepararte a que a la vez te afecten.

Jack parpadeó. No podía siquiera imaginar qué podría haber sucedido que lo perturbase más de lo que ya estaba. Algo que había llevado a Simon Henderson a venir desde El Cairo hasta lo más profundo de Escocia.

—Comienza de una vez —espetó.

—Muy bien. Jack... Naomi está viva.

Al principio no pudo asimilarlo. Sonaba como una broma de muy mal gusto.

—Podrías... ¿Podrías repetirlo?

—Naomi, tu hija, está viva.

—Eso no es ni remotamente gracioso, capullo. Tú identificaste su cuerpo, tú estuviste en su funeral. Mi hija está muerta. No sé qué te trajo hasta aquí, no sé qué clase de juego diplomático perverso estás jugando, pero esta conversación termina aquí. Quiero que te marches. Solo vete de una puta vez y vuelve a El Cairo.

Se puso de pie de golpe, haciendo caer su silla al suelo. Hubiera preferido también destrozarse la cabeza de Simon contra el mismo suelo. Simon era un imbécil más de la alta sociedad, del tipo que había aprendido a despreciar cuando estaba en el ejército, un aristócrata que creía que Gran Bretaña todavía gobernaba el mundo, y que era su responsabilidad poner a todo el mundo en su sitio.

Simon tomó otro sorbo de café y volvió a dejar la taza sobre la mesa.

—Siéntate, Jack. Recoge tu silla y siéntate. No me voy a ningún lado, y tú tampoco.

—Dije que quiero que te marches. O juro que voy a romperte el cuello con una sola mano, cerdo.

—Si haces eso, no sabrás de qué se trata todo esto, Jack. Te lo he dicho, son buenas noticias. En general...

El control que Simon ejercía de la situación tranquilizó a Jack. En el ejército también había aprendido a obedecer órdenes, sobre todo de tipos como Henderson. Recogió la silla y la acomodó junto a la mesa.

—Ahora siéntate y escucha lo que tengo que decirte. Intenta no interrumpirme, y guarda las preguntas para después. Y tómate tu café, necesitas estar concentrado.

Jack obedeció. Pero se juró a sí mismo que si la conversación se volvía aún más estrambótica, haría daño a Henderson de verdad.

Fiona

—Jack, el cuerpo que identifiqué, el cuerpo que fue enterrado junto a Emilia, no era de Naomi —Simon alzó una mano—. No, déjame terminar. Sucedió algo terrible. El cuerpo que viste en el suelo en la librería de Mehdi Moussa, la niñita con uniforme escolar junto a Emilia, no era Naomi. ¿El nombre de Fiona Taggart significa algo para ti?

La mente de Jack hurgó entre nubarrones de confusión en busca del nombre.

—Sí —dijo—. Sí, estaba en la clase de Naomi. Se parecían bastante. Ahora la recuerdo, solía venir a casa. A veces Emilia la llevaba a la escuela cuando sus padres estaban ocupados...

Las cosas comenzaban a encajar. Pero si el cuerpo era de Fiona... Todo tenía menos sentido que nunca.

—La niña era Fiona. La razón por la que la identifiqué como Naomi fue, primero que nada, porque no había ninguna razón para pensar que la niñita que yacía junto al cuerpo de Emilia no fuese Naomi. Segundo, porque a pesar de que había visto a Naomi un par de veces, solo fueron breves instantes, y como tú dices, ella y Fiona Taggart se parecían bastante. Y lo más importante, el asesino de Fiona le hizo mucho daño, sobre todo en el rostro: estaba completamente mutilado. Por eso insistí en identificarla yo en tu lugar.

Jack lo miraba fijamente. Todo seguía sin tener sentido.

—No comprendo —dijo—. ¿Dónde estaba Naomi? Seguramente los Taggart notaron que Fiona había desaparecido...

—Ese fue el centro de la confusión: los Taggart no estaban en El Cairo, ni siquiera estaban en Egipto. La madre de Jill Taggart estaba muy enferma, pensaban que iba a morir. Habían partido hacia Inglaterra el día anterior, y dejaron a Fiona con la sirvienta, una mujer llamada Wafa. Ya lo habían hecho antes durante períodos cortos de tiempo, y no pensaban estar fuera más de una semana o diez días. Finalmente estuvieron fuera por tres semanas, y muy ocupados: primero en el hospital, luego con el funeral.

—Sigue sin tener sentido. ¿Wafa no hizo la denuncia de su desaparición cuando Fiona no volvió de la escuela?

Simon suspiró y vació su taza de un sorbo.

—Tienes razón, es lo que debería haber hecho. Pero no lo hizo. Ya sabes cómo son las cosas en Egipto. Wafa estaba muerta de miedo: sabía que si llamaba a la policía la arrestarían y la culparían por lo sucedido. A medida que pasó el tiempo, su primer error se convirtió en una gran mentira. La escuela telefoneó preguntando por el paradero de Fiona, y ella respondió que la niña se había ido a Inglaterra con sus padres. Cuando los Taggart llamaban, cosa que debo decir no sucedía con frecuencia,

Wafa les decía que Fiona dormía, o que estaba en la escuela, y ellos estaban demasiado ocupados para pensar que ocurría algo malo.

—Pero esto sucedió hace meses. ¿No hicieron la denuncia al regresar?

—Por supuesto que sí. Arrastraron a Wafa hasta la comisaría de policía, donde aún la tienen, y la historia salió a la luz. Pero nadie lo relacionó con la muerte de Naomi, no hasta hace poco. Yo tenía una copia de la agenda de Emilia, pero apenas la había mirado. Había una nota diciendo que tú debías pasar a buscar a Fiona camino de la escuela aquella mañana.

Jack lo miraba fijamente. Su cerebro casi había dejado de funcionar. No podía asimilar todo aquello.

—Cambiamos —dijo Jack—. Yo tenía que quedarme en casa, y ella fue en mi lugar. Pero no me dijo nada sobre Fiona.

—Probablemente solo lo recordó cuando ya estaba de camino. Debió de recoger a Fiona y la llevó con ella y Naomi adonde Mehdi Moussa.

—Sigue sin tener sentido. Si no era Naomi, ¿dónde demonios está Naomi?

—No lo sé. No exactamente, al menos. Lo que sí sé es que el asesino se la llevó con él. Sabía quién era. Seguramente les preguntaría sus nombres a Emilia y a las niñas. A Fiona la debió de matar porque quizá le habría reconocido, o porque podría dar una descripción de él a la policía. Pero se llevó a Naomi, y todavía la tiene.

—Pero...

—Encontramos esto en tu oficina hace un par de días. Tu secretaria no había tocado el correo. Cuando comprendí lo que le debió de suceder a Naomi, revisé todo el correo que había llegado a tu casa y a la universidad. Y encontré esto...

Le entregó un sobre por encima de la mesa. Jack lo cogió y extrajo una hoja plegada de papel azul de mala calidad, del tipo que se compra en cualquier papelería o librería de un zoco. Estaba cubierto de delgadas líneas en árabe escrito con prisas.

Professor Goodrich: Si quiere volver a ver a su hija, siga mis instrucciones al pie de la letra. Traiga la espada del Profeta y la carta de Said a la mezquita Husayn mañana y déjelos frente al mihrab. Váyase de inmediato. No mencione esto a nadie: si sospechamos que la policía se encuentra allí,

su hija morirá igual que su amiga, aunque tardará días en morir, no unos instantes.

Jack dejó la carta a un lado. Las emociones comenzaban a aflorar en él, y apenas podía controlarlas.

—Entonces está muerta. Si lo hubiera sabido... Santo Dios.

—De hecho, no creemos que esté muerta, Jack. Por un lado, tenemos una cierta idea de quiénes la secuestraron. Solo que no sabemos dónde encontrarles. Los egipcios también les están buscando, pero han desaparecido. Saben que tú todavía tienes la espada y la carta —hizo una pausa—. Por cierto, supongo que son genuinas...

—Yo... no he tenido tiempo para hacer una investigación completa. Pero estoy seguro de que la carta es verdadera. Y los objetos que me mostró Mehdi junto con la espada, además de la inscripción... Sí, estoy en un noventa y nueve por ciento seguro de que son genuinas.

—Ya me contarás más tarde. El punto es que quieren con desesperación esa espada y creen que tú la tienes, pero no saben dónde estás. Yo lo sé, tus padres lo saben, pero no lo he comentado con nadie. Entonces, te estarán buscando. Y mantendrán viva a Naomi hasta que puedan volver a ofrecerte un intercambio.

—Hablas todo el tiempo de «ellos». ¿Quiénes son? ¿Qué es lo que quieren?

—Ya te lo he dicho. Quieren la espada.

—Pues dásela.

Simon se pasó la mano por el rostro. Sabía que no sería fácil.

—No es tan sencillo, Jack. Escúchame. No sabemos con exactitud quiénes son estas personas, pero estamos haciendo conjeturas y no nos gusta lo que hemos encontrado. Los americanos nos están ayudando. Los egipcios también, pero como siempre, ellos juegan su propio juego. Antes de que te diga más, hay algo que necesitas saber. ¿Tú has firmado las Actas de Secretos Oficiales?

Jack asintió.

—Cuando estaba en el Servicio Aéreo Especial, trabajé con el MI6 en Irak.

—Bien. Entonces sabes cómo son las cosas. Yo trabajo con el MI6 en El Cairo.

—Lo había imaginado. Pero si tú trabajas para inteligencia...

—Emilia también, en efecto. Convenimos que ella nunca te revelaría su cobertura, en parte porque tus antiguas conexiones con el Servicio Aéreo Especial podrían crear un conflicto de intereses, pero principalmente porque ella tenía un acceso a la información mucho mayor que el tuyo. Emilia tenía miedo de que aquello crease una barrera entre vosotros.

—¿Mayor que el mío? ¿Cómo puede ser? Solo era tu secretaria.

—De hecho, Jack, era mi jefa. Estaba a cargo de la sección de inteligencia de la embajada en El Cairo. Yo he tomado su lugar.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Simon? Todas estas revelaciones... Primero Naomi, luego Emilia. ¿De qué se trata?

—Jack, necesitamos tu ayuda. Tenemos que encontrar a quienes están detrás de este grupo y detenerles. Ellos tienen algo que te pertenece, y tú tienes algo que ellos quieren.

—¿Cuán malo es todo esto?

Simon se puso de pie y se acercó a la chimenea. El fuego se había consumido y el ambiente comenzaba a enfriarse. Se agachó, cogió algunos leños y los arrojó a las brasas. Jack le observaba en silencio.

—Lo siento —dijo Simon—. Todavía tengo frío.

Simon volvió a sentarse.

—¿Tienes la espada contigo, Jack? ¿Puedo verla?

—No sabía qué más hacer. La guardé junto con mis cosas, todo sucedía tan rápido... Llegó junto con el envío de la embajada, igual que la carta.

—¿Entonces está a salvo?

—La he puesto en un cajón, y desde entonces no la he mirado, ni la carta —se inclinó en la silla y luego se puso de pie—. Ven por aquí.

Jack fue hasta un aparador contra la pared de la pequeña cocina.

Jack abrió el cajón y cogió la espada, que seguía dentro de su vaina. Junto a ella estaba el sobre con la carta de Said ibn Thabit. Cogió todo y lo dejó sobre la mesa de la cocina.

Jack le explicó cómo había llegado a sus manos y le contó lo que decía la carta de Said. También le dijo lo que sabía sobre el paño con franjas rojas y las sandalias de Hadramaut.

Volvieron al salón y se sentaron junto al fuego. Los leños se habían encendido y lanzaban llamas brillantes desde la chimenea. Durante varios minutos se sentaron allí, en silencio, observando cómo el fuego se avivaba. El viento entraba por la chimenea, soplando y resoplando, y de vez en cuando enviaba una ráfaga que azotaba las llamas y desprendía millones de chispas que ascendían velozmente.

Inquieto, Jack volvió a ponerse de pie y se dirigió a la ventana, abriendo la cortina y mirando fuera a través de la oscuridad y la nieve, visible gracias a la luz que provenía de la cabaña. Estaba cansado, y se daba cuenta de que su exilio voluntario estaba a punto de acabar. Simon Henderson no había venido hasta aquí, atravesando el helado invierno escocés, solo para pasar el día. Conocía bien los servicios de inteligencia, y sabía que no eran precisamente dóciles gatitos.

—Simon, ¿cómo supiste de la espada?

Simon se encogió de hombros.

—Me lo dijiste tú, Jack. Poco después de los asesinatos. Dijiste que tenías algo que pertenecía a Mehdi Moussa, una espada que había sido del Profeta, o eso

pensabas. Después de que te fueras, comencé a escuchar rumores sobre una espada. Uno de nuestros informantes nos dijo que un grupo islamista estaba haciendo preguntas al respecto. Son los que tienen a Naomi. Quieren tu espada, es lo que ponen en la carta. Lo que no dicen es por qué la quieren. La quieren para algo específico.

—¿Qué es...?

Jack volvió a sentarse. El café lo había excitado. El café y las noticias de que Naomi estaba con vida y en manos de sus captores.

Simon desvió la vista del fuego.

—Este grupo trabaja desde hace años en la más absoluta clandestinidad, y justo ahora comenzamos a comprender lo poderosos que se han vuelto. Su líder es un hombre llamado Muhammad, lo cual no nos es muy útil. Este tal Muhammad es alguien muy importante. Tiene documentos en su poder que supuestamente prueban que es descendiente del último de los califas abasíes. Pretende proclamarse el nuevo líder del islam, con el objetivo de lanzar una ofensiva contra Occidente que hará que Al Qaeda parezca un coro de niños. Pero no puede hacerlo hasta que no posea una cosa: necesita la espada, Jack. Necesita mostrarse con la espada del Profeta en sus manos. Cuando lo consiga, le lloverán seguidores desde todos los rincones del mundo islámico.

»Está ahí fuera, Jack. Hemos visto su sombra, sentido su mano, le hemos olido al cruzar su camino. Está buscando la espada, y no se detendrá ante nada para obtenerla. Si decide ordenar una nueva yihad, habrá un baño de sangre como nunca se ha visto antes.

—¿Un baño de sangre? ¿Te refieres a una campaña de terror?

Simon no respondió de inmediato. Cuando finalmente lo hizo, su voz había cambiado.

—No necesariamente. El asunto es que creemos que está intentando hacerse con un arma nuclear. Una bomba lo bastante grande como para borrar una ciudad del mapa. Posiblemente Londres, quizá Nueva York. Y eso será solo el principio.

Whisky en abundancia

Camino del lago Killin

Esa misma noche

Los años pasados en las montañas de Afganistán habían enseñado a Rashid el significado del frío. Escocia era fría, pero no tanto como las altas cumbres de la frontera afgana en el Hindu Kush y los Himalayas. Fuera de la autopista principal, la noche lo cubría todo como las alas negras de Azrael, el ángel de la muerte.

Se detuvo un instante para estudiar las huellas frente a él. Apagó las luces, descendió del coche y dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Había llegado a través de un bosque de pinos, pero ahora el camino estaba despejado frente a él. A medida que su visión mejoraba, comenzó a distinguir aquello por lo que había venido: dos pequeñas luces a lo lejos. Las luces no se movían. Concluyó que no se trataba de un vehículo. Eran las luces de una vivienda.

Decidió dejar el coche y continuar el camino a pie. Cogió unas botas para la nieve del maletero, se las calzó, y recuperó el rifle de francotirador que había traído para su misión, junto con el revólver Colt que utilizaba como apoyo.

Respiró una bocanada de aire frío de la montaña y se dijo que todo estaba a punto de terminar, y que la espada estaría en sus manos antes de medianoche. Llamaría a su hermano en cuanto la tuviera. Ya no tendrían que seguir reteniendo a la niña; Muhammad le cortaría el cuello y arrojaría su cuerpo al Nilo.

Cabaña Bailebeag

Esa misma noche

—¿Y Osama Bin Laden? —preguntó Jack—. ¿No sigue en Afganistán? Él quiere volver a instaurar el califato... ¿No tiene nada que decir sobre su nuevo competidor?

—Bin Laden está muerto, Jack. La competencia está acabada. Con la espada en su poder, Muhammad controlará cada grupo islamista radical del mundo. Ya tiene seguidores en el interior de Al Qaeda, Hezbollah, Hamás y la Hermandad Musulmana... casi en todas partes.

Simon iba a continuar, pero titubeó y finalmente guardó silencio.

Jack cogió un atizador y lo utilizó para acomodar los leños en la chimenea. Las chispas ascendían como demonios fuera del infierno. Del leño más grande comenzó a brotar savia que chisporroteaba en contacto con el fuego.

—Jack, hay algo más —dijo Simon—. No estoy seguro de si es importante o no, pero deberías saberlo de todas formas. Muhammad tenía un abuelo que estaba en

tratos con Hajj Amin Al-Husseini. ¿Te suena ese nombre?

Jack negó con la cabeza.

—¿Debería conocerlo?

—De nombre puede que sí. Era un líder palestino entre los años veinte y cuarenta, el Gran Muftí de Jerusalén.

—Sí, claro. Ya sé a quién te refieres —afirmó Jack.

—¿Sabías que Husseini se convirtió en un aliado cercano de Hitler y pasó la mayor parte de la guerra ayudando a los nazis y planeando la exterminación de los judíos en Oriente Medio? ¿Que tenía planes de construir un campo de concentración en Nablús?

—Algo de eso...

—Era de lo peor. Ayudó a organizar el golpe de Estado pronazi de Irak en 1941. Uno o dos años después, organizó una división de las Waffen SS compuesta de bosnios musulmanes que exterminó al noventa por ciento de los judíos de Bosnia. Se convirtieron en los favoritos de Himmler. Tenían su propia escuela militar, en Dresde.

»Después de la guerra, Husseini fue acusado como criminal de guerra, pero escapó a través de Suiza y Francia para terminar en El Cairo, junto con muchos otros nazis. Fue recibido como un héroe, y cuando Nasser llegó al poder, Egipto se convirtió en un refugio para muchos criminales de guerra. Claro que el propio Nasser comenzó su vida política como miembro del Joven Egipto, el mayor movimiento nazi árabe.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Husseini vivió en El Cairo hasta principios de los años sesenta. En 1951, organizó el asesinato del rey Abdullah de Jordania. Trabajó junto con sus amigos nazis difundiendo libros como *Mein Kampf* a través del mundo árabe, donde todavía sigue siendo un best seller.

—Lo sé. Lo encuentras en todas las librerías —dijo Jack frunciendo el ceño.

—El muftí nació en Jerusalén, pero estudió en El Cairo, en Al-Azhar, y tenía familia en Egipto. Al menos has oído hablar de uno de sus parientes: Yasser Arafat. Ahora, aquí está la cuestión: este tal Muhammad parece ser también un miembro de la familia de Husseini. Emilia cree que... perdón, creía que tenía relaciones con círculos nazis de El Cairo. Y todavía las tiene.

A Jack le costaba creerlo.

—¿Nazis? ¿No están todos muertos?

—No todos. Alois Brunner, el asistente de Eichmann, todavía vive en Damasco, en el hotel Meridian. Hay otros también en diferentes capitales del mundo árabe. Muchos vivieron en Bagdad bajo la protección de Saddam Hussein. Saddam fue educado por un tío suyo que fue cabecilla en el golpe pro-nazi del muftí en 1941. Husseini mismo no murió hasta 1974. El fascismo está vivo y en forma en Oriente Medio, Jack. ¿Nunca has visto una filmación de las reuniones de Hezbollah, o de Hamás, utilizando el saludo nazi? ¿Los carteles de «Dios salve a Hitler»? Emilia

pensaba que se trataba de hijos de ex-nazis todavía activos en algunos países árabes, y que el círculo que se creó alrededor de Husseini en El Cairo ya iba por la tercera generación. Y también creía que Muhammad era su gran esperanza.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó Jack.

—Porque necesitas saberlo. Tú tienes la espada. Conoces el fondo del asunto, y hablas un árabe fluido. Sabes cuidar de ti mismo, y eres más cercano a esta gente que cualquiera de la inteligencia americana o británica.

—Santo Dios, Simon, ahora solo soy un académico. Dejé de pelear hace años, y no me gustaba demasiado hacerlo. Soy un experto en textos crípticos árabes del medioevo. Soy un empollón, Simon, un insípido integrante de la academia. No puedo ayudarte en nada.

—Al contrario, eso es lo que te hace creíble. Tienes unos antecedentes perfectos. No es una fachada, se trata de una verdadera vida en las universidades, contactos reales con varios países musulmanes, y un conocimiento concreto de estas cuestiones. Quiero ofrecerte la oportunidad de vengarte de lo que le sucedió a Emilia, y de recuperar a Naomi. Quiero que seas el cebo, que todo el mundo sepa que tienes la espada. Entonces veremos quién aparece por ahí.

»Guarda la espada y la carta en un lugar seguro, Jack. Nos volvemos a El Cairo. Un alto rango de la embajada estableció una línea con los saudíes. Esa es otra de las razones por las que necesitamos la espada con urgencia.

—¿Los saudíes? No veo la conexión.

—¿No es evidente? La dinastía saudí pretende liderar el mundo islámico porque controlan las dos ciudades sagradas, La Meca y Medina. Este tal Muhammad amenaza con quitarles protagonismo, con dejarlos fuera del negocio. Incluso es capaz de llamar a una yihad en Arabia, quizá tomar el control de La Meca. De esa manera podría manejar el dinero del petróleo, y presentarse como una opción de peso. Los saudíes quieren la espada, con ella serían los líderes incuestionables.

—Pero Arabia Saudita financia al terrorismo, Simon.

—Deja que nosotros nos ocupemos de eso, Jack. Tú debes concentrarte en recuperar a Naomi.

—Entonces lo mejor será que te quedes aquí esta noche. Podemos salir mañana por la mañana.

Simon negó con la cabeza.

—Haz tus maletas ahora, Jack. No tenemos tiempo que perder. Nos vamos ya.

Un disparo en la oscuridad

Lago Killin

00:21 h

La noche descendió sobre la tierra como un manto oscuro. La única luz en aquel mundo congelado era el resplandor amarillento de la linterna de Simon, cuyas baterías se iban gastando a medida que avanzaban hacia el estrecho camino en algún punto más abajo. Jack había llegado hasta allí en el coche de su casero, y no tenía ningún medio de transporte. Llevaba una mochila a la espalda. La espada y la carta iban dentro, junto con todo lo que había juntado antes de partir: su cartera, su pasaporte y sus fotos preferidas de Emilia y Naomi.

La nieve que caía golpeaba sus rostros empujada por el viento del norte, un viento frío e implacable que traía consigo nubes de nieve desde el Ártico. El termómetro fuera de la cabaña marcaba diez grados bajo cero: no era un récord de bajas temperaturas, pero sí un clima lo suficientemente hostil para cualquiera que estuviese a la intemperie. Ambos sabían que si se perdían y se veían forzados a pasar la noche fuera, no sobrevivirían al frío.

La nieve tenía medio metro de profundidad, y más aún en ciertos lugares. Jack había cogido un par de botas de nieve y un bastón para cada uno del cobertizo donde se guardaban los equipos de la cabaña. Avanzaban con lentitud, pero sin pausa. Al principio se orientaron con la cabaña a sus espaldas, pero al poco tiempo ya no se veía nada más allá del alcance de la linterna de Simon.

De pronto, la nevada paró. Las nubes se abrieron sobre sus cabezas, y en el espacio que dejaban pudo verse la luna, dos días después del cuarto creciente, rodeada de estrellas. La luz del cielo se reflejaba en la nieve bajo sus pies. La visibilidad aumentó considerablemente, y con ella, disminuyó en ambos la ansiedad de encontrar el camino que llevaba al coche. Simon apagó la linterna.

Avanzaban con facilidad gracias a que podían ver el camino, pero la nieve bajo sus pies no era menos profunda. A cada paso se veían forzados a alzar las piernas, arrastrando pesadamente las botas de nieve. A su alrededor, los minúsculos cristales resplandecían bajo la luz de la luna.

Sin el resguardo de las nubes, la temperatura bajó de forma dramática, congelando la superficie de la nieve más reciente. Ya podían ver el camino frente a ellos, delimitado por postes clavados en la nieve. Faltaba un largo trecho para llegar al coche, pero al menos podían avanzar en línea recta.

—Simon, hay algo que necesito saber. Estabas impaciente por salir esta noche, y dijiste que no querías esperar hasta mañana. ¿Por qué demonios estamos aquí fuera, en medio de la oscuridad?

Su amigo bajó el ritmo de la marcha para recuperar el aliento.

—Tú dijiste que no tenías dónde alojarme.

—Estaba mintiendo, y lo sabes. ¿Por qué esta noche? ¿Por qué no a primera hora de la mañana?

Simon se detuvo. Su aliento se suspendía en el aire helado como algodón de azúcar.

—Vale, mereces conocer la verdad: creo que me siguieron hasta aquí. Hice algunas maniobras para despistar, intenté perderles, pero no estoy seguro de haberlo logrado.

—¿Te han seguido? ¿Quiénes?

Simon negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Alguien que quiere darme caza. Ya ha sucedido otras veces. Creo que es alguien del grupo islamista que te mencioné. Alguien con quien no queremos encontrarnos.

Apresuraron el paso. El aire helado penetraba en sus pulmones, oprimiéndolos y lastimándolos. Respiraban con bocanadas cortas. Sentían cómo sus piernas se cansaban, poco acostumbradas a caminar sobre la nieve, y sus músculos protestaban ante aquel castigo tan poco habitual. Jack sentía como si una barra de hierro comprimiese su pecho. Le dolía la cabeza, y los ojos le picaban a causa del aire congelado. Las ropas que traía no estaban pensadas para condiciones tan extremas como esta.

Llegaron al primero de los postes en la nieve. A juzgar por la inclinación del terreno, el mejor camino posible era hacia la izquierda.

—Descansemos un segundo —dijo Jack—. Tengo las piernas agarrotadas.

—No hay dónde sentarse.

—Podemos despejar un poco de espacio.

Minutos después, habían quitado suficiente nieve para dejar expuesto un círculo de tierra en el que Simon colocó una lona cuadrada que sacó de su mochila. El solo hecho de liberar el peso de sus piernas significó un alivio enorme, pero al quedarse inmóviles sus miembros comenzaron a enfriarse.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo, Jack —dijo Simon—. Si nos dormimos, estaremos muertos por la mañana.

—Cinco minutos más, y después seguimos.

Simon giró la cabeza para asentir, y al hacerlo, notó algo en el abrigo de Jack. Pasó un segundo antes de que se diese cuenta de lo que era, y entonces se lanzó sobre su amigo, empujándolo contra la nieve.

—¿Pero qué...?

Jack apenas pudo comenzar a hablar antes de escuchar un silbido, seguido del grito de Simon y la sensación de que el cuerpo del diplomático caía pesadamente sobre el suyo. Siguieron una serie de silbidos, y Jack comprendió que les estaban disparando con un rifle con silenciador.

—¿Simon? ¿Te encuentras bien?

Durante unos instantes no hubo respuesta. Luego, con un hilo de voz, Simon susurró:

—Me dieron... Quédate agachado... lo más cerca del suelo que puedas... detrás de la pila de nieve.

Jack hizo girar a Simon sobre su espalda y lo ayudó a cubrirse tras el montón de nieve. Se recostó junto a él, y al hacerlo pudo escuchar cómo otra bala pasaba silbando sobre su cabeza.

—Había... un punto rojo... sobre tu abrigo —dijo Simon—. Te estaba apuntando... con una mirilla láser. También... debe de llevar... gafas de visión nocturna.

Cada palabra surgía con dificultad a través de la sangre y el dolor. Jack estaba aterrorizado. Había participado en combates antes, pero esto era diferente. Aquí fuera, sin un chaleco antibalas o un casco, sin un arma con la que responder a los disparos, estaba indefenso. ¿Qué pasaría si Simon moría? ¿Si se quedaba solo aquí, a merced de un francotirador que le perseguía? ¿Adónde iría, qué podía hacer?

—¿Puedes decirme dónde te ha dado, Simon?

—En el costado... duele muchísimo. Tenemos... que salir de aquí.

—Déjame ver...

Recogió la linterna de aluminio.

—No... enciendas... la puta linterna... por el amor... de Dios.

—Necesito ver la gravedad de tu herida. Ya he practicado primeros auxilios bajo fuego enemigo antes.

—Esto ya excede... los primeros auxilios.

—Deja que sea yo quien lo juzgue. Utilizaré la luz de la luna. Deja que abra tu abrigo.

Ignorando las protestas de Simon, Jack bajó la cremallera de la chaqueta y la abrió. Simon se estremeció al sentir el frío golpearle el pecho como una maza.

A causa de la dificultad de movimientos, al principio fue difícil encontrar nada. Jack se sirvió de sus dedos, tanteando con suavidad. Al retirarlos, estaban húmedos y cubiertos de sangre pegajosa.

—Necesito detener la hemorragia.

Bajo el abrigo, Jack llevaba una bufanda de lana. La retiró de su cuello y la colocó sobre la herida de Simon. Quitó el cordel de su capucha, lo cortó con una navaja suiza y ató con él la bufanda alrededor del pecho de Simon.

—Tienes que... tapan el orificio de salida —murmuró Simon.

Jack se quitó el abrigo y los dos jerséis que llevaba debajo. Le castañeteaban los dientes a causa del frío punzante, se desabotonó la camisa con los dedos temblorosos y volvió a ponerse el abrigo. Le quitó la chaqueta a Simon y deslizó sus dedos por el costado opuesto de su cuerpo, a través de la sangre hasta encontrar el orificio de salida. Era una gran herida, que dejaba claro que Simon moriría si no lo llevaba rápido a un hospital.

Colocó un jersey enrollado sobre la herida más grande y lo ajustó en su lugar con la camisa, utilizando las mangas para atarlo. Comenzó a colocarle de nuevo el abrigo a Simon. Mientras lo hacía, Simon gritaba de dolor, a medida que recuperaba la conciencia tras el impacto del disparo.

—¡Santo Dios! ¡Quítamelo! ¡Me está matando!

—Tenemos que detener la hemorragia. Si pierdes mucha sangre, el frío te matará más rápido.

—Me matará... de todas formas. Escucha, Jack..., mete la mano... en mi bolsillo. El bolsillo de la derecha. Hay un arma. Cógela... y úsala... si puedes.

Jack hurgó en el bolsillo y extrajo una pistola pesada.

—Es una H&K... USP compacta... de cañón recortado. Es fácil de usar... Lleva balas de nueve milímetros... en el bolsillo izquierdo.

Jack buscó en el bolsillo opuesto y encontró una pequeña caja de municiones.

—Ya está cargada... Tú sabes... cómo usarla. En el mismo bolsillo... las llaves del coche.

Simon se debilitaba de forma notoria a cada instante.

—No te fatigues —dijo Jack—. Llamaré pidiendo ayuda con mi móvil.

—Deshazte de él... No podemos... dejar que las autoridades sepan nada.

—Tenemos que llamar a una ambulancia.

—No voy a... conseguirlo.

Se escuchó otro silbido y el sonido de algo golpeando el suelo a pocos metros de ellos.

—Se está... acercando —dijo Simon con voz ronca.

Jack sentía cómo se iba apagando, y sabía que le quedaban apenas minutos.

—Te ayudaré a ponerte de pie. Podemos conseguirlo.

—No seas... estúpido. Tienes que... salir de aquí... Vengar... la muerte de Emilia. Naomi... Debes encontrar... a Naomi. Él... quiere la espada, él... sabe que tú la tienes. Encuentra al califa. Ve directamente... a El Cairo... Llévate la espada... Encuentra a Scheherazade...

—¿Quién es Scheherazade?

—Encuentra a Scheherazade... ¡Ahora vete! —La voz de Simon recuperó algo de su fuerza—. Arrástrate lo más lejos que puedas. En cuanto estés lo suficientemente lejos, corre lo más rápido posible.

—Pero...

—No discutas..., vete. Encuentra a Scheherazade.

Jack dudó unos instantes más. Aunque enviaran un helicóptero a por Simon, nunca llegaría al hospital, y aunque logran meterle en la sala de operaciones, era casi seguro que no podrían salvarlo.

Se puso de rodillas y comenzó a arrastrarse, tirando de su mochila. Cuando comenzó a moverse, Simon dejó escapar un enorme grito de dolor y se puso de pie. Se movió durante algunos segundos, como intentando correr. Jack miró atrás una sola

vez, y pudo ver el punto rojo fatal sobre la superficie amarilla de la chaqueta de Simon. En ese instante, escuchó cómo la bala cortaba el aire helado. Simon cayó hacia atrás y quedó inmóvil. Jack siguió arrastrándose. Su abrigo era color hueso, y contra la nieve le ofrecía un cierto nivel de camuflaje.

El problema era cómo poder avanzar con rapidez en la nieve. Las botas de nieve ralentizaban sus pasos, pero sin ellas se hundiría aun más profundo. Su perseguidor llevaba gafas de visión nocturna y podía apuntarle con una mirilla láser. Tenía pocas posibilidades de llegar hasta los árboles, sin hablar del coche de Simon. El Cairo era el destino más lejano imaginable en un mundo que se había reducido a unos metros cuadrados de nieve.

A medida que avanzaba a rastras, miraba a su alrededor a la espera de que un punto rojo se posara sobre sus ropas. Una vez lo vio sobre la nieve detrás de él. En ese momento se puso de pie y se lanzó hacia delante, aprovechando la pendiente para ir más rápido. Las botas se enterraban profundamente en la nieve, haciéndole tropezar y caer varias veces. Escuchó un disparo y una bala pasó a pocos centímetros de él, o al menos eso le pareció.

De repente, en su mente surgió una idea de la nada. Sin pensarlo, utilizó la navaja suiza otra vez para cortar el cordel que corría por la parte de abajo de su abrigo y servía para atarlo. Lo quitó y se agachó para quitarse las botas, con los dedos temblando por el frío y el miedo. Con el cordel, ató las botas entre sí verticalmente y las clavó rápidamente en la nieve. Se quitó el abrigo y cogió el arma, las balas y las llaves, y las guardó en los bolsillos del pantalón.

Con la mayor rapidez posible, colgó el abrigo de la estructura tambaleante que había fabricado con las botas, con la capucha en lo alto. El frío lo lastimaba aún con más fuerza que antes, ya sin nada con qué protegerse. Si no llegaba rápido al coche, moriría de hipotermia.

Dejó el abrigo en el lugar y avanzó paso a paso, insoportablemente lento, a través de la pendiente. Al mirar atrás, distinguió el punto rojo sobre el abrigo, y luego una bala lo atravesó, lanzando el abrigo y las botas hacia delante sobre la nieve.

En el momento del impacto, la luz comenzó a cambiar. Las estrellas desaparecieron en el cielo, y momentos después, las nubes negras devoraron la luna. De nuevo era noche cerrada.

Jack sabía que la oscuridad solo lo protegería unos instantes. Las gafas de visión nocturna del francotirador pronto compensarían la pérdida de luz de la luna y las estrellas. Quizás era tiempo de hacer saber a su perseguidor que él también podía defenderse.

Cogió el arma de su bolsillo y apuntó aproximadamente en la dirección donde pensaba que provenían los disparos. No pretendía darle a nadie, sabía que no podría ni pasar cerca; solo quería decir «lárgate, tengo un arma». Para lo que sirviese.

Cerró fuerte los ojos y apretó el gatillo. Se escuchó una detonación, y por un momento Jack estuvo de nuevo en Kuwait.

El disparo resonó alrededor de Carn Easgann Bana, la gran colina por cuyas laderas bajas de la cara sur Jack descendía. El silencio lo ocupó todo. Supuso que el francotirador, si había conseguido hacerle creer que le había dado, estaría acercándose a investigar, pero que el disparo le llevaría a actuar con cautela. Sin duda encontraría primero el cuerpo de Simon, antes de aventurarse en dirección de Jack.

No quería correr el riesgo de regresar en busca de su abrigo, por miedo a perder el rumbo en la oscuridad y terminar topándose con el asesino de Simon. La realidad de lo que acababa de presenciar, de la situación en la que se encontraba de forma tan inesperada, la verdad sobre Naomi, todo cayó sobre él como un piano desde lo alto. En cierto sentido, se sentía traicionado. Traicionado y maldito, y mal amado, como si todo el universo se hubiera puesto en su contra, como si Dios o el destino o el amor lo hubiesen rechazado.

El frío había penetrado sus huesos. Temía que si tropezaba no podría volver a ponerse de pie, y que si el asesino no acababa con él, el frío lo conseguiría.

Chocó contra el primer árbol, casi perdiendo el conocimiento. Apoyándose en las ramas del pino consiguió ponerse de pie, enderezarse y recobrar un poco el aliento. Cuando retomó la marcha, pudo ver el punto rojo sobre el tronco, y parte de la corteza y las espinas saltaron por los aires cuando una nueva bala impactó. Jack rodeó el árbol y se adentró en el pequeño bosque. Si recordaba bien, eran pinos silvestres.

Colocándose detrás de un árbol y pegándose contra el tronco lo más posible, volvió a sacar el arma y apuntó hacia el lugar de donde venía. Parecía ridículo, como una escena de una mala película del Oeste, como si él fuese el Llanero Solitario, disparando con rapidez con su revólver de seis tiros mientras Tonto escrutaba el bosque en busca de una salida. Salvo que Tonto ahora yacía muerto en un charco de sangre congelada.

Estaba obligado a quedarse cerca del camino en lugar de internarse en el bosque. El coche de Simon debía de estar por aquí en algún lado, y sin él no tenía ninguna esperanza de escapar. Apuró el paso, atravesando la maraña de pinos como un toro embravecido. Podía avanzar mucho mejor bajo los árboles, donde no había caído nieve. Pero en contrapartida los pinos le dificultaban el paso, y las ramas le golpeaban los brazos y el rostro como látigos lacerantes.

Ya casi se había rendido y comenzaba a sucumbir al frío cuando vio algo delante. Simon había dejado encendidas las luces de posición para prevenir a quienes circularan sobre la presencia del coche en medio de aquella absoluta oscuridad. El todoterreno surgió entre los árboles como un puerto a lo lejos en el mar, como un refugio detrás de las olas de medianoche, un faro en la inmensidad.

El Range Rover era un modelo 2006, actualización del MkIII, un vehículo poderoso armado de neumáticos para nieve. Esto era una ventaja, aunque la desventaja era que el todoterreno miraba hacia el lado equivocado. Simon había dejado el vehículo abierto, y lo primero que hizo Jack al entrar en él fue encender el motor y la calefacción. Sin dejar de temblar y sintiendo que nunca volvería a tener

calor, colocó la palanca automática en marcha atrás y puso el pie en el acelerador. Flanqueado por el bosque, era imposible dar un giro de 180 grados, y si intentaba maniobrar le tomaría demasiado tiempo, o incluso lo dejaría en una posición más complicada aún. Mientras conducía, el interior del vehículo se fue calentando.

Unos instantes después pisó con fuerza el freno. Otro vehículo bloqueaba el camino justo detrás de él, con las luces exteriores e interiores apagadas. A cada lado del camino, el bosque se extendía hasta el borde mismo de la carretera, sin dejar espacio para que dos coches pudieran pasar. Estaba atrapado, y el hombre que había venido a matarlo ya estaba a distancia de tiro.

Un salmo gaélico

Lago Killin

Esa misma madrugada

Avanzó el vehículo unos metros y luego cambió a modo manual. Con un movimiento hábil surgido más del miedo que de la destreza, colocó la palanca en marcha atrás y aceleró a fondo. La parte trasera del Range Rover, un pesado vehículo de dos toneladas y media, se estrelló contra el coche de su perseguidor. El golpe destrozó el parachoques delantero y el radiador, y el impulso envió hacia atrás el coche, que se deslizaba por el camino a una velocidad creciente. Como tenía las ruedas bloqueadas, el vehículo que empujaba solo podía patinar por el suelo congelado. Los surcos que iba dejando el coche del asesino de Simon ayudaban a que ambos vehículos cogieran velocidad, empujados por el poderoso motor del Range Rover, un 4.4 de ocho cilindros y cuatrocientos caballos de potencia.

Las luces traseras del Range Rover todavía funcionaban, iluminando lo suficiente como para percibir los bordes del camino. Jack conducía mirando el espejo retrovisor, lanzando miradas de vez en cuando al camino que iba dejando atrás, iluminado por los faros delanteros. En ese instante se dio cuenta de lo estúpido que había sido. Buscó con una mano el mando para poder apagar las luces, intentando ahora esto, ahora lo otro. Al volver a alzar la vista, distinguió el punto rojo en el parabrisas, frente a él. Se agachó instintivamente, justo antes de oír el ruido de la bala al destruir el parabrisas.

Manteniendo la cabeza baja y sosteniendo el volante lo más recto posible, siguió buscando el mando de las luces hasta encontrarlo. Presionó una vez y los faros se apagaron. Las luces de la marcha atrás seguían encendidas, permitiéndole maniobrar con el volante. Una segunda bala pasó silbando junto a su oreja, y Jack recordó que su perseguidor llevaba gafas de visión nocturna.

Detuvo el coche en seco y buscó la palanca que abría el capó. Tras una búsqueda desesperada, sus dedos encontraron un mando en la parte derecha del salpicadero. Al tirar de él sintió algo que cedía.

Saltó fuera, corrió hacia la parte delantera del vehículo, quitó la traba y alzó el capó. Dos balas impactaron en ese momento, sin atravesarlo. Jack volvió con prisa tras el volante. Siguió avanzando durante lo que le pareció una eternidad, concentrándose solo en una cosa: empujar el coche detrás de él en línea recta. El capó servía como escudo, rechazando los disparos del rifle que se iba alejando en la distancia. El interior del Range Rover estaba cubierto de pequeños fragmentos de vidrio del parabrisas, e incluso su propio cuerpo estaba salpicado de esquirlas. Podía sentir las pinchándole la parte superior del cuerpo, amplificando el agujijoneo del frío que ahora entraba con furia a través del parabrisas roto.

Cuando volvió a mirar a su alrededor, los árboles habían desaparecido. Poco después, la superficie de la carretera cambió de blanda a dura. Cuando Jack presionó con suavidad el freno, el coche que iba empujando siguió avanzando solo. Ya sin la protección de los árboles, la nieve en la carretera fue frenando los coches y al fin Jack detuvo el Range Rover unos metros fuera del camino. Creía recordar que allí había un sembrado de nabos. El otro coche avanzó todavía unos diez metros más antes de parar por completo.

No había tiempo que perder. Con la pistola en la mano, salió del Range Rover y fue hasta el otro coche. Con cuatro disparos destrozó los neumáticos. Al fin, pensó, tenía una oportunidad.

Majó el capó y volvió a sentarse al volante. Regresó al camino y giró a la izquierda con los faros de carretera encendidos. Sabía dónde encontrar ropa y un coche con el que conducir los cuarenta kilómetros hacia el norte que le separaban de Inverness. Avanzó despacio para disminuir la fuerza del viento helado que entraba por el espacio que antes había ocupado el parabrisas.

La casa de Angus Gilfillan quedaba a un kilómetro pasado Whitebridge. El anciano y su mujer eran los cuidadores de la cabaña Bailebeag. Pese a las nevadas, rara vez habían fallado en traerle provisiones y limpiar todos los rincones del lugar. Le ayudaban a complementar su alimentación con huevos, leche y mantequilla, a los que Ailsa añadía galletas y tartas que horneaba ella misma. Pero aquella generosidad solo se aplicaba al ocupante de la cabaña: los Gilfillan eran una severa pareja protestante que cantaba salmos métricos gaélicos una vez por semana en una pequeña iglesia de Inverness, y buscaban las vías del Señor en un mundo que había cambiado más allá de lo imaginable.

Jack llegó a apreciarlos mucho en los pocos meses que llevaba viviendo en la cabaña. Eran amables siempre y sin excepción, preocupados en todo momento por su bienestar, y más aún desde que le habló a Ailsa de Emilia y Naomi y les mostró las fotografías de sus amores asesinados. Al principio había sido reacio a hablar de ello, pero una paciente Ailsa, sintiendo que algo le sucedía, se había abierto a sus secretos poco a poco con una habilidad que superaba la de cualquier terapeuta. Una vez que Jack finalmente se abrió ante ella, la utilizó sin vergüenza como confidente, liberándose de sus agonías, agonías que nunca dejaban de ser horribles, pero que acompañadas de la naturaleza tranquila e impasible de la mujer, en cierta manera dolían menos.

Angus era el compañero silencioso, que nunca se lanzaba a conversaciones banales. Pero a su manera, el anciano había sido casi de tan gran ayuda a Jack como su esposa. Al igual que ella era imperturbable. Lo poco que decía era en general profundo y siempre sabio. Por alguna razón, hacía pocas referencias a la Biblia y a Jesucristo, como si reconociese que la religión más cruda pudiese alienar al inquilino de la cabaña». Su propia vida había sido difícil, pero parecía haber pasado por la pobreza y el trabajo duro sin una sola cicatriz.

Los Gilfillan nunca habían ido al cine, nunca habían tenido un equipo de música, nunca habían visto la televisión, ni ido al teatro, ni escuchado música sacra, ni perdido el tiempo en algún juego de mesa o en el Monopoly, sin hablar de juegos de azar; nunca habían tomado vino o whisky, y jamás habían leído una novela o un poema que no fuese de Robert Burns. Eran, a su manera tranquila, fanáticos, viviendo unas vidas más cercanas a la época de la Reforma que al presente. Y sin embargo, un acto de terror hubiera sido para ellos tan inimaginable como el adulterio o la idolatría.

Cuando Jack llamó a su puerta eran algo así como las tres de la mañana, y la noche aún era negra como el alquitrán. Odiaba tener que despertarlos y, suponía, asustarlos también. ¿Pero qué otra opción tenía? Cualquier otra persona, por mejores intenciones que tuviese, habría llamado a la policía, y eso era lo último que Jack quería en aquel momento.

Varios minutos después de llamar a la puerta, Jack escuchó la voz de Angus, desafiante aunque más intimidada de lo que jamás la había oído.

—Soy yo, Angus, Jack Goodrich, de Bailebeag. Por el amor de Dios, déjame entrar.

Se escuchó el sonido de una llave girando y del pestillo que se corría. La puerta se abrió y Jack vio a Angus, con sus finos cabellos blancos revueltos como si hubiese recibido una descarga eléctrica en aquel instante. Los ojos adormecidos del cuidador se abrieron grandes hasta parecer del doble de su tamaño original.

—¡Jack Goodrich! Santo cielo, ¿qué te trae por aquí en medio de la noche? —Hizo una pausa repentina—. Pero mírate, hombre, el estado en el que te encuentras. Debes de estar congelándote. Entra, entra. Atizaré el fuego y Ailsa te traerá un poco de agua caliente.

Jack no discutió. Tenía que recuperar la temperatura de su cuerpo antes de congelarse, o peor aún.

Angus lo llevó hasta el pequeño salón y colocó una silla justo frente al fuego. Había comenzado a apagarse durante la noche, pero Angus cogió el atizador junto a la chimenea y volvió a encenderlo, agregando carbón nuevo de un cubo.

—Estará listo en unos minutos. No te sientes muy cerca, no te hará nada bien caer dentro.

—¿Puedes cerrar las cortinas, Angus? No dejes que escape nada de luz al exterior. Y haz lo mismo en el piso de arriba si tienes encendidas las luces de la habitación.

Angus se quedó mirándolo varios minutos, y finalmente se volvió y subió la escalera. Su esposa ya estaba sentada en la cama, sospechando que sucedía algo serio.

—¿Qué ocurre, Angus? —le preguntó en cuanto entró en el dormitorio—. ¿Se trata del pobre Ian Stuart? ¿Finalmente el cáncer le ha ganado la partida? ¿Es Jean quien llama a la puerta?

Angus le contó lo que sucedía.

—El pobre diablo está a punto de morir congelado —dijo Angus—. Corre el riesgo de perder los dedos de los pies y de las manos si no hacemos algo rápido.

Prepararé un baño y le meteremos dentro antes de que el frío llegue más profundo. Mientras hago eso, lo mejor será que reces por él. Esta noche Jack necesita a su Creador, eso es seguro.

Ya habían cerrado las cortinas antes de acostarse, pero para estar seguro, Angus las ajustó más aún. No tenía idea de por qué debía hacerlo, pero el profesor había insistido en ello.

Ailsa, una mujer delgada dentro de su pesado camisón de franela y con los cabellos grises cubiertos por una gorra lisa de algodón, miraba fijamente a su esposo.

—Rezaré mientras preparo una tetera bien caliente para que se la beba al salir del baño. Asegúrate que no se quede dentro más de quince minutos. Y lo mejor será que le busques ropas secas para que se ponga mientras corre el agua.

—Va a necesitar más que un té, mujer, si tiene el estómago vacío, cosa de la que estoy seguro. Podría comer algo caliente también, quizás unos huevos. Una tortilla francesa con queso le vendría muy bien.

Media hora después, Jack estaba bañado, alimentado y sentía el sueño instalarse. Pero la idea de dormir le aterraba. Sabía que si se dormía en aquel momento, cualquier cosa podría suceder. ¿Y si el asesino lo había seguido hasta allí? La nieve había dejado de caer hacía tiempo, y las huellas del todoterreno serían inconfundibles.

—Debo irme —dijo—. Tengo que llegar a Inverness esta misma noche.

—Hombre, debes estar de loco. Ten, bébete este whisky. Es enteramente medicinal y lo guardamos en esta casa con ese único propósito.

—Ya he tenido suficiente whisky por esta noche, gracias.

—¿Es eso lo que sucedió? —preguntó Ailsa, preocupada por saber cómo aquel extraño inglés de la cabaña Bailebeag había llegado hasta su casa temblando, medio desnudo y en aquel estado pasadas las tres de la mañana—. ¿Estuviste ahogando tus penas en alcohol?

—Ya he pasado esa etapa, Ailsa.

—¿Por qué simplemente no llamaste para conversar?

Los miró a ambos, preguntándose en qué los habría metido, sin que ellos supiesen nada. Eran gente frágil y de buen corazón, personas simples cuyo conocimiento del mundo era muy limitado. ¿Cómo podrían siquiera comenzar a comprender miedos como este, los espacios vacíos del odio, los deshechos de la desilusión, el mundo convertido en un enemigo, abandonado por Dios, más allá del alcance de su fe y sus plegarias?

—Un hombre está intentando matarme —dijo, preguntándose cómo suavizar lo que había dicho. Tenían derecho a saber, pensó. Él había traído este problema hasta ellos. Está allí fuera, en algún lado. Es probable que se trate de la misma persona que mató a mi esposa, y ahora me he enterado de que secuestró a mi hija. Ya ha matado a alguien esta noche, y pretende hacer lo mismo conmigo, si me encuentra.

Ni por un segundo sus interlocutores se mostraron incrédulos. Ni Angus ni Ailsa

habían dicho una sola mentira en toda su vida, y no ponían en cuestión lo que Jack acababa de contarles.

Angus se puso de pie.

—Voy a llamar a los polis. Pueden enviar a alguien desde Augustus o Inverness, y estarán aquí en menos de lo que canta un gallo si los llamo ahora.

—Siéntate, Angus. Y tú también, Ailsa. Si llamáis a la policía, este hombre los matará antes de dejarse coger con vida. Es un tirador experto, y completamente despiadado. Tengo algo en esa mochila tan importante para el que me perseguirá de un lado a otro del mundo hasta conseguirlo. Debo llevarlo de vuelta a El Cairo, de donde proviene. Debo evitar que siga matando gente.

Jack se puso de pie y fue hasta la ventana, corriendo apenas un poco la cortina. Fuera, todo seguía oscuro. No vio ningún movimiento, pero tampoco esperaba verlo. No todavía.

—Si la policía interfiere quedaré atrapado en sus investigaciones, y las muertes continuarán. Quizá pueda hacer algo para detenerles, si tan solo consiguiera salir de aquí a salvo y dejar el país sin que me arresten.

Ailsa susurró una corta plegaria antes de hablar:

—¿Estás intentando decirnos que has hecho algo que la policía podría considerar... un crimen?

Jack negó con la cabeza.

—No, pero he sido atacado y casi me matan. La policía no comprenderá qué fue lo que sucedió exactamente esta noche. Hay un hombre muerto, y si lo investigan, descubrirán que trabajaba para el servicio secreto británico, que seguramente vosotros llamáis MI6. El hombre que lo mató es un terrorista. Puede llevar años a la policía resolver el asunto, y mientras hacen eso, las muertes continuarán con la misma seguridad con la que el día sigue a la noche. Si este hombre pone sus manos en el objeto que llevo en la mochila, miles de personas morirán.

Hizo una pausa, y los Gilfillan no dijeron nada. Los había traído a este mundo sin consultarles, y el mundo les era tan ajeno como su iglesia lo era para él.

—Necesito tomar prestado vuestro coche, y deberéis ayudarme a esconder el Range Rover en el que he llegado aquí. Si conocéis un lugar donde nunca nadie pueda encontrarlo, mejor aún.

—¿No puedes conducirlo tú mismo?

—El parabrisas está roto. Dejaré vuestro coche en el aparcamiento del aeropuerto de Inverness. Os llamaré en cuanto pueda y os diré la ubicación exacta. Sé que es una gran molestia para vosotros, pero no puedo perder más tiempo. ¿Podréis ayudarme?

Miró a su alrededor, dejando la cortina bien cerrada de nuevo. Los ancianos estaban sentados con las cabezas gachas. Angus rezaba, primero en una voz suave, y finalmente en voz alta, pidiendo a Jesucristo que mantuviese a Jack a salvo, pidiendo a Dios que castigase a los asesinos y terroristas. Cuando terminó alzó la vista. Siglos de resistencia presbiteriana ante la adversidad brillaban en sus ojos.

—No hay mucha gasolina en el depósito —dijo Angus—, pero servirá para llegar hasta Inverness. ¿Adónde irás después?

—Lo mejor será que no os lo diga, por si la policía pregunta. Hay un cadáver allí en el bosque, pero si sigue cayendo nieve, quizá siga ahí hasta la primavera.

—Seguramente no hablas en serio —exclamó Ailsa—. Sería un pecado terrible dejar a un ser humano allí fuera todo ese tiempo, sin ser enterrado.

—Si lo deseas, reza por él. Yo contactaré con su gente, y sin duda enviarán a alguien para que se lo lleve.

—Si hacen eso, esperaremos —intervino Angus—. No puede pasarle nada malo mientras esté allí congelado. Cogemos su coche y lo enviaremos al fondo del lago Ness antes de que amanezca. Iré hasta Foyers, las aguas son muy profundas allí.

Jack sonrió por primera vez desde que buscó refugio en aquella cabaña, casi una choza, en verdad. El lago Ness tenía una profundidad promedio de doscientos metros y podía devorar todos los Range Rovers del mundo sin siquiera un hipido. Esperaba que a Nessie no le importase.

Mientras Angus arrancaba su viejo Volvo para calentar el interior, Jack condujo el Range Rover fuera del camino. En la parte trasera de la casa había una vieja construcción que en su tiempo había servido de establo, y el todoterreno cabía dentro sin ningún inconveniente. Angus le prometió que se lo llegaría luego. Al encontrarse tan al norte, el sol no saldría hasta casi las 8:30. Foyers no quedaba lejos, tenían bastante tiempo. A Jack le preocupaba que hubiese más de un asesino allí fuera, pero no dijo nada para no alarmar a los Gilfillan más aún de lo que estaban.

Quería abrazarlos, pero eran demasiado severos para eso. Después de todo, Jack había vivido varios años en Egipto, deshaciéndose de la clásica modelación inglesa. Ellos, por su parte, habían pasado horas de pie en iglesias congeladas entonando los espeluznantes salmos del norte: darse la mano era el máximo nivel de intimidad que se permitía en aquellos lugares, e incluso fuera de casa se aferraban a aquellos principios. Ailsa le entregó un paquete de bocadillos de queso que había preparado en la cocina, junto con un termo lleno de té con leche y azúcar.

—Que Dios te acompañe —dijo Angus.

Ailsa repitió la bendición en gaélico.

Jack se sentía embargado por la emoción, conmovido por su sencilla gentileza. Esperaba que su Dios se ocupase de ellos como se merecían.

—Quedaos dentro —les dijo—. No abráis la puerta a nadie. Cuando os hayáis deshecho del coche, buscad una excusa para visitar amigos o parientes. No volváis por una o dos semanas. Todo se calmará, pero es mejor no correr riesgos innecesarios.

Le prometieron que serían cuidadosos, que todo iría bien, y que Jesús les protegería del peligro. Jack partió con sus voces amigables aún resonando en sus oídos y varias capas de ropa de Angus sobre el cuerpo. La amenaza de congelamiento había pasado, y aunque aún sentía dolor en los dedos, la inmersión en agua caliente

parecía haber funcionado.

Clavó el pie en el acelerador y condujo por el camino hacia Inverness.

Una luz en la oscuridad

Lago Killin

Más tarde en la madrugada

4:55h

No había transporte público en el lado este del lago. Por eso Angus y Ailsa Gilfillan tenían su viejo Volvo, que utilizaban para transportar equipos y miembros de la iglesia de un lado a otro. Pero esta mañana el Volvo estaba en manos de Goodrich y bajo la protección de Dios, y a Angus no le quedaba otra alternativa que caminar los cinco kilómetros que separaban su casa del lugar donde había abandonado el Range Rover. Todavía estaba demasiado oscuro para poder ver algo más allá de su nariz, pero conocía bien el camino y tenía consigo su vieja linterna Ever Ready para volver a salvo.

Hizo lo que el profesor le había pedido, convencido de estar haciendo lo correcto, aunque le parecía impío y criminal desperdiciar un coche tan caro. Las riberas empinadas de Foyers le habían permitido enviar el todoterreno lo más al fondo posible del lago tan cerca de la orilla. Había dejado el motor en marcha con el freno de mano quitado, y colocó una pesada piedra sobre el acelerador antes de saltar del vehículo mientras este cogía velocidad y se dirigía directo al lago. Sin duda sería un juguete perfecto para el monstruo del lago Ness allí abajo. Angus nunca había dudado de la existencia de Nessie, aunque él y sus compañeros rekabitas habían debatido largamente sobre sus orígenes y su lugar en el mundo del Señor y concluido que se trataba de una criatura del demonio. Lo mejor era dejarla en la prisión estigia donde nadaba desde los primeros días de la Creación.

Durante el último kilómetro sus fuerzas comenzaron al fin a flaquear. Todo lo que quería ahora era llegar a casa y comerse un buen plato de gachas.

Al principio le pareció extraño ver una luz frente a él, pero luego se dio cuenta de que debía de provenir de su propia cabaña. ¿Acaso el profesor Goodrich no les había dicho que cerrasen bien las cortinas? Pensó que Ailsa habría dejado la luz encendida para guiarle de regreso en la oscuridad. Se daría prisa y cerraría bien las cortinas otra vez.

Ailsa estaba sentada en una silla de respaldo alto en la cocina, y un extraño estaba de pie detrás de ella apoyando una pistola en su sien. Estaba aterrorizada, Angus podía notarlo, y no era sorprendente. Movía los labios en silencio, rezando, y Angus notó que su vejiga había cedido y se sintió avergonzado y furioso contra aquel hombre. Quería hablarle a su esposa, tranquilizarla, decirle que todo iría bien, salvo que nada podría ir bien nunca más.

Se sintió extrañamente reconfortado al ver al hombre allí, sus ojos como los de un zorro al acecho, brillantes y malvados, tan llenos de odio como los suyos estaban

lentos de amor, porque significaba que no se había equivocado en ayudar a Jack Goodrich, y que no había cometido ningún crimen al enviar aquel enorme coche al fondo del lago Ness. En lo que sí se había equivocado fue en dejar a Ailsa desprotegida mientras él no estaba en la casa. Ahora un hombre sostenía un arma contra su cabeza, un hombre que ya había matado a alguien esta noche. Si debía creer al profesor, era una especie de agente secreto, cosa que resultaba evidente. El pistolero estaba vestido con uno de aquellos enormes abrigos que se vendían en Inverness, como un edredón con mangas y capucha.

Podía oler algo en el aire helado, el té y la comida recalentada de antes. Ailsa debía de haber ofrecido comida al extraño, al verle llegar con frío y hambre, o quizás él había sacado el arma desde el principio, ordenándole que lo alimentase. Angus no tenía armas, y no podría haber usado una para matar a alguien. Salvo quizás ahora, que veía a Ailsa amenazada y los ojos de aquel hombre, tan fríos, posados sobre él.

El extranjero debía de ser un gitano, o un árabe, o un italiano, pensó Angus, intentando desesperadamente relacionar al asesino con el mundo que conocía. Recordaba que Jack Goodrich había vivido en Egipto, y que su esposa e hija fueron asesinadas allí. Bueno, al menos la esposa, ahora parecía que la hija había sido secuestrada. Y el profesor Goodrich pensaba que se trataba de este hombre.

—¿Podría usted explicarme qué es lo que hace con esa arma en su mano tan cerca de la cabeza de mi esposa?

El pistolero lo miró como buscando una excusa para apretar el gatillo o para dirigir su arma contra el anciano en cuya casa había entrado por la fuerza.

—Dígame dónde está, adónde se ha ido. Su esposa me ha enseñado la casa, y he comprobado que ya no está aquí. Si no me dice la verdad, la mataré. No estoy simulando, ya he matado muchas veces, y su muerte solo será una más para mí. Juro ante Dios que la mataré. Dígame adónde se ha ido.

Angus sintió una gran calma mientras hablaba. Dios estaba con él, pensó, como debía ser en estos momentos.

—¿Adónde ha ido quién? Solo estamos Ailsa y yo aquí esta noche.

—Se ha levantado muy temprano para ser alguien que ha estado con su esposa toda la noche.

—Esta es una región agrícola. Nos levantamos temprano como el Señor lo indica. Está asustando a mi esposa.

—Dejaré el arma si me dice adónde se ha ido Goodrich. Quizá decida no dispararle, quizá le haga daño primero. Si me miente, le haré daño a ella. ¿Quiere vivir con eso en su conciencia, anciano?

—Usted se equivoca. Nadie con ese nombre ha estado aquí esta noche. Nadie salvo ella y yo.

—Seguí sus huellas hasta aquí, las huellas que dejó el coche que... —hizo una pausa, buscando incriminar a Jack— el coche que me robó. Usted ha dado refugio a un criminal, a un loco. Solo dígame dónde está.

—Yo también he visto las huellas, señor. Allí fuera, es normal ver huellas. Están allí en el camino, pero no sé adónde se dirigen. Hay muchos caminos por aquí.

—Se dirigió hasta aquí primero. Las huellas llevan hasta su casa.

—Esas son mis propias huellas. He cogido el coche y lo he dejado donde un amigo. He caminado de regreso a casa, como casi todos los días.

—Le he dicho que la heriría si me mentía. Voy a tener que darle una lección.

De repente el hombre cogió a Ailsa por la muñeca y tiró de ella, ignorando sus protestas, hasta el lado opuesto de la cocina. Se colocó junto a la estufa.

Cuando Ailsa le había preparado té en un vano intento de tranquilizarlo y hacerle hablar, el asesino la había visto colocar la tetera en el hornillo. Dejó su arma a un lado y encendió el fuego al máximo. Las llamas azules y amarillas comenzaron a saltar.

Cogiendo a Ailsa por el antebrazo, llevó su mano hasta el fuego y la mantuvo allí. Ella gritó una y otra vez, y el aire se llenó de un olor a carne chamuscada. Mantuvo allí su mano hasta que la piel se fue volviendo primero roja, después negra. Angus hizo un movimiento hacia ellos, pero el extranjero ya tenía el arma en la otra mano y apuntaba directamente a la cabeza de Ailsa.

—¡Le diré dónde está! —gritó el anciano, en un intento desesperado de evitar más dolor a su querida esposa.

—¡No le digas nada! —gritó Ailsa, luchando contra el dolor hasta que la abrumó por completo. Unos instantes después, se había desmayado.

El asesino retiró la mano del fuego y la dejó caer al suelo inconsciente.

—Lo mejor será que hable ahora, mientras todavía está a tiempo de llevarla al hospital —dijo—. Goodrich no significa nada para usted. No es su amigo, ni es de su familia. Dígame adónde se ha ido.

—Usted ya sabe bastante —respondió Angus, lleno de preocupación por Ailsa. Llevaban casados casi cincuenta años, y sus propias manos hormigueaban por el dolor de la de su esposa.

—Conozco la dirección, pero es demasiado tarde para alcanzarle ahora. Debe de haberles dicho su destino final.

—¿Por qué me diría eso? Escuche, ha herido a mi esposa, sus quemaduras son graves. Déjeme llamar a una ambulancia.

—No será necesario —dijo el asesino.

Volvió a colocar el arma en su mano derecha, apuntó hacia Ailsa y le disparó en la cabeza. Su cuerpo se sacudió con violencia y luego quedó inmóvil.

Angus estaba en estado de shock. Su Dios lo había abandonado, la promesa de una vida entre rezos y envuelta de salmos y sermones se había roto y yacía sin vida en el suelo de la cocina como su esposa asesinada.

—Lo mejor será que me mate a mí también —dijo Angus—. Porque no pronunciaré más palabras que las necesarias para pedir a Dios que maldiga su alma. Arderá en el infierno por lo que ha hecho, y ni Dios ni yo tendremos la más mínima

piedad con usted.

A un kilómetro de allí, en su lecho de muerte, el viejo Ian Stuart yacía completamente despierto, roído por el cáncer. A su lado, su esposa Jean le cantaba viejas canciones: *Mo Shuil Ad Dheidh, Mi amor es como una rosa roja, roja y ¿Ya no volverás?* Eran canciones que habían conocido cuando eran novios. Ahora él se estaba muriendo en su cama, con sus cabellos blancos largos sobre la almohada, que no quería que le cortase y que nunca más le volvería a cortar.

El segundo disparo resonó en el aire de la mañana. Jean se preguntó quién podría estar fuera a esta hora. Más temprano ya había escuchado otros disparos, pero estaba demasiado oscuro aún para poder ver un conejo o una liebre. A menos que se tratase de uno de esos cazadores furtivos que tenían cosas con las que podían ver por la noche... Lo que le extrañaba era que no habían sonado como los disparos de un revólver. ¿Quizás una pistola? ¿Era eso lo que se usaba hoy en día?

Jean finalmente se puso de pie y descendió la escalera. Le gustaba tomar un té y unas galletas digestivas a esta hora de la mañana. Más tarde prepararía otra tetera para la enfermera, la joven Mary McGregor, que llegaría dentro de una hora. Esperaba que Mary trajese consigo la morfina. Su esposo la necesitaría antes de que el día terminase.

Preparó una bandeja para ambos, con servilletas y blondas, como era su costumbre. Galletas para él, bizcochos de avena para ella. Más tarde tomaría un desayuno completo, cuando Mary estuviese aquí.

El agua acababa de hervir cuando llamaron a la puerta. Se arregló los cabellos y fue a abrir, preguntándose quién podría ser a estas horas. Quizás el pequeño ángel de la misericordia de Ian había llegado más temprano de lo esperado. ¿Quién más podía ser, después de todo?

Tercera parte

Los vientos del Paraíso

El Cairo

Lunes, 4 de enero

8:45 h

Muhammad Al-Masri estaba tenso a causa de la excitación. Pocas horas antes, su hermano le había dicho que al fin había dado con el inglés, siguiéndolo como un zorro del desierto hasta su guarida. La espada estaría en sus manos en cualquier momento, y pronto se correría la voz de que el califa, la sombra de Dios en la tierra, estaba vivo. Con la espada en la mano, lanzaría la última yihad contra el poder establecido.

La puerta se abrió y un niño pequeño entró en la habitación. Era un muchacho de estatura normal, de unos doce años de edad, cabellos color negro azabache y orejas que sobresalían a ambos lados. Llevaba puesto un uniforme escolar azul una talla más grande, en el que se sentía claramente incómodo. Su nombre era Farid, y se había ofrecido como voluntario para ser mártir. Había llegado a El Cairo desde Gaza, donde los niños se ponían falsos cinturones-bomba desde los cuatro años, no para jugar, sino para acostumbrarse a la idea de llevar los verdaderos cuando les llegase el momento.

Al-Masri lo recibió con una gran sonrisa.

—Farid, te ves muy bien con tu nueva ropa —le dijo.

Farid lo miró sin ninguna expresión en los ojos.

—Si tengo que morir, señor, quiero morir como un musulmán, vestido de musulmán.

Al-Masri negó con la cabeza y volvió a sonreír.

—En el momento en que entres en el Paraíso, Dios sabrá que eres un musulmán, Farid. Muchos otros llevan ropas de musulmán, pero tienen corazones de no creyentes. Tú tienes el corazón de un verdadero musulmán, el corazón de un *muhajid*, de un mártir. El Profeta en persona estará allí para recibirte. Los ángeles te cantarán alabanzas durante toda la eternidad.

Farid, que llevaba oyendo hablar del Paraíso desde que tenía memoria, llevó la conversación a un ámbito más terrenal:

—¿Qué pasará con mis padres, señor? ¿Alguien se ocupará de ellos? ¿Y de mis hermanos y mi hermana?

Al-Masri asintió. Ocuparse financieramente de las familias de los mártires era una práctica habitual.

—Por el resto de sus vidas. Tienes mi palabra.

Farid sabía que sus hermanos mayores Walid y Nasser, y su hermana de catorce años Fátima, quien pronto se casaría, estaban a su vez alistados entre los futuros mártires de Al-Masri. Pensó en la felicidad de reencontrarse con ellos en el Paraíso.

—¿Ya es la hora? —preguntó, temeroso de que el valor comenzase a fallarle.

Al-Masri miró su reloj de pulsera.

—Sí —respondió—. Ya es la hora.

Farid sintió el viento fresco del Paraíso avanzando hacia él. En pocos minutos, llevaría a cabo la transición de ser humano a mártir. El propio califa le había dicho que era como inspirar una vez en este mundo y la siguiente en el Paraíso. Que era más fácil que dar un paso de un lado a otro de una línea recta. En menos de un segundo, su carne sangrante y pulverizada resucitaría en el cuerpo inmortal de un mártir, el cuerpo del Paraíso. En un palacio celestial, ya nunca se enfermaría ni estaría cansado ni envejecería o moriría una segunda vez.

Para ser honesto, se sentía enfermo. Todo lo que en verdad quería era volver junto a su madre. Solo Dios sabía cómo se había despedido de ella una hora antes, sin que ella supiese o sospechase nada. Sentía el pánico crecer en su interior, el terror de saber que estaba a punto de morir. ¿Y si todo esto era por nada?

El edificio de la escuela estaba cruzando la calle. Los coches se detenían frente a sus puertas, dejando a los niños y retomando su camino. Otros estudiantes llegaban a pie, todos vistiendo uniformes como el suyo, tanto niños como niñas. Pertenecían a un amplio abanico de nacionalidades, aunque la mayoría parecían ingleses. Era la Escuela Británica de El Cairo, una vieja institución en el barrio pudiente de Zamalek, fundada para albergar a los hijos e hijas de los expatriados. Con los años, muchas familias egipcias de clase media comenzaron a enviar a sus hijos allí, junto con americanos, algunos judíos y otros expatriados europeos, como daneses u holandeses que no tenían escuelas propias.

Tres días atrás, un ataque británico cerca de Basra había matado a treinta insurgentes, incluyendo al líder de Al Qaeda en Irak. Era un amigo personal de Al-Masri. Habían seguido su entrenamiento y combatido juntos, primero en Afganistán, luego en el norte de Irak. Hoy, el califa vengaría la muerte de su amigo. Sería un golpe que los ingleses nunca olvidarían. Después de esto, abandonarían corriendo Egipto.

El hombre de pie junto a Farid era un profesor universitario, un hombre cercano a Al-Masri que estaba detrás de gran parte de la estrategia del grupo. Hablaba un inglés excelente, que había estudiado en la universidad de El Cairo.

Tras elegir un momento en el que la entrada de la escuela estuviese llena de gente, acompañó a Farid al otro lado de la calle y se acercó a una de las dos maestras que, de pie frente a la pequeña puerta de hierro forjado, anotaban a los alumnos a medida que entraban en el edificio.

—Disculpe... —dijo.

La maestra, que hablaba con una muchacha adolescente, se giró hacia él con una sonrisa. Era nueva en la escuela, y comenzaba a familiarizarse con los estudiantes y

sus padres.

—Sí, por supuesto. ¿Señor...?

—Sabri. Tariq Sabri. Este es mi hijo Farid. Farid acaba de ser inscrito en su escuela, y es su primer día. Está un poco nervioso. Me preguntaba si no le molestaría acompañarle al lugar de reunión, y luego... adonde sea necesario que vaya. Está en el segundo curso.

—¿Ya ha visto al señor McKenzie?

—Hace dos días. Todo está en orden.

Los alumnos comenzaban a apresurarse. La reunión de la mañana comenzaría en un par de minutos. La maestra, la señorita Evans, se ocupó del asunto y cogió la mano de Farid. Farid retiró la mano, y ella le sonrió. Él no le devolvió la sonrisa.

—No voy a comerte —le dijo.

Y volviéndose al supuesto señor Sabri, le sonrió a su vez.

—La reunión de la mañana está a punto de comenzar. Al señor McKenzie no le gustan los rezagados, y no queremos que el pequeño Farid comience con el pie izquierdo, ¿no es cierto? Quizá volvamos a vernos. Si Farid está en el segundo curso, seguramente estará en alguna de mis clases.

Sabri le dio la mano, se agachó y susurró al oído de Farid:

—Dios ya te ha bendecido, Farid. Cuando llegues al Paraíso, pídele que me bendiga a mí también. Los mártires te esperan. Dios te espera.

Al enderezarse, sonrió a la señorita Evans. En seguida se fue, mientras la maestra acompañaba de prisa a Farid hacia el patio central de la escuela.

La cabeza de Farid giraba repleta de emociones y conflictos. Quería estar con su madre, pero no podía enfrentar la vergüenza de echarse atrás. Todo el mundo que conocía alababa el martirio como la más alta de las aspiraciones humanas. Los héroes de su infancia no habían sido futbolistas sino *shahids*, mártires de Gaza y Cisjordania. Tenía pósters de ellos en las paredes de su habitación, de la misma manera que los niños ingleses tenían pósters de David Beckham o Wayne Rooney en las suyas. Conocía sus nombres y cómo habían muerto.

El cinturón, atado a su cintura, le rozaba mientras corría. En medio de sus pensamientos caóticos se deslizaban fragmentos de oraciones. Luchó contra las lágrimas, porque los mártires no lloran. La maestra creía que simplemente estaba asustado por comenzar en una nueva escuela, entre tantos extraños. Decidió protegerlo bajo su ala.

Con la ayuda de las oraciones que recitaba desde su infancia y las que Al-Masri le había enseñado, logró alejar los pensamientos negativos de su cabeza. Era el momento de concentrarse, de focalizar su mente en el acto de yihad que estaba a punto de llevar a cabo.

La señorita Evans lo acompañó a través de una puerta de dos hojas que llevaba al patio central, una habitación cúbica construida para albergar a unos trescientos alumnos de la escuela junto con el personal. El director iba vestido con el uniforme

oficial, y unos mechones de cabellos blancos asomaban a cada lado de su cabeza. Detrás de donde se encontraba, los maestros se sentaban en una hilera de sillas, y a un lado la banda musical de la escuela se preparaba para tocar «*Abide with me*», un himno cristiano compuesto por Henry Francis Lyte. Era una escena probablemente típica de cualquier escuela privada de Inglaterra, aunque aquí el surtido de nacionalidades era mayor.

La señorita Evans, preocupada por ser la última en llegar, encontró una silla vacía en medio del salón, en la segunda fila. Apresuró a Farid para que se dirigiese allí y le dijo que le buscaría después de la reunión. Entonces se dirigió a las escaleras que llevaban al estrado, con los ojos del director posados sobre ella todo el trayecto.

Farid se dirigió a su asiento, observado por los ojos curiosos de los demás alumnos. En el momento en que se sentó, se sintió contaminado. Su alrededor estaba repleto de infieles, con cabellos rubios y piel blanca, codo a codo con estudiantes de piel oscura que debían de ser musulmanes de familias no religiosas. El muchacho a su lado parecía chino, y Farid sabía que los chinos adoraban ídolos. Otro niño llevaba un turbante de estilo indio, y uno de sus maestros le había dicho que los indios que no eran musulmanes adoraban al Becerro de Oro. Había muchachas con faldas cortas, de mayor edad que él, que ya deberían estar casadas pero que en cambio se sentaban junto a otros muchachos. Algunas llevaban incluso maquillaje. Era un antro de vicio, y supo que Dios le agradecería haberlo destruido.

La música comenzó, y con una señal del director, toda la escuela se puso de pie. Farid era el único que no tenía un libro de cánticos, y no sabía lo que era. Todos comenzaron a cantar a la vez.

Farid deslizó su mano derecha en el bolsillo de su chaqueta. Su dedo encontró el botón conectado al cinturón. Aspiró profundamente. Lo último que vio fue a una niña en la fila de delante, que se había girado hacia él y le sonreía, y lo último que sintió fue el contacto de su dedo mientras apretaba con fuerza el botón. No escuchó la explosión, no vio la sangre, ni sintió la onda de choque. Los ángeles lo llamaban junto a Dios.

Ciego en El Cairo

El Cairo Lunes,

4 de enero

10:00 h

Llegó a El Cairo con la misma ropa y la mochila que había cogido de la cabaña. El día anterior había cogido el vuelo de las 9:00 de Inverness a Heathrow diez minutos antes del despegue. El avión había hecho una parada en Edimburgo, pero llegó a Heathrow con el tiempo suficiente para desplazarse a la Terminal 4 y comprar un billete de Egyptair a El Cairo que llegó poco después de las diez de esa misma noche. En ambos vuelos había hecho lo posible por recuperar algo del sueño que tanto necesitaba, pero la confusión en su mente le hacía imposible relajarse del todo. Cuando conseguía dormir, sus sueños eran enfermizos y horribles, repletos de amenazas del pasado y muertes inminentes. Al bajar del avión, sintió por un instante como si estuviese regresando a casa, salvo que no era cierto. Ya no tenía hogar. La persona más importante en su vida estaba ahora oculta en algún lado, fuera de su alcance y en peligro.

Llamó a los Gilfillan desde Heathrow, pero no respondió nadie. Estuvo preocupado durante todo el viaje hasta El Cairo, y esta mañana había despertado con la sensación persistente de que algo iba mal.

Mientras estaba en Heathrow, marcó el número 24 horas de su banco en Londres y descubrió que se había vuelto rico de la noche a la mañana. El dinero del seguro de Emilia, una cantidad considerable, había sido ingresado la semana anterior. Pero antes de ello, una cantidad aún mayor había sido enviada por una organización desconocida: Seguros Millennium Insurance 6. Pidió a la operadora que investigase aquel pago, creyendo que se trataba de un error de parte de alguien, pero ella lo tranquilizó diciéndole que provenía directamente del banco Coutts en Londres mediante un cheque autorizado y firmado por el director de la compañía, cuyas iniciales eran S. H.

Hasta después de haber colgado no adquirieron sentido las iniciales de la falsa empresa y del director. ¿Era acaso un signo de generosidad tras la muerte de un valioso empleado? ¿O un fondo de financiación para la búsqueda de los asesinos de su esposa? En todo caso, ambas sumas significaban que no tendría que trabajar nunca más en su vida. Una ironía, teniendo en cuenta que probablemente en unos días estaría tan muerto como Simon y Emilia.

Tras pensar un poco más, telefoneó a la sucursal de Ciudad Jardín del Citibank, donde Emilia y él tenían una cuenta. Otra suma importante había sido ingresada varios días atrás. Obviamente, Simon había pensado en todo. Imaginó un futuro de llenar formularios y recorrer pasillos antes de recordar que la vida era corta, y la suya

en particular quizá más corta que las demás.

Se alojó en el hotel más barato que encontró, el New Palace en Solimán El Halaby, entre la estación de ferrocarriles de Ramsés y el Museo Egipcio. Era una leyenda entre los mochileros: podría haber tenido una cama en el dormitorio para hombres por dos dólares y medio, pero prefirió una habitación individual al escandaloso precio de cuatro dólares.

Con todo aquel dinero en las dos cuentas de banco, podría haberse alojado en el Four Seasons o el Hilton sin parpadear ante los precios. Pero pensó que aquello sería un error. Allí, en el paraíso de los mochileros, podría mantener el anonimato. Los hoteles de la zona alta de El Cairo servían de punto de encuentro a muchas personas que prefería evitar, y las listas de huéspedes estaban informatizadas y eran vulnerables a los ojos curiosos.

Se registró con un nombre falso, Jim Corbett, y evitó entregar su pasaporte gracias a un generoso soborno en la recepción. Lo más pronto posible se encargaría de conseguir un pasaporte falso a nombre de Jim y así construirse una fachada como turista inglés primerizo en ruta para disfrutar de los paisajes. Ese era el plan, aunque solo Dios sabía cómo iba a llevarlo a cabo. A partir de mañana, buscaría una habitación barata para alquilar donde no le hicieran preguntas.

Su propia casa seguía allí, en el tranquilo y verde suburbio de Ciudad Jardín, a unos pasos de la embajada. Pero estaba seguro de que era el último lugar al que debía ir: si alguien estaba tras él, ese sería el primer lugar donde le buscaría. Imaginó que incluso probablemente estarían vigilándolo en aquel preciso momento. En todo caso, la casa albergaba demasiados recuerdos, demasiados remordimientos. Encontraría un lugar fuera del circuito, y para mañana por la noche estaría fuera del hotel. Pero hoy tenía otras cosas que hacer.

Despertó al alba con el sonido familiar de media docena de almuédanos llamando a la plegaria. La mayoría eran grabaciones que sonaban desde altavoces. Uno en particular distorsionaba mucho, aunque lo que significaba era claro: es hora de levantarse y rezar. «La plegaria es mejor que el sueño», cantaban. Volvió a preguntarse por los Gilfillan, intentando imaginar dónde podrían estar. Esperaba que Angus se hubiese deshecho del todoterreno.

Su primer objetivo era encontrar a Scheherazade, fuera quien fuese, y para hacerlo imaginaba que debería contactar con alguien en la embajada británica, alguien que hubiese trabajado con Simon Henderson, o con Emilia, quizás alguien que hubiese conocido a Naomi y la recordase a ella y lo que le había sucedido junto a su madre. Podía pensar en mucha gente que había conocido en fiestas y recepciones, muchos colegas de Emilia, pero no tenía ni idea de quién era simplemente un empleado del consulado o la embajada, y quién era parte del servicio secreto.

Antes de dirigirse a la embajada, decidió comprarse ropa nueva. Mantenerse en el anonimato iba a ser un problema: para conseguir dinero, debía presentarse en alguna sucursal de su banco, pero quería evitar aquella a la que había ido siempre.

Podía imaginarse las complicaciones que vendrían, sobre todo si aparecía vestido como lo estaba ahora pidiendo retirar una suma importante de una cuenta tan bien provista. De la misma manera, no podía ir a la embajada vestido como estaba. Por fortuna, había vivido suficiente tiempo en El Cairo para saber cómo sortear los obstáculos. Los expatriados eran buenos en ello. Conocían a la gente adecuada, a quién pedir qué en cada ministerio, dónde encontrar los mejores negocios, qué hermano conocía a qué primo... El problema era que no podía hacer nada de lo que habitualmente hacían los expatriados, ni utilizar ninguno de sus contactos habituales. Terminó por convencerse de que estaba solo en esto.

El dilema era simple: si quería mezclarse con el resto de los habitantes, necesitaba conservar su imagen de barrios bajos, incluso hacerse pasar por un árabe o, mejor aún, un circasiano de piel blanca de Jordania. Un aire desaliñado aumentaría sus posibilidades de ser creíble, aunque por otra parte, casi con seguridad le garantizaba ser detenido frente a las puertas de la embajada por un guardia amable pero firme.

La ducha del hotel barato le entregó momentos alternos de agua fría y caliente, pero fue suficiente para quitarse la mugre del viaje.

Se secó con una toalla minúscula y se vistió lo mejor que pudo. Mientras lo hacía, pensaba en la explosión que había escuchado una hora antes. ¿Dónde había sido? ¿Habrían matado a alguien esta vez? ¿Habría heridos?

Salió del hotel hacia las calles estridentes y se sumergió en la vorágine de locura de El Cairo. El polvo proveniente de las cementeras de la ciudad daba al aire un color gris-blancuzco tóxico, y la arena que soplaba desde el Sahara Occidental añadía una tonalidad ocre pálido. Los gases de los tubos de escape de coches, autobuses y motos inundaban cada calle y cada intersección de la ciudad.

Habiendo perdido la costumbre durante su estancia en Escocia, donde el aire era tan puro como puede llegar a serlo, su garganta y nariz respondieron irritándose rápidamente con la contaminación de la mañana. Su médico le había dicho una vez que respirar en la atmosfera contaminada de El Cairo era como fumar treinta cigarrillos al día. En unos días se acostumbraría, pero nada podría eliminar nunca la pesadez del polvo.

El ruido de la ciudad era abrumador frente a los profundos silencios de los lagos y montañas. Los sonidos de las bocinas eran atronadores, con los conductores presionándolas con fuerza en la vana esperanza de que el ruido aumentara su velocidad. Cada centímetro cuadrado de El Cairo estaba colapsado. Quien condujese un viejo cacharro o viajase en la parte trasera de una limusina, no podía sino avanzar a la velocidad de un caracol. Lo único que una limusina tenía a su favor era el aire acondicionado.

Un asistente encargado

El Cairo

10:35 h

Utilizó el cajero de la sucursal de la calle Gezira en Zamalek. La vieja cuenta conjunta nunca había estado tan saludable. Para evitar llamar la atención, retiró solo lo necesario para comprarse ropa y artículos de primera necesidad.

Hizo las compras en el Khan el-Khalili, un ruidoso, animado y caótico bazar del siglo XIV que vendía prácticamente todo lo que podía necesitarse hoy en día. El enorme mercado interior era un laberinto de minúsculas tiendas y locales que vendían de todo, desde libros hasta vestidos de noche, desde baratijas para turistas hasta cualquier estilo de ropa masculina salvo la que estaba de moda.

Cruzando a través de los perfumistas de la calle Muski, se abrió camino hacia las sastrerías al oeste de Maydan Husayn, la vieja plaza que alguna vez había sido el centro de El Cairo medieval.

Jack encajaba perfectamente: conocía los nombres de varios comerciantes y tenía la paciencia para regatear. Cada parada iba acompañada de un vaso de té a la menta o una pequeña taza de café, y como Jack hablaba fluidamente el árabe, los regateos implicaban largas conversaciones. Negociar el precio era esencial: sin ello, el vendedor se enfadaría y el comprador se sentiría estafado, aunque no fuera el caso. Gracias a varios apretones de manos y bromas, se compró un traje a medida estilo europeo, perfectamente cortado, algunas camisas, una corbata llamativa, zapatos nuevos y ropa interior para cambiarse.

Se vistió con sus nuevas prendas y envió a un muchacho con el resto al hotel. Con el nuevo traje, tenía un aire perfecto de hombre de negocios. Quizá no muy próspero, pero lo bastante respetable. Esto le permitiría entrar en la embajada, pero sabía que debía ponerse ropa egipcia lo antes posible. Tras caminar unos pasos llegó a otra tienda, donde se vendían *galabiyyas* de todas las gamas posibles entre el marrón y el gris. Se compró una color gris, y encontró a otro muchacho que la llevase junto con un casquete gris de vuelta al hotel para cuando regresara.

En otra parte del Khan encontró un barbero dispuesto a cortarle el pelo y afeitarlo. Mientras se ocupaban de él, un hombre vestido con una *galabiyya* de gabardina se sentó en el sillón opuesto frente a él. Lo observaba de vez en cuando sin llegar a cruzar su mirada; Jack imaginó que estaría desconcertado por el hecho de que no pareciera un turista, aunque claramente no era egipcio. Un joven lustrabotas apareció para dejar sus zapatos impecables por unos pocos peniques. A este le siguió un adivino, que prometió a Jack leerle su futuro.

—No, gracias —le respondió, pensando en que lo último que quería era conocer

lo que podía estar esperándolo.

Cogió un taxi hacia la embajada en Ciudad Jardín, prometiéndole al taxista una paga extra si llegaban antes de las doce. Se sumergieron en el tráfico, que comenzaba a liberarse a medida que se acercaba el momento de la plegaria del mediodía. Las calles estaban decoradas con las banderas de una docena o más de países colgadas de los faroles, y Jack recordó que pronto llegaría el año nuevo musulmán.

Al salir del taxi, miró la barrera de seguridad frente a la imponente fachada. Aquel largo edificio blanco, con sus ventanas altas y su frontispicio reluciente, hablaba de los días en que Egipto era colonia británica en todo menos en los papeles. La mayoría de las otras embajadas no valían nada a su lado. Alguna vez fue el centro del gobierno en el país, y aunque aquellos días de gloria habían pasado, el cuerpo diplomático aún presentaba un semblante orgulloso y distante al resto del mundo.

Mostró su pasaporte falso en la barrera y otra vez en la entrada principal. Una mujer con un traje gris apareció para acompañarlo al edificio. No lo reconoció. En el escritorio de la recepción, volvió a dar su nombre, mostró el pasaporte por tercera vez y pidió hablar con alguien sobre algo que definió como una cuestión de seguridad de cierta importancia.

—Un momento, por favor.

El recepcionista, un muchacho negro, cogió el teléfono y marcó un número de cuatro cifras. Habló rápido y en voz muy baja, y finalmente colgó el auricular.

—Espere por favor un momento en una de aquellas sillas, profesor. Alguien vendrá pronto a hablar con usted.

Jack fue hasta la silla y se sentó. Y siguió sentado. El tiempo pasó lentamente, y nadie vino. En algún lado un reloj hacía tictac, y cuando llevaba ya veinte minutos sentado, sonó el cuarto de hora. Dos relojes digitales en la pared detrás del recepcionista mostraban en silencio la hora en Londres y El Cairo. En un momento se acercó de nuevo al escritorio, donde le pidieron que fuese paciente. El recepcionista le dijo que estaban verificando unos detalles y que pronto vendría alguien a verle. Jack se percató de que nadie en la embajada le había sonreído ni una sola vez desde su llegada. Nadie vino a preguntarle si sus asuntos eran urgentes.

De algún modo esperaba encontrarse con un rostro conocido, pero aunque varios miembros del equipo de la embajada pasaron por la recepción, subiendo y bajando por la inmensa escalera, nadie lo reconoció, y él no reconoció a nadie. La recepción era fría y el eco retumbaba contra las paredes. Incluso el tiempo parecía congelado allí.

Un hombre vestido con un traje negro impecable descendió la escalera y caminó resuelto hacia él. Sus zapatos de suela dura resonaban sobre el mármol. Avanzaba sonriendo, y al acercarse le ofreció la mano para saludarlo. Jack notó enseguida que se trataba de una sonrisa falsa, y cuando tomó su mano no fue un verdadero saludo,

sino un rápido apretón seguido de una retirada inmediata.

—¿El profesor Goodman, si no me equivoco? Malcolm Purvis, asistente encargado de negocios.

—Goodrich —corrigió Jack—. Me llamo Goodrich.

—Oh, cierto. Lo siento.

En su rostro podía leerse la irritación frente a su metedura de pata y la indiferencia frente a su efecto. No parecía muy contento de ver a Jack. Quizás interrumpía su almuerzo, o una reunión importante. Tenía los ojos demasiado juntos, como si no hubiese lugar suficiente para ellos en su rostro pálido y patricio. Sus labios eran finos, sus movimientos seguros, y llevaba los cabellos cortados según el uso y estilo de las normativas del funcionariado.

—Acompáñeme por favor, profesor —le dijo—. Necesito saber qué le trae hasta aquí. Debería haber ido al consulado, ellos podrán responder la mayoría de sus preguntas... si se trata de una cuestión de seguridad doméstica.

—Eso no es lo que me preocupa, gracias. He venido por...

—Esperemos a llegar a mi oficina. Para la charla trivial, y para el resto.

Jack lo siguió en silencio por las escaleras y a través de un largo pasillo hasta una puerta donde estaba escrito: «Asistente encargado de negocios». Purvis lo hizo pasar y le señaló un sillón, para luego acomodarse detrás de un gran escritorio de caoba. Cogió una hoja de papel que yacía sobre un secante de escritorio y fijó su atención en Jack.

—Profesor, la nota que me han pasado dice que usted estaba investigando sobre dos individuos que, según dice, trabajaban o aún trabajan en esta embajada. Sus nombres son Simon Henderson y Emilia Goodrich. Presumo que la mujer es pariente suya, quizá su esposa. He revisado toda nuestra base de datos, y me temo que no tengo ningún registro de esos nombres. ¿Está seguro de que no se equivoca? Quizá podría volver a escribir los nombres...

Jack volvió a escribir los nombres en un papel, como había hecho antes. Purvis los escribió en su teclado, con sus dedos ágiles introduciendo y recibiendo información. Después de unos minutos, volvió a mirar a Jack.

—¿Seguro que no está cometiendo un error, amigo? —preguntó—. Esos nombres simplemente no aparecen. Pero sí tengo a James y Susan Henderson.

—¿Cómo son? ¿Puede imprimirme su fotografía?

Purvis negó con la cabeza.

—Lo siento. Seguridad, ya sabe. Los datos del personal de la embajada no pueden ser divulgados a nadie de fuera.

—¿Y mi esposa? Emilia Goodrich. Trabajaba con Simon. Quizá deba decirle que pertenecían al servicio secreto.

Purvis le lanzó una sonrisa burlona.

—Estoy seguro de que se equivoca, señor. Ha estado leyendo demasiadas novelas de espías. El servicio secreto se encuentra en Londres. Puedo asegurarle que no

tienen oficinas aquí en El Cairo.

—Mi esposa fue asesinada hace algunos meses aquí en El Cairo. Se me ha dicho que las personas que la asesinaron tienen a mi hija de rehén. A Simon Henderson lo mataron ayer temprano por la mañana. El servicio secreto necesita saberlo.

—Estoy seguro de que así será. Usted solo debe coger un teléfono... Por cierto, ¿fue usted quien lo mató? ¿Es por eso que ha venido a decírmelo?

—Quiero hablar con alguien que me conozca. Traiga de inmediato a Richard Bailey. Él responderá por mí, le dirá quién soy.

Richard era un viejo amigo de cuando los Goodrich acababan de llegar a El Cairo. Fue su guía en la ciudad más o menos todo el primer año. Jack siempre había creído que Richard trabajaba en la sección de Comercio e Inversiones de la embajada, pero ahora ya no podía estar seguro.

Purvis se tomó varios segundos antes de decidirse, y finalmente cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Richard? Soy Malcolm Purvis. Escucha, ¿te molestaría mucho dejar lo que estás haciendo y venir a mi oficina? Genial. Tengo aquí a un viejo amigo tuyo, o eso es lo que dice. No, quiero que sea una sorpresa.

Volvió a colgar.

—Llegará en un momento. Solo quédese aquí sentado. Tengo un informe que terminar.

El asistente volvió a su trabajo en el ordenador. Los minutos pasaron en silencio, tan solo entrecortados por el golpeteo de sus dedos sobre las teclas.

La puerta se abrió y Richard Bailey entró en la habitación. Jack sintió un gran alivio inundar su cuerpo. Se puso de pie.

—Richard, gracias a Dios que estás aquí. He estado perdiendo el tiempo con este colega tuyo. No puede ni siquiera encontrar el nombre de Emilia en el ordenador...

Richard lo miró fijamente, pero la expresión de su rostro no cambió. Giró su mirada hacia Purvis.

—¿Qué es esto, Malcolm? Dijiste que se trataba de un viejo amigo. Jamás he visto a esta persona en mi vida.

Purvis se encogió de hombros.

—Dice que te conoce, y que su esposa trabajaba para el servicio secreto aquí. La asesinaron hace algunos meses, según él. Alguien más que conoce fue asesinado ayer. No sé qué hacer con él.

—Richard... —protestó Jack, cogiéndolo por el brazo—. Sabes perfectamente quién soy. Tu esposa Nancy era una de las mejores amigas de Emilia. Estuviste en el funeral aquí en la embajada. Han matado a Simon Henderson. Intentaron matarme...

Richard se volvió, quitándose de encima la mano de Jack. En su rostro no se leía ninguna emoción.

—Lo siento, amigo, pero no le conozco de ningún lado. Espero que solo se haya equivocado de Richard Bailey.

Pero Jack notaba que Richard estaba hablando bajo algún tipo de presión. Podía leer el miedo en sus ojos. Jack podía reconocer lo que era: lo había visto con frecuencia en los ojos de los hombres durante el combate. Su expresión era más apagada, pero era eso.

—Lo mejor será llamar a alguien para que se lleve a este tío —dijo Bailey volviéndose hacia Purvis—. No deberían haberlo dejado entrar en la embajada.

—Espera, Richard... —rogó Jack.

Pero Richard ya estaba camino de la puerta, y Purvis había cogido el teléfono para pedir a seguridad que enviaran a alguien.

—Profesor —dijo Purvis, intentando aplacar los ánimos con una habilidad inculcada a lo largo de sus años como diplomático—, comprendo que la muerte de su esposa le haya causado un gran dolor, y lo respeto. Pero... tengo la impresión de que la tensión insoportable debe de haberle afectado de alguna manera. Para ser franco, su historia me suena poco plausible. Algo exagerada, si me permite. No creo poder ayudarle. Sin ser impertinente, le aconsejo que se busque ayuda médica. No dude en regresar si obtiene la evidencia necesaria para convencerme de llevar esto a mis superiores. Pero esto es lo más lejos que puedo llegar.

Cinco minutos después, Jack estaba en la calle, más confundido y asustado que nunca antes en su vida.

Las mil noches y una noche

El Cairo

17:45 h

Jack pasó el resto de la tarde ocupándose de su cuenta bancada, retirando más dinero del cajero para pasar la semana aunque no lo suficiente como para llamar la atención.

Para cuando regresó al hotel, ya estaba oscureciendo. Un nuevo día comenzaba. Tras tanto tiempo en Escocia, había vuelto a un lugar donde el día terminaba y comenzaba al ponerse el sol. En algún lugar, el primer almuédano alzó su voz, casi oculta por el sonido del tráfico. Unos momentos después se escuchó una segunda voz, y luego una tercera, y así hasta que los altavoces de las mil quinientas mezquitas de El Cairo se impusieron a los sonidos del tráfico, como llamando a la oscuridad a través de la inmensa ciudad.

Simplemente no podía entender lo que estaba sucediendo. Tras el asesinato de Emilia y lo que creyó que también era la muerte de Naomi, pensó que nunca podría sentirse más miserable, o menos interesado por la vida. Sus ideas habían perdido toda claridad, y no deseaba nada más que alejarse lo más posible de la gente y sentarse durante interminables horas inmerso en un mundo de emociones negativas. Había pensado muchas veces en quitarse la vida, en caminar fuera de la cabaña a través de la nieve y dejarse caer en algún sitio dejando que la muerte llegase poco a poco, forzándolo a un sueño que se convertiría en fatal sin que él lo notase. Pero pronto comprendió que aquellos pensamientos no significaban que quisiera morir: tan solo buscaba una forma de salir de su miseria.

Su desesperada aventura en la nieve le había enseñado cuánto deseaba vivir, y los ánimos de Simon Henderson lo habían despertado frente al hecho de que, por encima de todo, quería vengar las muertes de su esposa y de su viejo amigo, y poder ver el rostro de Naomi otra vez.

Esta noche, sin embargo, había vuelto a caer en un estado depresivo, frente a lo que parecía una situación imposible. No se trataba solo de la indiferencia y las mentiras que había encontrado en la embajada, era más bien una sensación de que existía una verdadera animosidad hacia él. Cómo había provocado tal animosidad, seguía siendo un misterio para Jack.

Bajó a la recepción para utilizar el teléfono público y llamar a los Gilfillan. Seguía sin haber respuesta. Pensó que quizás estarían en la iglesia. Iban allí varias veces por semana para sus lecturas de la Biblia, las reuniones del grupo de la parroquia y las de los más ancianos. Aunque quizá no se trataba de eso. Dejó el auricular en el teléfono e intentó concentrarse. Llamó a sus padres en Norwich, y tampoco obtuvo respuesta. Se dijo que aquello era muy extraño: su padre y su madre no salían demasiado, salvo para ir de compras.

Finalmente y a su pesar, telefoneó a su hermana en Nottingham. Sandra y él no se hablaban desde hacía años. Ella siempre le había reprochado su partida a El Cairo, dejándola sola, como decía, con la responsabilidad de ocuparse de sus padres, cada vez más mayores.

—Casa Metcalf...

Sandra siempre había sido muy acartonada en la forma de presentarse.

—Sandra, soy yo. Jack —dijo.

Hubo un notorio silencio. Para su sorpresa, cuando ella finalmente habló, su voz era más dulce que en sus recuerdos.

—Jack, lo siento tanto... Pensaba escribirte, pero papá y mamá dijeron que no deseabas que te molestaran, y no quisieron darme tu dirección.

—No te preocupes —le respondió—. Es verdad que no estaba en muy buen estado.

—Es horrible lo que sucedió. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Hablar conmigo es suficiente.

—¿Dónde te encuentras, Jack?

—He estado en Escocia desde el funeral. Pero esta mañana regresé a El Cairo. No puedo explicártelo, es muy complicado. Pero me encuentro bien, todo lo bien que podría estar.

Hablaron de los asesinatos, y Jack le contó que Naomi seguía probablemente con vida, pero cautiva. Luego hablaron de Sandra y de su esposo, del pasado y de lo trivial de las cosas. Finalmente fue el momento de ir al grano:

—Escucha, Sandra, hay algunas cosas que necesito que hagas por mí.

—Lo que sea. Santo Dios, Jack, debes de haber pensado que yo era una zorra. Mamá y papá me mostraron las fotografías de Naomi, no podía creer lo adorable que era esa niñita. No puedo imaginar lo que sientes. Debería haber sido una buena tía para ella, enviarle regalos, escribirle... Dios, lo siento tanto. Rezaré para que la encuentres a salvo.

Sandra nunca había tenido hijos, y su falta se había convertido en el eje central de su vida. Ella y su esposo Derek, un director de banco, habían intentado todas las formas de fertilización asistida, pero su útero permanecía sin vida.

Jack le contó sobre los Gilfillan, le dio su dirección y le pidió que llamara a la policía de Inverness o de Fort Augustus.

—Y quisiera que verificaras que todo va bien con papá y mamá. No responden al teléfono. Últimamente suelo ponerme demasiado ansioso. ¿Podrías confirmarme que todo va bien?

—¿Cuál es tu número?

—No tengo. Dejé mi móvil en Escocia. Compraré uno aquí y te llamaré mañana.

—Muy bien, haré lo que me pides. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti? ¿Necesitas dinero?

Jack rio.

—Sandra, dinero es lo último que necesito. De golpe me he convertido en alguien muy rico. El seguro y... otras cosas. Piensa en algo que realmente necesites, algo que os vendría bien a Derek y a ti para mejorar vuestras vidas.

Cuando Sandra le respondió, lo hizo en un susurro:

—Un bebé, Jack. Es lo único que siempre hemos querido.

—No puedo hacer milagros.

—No te estoy pidiendo un milagro. Existe... existe un nuevo tratamiento en Italia, pero cuesta una fortuna...

—Averígualo todo, y dime cuánto cuesta. Después de todo, quizá puedas tener tu milagro.

Conversaron un rato más, y finalmente se despidieron. Era la llamada más difícil que Jack había hecho jamás. Al menos algo bueno surgía de todo esto, pensó.

Salió en busca de un lugar donde comer. Podría haber picado algo en el hotel, pero de golpe sentía un hambre voraz y una gran necesidad de sustento. Podría devorar un plato entero de *kushari*. Entonces pensó que si iba a su restaurante de *kushari* favorito, en la calle Al-Tahrir, podría pasar luego por la universidad y verificar si había alguna carta o correo electrónico para él. De hecho, ahora se daba cuenta de que debió haberlo hecho antes. Las llaves de su oficina seguían en el mismo llavero que se había llevado a Escocia, y que ahora había traído de regreso a El Cairo.

Se vistió con su *galabiyya* y se dirigió hacia el centro, pasando perfectamente como un egipcio más de piel pálida en la ciudad. Nadie le prestaba atención. El aire fresco de la tarde lo empujaba a caminar; cuando el calor desaparecía del aire, este se volvía casi respirable. De camino, se detuvo en uno de los numerosos comercios de teléfonos móviles de El Cairo y se compró un Motorola V620, idéntico al que había tenido antes y cuyas funciones conocía de memoria.

La noche comenzaba a caer cuando llegó finalmente al restaurante, llamado Al-Tahrir igual que la calle donde se encontraba. Solía venir a almorzar aquí durante la semana, y el personal le conocía. Tenía la reputación de hacer el mejor *kushari* de la ciudad, y Jack nunca iba a otro lugar a comer ese plato. Una gran porción de *kushari* costaba solo tres libras egipcias. Lo preparaban con macarrones, arroz, lentejas, garbanzos y cebolla frita, bañados en una salsa de tomate picante. Jack dio cuenta de todo con un vaso de Kakula, la empalagosa versión local de la Coca-Cola.

La comida le ayudó a reflexionar sobre los problemas que se le presentaban. Los estudió uno a uno por separado, intentando ver si se conectaban entre sí y cómo. Si la embajada no lo ayudaba a encontrar a Naomi, estaba seguro de que la policía egipcia y los servicios de seguridad tampoco lo harían: querrían verificar su historia con la embajada, y no hacía falta ser un genio para saber qué respuesta les darían. Simplemente no comprendía por qué en la embajada se habían comportado con él de aquella manera, o por qué Richard Bailey, quien alguna vez había sido un gran amigo, lo había traicionado de una forma tan insensible y distante. Intentó pensar en

todas las posibilidades, pero ninguna tenía sentido.

Al final se dio por vencido. Miró a su alrededor, y vio a un hombre que lo observaba. Al sonreírle, se sorprendió de que este no asintiese ni ofreciese ninguna señal de notar su presencia. Le resultó alguien ligeramente familiar, y entonces pensó que debía parecer algo extraño con su rostro inglés vestido con una *galabiyya* ordinaria y su casquete gris.

Con el estómago lleno sintió que recobraba un poco de fuerzas. La Kakula le brindó una dosis de azúcar nada desagradable, aunque la sentía corroer sus entrañas. Era diez veces peor que la original. Se dijo que era hora de consultar su correo. Pagó la cuenta y salió del local.

El departamento de árabe de la Universidad Americana de El Cairo estaba en el campus griego, en el mismo lugar que todas las disciplinas de Arte y Humanidades y la biblioteca. Desde Al-Tahrir caminó hacia el este hasta Yusuf Al-Jundi, una calle mucho más angosta. Se encontraba a medio camino de la entrada del edificio de Ciencias Sociales cuando recordó dónde había visto antes al hombre del restaurante: era el mismo que llevaba una *galabiyya* de gabardina en la barbería, el que no paraba de lanzarle miradas furtivas.

En ese instante las farolas de la calle se apagaron. Los cortes de luz eran frecuentes en El Cairo, pero al mirar atrás pudo distinguir las luces que iluminaban Al-Tahrir. Se dio cuenta de que no había nadie donde se encontraba; tendría que llegar hasta la entrada como pudiera.

Jack escuchó el ruido de pisadas resonando en la calle detrás de él. No creía que hubiese razones para asustarse; los robos eran raros en esta ciudad casi sin crímenes. Pero existían historias al respecto, y los estudiantes eran con frecuencia objetivos vulnerables.

—¿Quién está ahí? —preguntó. Los ruidos de pasos se detuvieron, pero no hubo respuesta. Repitió la pregunta. Todo estaba muy tranquilo, a poca distancia de la calle bulliciosa. Siguió caminando, maldiciéndose a sí mismo por no haber traído una linterna—. ¿Quién es? —volvió a gritar.

Nadie respondió. Era un silencio extraño. Jack sintió algo parpadear en la oscuridad. En ese momento, oyó el ruido de pasos acercándose desde la dirección opuesta.

Esta vez se apresuró a llegar hacia la entrada del edificio, empujando con fuerza la puerta para pasar, pero estaba cerrada con llave. Nunca cerraban tan temprano, nunca. Las pisadas se iban acercando, lentamente, con cuidado. No eran estudiantes, de eso estaba seguro: siempre llevaban linternas. Tampoco eran simples paseantes: no había ninguna razón para venir hasta aquí salvo para cruzar por esta puerta o para adentrarse en la red de callejuelas que se apiñaban alrededor de la oficina de prensa de la universidad hasta la calle Muhammad Mahmoud.

Se escuchó el sonido de un rasgueo, y Jack pudo ver un destello de luz mientras el primero de los dos desconocidos encendía una cerilla, y con ella la brasa roja de un

cigarrillo, flotando en la oscuridad como Marte en el cielo de la noche.

Volvió a interpelarlos, y una vez más nadie respondió. Podía escuchar al segundo hombre respirar con un sonido bajo y áspero. Las pisadas eran más ligeras ahora. Debería intentar escapar en el momento justo, pasando junto al primer hombre hasta llegar a Al-Tahrir, donde la multitud lo camuflaría en segundos.

—Si lo que queréis es dinero, podéis quedaros con el que llevo conmigo —dijo—. No quiero problemas.

De repente, entrecerró los ojos, cegado por una luz. Uno de los hombres apuntaba su linterna hacia él. Al desviar la vista del rayo, pudo distinguir al primer hombre, una figura oscura que volvió a desvanecerse en la oscuridad en cuanto el haz de luz dejó de iluminarlo. En esos breves instantes, Jack pudo ver que el hombre llevaba un cuchillo de hoja ancha en la mano derecha. También notó que era un hombre grande, y que no había suficiente espacio para pasar corriendo junto a él sin que pudiese alcanzarle o cortarle con el cuchillo.

El hombre del cuchillo escupió al suelo y luego le habló de mala manera:

—Denos la espada, profesor, y no le haremos daño.

—No la tengo —respondió Jack. Alzó los brazos para mostrar que no llevaba nada consigo.

—Entonces llévenos a ella. Le dejaremos ir en cuanto la tengamos. También dejaremos ir a su hija. Tiene usted mi palabra.

—¿La palabra de un secuestrador? ¿La palabra de un asesino?

—Si no nos lleva adonde está escondida la espada, su hija morirá lentamente y con dolor. Se lo prometo.

Mientras el segundo hombre le apuntaba con la linterna, el primero se le acercó rápidamente, listo para usar el cuchillo e inutilizar a su oponente. Jack se deslizó bajo la hoja y se lanzó sobre el hombre como en un placaje de rugby. Cogió por sorpresa a su atacante, que cayó al suelo aparatosamente. Jack volvió a ponerse de pie y se preparó para comenzar su carrera hacia la libertad, pero el hombre del cuchillo, aunque atontado por la caída, se puso de pie aún más rápido, con el arma en la mano y listo para cortarle.

De pronto se escuchó un crujido, y Jack observó el cuchillo cayendo de la mano de su atacante y resonando al caer al suelo. El hombre se sacudió con violencia, y el cigarrillo cayó de sus labios. Comenzó a salir sangre de su boca, negra y espesa bajo la luz de la linterna, como tinta de calígrafo. Emitió un último balbuceo, y cayó frente a él para ya no moverse más.

La luz de la lámpara se movió en derredor e iluminó a una figura vestida de negro que surgía de la callejuela opuesta a la puerta del edificio. En la mano llevaba un arma corta, una pistola. Antes de que el otro hombre pudiese tirar la linterna y salir corriendo recibió un disparo, una bala en la cabeza, seguida de un segundo disparo al cuerpo cuando yacía ya en el suelo. Jack reconoció la técnica del doble disparo, utilizada por las fuerzas especiales en todo el mundo.

La figura vestida de negro se volvió hacia él:

—¿Se encuentra usted bien?

Jack asintió en silencio. Era incapaz de hablar.

—Salgamos de aquí —dijo su salvador, a quien la oscuridad había vuelto a devorar.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Jack, todavía asustado y algo perdido—. ¿Quién es usted?

—Soy Scheherazade —respondió la figura—. La policía llegará en cualquier momento. Debemos irnos.

En la ciudad de los vivos y los muertos

El Cairo

23.00 h

—Por aquí, rápido —susurró Scheherazade.

Jack la siguió, y juntos se apresuraron hacia la calle Al-Tahrir, el sitio por donde Jack había venido.

Al llegar a la ruidosa calle, la oscuridad del callejón dio paso a las luces brillantes de las farolas. La famosa vida nocturna de El Cairo estaba aún en su momento más intenso, y muchos bares y discotecas continuarían así hasta la una o dos de la madrugada. Jack siempre se decía que la capital egipcia tenía más derecho a ser considerada «la ciudad que nunca duerme» que Nueva York o París.

Aunque acababa de escuchar su voz, se sorprendió de todos modos al girarse hacia su salvador y constatar que Scheherazade era una mujer, vestida con un velo negro que la cubría de pies a cabeza. En aquel momento ella se volvió a mirarlo, y mientras lo hacía, la vio esconder el arma entre los pliegos del velo, antes de colocarse unas gafas oscuras sobre los ojos.

—Gracias a Dios que lleva puesta una *galabiyya* —le dijo ella—. Solo compórtese como un egipcio. Actúe como si yo fuese su esposa, avance varios pasos por delante de mí, y por todos los cielos no me coja de la mano. Recuerde que está otra vez en El Cairo.

—¿Cómo podría olvidarlo? —preguntó Jack, mirando a su alrededor.

—Siga caminando hasta la plaza y pare en seguida el primer taxi que vea.

—¿Cómo...?

—Quédese callado y escúcheme. Hay otros por aquí, y debemos perderlos de vista. Ya los ha oído: creen que usted tiene la espada o sabe dónde está. Sus mejores elementos están en la calle ahora. Pare un taxi y pídale que se dirija a las tumbas de Mamluk, directamente hacia el mausoleo de Shafi'i. Dígale que no quiere que recoja a más pasajeros, que su esposa no quiere a ningún hombre que no sea su esposo sentado junto a ella. Me han dicho que su árabe es bueno. Si no es cierto, dígamelo ahora.

—*Ya mrati, tsharrafna* —respondió Jack. «Encantado de conocerle, esposa».

Ella rio, con una risa agradable que cogió a Jack por sorpresa. Era la primera señal de cómo podría ser bajo el velo negro. Tras la rudeza que había mostrado en la callejuela y la seguridad de su voz, se trataba de una gran sorpresa. Le intrigaba que se hiciese llamar Scheherazade, el nombre de la princesa de *Las mil y una noches* que salvó la vida contándole una historia diferente cada noche al sultán Schahriar.

Junto a ellos pasó un taxi blanco y negro que avanzaba despacio en busca de pasajeros. Jack alzó el brazo, y se preparaba a gritar su destino, como era costumbre,

cuando Scheherazade apoyó una mano en su hombro y lo regañó:

—Santo Dios, no diga adónde vamos. Cualquiera podría oírle.

Jack se limitó a mover el brazo, llamando la atención del taxista. El taxi se detuvo, y Jack le dijo adonde deseaba ir.

—Ningún problema, señor. Entre.

Cuando se sentaron dentro, el taxista apagó la pequeña radio en la que sonaba el último éxito del ídolo popular Amr Diab. Las mujeres con velos completos y sus esposos no solían apreciar aquel tipo de música. Aunque los taxistas cairotas nunca miraban el mapa, y solían detenerse en el camino para preguntar direcciones a los peatones, que tampoco miraban mapas, podían en contrapartida interpretar a sus pasajeros con una mirada rápida y adaptar su comportamiento a los gustos, personalidades y creencias del cliente.

Se alejaron del bordillo, y mientras avanzaban, un hombre de pie junto a un local de comida rápida anotó el número del taxi antes de que desapareciese en la oscuridad. También anotó que al coche le faltaba el parachoques trasero.

El viaje transcurrió en silencio, tras algunos vanos intentos del taxista por iniciar una conversación con Jack. Desde el *Maydan* tomaron la dirección sur hacia Qasr Al-'Ayni, con Ciudad Jardín y sus embajadas a la derecha y el Nilo justo detrás, fuera de su vista. Siguieron por la isla de Roda hasta Majra Al-'Uyun y giraron al este, hacia la tierra de los muertos.

Cementerio del sur El Cairo

23:40h

En lo alto del cielo, las estrellas, como granos brillantes de arena del desierto, bailaban al son de una música inaudible bajo la luz de una luna de cera casi redonda. Abajo, en el corazón de la ciudad, los astrólogos observaban las constelaciones con el mismo interés con el que lo hacían desde la antigüedad. Jack no confiaba ni en los astros ni en los hombres. Y si alguna vez había sentido alguna forma aunque solo fuese débil de confianza, había desaparecido en los últimos meses. No lo lamentaba, pero sentía abrirse en él un vacío que ni las estrellas brillantes ni la enorme luna amarilla podrían llenar.

Aquí, en el vasto cementerio del sur en El Cairo, siglos de tumbas de musulmanes ofrecían alojamiento a vivos y muertos. Desde hacía generaciones, los guardianes de las tumbas y mausoleos, las familias de los muertos y, más recientemente, los pobres que no tenían otro lugar adónde ir, dormían cada noche junto a sus antepasados enterrados.

El taxi los dejó junto a la tumba del imán Al-Shafi'i, el fundador en el siglo IX de una de las mayores universidades de leyes. Era uno de los lugares más sagrados de El

Cairo, al que pocos turistas accedían. Jack pagó el taxi y lo observó alejarse hacia la ciudad. Mientras las luces traseras desaparecían en la distancia, los ojos de Jack se ajustaron a la luz de la luna y las estrellas parpadeantes.

—Quédese aquí, y no se mueva —le dijo Scheherazade—. Veamos si alguien nos ha seguido.

Se ocultaron en las sombras junto a la tumba. Se escuchaba el sonido de música cerca, Abd Al-Halim Hafez entonando «*Gana elhawa*» desde unos altavoces que hacían resonar la canción a través de la oscuridad del cementerio. En el territorio de la muerte, una canción de amor: «El amor vino a nosotros, vino a nosotros. El amor nos atrapó, nos atrapó...».

—Hay una boda, unas calles más abajo —dijo Scheherazade—. El novio es Gamal Lutfi: sesenta años, un crápula conocido. Se gana la vida vendiendo neumáticos robados en Ahmad Maher. Es un hijo de puta vicioso, ya tiene tres esposas y esta noche ha conseguido una virgen para su uso exclusivo. Su nombre es Khadija, la he visto un par de veces, es de una calle no lejos de aquí. Tiene catorce años, es bellísima, y su opinión sobre este matrimonio cuenta tanto como la de un gato al elegirlo en una tienda de animales. Él es fuerte como un toro, así que aunque ella le sobreviva, para entonces ya tendrá treinta años o más, demasiado vieja para aspirar a un matrimonio decente en otra parte.

—La vieja historia de siempre... —dijo Jack.

Se sentía extraño hablando con esta persona que no le habían presentado, cuyo rostro no conocía.

Esperaron durante media hora. Pasaron uno o dos coches, pero todos se detuvieron para dejar salir a invitados a la boda y siguieron su camino.

—Quizá sea mejor que conozca tu verdadero nombre —dijo Jack—. Llamarte Scheherazade es un poco... extraño.

—Puedes llamarme Jamila —contestó ella.

—¿Y quién eres exactamente, Jamila?

Ella rio con dulzura.

—Espera a que lleguemos a nuestro destino. No creo que nos hayan seguido, ¿y tú?

—Por lo que puedo ver, no.

—En ese caso, ven conmigo.

Avanzó hacia una angosta callejuela frente a ellos. Incluso aquí había farolas, que se alimentaban de la electricidad que, al igual que el agua, el gas y otros suministros, eran desviados allí por el ayuntamiento. Había oficinas de correos en los cementerios del norte y del sur, al igual que comisarías y paradas de bus en las calles más anchas. Algunos doctores habían abierto consultorios para tratar a los habitantes. Muchas personas pasaban su vida entera en este lugar, y otras luchaban por conseguir salir. Unos eran los guardianes legales de las tumbas que llamaban su casa, otros, ocupantes ilegales expulsados de sus casas en alguna parte y que llegaron hasta aquí

por necesidad.

Lejos de las calles principales, las callejuelas por las que avanzaban estaban completamente a oscuras, y Jamila utilizaba una linterna para encontrar su camino a través del laberinto de atajos y pasajes estrechos que se extendían entre las tumbas y los mausoleos.

Se detuvieron frente a un portal imponente, y Jamila empujó la puerta oxidada que protegía el mausoleo.

—Es la tumba de Sidi Ibrahim Nour —le dijo—. Era un sufí muy importante, un santo. En su día, en todo caso. Cincuenta años atrás solían celebrarse sus cumpleaños, pero ahora casi nadie viene por aquí. Dentro estaremos a salvo, hasta que llegue el momento.

—¿El momento? ¿El momento de qué?

Ella volvió a reír.

—No seas tan impaciente. Se te explicará todo.

Entraron. Jamila activó un interruptor en la pared y una lamparilla desnuda cobró vida en el techo. Apenas tendría treinta vatios de potencia, pero era suficiente para hacer el espacio visible.

Estaban de pie en un patio cubierto con puertas en cada lado.

—A la izquierda está Ibrahim —dijo ella—. Su principal esposa está a la derecha. Muchos de sus parientes hombres comparten tumba con él, y en la de ella también están sus hermanas y su madre. Por supuesto, está fuera de discusión que los enterrasen a todos juntos: hombres y mujeres deben permanecer separados incluso después de la muerte. Para evitar que hagan locuras, supongo. En la tumba de él hay un domo, en la de ella un techo plano. Él tiene relaciones con setenta y dos hurís, ella tiene derecho a que él se la folle una vez cada cien años, con suerte. Nuestros aposentos están por aquí.

Jack la escuchaba sorprendido. ¿Cómo había llegado a ser rescatado por la única mujer de todo Egipto que usaba velo, rescataba a hombres extraños y hablaba con ellos de sexo?

Las habitaciones habían sido construidas alrededor del mausoleo para que los parientes de los muertos pudieran quedarse durante el ritual anual del luto. Jamila lo guio por una puerta angosta hacia una pequeña cámara iluminada por otra bombilla desnuda igual a la del patio central.

Jack intentó reprimir un bostezo que llegó de todos modos. Estaba agotado: el único momento en que había dormido realmente había sido en el avión. En el hotel, ya sumergido en los olores y sonidos de El Cairo y sin saber adónde tenía que ir, apenas había conseguido dormir.

—Pronto podrás dormir —le dijo Jamila—. Pero antes, necesitamos hablar de algunas cosas. Y tenemos que pasar por la boda. Déjame quitarme primero estos malditos andrajos.

Jamila se soltó la larga *milaya* negra que la cubría de pies a cabeza, la lanzó sobre

una silla y se quitó el velo que cubría su rostro. Las gafas ya se las había quitado antes.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

—No puedes imaginar cuánto detesto llevar estas ropas ridículas —dijo.

Bajo el disfraz llevaba un jersey ajustado azul y tejanos. Sus zapatos negros eran en realidad zapatillas Nike.

Jack estaba maravillado ante la transformación. La cucaracha negra que lo había encontrado y guiado hasta aquí se había transformado en una mujer cuyos largos cabellos negros y su rostro sonriente la convertían en alguien a quien deseaba conocer. Sus ojos eran inmensos, su sonrisa algo torcida y su nariz pequeña. Era sorprendentemente bella.

La habitación en la que se encontraba servía a la vez de cocina y salón comedor. Jack ya había estado antes en casas-tumba como esta; de vez en cuando solía visitar el cementerio del norte para estudiar las inscripciones en las paredes de las mezquitas y mausoleos de los sultanes y príncipes. Siempre había encontrado a la gente del lugar amable y dispuesta a ayudarlo, aunque fuera un extranjero y un infiel.

—Tu nombre te hace justicia —dijo Jack esperando no ofenderla. Jamila significaba «hermosa».

Ella se sonrojó, y sin responder, lo guio hasta una silla acolchada.

—Hace mucho frío aquí.

Había un calentador Calor en una esquina de la habitación. Jamila lo acercó hacia donde Jack estaba sentado y lo encendió con una cerilla. Los paneles del frente se pusieron rojos y el calor comenzó a sentirse.

Jamila se dirigió a una estufa de propano sobre un banco que le llegaba hasta la cintura. En una vieja cacerola calentó una mezcla de agua, azúcar y jengibre. Estaba de pie de espaldas a él, tarareando la canción de la boda que resonaba a través de las callejuelas en la noche. Era otra vez Amr Diab, cantando «*Qalbi ikhtarak*»: «Mi corazón te ha elegido».

—No ha sido precisamente de esa manera, ¿no crees? —dijo él—. Que haya elegido a su futuro esposo...

—¿Tú qué piensas? Seguramente su padre selló su destino en alguna habitación trasera con el viejo carcamal vicioso.

—Solo espero que sea virgen...

La importancia de la virginidad no podía exagerarse. Más tarde, la novia y el novio se retirarían a sus aposentos, y unos minutos después él aparecería sosteniendo unas bragas manchadas de sangre. Nunca nadie preguntaría si era sangre humana o de pollo, pero las bragas serían expuestas por todo el barrio entre los gritos de felicidad de los vecinos, que estaban a la espera de la evidencia de la castidad de la novia. Su familia podría dormir tranquila sabiendo que su honor estaba intacto, y la novia podría respirar al fin, sabiendo que la ausencia de sangre podría llevarla a morir en manos de algún miembro de su familia.

—Dios la ayude si no es virgen —dijo Jamila—. Uno de sus hermanos puede haberla violado durante años, pero si no sangra esta noche, será a ella a quien apuñalarán hasta matarla.

Jamila terminó de preparar las bebidas y las vertió en un par de tazas de cerámica con la inscripción «Universidad de El Cairo». Con una sonrisa, las llevó hasta la mesa de latón entre las sillas. Su piel era como el terciopelo, y sus ojos negros como el cielo nocturno. Por un instante una sombra atravesó su rostro, para luego desvanecerse como si nunca hubiese estado allí.

Se sentó en la silla y cogió una taza. El vapor ascendía mezclándose con el aire frío de la habitación.

—¿Nadie se pregunta por qué estás sola? —preguntó Jack—. Las mujeres que llevan velo no suelen ir en público sin un hombre que las vigile.

Jamila negó con la cabeza.

—Suelo decir que mi esposo está fuera, pero que regresará pronto. Cada vez que he tenido que salir, una de las mujeres me ha acompañado. La gente no es tan exigente por aquí, no tanto como en los barrios altos o en lugares como Shubra. Pero por eso debemos dejarnos ver en la boda, aunque sea por media hora. Ahora que estás aquí, todo el mundo debe saber que eres mi esposo.

—Pero... ¿quién es realmente? ¿Tienes un esposo?

Jamila lanzó una risa ligera y negó con la cabeza.

—Nadie salvo tú, me temo.

—Necesitaré una tapadera.

Jamila inspiró profundamente, como alguien que intenta ayudar a un niño no muy listo.

—Tu nombre es Ayyub. Has estado en Ismailiyya durante tres meses, trabajando en la panadería de tu primo porque necesitábamos dinero. Perteneces a una fraternidad sufí en Imbaba, y eres un buen musulmán. Después de eso, puedes hablar de los resultados del fútbol. Ahli ganó la semana pasada 7-4. No hables de política, y estarás bien.

Jack gruñó y cogió su taza. El líquido aún estaba demasiado caliente para beberlo, pero lo intentó igualmente.

—¿Tienes alguna noticia? —preguntó al fin, vencido por su impaciencia.

—¿Noticia?

—Sobre mi hija. Sobre Naomi.

Jamila negó con la cabeza.

—Nada nuevo. Todavía está con ese grupo. No le harán daño mientras piensen que puede serles útil.

Jack le contó los detalles sobre la muerte de Simon y la persecución a través de la nieve helada. El hombre con gafas de visión nocturna, las balas dando en su objetivo, los árboles por todas partes...

—Nunca he visto la nieve —dijo Jamila—. Pero he visto fotografías. Lo siento

por Simon, él y yo éramos muy cercanos.

—¿Quieres decir...?

Jamila negó con la cabeza y lo miró. Esta vez no había sonreído.

—No de esa manera. Pero me enseñó todo lo que sé. Cuando llegue el momento, lloraré por él. Pero no ahora. Tenemos cosas importantes frente a nosotros, más importantes de lo que puedes imaginar. ¿Dónde has dejado la espada?

—Está en una taquilla en la estación de ferrocarriles. No pude pensar en otro lugar donde ponerla. Quería pasar mañana por ella y guardarla en un lugar más seguro.

—¿Hablas en serio? —preguntó Jamila.

Jack asintió. Había tenido muy poco tiempo, pero era cierto que las taquillas de la estación de Ramsés no eran el lugar más seguro para dejar algo de valor.

Ella negó con la cabeza y lo miró de una forma que le hizo desear haber guardado aquella maldita cosa en una bóveda de banco.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —preguntó Jack, para cambiar de conversación.

Jamila frunció los labios.

—Simon y yo teníamos un acuerdo claro: debía llamarme por teléfono a determinadas horas mientras estuviese en Gran Bretaña. Sabía que había dado contigo en algún pequeño lugar de Escocia, y que planeaba sacarte de allí y traerte de vuelta a El Cairo en el primer vuelo disponible. Para cuando amanecía hoy en Gran Bretaña, supe que algo malo había ocurrido. Si no, me hubiera telefonado, de eso no hay duda.

»Lo que no sabía era si te había sucedido algo a ti también. Imaginé que si habías conseguido salir de allí, de todas formas vendrías a El Cairo, por lo que verifiqué las listas de pasajeros en mi ordenador y allí estabas. Supongo que tus perseguidores deben de haberte encontrado de la misma manera. Adivinaron que irías a la universidad y vigilaron todas las entradas.

Jamila suspiró. En su interior, todavía luchaba por retener las lágrimas por Simon. Lo conocía desde hacía años. Dicho de otra manera, seguramente fueron amantes.

—Yo no tuve la misma idea, y te perdí la pista por un momento —continuó—. No sabía en qué hotel te alojabas, si habías vuelto a tu casa en Ciudad Jardín, o si habías preferido quedarte en casa de amigos. Pero supuse que irías a la embajada. Simon me había dado la contraseña de acceso al ordenador central, por lo que continué buscando en las listas de huéspedes de los hoteles mientras verificaba si la embajada tenía algún registro de tu presencia. Tuve suerte: un hombre en el consulado llamado Purvis había escrito un informe sobre tu visita, e incluía el nombre de tu hotel. También ponía que el servicio de seguridad de la embajada decidió seguir tus pasos.

—¿Eso es lo que...?

Jamila negó con la cabeza:

—No creo. Yo fui hasta tu hotel, me aseguré de que estuvieses en la habitación y

luego, cuando saliste, te seguí. Estuve siempre cerca de ti, en la visita a tu restaurante y luego en la universidad.

—¿Y por qué no te presentaste simplemente?

—Habría sido un error. Sabía que alguien del servicio de inteligencia británico estaba siguiéndote, pero no sabía quién. Si me hubiese acercado a ti, ellos lo habrían sabido, y supuse que si ellos lo sabían, alguien más podría enterarse. No deben saber que estamos juntos.

—Pero ¿por qué podría estar siguiéndome el MI6? ¿Y por qué aquel imbécil de la embajada negó conocer cualquier información acerca de Simon y Emilia?

Jamila se detuvo un segundo a pensar. En ese momento la sombra volvió a su rostro bajo la forma de un velo delgado, más marcado alrededor de sus ojos. ¿No sería acaso una fachada y nada más?, se preguntó Jack. ¿Era acaso esa sonrisa la tapadera de otra cosa?

—Jack, hay algo que debes saber: Osama Bin Laden está muerto. ¿Simon tuvo tiempo de mencionártelo?

—Sí.

—¿Te dijo que el líder del grupo que tiene prisionera a tu hija está planeando ocupar su lugar?

—Sí, como el nuevo califa.

—Lo que no debe de haberte dicho es que un grupo del Ministerio de Asuntos Exteriores dentro del MI6 ha visto en ello la oportunidad de cerrar un trato. Piensan que si logran poner sus manos en la espada, podrían utilizarla para negociar con este hombre. Otra vez el viejo truco del «pacto de seguridad»: si él promete que no habrá atentados terroristas en suelo inglés, puede quedarse con su espada. Y si de verdad se convierte en califa y líder, Gran Bretaña llevará la delantera en ese juego.

—Santo Dios...

—Si tan solo nos escuchara, Jack. Si tan solo nos escuchara...

—Si querían la espada, ¿por qué simplemente no me la pidieron?

—Porque sabían o sospechaban que Simon Henderson habría hablado contigo y te habría contado lo que planean. Si te pedían la espada directamente, no sabían cómo reaccionarías, a quién se la entregarías. No saben dónde has escondido la espada, y no pueden arriesgarse a que sepas cuánto la quieren. Puedes estar seguro de que te han seguido, y seguramente planean entregarte al grupo de Al-Masri.

Jamila lanzó una mirada al reloj en la pared.

—Ya hablaremos de esto luego. Ahora voy a preparar un café bien fuerte, y una vez que te lo hayas tomado, tenemos una boda a la que asistir.

Taxi

Calle Al-Tahrir

Media hora después

Amin Yunus estaba cansado. Llevaba en pie desde temprano por la mañana, pero aún no había ganado lo suficiente para alimentar a su familia. La pareja que condujo a la Ciudad de los Muertos le había pagado bien, pero necesitaba un par de viajes más antes de poder volver a su casa a dormir. Decidió regresar a la calle Al-Tahrir esperando encontrar algún turista saliendo de los bares. Una pareja de turistas estaría muy bien, pensó. Podría cobrarles más de lo que correspondía y ellos ni siquiera lo notarían. Quizás hasta ganase lo suficiente para comprarse un nuevo parachoques.

Al-Tahrir era su lugar de caza habitual. Dado que era un excelente lugar para recoger turistas, solo un reducido número de taxistas tenía derecho a buscar clientes allí. Mientras recorría la calle, un hombre a su izquierda le hizo una seña. Condujo hasta el bordillo y el pasajero se acomodó en el asiento delantero. Al mismo tiempo, dos hombres más entraron por las puertas traseras.

—¿Adónde? —preguntó.

—Tú dirás —respondió el hombre en el asiento delantero.

—No comprendo...

—Te hemos visto antes recogiendo a un hombre y una mujer. Él llevaba una *galabiyya* y ella iba vestida con un *hijab* completo. ¿Los recuerdas?

—Por supuesto. ¿Qué pasa con ellos?

Uno de los hombres sentados en la parte trasera se inclinó hacia delante y susurró algo al oído de Amin. El taxista se puso pálido.

—¿Qué... qué es lo que queréis saber? —preguntó, con la voz temblorosa. Los hombres de su taxi no eran el tipo de gente con la que le gustaría tener problemas.

—¿Adónde los has llevado? Es todo lo que queremos saber.

Amin les respondió. Entonces, uno de los hombres en el asiento trasero sacó un móvil e hizo una llamada.

—Gracias —dijo al taxista el primero de los hombres—. Ahora, bájate del coche.

—Pero... es mi coche.

—¿No te explicó mi amigo aquí atrás cómo funcionan las cosas? Recuperarás tu coche. Ahora, salva tu vida y ve con tu familia.

Abrió la puerta y se bajó del taxi. Las rodillas apenas lo sostenían. El hombre del asiento delantero cambió de lugar y se colocó al volante, cerró la puerta y se adentró en el tráfico de la calle. Detrás de él, el hombre del teléfono impartía instrucciones.

Amin observó las luces traseras del coche desvanecerse. Sabía que nunca volvería a ver su coche. No tendría nada que llevar a su casa esta noche, ni las noches por venir. Los hombres que se llevaron su vehículo lo habían sentenciado, a él y a su

familia, a una muerte en vida.

El carmesí y el blanco

Cementerio del sur

El Cairo

Las celebraciones habían comenzado al atardecer y continuarían hasta las dos o tres de la madrugada. Nadie en el barrio dormiría esta noche. Nadie salvo los muertos. La pareja se había casado unas horas antes en una ceremonia sencilla en casa de la novia, donde el padre firmó un contrato en su nombre ante el jeque local. Ella había visto por primera vez a su esposo en ese momento, había notado las verrugas en sus manos al firmar los papeles y observó sus ojos reumáticos desnudarla. Algo acababa de morir en ella. El resto del día lo pasó en su casa, llorando, hasta que fue casi medianoche, y luego se sumó a su esposo en la procesión de la boda.

La fiesta ya había comenzado para entonces, en cuanto el sol se ocultó. La oscuridad se llenaría de la mezcla entre la música y el ulular de las amigas y familiares de la novia.

Jack había estado en docenas de bodas como esta en casi todo El Cairo, pero nunca antes en la Ciudad de los Muertos. En los barrios altos, las bodas fastuosas en los grandes hoteles costaban más que la casa adonde la pareja planeaba mudarse. La novia de esta noche no tendría una casa nueva, sino que se sumaría a la casa donde ya vivía el novio con sus otras esposas. La fiesta no estaba organizada por un servicio de comidas: era una celebración hogareña, en la que familiares y vecinos se juntaban para crear una fiesta que todos recordarían, al menos, hasta la siguiente. Jack acompañó a Jamila hasta la entrada de la fiesta.

Entre dos hileras de tumbas, un amplio callejón había sido rodeado con las telas rojas brillantes que se utilizaban en todas las celebraciones locales, desde el cumpleaños del Profeta hasta los desfiles de niños pequeños antes de su circuncisión.

Sobre cuerdas que iban de un lado a otro del lugar habían atado luces de colores, y otras colgaban de las ramas de los árboles secos por el invierno. Los altavoces por los que resonaba la música eran del tamaño de pequeños camiones, y en todas partes los calentadores a gas luchaban por combatir el aire frío de la noche.

Sentados en sillas doradas de respaldo alto colocadas sobre una plataforma rodeada de flores de plástico, la novia y el novio destacaban en su solitario esplendor al extremo del callejón. Habían llegado cerca de las once y media, felicitados en el callejón por hileras de mujeres que llevaban brillantes vestidos hasta los tobillos y las manos color carmesí a causa de la henna. Sus chillidos eran como los de las aves de cuello largo, gorjeando y ululando con un sonido que surgía desde sus gargantas y retumbaba entre las tumbas.

Jack miró hacia donde se sentaba rígida en su trono Khadija, la novia. Era como una minúscula muñeca, con su cuerpo de niña dentro de un vestido blanco

voluminoso y varias tallas más grande de lo que necesitaba, sin duda el mismo de todas las bodas de la vecindad. El novio, que ya había hecho esto antes, sonreía ante la procesión de invitados. El viejo perverso estaba tenso ante la perspectiva de tomar la virginidad de Khadija más tarde, y esperaba que ninguna de sus otras esposas le montase una escena después.

Todo el mundo estaba allí. En Egipto, una invitación a una boda es como una orden del presidente: nadie dice no a menos que esté en su lecho de muerte.

A un lado, los hombres se sentaban en sillas de madera o se alzaban de vez en cuando para bailar entre ellos. No había baile mixto, y de hecho hombres y mujeres casi ni se mezclaban. Del lado opuesto, las mujeres en sus vestidos de fiesta llamaron a la novia para que se les uniese en un baile, pero ella negó con la cabeza, temiendo avergonzarse a sí misma. En su casa le gustaba escuchar música pop, pero le habían advertido que a su esposo le molestaba la música fuerte de todo tipo y no dejaría que sonase bajo su techo.

Jack no había comido nada desde el restaurante, llevaba casi todo el día sin comer. El aroma de la comida atravesó la noche fría y asaltó su nariz. El banquete se preparaba en pequeños quemadores de propano dentro de las cocinas más cercanas. En las cacerolas de casi un metro de diámetro se cocían corderos, pollo, arroz, macarrones y berenjenas.

Sobre las mesas se ofrecían platos con ensaladas, empanadillas fritas y *kunafa* bañados en miel para entretener a los invitados, quienes estaban más hambrientos a cada minuto que pasaba. Los niños pequeños, creyéndose invisibles, se escabullían bajo las mesas y reaparecían para atrapar puñados de pastelillos, mientras una mujer nerviosa batía sus palmas en vano para espantarlos.

Cuando Jack y Jamila se dirigían hacia la plataforma para felicitar a los novios, la música grabada dejó de sonar y un grupo de música tradicional se instaló en un escenario bajo con tambores, laúdes, una flauta de junco y un violín afinado en la escala árabe. Ni bien se acomodaron, empezaron a tocar sus instrumentos haciendo sonar la canción de bodas tradicional «*Arustak Al-Halwa*», «Tu novia es un encanto».

Jamila iba sin el velo puesto. Se cruzó con viejos amigos, quienes se giraban en cuanto oían su nombre y corrían a saludarla.

—Jamila, cariño, ¿dónde has estado toda la noche? Te he buscado por todas partes, creíamos que no vendrías.

Quien hablaba era una gorda mujer nubia que vivía dos tumbas más allá. Tenía los dientes separados blancos y brillantes, y en las palmas de las manos la henna dibujaba patrones como de un guante de lazo. Se acercaron más mujeres, saludando a Jamila y preguntándole por qué llegaba tan tarde.

—Mi esposo acaba de regresar hace unas horas —respondió ella, señalando a Jack con timidez.

Él se retorció de vergüenza y sonrió nerviosamente mientras murmuraba un escueto saludo. Cuanto menos dijese, mejor, pensó.

Una vez que las mujeres pudieron examinarlo y felicitar a Jamila por su regreso, lo enviaron en dirección al contingente masculino.

—No quiero que estés paseando por allí —le susurró Jamila—. Las olías mujeres se pondrán celosas porque eres mucho más apuesto que sus esposos, y eso significa el mal de ojo. Francamente, prefiero evitarlo.

—¿No creerás en esa vieja superchería? —dijo, aunque luego pensó que no conocía a ningún egipcio que no.

Jamila le hizo un gesto para que se fuera y Jack se dirigió hacia la zona de los hombres. Al menos ya le habían visto y colocado en el espacio mental ocupado por «esposo de», por lo que ya no sería el objeto de especulaciones. El café que había bebido antes de salir le había provocado una excitación desagradable. Temblaba de pensar en el estado en que se encontraría su cabeza cuando despertase a la mañana siguiente, si despertaba.

La niña en la plataforma se veía casi tan joven como Naomi, y la idea de ella en la cama con el monstruo a su lado lo ponía furioso. El pensamiento trajo imágenes oscuras, preguntas sobre Naomi: dónde la tendrían prisionera, si estaría viva aún o no, o si la habrían violado.

Jack se internó aún más entre la gente, y a cada paso que daba era seguido por las miradas de los curiosos. Había sido marcado como un extraño en el momento en que puso un pie allí, aunque la bienvenida ofrecida por las mujeres a Jamila debía de haber hecho mucho para aplacar las sospechas. Sin embargo, no parecía especialmente un egipcio: con su piel clara y su acento poco común, con frecuencia le confundían con un circasiano de Jordania o Siria. Los forasteros no eran bienvenidos en comunidades cerradas como esta, y Jack prefería evitar meterse en conversaciones. Un desliz podría ser suficiente para encontrarse en una situación muy difícil.

Las mujeres y niñas comenzaron a traer cazos humeantes de comida desde sus cocinas. Jack husmeó el aire y agradeció la distracción tanto como agradecía la perspectiva de una cena tardía.

La música se calmó mientras los músicos afinaban sus laúdes. Era difícil mantenerlos afinados en el aire frío. En algún lado de la calle, un coche se detuvo. Lo siguieron un segundo y un tercer coche: llegaban nuevos invitados.

La banda comenzó a tocar de nuevo. La comida se servía en platos de plástico y los niños correteaban por todas partes, intentando servirse ellos mismos. También repartían vasos con zumo de fruta. El novio le decía a su nueva esposa que se sentase derecha y sonriese. Las ollas con comida seguían llegando y eran colocadas sobre caballetes. Un grupo de mujeres invitó a Khadija a unírseles y comer junto a ellas. Entre estas estaba su hermana, y desde algún lado apareció su madre cargando un pesado plato de arcilla. La música no paraba de sonar, y la abuela de la novia se puso de pie y realizó una pequeña danza. Sus amigas, un grupo de viejas arpías endurecidas, palmeaban mientras la abuela alzaba los pies en la tierra dura.

Las telas que colgaban se abrieron para dar paso a nuevas personas que fueron

confluyendo en el centro. Eran los recién llegados. Demasiado ocupados con la comida, nadie reparó en ellos al principio. Eran hombres, vestidos con largas túnicas negras. A medida que entraban en la fiesta, sus ojos recorrían el lugar de derecha a izquierda, como buscando algo. O a alguien.

Jamila fue la primera en notar su presencia, y en cuanto lo hizo se le heló la sangre. No eran invitados de la boda, ni muchachos de otro barrio intentando colarse. Recorrió el lugar con la mirada, buscando desesperadamente a Jack. Ni siquiera se le ocurrió preguntarse cómo los habían encontrado; lo único que importaba ahora era salir de allí.

Los hombres de negro se mezclaron en la multitud. Aquí y allí, algunos invitados comenzaron a notar su presencia y a comprender que no habían venido a tomar parte de los festejos. Nadie necesitaba que le explicasen quiénes eran: ya eran conocidos por arruinar otras bodas antes, considerando que la música y el baile, incluso sin mezcla de sexos, era un pecado contra su versión puritana del islam. Se escucharon algunos gruñidos de los invitados anticipando el fin de la celebración.

Pero Jamila sabía que no estaban allí para eso. Se disculpó con sus acompañantes y corrió en busca de Jack, abriéndose camino entre las muchachas que se balanceaban al ritmo de una canción lenta. Maldita sea, ¿dónde está?, pensó. Sabía que si podía reconocerlo entre la multitud, ellos también podrían. Nunca debió haberlo traído. Y debería llevar un arma consigo.

Jack al principio no los vio, pero cuando alzó la vista observó cómo Jamila avanzaba apurada en su dirección. Algunos hombres gritaron enfadados al verla abrirse paso en la sección masculina de la fiesta. Ella los ignoraba, siguiendo con los ojos el movimiento de los hombres de túnicas negras entre los invitados, intentando dar con Jack.

Entonces lo vio, haciéndole señas con el brazo, perplejo ante su intrusión en territorio de hombres. Jamila corrió hacia él, y en cuanto Jack vio la expresión en su rostro supo que algo iba mal. Miró a su alrededor y vio a un hombre con barba y túnica negras caminando en su dirección. Entonces constató que aquel hombre llevaba un arma, un subfusil tipo Uzi. Otros dos hombres avanzaron hacia él desde el otro lado, y Jamila gritó por sobre el alboroto de voces y el sonido de los laúdes:

—¡Jack, sal de ahí ya! ¡Por aquí!

Comenzó a correr hacia ella, pero una pila de sillas le bloqueaba el camino. Al intentar apartarlas tropezó, y el primero de los hombres pudo darle alcance y cogerlo por el hombro, intentando inmovilizarlo. Los demás estaban a solo unos metros, y llegaban desde todas direcciones. La gente gritaba ahora, y los músicos dejaron de tocar.

El hombre que había llegado hasta Jack le rodeó el cuello con el brazo libre. Este fue su error: todos los instintos de lucha de Jack, trabajados en años de entrenamiento y combate, salieron a la superficie. Jack se apoyó contra el hombre, dejó caer un brazo y se giró de golpe, utilizando la cintura de su captor como pivote,

desestabilizándolo. Cruzando una pierna frente a él, lo lanzó con fuerza al suelo. El arma que llevaba cayó ruidosamente. Jack alzó al hombre antes de que pudiese recuperar el equilibrio y le propinó un fuerte golpe en el cuello, dejándolo sin sentido. Cuando los otros ya estaban cerca, Jack recogió el arma. La reconoció de inmediato: era una imitación china del Uzi. Nada como el original, pero era mejor que no tener arma.

Mientras se enderezaba, un hombre que no había visto apareció tras él y apoyó el cañón de una pistola contra su nuca. Alguien gritó, y otros gritos le siguieron. Jamila apareció frente a Jack, mientras dos hombres más se les acercaban.

—¡El arma, Jack! ¡Lánzamelas!

Jack no dudó ni un segundo. En cuanto Jamila la atrapó, se giró y comenzó a disparar, matando a los dos hombres cerca de ella, a sabiendas de que el que encañonaba a Jack no se atrevería a dispararle.

Se giró y apuntó con el arma al hombre que tenía a Jack.

—Vete de aquí —le dijo.

—Le voy a disparar —respondió el hombre—. Ya he disparado a otros infieles como él. No es nada para mí.

—Él es todo para ti. Si lo matas, nunca encontrarás la espada. Yo no sé dónde está, no me lo ha dicho.

Jamila podía escuchar las pisadas que se dirigían hacia ellos, y a alguien lanzando instrucciones para que los rodeasen a los dos.

El hombre dudó por una fracción de segundo, y Jack aprovechó para girar sobre un pie, coger el cañón del arma y lanzarle una fuerte patada en los testículos. El asaltante gritó y cayó pesadamente al suelo, cogiéndose sus partes sin dejar de chillar.

Los demás casi les habían dado alcance. Su líder llevaba un arma a la altura de la cintura y apuntaba a Jamila. Jack alzó el Uzi que acababa de coger y le disparó, atravesándole el pecho con una ráfaga de balas de 9 mm. La sangre salpicó hacia todos lados, manchando a los invitados y provocando pánico y carreras en todas direcciones. Al ver más hombres corriendo hacia él, Jack maldijo no poder dispararles, por miedo a hacerle daño a gente inocente.

Jamila miró a su alrededor. Había un asaltante en cada entrada. Entonces, recordó otra forma de salir de allí.

—¡Rápido! —gritó—. Sígueme.

Corrían juntos, ahora. Un hombre se plantó frente a Jamila apuntándole al pecho, pero ella siguió corriendo y lo golpeó con el costado del arma, rompiéndole la mandíbula. Cayó al suelo retorciéndose de dolor.

Corrieron hacia la sección de las mujeres, esquivando mesas y sillas y dejándolas caer detrás suyo para molestar el avance de sus perseguidores.

Uno de los hombres tras ellos abrió fuego, fallando su objetivo e impactando contra un grupo de mujeres asustadas que corrían intentando huir. Tres de ellas murieron en el acto, con sus vestidos de fiesta empapados de sangre.

La novia y el novio estaban paralizados, impactados por el horror de ver su fiesta de casamiento convertirse en una escena del infierno. La pequeña Khadija estaba sentada, inmóvil. Sabía que debía correr, pero con su vestido de novia apenas podía avanzar con pequeños pasos. Gamal, su esposo, de repente reaccionó: podía ver gente corriendo en dirección suya, un hombre y una mujer perseguidos por hombres armados. Saltó de su silla y de la plataforma, dejando a la joven novia a su suerte.

—Por aquí —dijo Jamila—. Hay una salida detrás de la plataforma.

Dos de los perseguidores comenzaron a dispararles, esperando quizás herirlos y evitar que escapasen. Las balas impactaban sobre todo aquel demasiado lento o torpe como para quitarse del camino.

Al llegar a la plataforma, Jack no podía ver ningún signo de alguna salida.

—Tenemos que trepar por aquí —dijo Jamila, jadeando—. Hay unas escaleras en la parte de atrás.

Jack saltó sobre la plataforma y tendió una mano a Jamila para ayudarla a subir. Al verlos subir a su nivel, Khadija gritó y saltó de su silla, enredándose en los pliegues de su vestido. Volvió a gritar, en dirección de los perseguidores, pidiéndoles que se detuviesen y que la dejaran tranquila. Sus gritos de confusión y horror fueron cortados por el disparo de un Uzi, y una guirnalda de flores rojas atravesó el vestido de lentejuelas, desgarrándolo desde el hombro hasta la cadera. Las balas atravesaron su corazón y sus pulmones, desgarraron sus riñones, cortaron su hígado en jirones, destruyeron su corta vida, y acabaron con los pocos sueños tristes que alguna vez había albergado. Mientras su familia rezaba, su noche de bodas fue coronada con sangre.

Jamila se agachó para ayudarla, pero Jack ya se había dado cuenta del verdadero alcance de sus heridas. Tiró de Jamila de vuelta a las escaleras, y unos instantes después se encontraban nuevamente a nivel del suelo, abriéndose camino entre las telas colgantes.

Tras las luces de la fiesta, el callejón estaba completamente oscuro.

—Tenemos que salir de aquí —gritó Jack.

Jamila intentó llevarlo hacia la puerta más cercana, pero Jack se negó:

—Van a inspeccionar la zona y a traer refuerzos. Necesitamos un coche.

—Por aquí —dijo Jamila, recordando la dirección por donde escuchó los coches al llegar.

Avanzaron a trompicones mientras detrás de ellos las luces se encendían y hombres armados avanzaban hacia la salida. Alguien comenzó a arrancar las telas para abrir el camino a los demás.

Jack alzó la vista y vio sus siluetas dibujarse contra la luz. Donde se encontraba estaba protegido por la oscuridad, justo fuera del alcance de las débiles luces de la fiesta.

—Agáchate —dijo a Jamila.

Jack puso una rodilla a tierra, alzó el arma y abrió fuego. No podía saber a

cuántos les había dado, pero una serie de gritos fue suficiente para saber que había puesto a más de uno fuera de combate.

Jamila avanzó hasta una esquina en la que una calle más amplia cruzaba el callejón. La luz de la única farola arrojaba un débil resplandor sobre el camino.

—¡Corre lo más rápido que puedas, Jack, dejaron sus coches por aquí!

Jack disparó otra ráfaga, se puso de pie y corrió hacia la esquina. Detrás sonaron los disparos de un Uzi, y pudo sentir las balas silbando a su izquierda.

Había cuatro coches en medio de la calle.

—Han dejado las llaves —gritó Jamila, quien ya estaba sentada al volante del primer coche.

Giró la llave, encendió el motor y esperó a que Jack llegase. Este se acercó a la puerta abierta.

—Sal del coche y cúbreme —le dijo.

Un instante después Jamila estaba fuera junto a él.

—Quédate detrás del coche —dijo Jack—. Úsalo para cubrirte e intenta retenerles lo más que puedas.

Los disparos volvieron a comenzar en el callejón, y esta vez eran de más de un tirador. Jamila se agachó detrás del capó del coche del medio y respondió a los disparos, apuntando a las siluetas y dándole al menos a uno de ellos.

Entretanto, Jack corrió de un coche a otro cogiendo las llaves de encendido. En El Cairo era normal que los conductores dejaran las llaves puestas: el robo de vehículos era casi inexistente. Guardó las llaves en un bolsillo de su *galabiyya*.

—¡Vámonos de aquí! —gritó.

Jamila disparó de nuevo, pero el arma se atascó. Maldiciendo, la arrojó a un lado.

Corrieron hasta el primer coche. Jamila se zambulló en el asiento del conductor. Jack aún estaba entrando en el asiento del acompañante cuando arrancó y lanzó el vehículo hacia la noche. Los disparos resonaron por todas partes e impactaron contra la luneta. Un instante después, sus atacantes eran apenas sombras en el espejo retrovisor. Al fin, fueron devorados por la oscuridad.

Bendecido por la locura

Manshiyat Nasr

El Cairo

La mañana siguiente

10.10 h

Despertó de un sueño sin sentido ni sentimiento, como bendecido por la locura. Emilia había vuelto de su tumba, vestida con una mortaja blanca, en busca de venganza. Jack la vio salir de la tierra, como si él mismo estuviese encadenado, y observó su rostro pálido en una mueca de malicia, sus ojos amargados, escupiendo sangre y tierra por la boca. Entonces sus cadenas se rompieron, y él corrió. Junto a él volaba toda una ciudad, y tras ellos su esposa muerta avanzaba rápido en una persecución burlesca. El cielo se había vuelto rojo, y Jack notó que le salía sangre de los oídos, y de los oídos de todos los que se encontraban en aquel vuelo de locura. Primero se quedó sordo y luego pudo volver a escuchar, y todo lo que escuchaba eran los gritos agudos de Emilia. Al mirar atrás vio que la gente de la ciudad se había reunido con ella, y Naomi estaba de pie frente a todos, llamando a gritos a su madre. La gente llevaba mortajas blancas cubiertas de cenizas, sus ojos estaban inyectados en sangre, sus bocas eran rojas como heridas abiertas y graznaban como cuervos. Un polvo gris caía del cielo, y entonces se despertó, gritando.

—¿Jack? ¿Jack, te encuentras bien?

Estaba temblando, moviendo los brazos sin sentido, y emitía un sonido más animal que humano. Alguien le sostenía los brazos e intentaba tranquilizarlo, susurrándole con calma.

—¿Jamila...?

—Todo está bien, Jack —le dijo—. Estás a salvo. Condujimos hasta aquí anoche, ¿lo recuerdas?

Dormir no le había procurado descanso. Recorrió la habitación con los ojos enrojecidos. No había ningún mueble, tan solo la cama. Las paredes eran de adobe, y en una de ellas colgaba una escena de la crucifixión. En la pared opuesta había un dibujo de la Virgen María, una impresión barata clavada directamente en el adobe.

De pronto recordó todo. Saliendo del cementerio del sur, continuaron por una avenida que los llevó hasta el lado este de la ciudadela, y sobre su derecha cogieron una calle angosta que los llevó hasta las colinas de Muqattam. Había sido un viaje corlo, y se encontraban en un lugar adonde Jack nunca pensó en entrar, un lugar del que había oído hablar varias veces pero que nunca había visitado en su estancia en El Cairo.

En las colinas de Muqattam vivían los *zabbalin*, las comunidades de cristianos coptos, parias que se ganaban difícilmente la vida como recolectores de basura en El

Cairo. Recorrían las calles de la ciudad, recogiendo todo tipo de basura en carros tirados por burros. En los pueblos que se dispersaban a través de las colinas, convertían los deshechos de El Cairo en oro. Eran los primeros recicladores, y en sus jardines las montañas de basura se revisaban una y otra vez hasta hacerlas útiles de nuevo. Separaban y compactaban el plástico para hacer sandalias, canastos, cubertería, y todo lo que los trabajadores de la ciudad pudiesen plegar, cortar o retorcer para dar nuevas formas. Lavaban y compactaban las latas de aluminio, para que en algún lado habilidosos artesanos las transformasen en cajas, maletas, recambios de coche y antenas de televisión. Convertían las ropas viejas en alfombras de retales, y lo que sobraba iba para los cerdos en la parte trasera del pueblo, cerdos cuya carne era apreciada por los coptos y la comunidad de expatriados, pero por nadie más en la ciudad.

Jack frunció la nariz. En el pueblo, un lugar desolador llamado Manshiyat Nasr, todo y todos hedían. No había escapatoria al olor de la basura sin tratar, ni al zumbido constante de las moscas.

—Debes levantarte —le dijo Jamila—. La familia necesita la casa. Les he pagado bien, pero los niños llevan toda la noche despiertos, y necesitan su cama.

—Siento la cabeza como si estuviese enterrada en la basura.

—Incluso te ves como basura. Te vendrían bien un baño y un afeitado.

—¿Qué hora es?

—Pasadas las diez. Necesitabas realmente dormir. Te dejé descansar un poco.

—Tenemos que ir a la estación. Debemos recuperar la espada y guardarla en un lugar seguro.

—Primero come algo. No nos han seguido aquí.

En la habitación contigua, una mujer en la cuarentena preparaba unos huevos. Sus hijos estaban todos fuera, hurgando en un montón de basura detrás de la casa.

Comieron juntos, sentados en un banco que ocupaba toda la pared, con los platos apoyados en los regazos.

—Mi madre solía venir aquí —dijo Jamila—. Era trabajadora social. Hubo un proyecto para brindar educación a estos niños, pero nunca se concretó.

—¿Sigue viniendo? —preguntó Jack con la boca llena.

—Murió —respondió Jamila, y Jack pudo sentir una tristeza en su voz que no estaba antes allí—. Fue hace quince años, yo tenía catorce. Hoy he hablado con algunas personas sobre ella, pero nadie la recuerda. Los trabajadores sociales van y vienen, pero nada cambia nunca realmente.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Jack—. Pronto se correrá la voz, y alguien escuchará que hay una recompensa por llevarnos ante la gente de Muhammad Al-Masri.

—Nos vamos en unos minutos —confirmó Jamila—. Debemos encontrar un lugar más seguro, desde donde podamos operar con relativa facilidad. Termina tu desayuno y nos pondremos en camino.

—¿Cómo llegaremos hasta la estación de ferrocarriles?

—En el coche...

Jack negó con la cabeza y tomó un sorbo de café que parecía haber sido recalentado al menos siete veces.

—No es una buena idea. Estarán buscando ese coche por todas partes.

Jamila sonrió.

—Pero no lo encontrarán. Ya tiene nuevas placas de matriculación, hay toda una pila allí fuera. El hombre que vive aquí está terminando de pintar rayas rojas en el coche. Bienvenido a la clase criminal, Jack. Ya eres el propietario oficial de un vehículo robado imposible de rastrear.

La niña aria

Búnker de Muhammad Al-Masri

Shubra

El Cairo

Cerca del mediodía

Le permitían pasar tiempo con la niña siempre que tenía una pausa en el trabajo, lo que no sucedía con frecuencia. Sus tareas la mantenían ocupada la mayor parte del día, aunque recientemente las cosas se habían calmado, puesto que el proyecto se acercaba a la realización.

La niña era hermosa y dulce, pensó Samiha; a pesar de todo lo que había vivido, era un placer estar con ella. Aún consideraba a sus dos niños como los más maravillosos del mundo, pero si la hubiesen bendecido con una niña, querría una como Naomi. Los muchachos eran cabezas duras, por la influencia del padre y la sociedad machista en la que vivían, pero esta niña inglesa poseía un espíritu diferente. Su belleza era engañosa, y bajo ella yacía una fuerza interior que pocos adultos poseían. Samiha se admitió a sí misma que había llegado a quererla. Sabiendo lo frágil que era la vida de Naomi, aquel amor se había intensificado al punto de que Samiha no podía soportar la idea de que le hiciesen daño.

Los hermanos Al-Masri eran el mayor peligro para Naomi. Ninguno de ellos la quería allí, y Samiha sabía que la única razón por la que la niña seguía con vida era porque la retenían como rehén para intercambiarla por la espada que sospechaban en posesión de su padre. Pero no, pensó Samiha. Había otra razón. Algunas de las personas en el búnker eran diferentes de cualquier árabe que hubiese visto antes. Varios tenían los cabellos rubios y ojos azules, y Naomi les encantaba. La llamaban la niña aria, y a veces le traían dulces. Samiha no tenía idea de dónde eran: tenían nombres árabes y hablaban fluidamente el árabe con acentos sirios y egipcios, pero alguna vez los oyó hablar alemán entre ellos, en voz baja.

Había llegado a El Cairo casi al mismo tiempo que Naomi, y la había conocido durante los primeros días en el búnker, aterrorizada. Las otras mujeres eran duras con ella, pero Samiha fue amable desde el principio, y poco a poco Naomi se fue convirtiendo en su responsabilidad. Durante semanas la niña no había hecho más que llorar, y pasó mucho tiempo hasta que pudo sacarle la verdad sobre lo sucedido. Recordaba haber estado completamente enfurecida algún tiempo tras ello, y apenas había podido controlarse en su contacto con la gente a su alrededor, sobre todo con Muhammad Al-Masri, que le provocaba un susto de muerte cada vez que verificaba qué estaba haciendo.

Al igual que Naomi, sabía que su vida estaba en riesgo a diario. Ella también era una forastera, y su historia la hacía vulnerable a cualquier acusación de deslealtad.

Trabajaba duro para convencerles de que había aprendido de sus errores. Rezaba cinco veces al día y acudía a los sermones de Al-Masri cada viernes. De no haber sido por su desesperado deseo de volver a ver a sus hijos, de poder algún día sacarlos de Yenín y darles una buena vida en otra parte, no habría podido soportarlo.

Con el tiempo, y a causa de su trabajo, Samiha fue descubriendo la mayor parte de los detalles del complot tramado por Al-Masri. Desde su búnker bajo las calles de El Cairo, sus tentáculos alcanzaban cada vez distancias mayores. Tenía gente trabajando para su causa en todo el mundo islámico: contactos con el régimen iraní, con los líderes de Hezbollah y Hamás y, Samiha estaba segura de ello, con los líderes sobrevivientes de Al Qaeda en el lejano Afganistán. Al-Masri ya controlaba casi tres cuartos de las redes de Al Qaeda en Europa, América y Medio Oriente.

El trabajo de Samiha, para el que estaba perfectamente cualificada, era crear compañías a través de las cuales Al-Masri pudiese llevar a cabo sus planes tras una barrera de respetabilidad. Poseían empresas en Francia, Gran Bretaña, Holanda, Alemania y los Estados Unidos, y una multitud de organizaciones islámicas benéficas desde Marruecos hasta Paquistán, a través de las cuales circulaba el dinero para financiar las operaciones. Las principales sospechas de Samiha se centraban en dos pequeñas compañías aéreas que Al-Masri había comprado junto con unos aeródromos en Holanda y Alemania. Ella creía saber para qué eran utilizadas, qué transportaban y quién las dirigía desde tierra: las drogas eran traídas desde diferentes lugares mediante procesos cuidadosamente escalonados y a través de rutas específicas.

La heroína llegaba desde el Océano Índico en Hadramaut, en Yemen, pasando por Arabia Saudita y los países del Golfo. Ella había colaborado en la creación de compañías en Dubai, que blanqueaban dinero con transacciones inmobiliarias y lo depositaban en las cuentas bancarias de Al-Masri en Alemania. La pasta de amapola pasaba de contrabando de Afganistán a Tayikistán, desde donde entraba en Rusia y finalmente en Europa. La idea no era solamente hacer dinero con la venta de drogas, sino colaborar en el debilitamiento de los odiados infieles, minar su fuerza y su coraje mediante la corrupción de los jóvenes.

Samiha odiaba aquel negocio, odiaba lo que las drogas hacían a la gente, pero no tenía alternativa mientras trabajase bajo estricta vigilancia en el búnker. Había jurado que, si alguna vez conseguía escapar, utilizaría sus grandes conocimientos de la red de Al-Masri para derribarla. En cada lugar, había dejado trampas sutiles que las agencias de lucha contra las drogas podrían utilizar para acabar por completo con el negocio de Al-Masri y su organización.

Sin embargo, no eran las drogas las que le hacían pasar noches enteras en vela: los vuelos secretos y los transportes clandestinos por mar y tierra llevaban también otros productos. Samiha no lo comprendió hasta hacía unos días, y si lo que temía era cierto, algo terrible se preparaba, un peligro aún mayor de lo que jamás habría creído posible. Como ya era casi costumbre, maldijo su impotencia, encerrada y en una ciudad que no conocía.

La puerta de su pequeña oficina se abrió y Samiha se giró para descubrir a Naomi de pie en la entrada. Su corazón comenzó a dar tumbos, como le sucedía siempre que veía a la niña. Como cualquier persona criada en un país donde prácticamente todo el mundo tenía los cabellos oscuros, Samiha no podía evitar sentir fascinación por los cabellos rubios de Naomi. Y sus ojos, cada uno de un color distinto, eran algo que jamás había visto antes. Cuando Naomi sonreía, cosa que no sucedía con frecuencia, todo su rostro se iluminaba.

—Pasa —le dijo.

—Me han dicho que podía venir a verte —susurró Naomi. Había aprendido a mantener la voz baja en aquel lugar donde todas las mujeres llevaban velo y en el que todo el mundo estaba serio y tenía una expresión severa salvo su amiga Samiha—. Quería traerte un regalo.

Naomi sostenía en la mano una hoja de papel en la que había escrito un poema. Samiha le había estado enseñando a escribir poemas en árabe. Habría querido enseñarle a dibujar, pero las mujeres que la supervisaban insistieron en que el Corán no permitía las representaciones artísticas. La única permitida era la caligrafía, y Samiha había hecho lo posible por transmitir sus limitadas habilidades a Naomi, que aprendía rápidamente.

El poema era sobre su padre: un poema triste, que terminaba con una reflexión desesperada sobre la posibilidad de no volver a verlo nunca más.

Cuando Naomi terminó de leerlo, las lágrimas caían por sus mejillas. En momentos como este, Samiha creía que su corazón terminaría por romperse. Con dulzura, secó las lágrimas del rostro de Naomi y le pidió que cerrara la puerta.

—Pero no debemos...

—No te preocupes, cariño. Tengo algo que decirte, no tomará mucho tiempo. Es un secreto, no debes contárselo a nadie. Si lo cuentas, podría meternos a ambas en problemas.

Naomi asintió:

—No lo diré a nadie. Lo prometo.

—Buena chica. Ahora ven y siéntate en mi regazo.

Naomi hizo lo que le pedía y Samiha la rodeó con sus brazos.

—Bueno, cariño, escúchame con atención. Tengo noticias para ti.

—¿Malas noticias?

—No, estas son buenas noticias —Samiha respiró profundamente—. He estado mirando el ordenador, el que todo el mundo utiliza aquí. He descubierto que tu padre está en El Cairo. Hasta ahora estaba en un lugar lejano llamado Escocia, después de que tu mami muriera.

Naomi la observaba boquiabierta.

—¿Ha venido a buscarme? —preguntó, con un temblor en los labios.

—No lo sé, amor. Si sabe que estás con vida, te buscará por todas partes, de eso puedes estar segura.

—Pero... ¿y si no me puede encontrar?

Samiha no sabía qué decirle. ¿Cómo podría alguien encontrar este sitio? Pero entonces le ofreció una sonrisa cómplice y le susurró al oído:

—No sé cuánto me tomará, Naomi, pero si conseguimos salir de aquí, te llevaré directamente con él.

En ese momento se abrió la puerta, y el hombre que Samiha conocía como Rashid, el hermano de Al-Masri, entró apresurado.

—He estado buscando a la niña por todas partes. Tú sabes que no debe estar aquí durante el día. La mimas demasiado.

Samiha tenía miedo de aquel hombre, incluso más que el que le tenía a su hermano, pero aun así le contestó:

—No le hace daño a nadie. Ha venido a verme porque le estoy enseñando unos versos del Corán. ¿Qué hay de malo en ello?

Rashid no respondió, pero cogió a Naomi de la muñeca y la arrastró hacia la puerta mientras gritaba de dolor.

—¡Para! ¡Me haces daño!

Rashid no le prestó atención. Lanzó una mirada de reproche a Samiha.

—Pierdes tu tiempo. ¿De qué sirve la palabra de Dios a una niñata cristiana? Mi hermano la necesita ahora. No vengas a buscarla, la verás de nuevo cuando haya terminado.

Y sin decir otra palabra, se llevó a Naomi consigo cerrando la puerta con violencia.

Titulares

Bab Al-Hadid / Estación de ferrocarriles de Ramsés

12:04 h

Era la temporada de invierno para los turistas y, a pesar de las bombas, europeos, australianos, sudafricanos y americanos llegaban en masa a El Cairo aprovechando las ofertas de viajes baratos. En la estación de Ramsés, cogían los trenes de lujo hacia las playas de Alejandría en el norte o los monumentos de Luxor y Asuán lejos hacia el sur. Para ellos, los precios eran la mayor ganga que habían visto jamás. Los estudiantes y mochileros iban un paso más allá y cogían los trenes de tercera clase repletos de pollos, niños con las narices llenas de mocos y campesinos regresando por unos días a los pueblos que dejaron años atrás en busca de las riquezas de la gran ciudad. La explanada hacía pensar en la estación de ferrocarriles de King's Cross, en Londres, cualquier viernes por la tarde, salvo que en lugar de colas interminables, lo que se veía eran gigantescos amontonamientos de pasajeros que luchaban por llegar a los andenes. Había banderas por todos lados dentro y fuera de la estación, y los turistas se apiñaban para distinguir la que les correspondía entre aquella selva de estandartes.

Jack se compró un zumo de naranja en un local a quince metros de la consigna de equipaje. Los terroristas debían de buscar a una pareja, por lo que Jamila y él entraron por lugares diferentes. Ella tenía la llave. Una vez seguros de que no había peligro, Jamila iría hasta la consigna, recogería la espada y la carta y regresaría por donde había venido. Jack la observaría todo el tiempo y luego la seguiría a una distancia prudencial hasta que llegasen al coche. Sus perseguidores de la noche anterior habían dejado dos armas en el coche, unas Walther P99, que ahora se encontraban bien ajustadas a los cinturones de Jack y Jamila.

La vio dudar un instante mientras escrutaba las entradas de los andenes, intentando descubrir si alguien la observaba. Había dicho que probablemente mucha gente los buscaría esta mañana. Llevaba dos años investigando al grupo de Al-Masri junto a Simon, que precisamente la había contratado porque dudaba de algunos de los agentes del MI6. Le contó a Jack que el grupo ya era bastante grande y continuaba creciendo; eran capaces de poner decenas y hasta cientos de militantes en las calles cuando quisieran. Le previno contra la idea de que sus adversarios serían siempre tan fáciles de reconocer como los de la noche anterior: sus vigilantes podían parecer hombres de negocios, empleados de ferrocarriles, estudiantes, limpiabotas e incluso turistas. En lo que debían fijarse era en cualquier persona que prestara más atención de la necesaria a los paseantes. Por todas partes, hombres y niños seguían a los turistas, ofreciéndoles llevar su equipaje, cambiarles dinero o ser sus guías durante el día en la ciudad. Jack se preguntaba si alguno de ellos estaría en su busca.

Con el vaso en la mano, se acercó un poco más a las consignas. No había hecho nada para cambiar su aspecto, y su incipiente barba oscura lo ayudaba a parecer un poco más egipcio cada día que pasaba. La ropa arrugada que llevaba puesta desde el día anterior le permitía fundirse en el mundo poco inmaculado del hombre egipcio medio.

Junto al local de zumos había un pequeño puesto de periódicos, y Jack caminó hacia allí. Lanzó una mirada a los titulares del *Al-Ahram*, el *Al-Akhbar* y el *Daily Star*, escrito en inglés. Todos mostraban la historia del día, el inexplicable tiroteo en el cementerio del sur, y fotografías de la carnicería. Khadija, la novia, sería enterrada por la tarde. El marido consternado posaba para las cámaras con las mejillas humedecidas por sus lágrimas de recién casado.

Justo cuando iba a alzar nuevamente la vista, sus ojos se posaron en la columna a la derecha en la primera plana del *Al-Ahram*. Estaba encabezada por una fotografía, y Jack se reconoció en la imagen tomada de la página web de la universidad. Estaba enmarcada y el encabezado rezaba «Anuncio».

Entregó unas monedas al vendedor y se alejó con el periódico en las manos.

El texto en árabe iba directo al grano:

Al Profesor Jack Goodrich de la Universidad Americana: Tenemos algo que le pertenece y necesita mucho. Usted tiene algo que nos pertenece. Por favor, llame a nuestro número de teléfono para arreglar un intercambio. Garantizamos su seguridad y la de alguien cercano a usted. El número es el 401-9354.

Jack dobló el periódico. Cuando alzó la vista, pudo ver a Jamila ir hacia la consigna. Rápidamente verificó que nadie la siguiera. Se acercó y la vio buscar entre los números de las taquillas. De golpe se detuvo y se agachó para abrir una taquilla alta a nivel del suelo. La puerta se abrió, Jamila cogió la bolsa y, en un solo movimiento, se la colgó al hombro y comenzó a avanzar sin detenerse, aunque no

demasiado deprisa, hacia la salida de la estación. Jack se mantuvo a distancia, pero avanzaba al mismo ritmo, observando la explanada mientras la cruzaba de lado a lado.

Jamila casi había llegado a la salida cuando Jack vio a un hombre ponerse en movimiento en la pared de la derecha. Al mirar a su alrededor, distinguió dos más abriéndose camino entre la multitud mientras provocaban airadas quejas entre la marea de pasajeros. Se llevó la mano al bolsillo, al que le había cortado un agujero para poder alcanzar fácilmente la pistola en su cintura. El hombre cerca de la salida se dirigía directamente hacia Jamila, y Jack pudo ver cómo se llevaba la mano al bolsillo y sacaba algo.

—¡Jamila, cuidado! —gritó.

Ella miró a su alrededor, vio al hombre y comenzó a correr hacia la salida, pero aparecieron tres más bloqueándole el camino.

—¡Por aquí!

Jamila estuvo junto a él en segundos, pero sus perseguidores se les acercaban por ambos flancos. Jack sabía que si comenzaba un tiroteo aquí, además del grupo del califato, tendría detrás a la policía.

En lugar de intentar escaparse por la entrada principal, donde podría haber más hombres esperándolos, Jack cogió la mano de Jamila y corrió con ella hacia la zona de andenes.

En la vía cuatro, el tren de tercera clase de las 12:15 con destino a Alejandría estaba a punto de salir. Ya habían cerrado las puertas, pero Jack saltó sobre la barrera de metal y ayudó a Jamila a hacer lo mismo, con dificultad a causa de sus ropas largas. Sus perseguidores les daban alcance. El vestido de Jamila se enganchó en un saliente de metal, y Jack lo liberó para que pudiese al fin entrar en el andén.

—Rápido —le dijo—, todavía podemos subir.

Corrieron juntos, y un hombre en el último vagón mantuvo la puerta abierta para ellos. Al subir al tren, Jack vio a los hombres saltar la barrera y apresurarse para coger el tren. Les cerró la puerta del vagón en la cara, y en ese momento hubo una sacudida repentina y el tren comenzó a moverse.

—Sostén la puerta —dijo a Jamila, y retrocedió por el vagón entre el equipaje apilado, tropezando con cajas, bolsas y niños llorando.

Una mujer bloqueaba el pasillo mientras intentaba acomodar un paquete en el asiento de madera a su lado. Jack la empujó contra el asiento, aplastando el paquete, y avanzó rápidamente hacia el final del vagón.

Cuando llegó hasta la última puerta, estaba completamente abierta, y dos yihadíes intentaban entrar en el vagón. El tren cogía cada vez más velocidad. Jack se sujetó a una de las barras verticales y lanzó una patada alta que alcanzó al más cercano de los hombres justo debajo de la barbilla. Retrocedió gruñendo de dolor, perdió pie y cayó desde el tren hasta el andén con un sonido de huesos rotos.

Su compañero aún seguía sujeto de una barra con una mano, mientras con la otra

cogía una pistola. El tren se movía demasiado, y no podía afianzarse para disparar. Tiro al azar, pero las balas se fueron lejos. Jack lo cogió por la muñeca, obligándolo a soltar el arma mientras le torcía el brazo en un ángulo de noventa grados, dislocándole el hombro, para finalmente empujarlo al vacío. Segundos después, un tren pasó a toda velocidad sobre la vía donde el hombre había caído. Jack cogió la puerta y la cerró.

Caminó lentamente por el vagón, sabiendo que todos los ojos se posaban en él. Nadie protestó: las mujeres desviaron la vista para no cruzarla con la suya, y a los pocos hombres que le sostenían la mirada, Jack les clavaba los ojos hasta que decidían que lo mejor era desistir de lo que pensaban hacer o decir. Regresó hasta el espacio entre los dos vagones por el que habían entrado, donde Jamila lo esperaba.

El tren ya había cogido velocidad, pero era de tercera clase, un viejo tren que deambularía por el Delta durante horas antes de llegar a destino.

Jack no tenía forma de saber si otros de sus perseguidores habrían subido al tren por la parte delantera, pero si ese era el caso, seguramente se estarían abriendo camino hacia el último vagón en ese momento. Si comenzaban un tiroteo en un espacio tan reducido y lleno de gente, habría otra masacre.

—Tenemos que bajar de este tren —dijo Jamila, que pensaba lo mismo.

Jack asintió. Entró de nuevo al vagón y buscó la cuerda para activar el freno de emergencia. Excusándose, se inclinó frente a una anciana y una muchacha, cogió la cuerda y tiró con fuerza. Segundos después, el maquinista aplicó los frenos y el tren rechinó hasta detenerse, desparramando por el suelo a los pasajeros que iban de pie.

Jamila le esperaba con la puerta abierta. Tras vigilar que no viniesen trenes de ninguna dirección, saltaron sobre las gastadas vías del ferrocarril. Todavía se encontraban dentro de la ciudad, probablemente en el extremo norte de Bulaq, cerca del puente por el que el tren cruzaba el Nilo hacia Imbaba, antes de girar al norte con destino a Alejandría.

Cruzaron el entramado de vías, temiendo que algún tren de alta velocidad se abalanzase a toda máquina sobre ellos, pero el camino estaba despejado. Nadie bajó del tren para perseguirles.

Al llegar hasta el otro lado, treparon por una pared hasta alcanzar una pendiente. Frente a ellos se extendían las casas, mercados y talleres de Bulaq. Jack podía escuchar el sonido del metal al ser trabajado. Detrás debían de encontrarse los zocos de ropa de segunda mano por los que el barrio se había hecho famoso. Allí no tendrían problemas en encontrar un taxi.

Jack detuvo a Jamila y le pidió la bolsa. La abrió, y la espada seguía allí, envuelta en su paño. Junto a ella, la carta, intacta.

Lanzó un suspiro de alivio y cerró la bolsa. «De momento, todo bien», pensó. Pero ahora tenía una llamada que hacer.

Al pie del faraón

Centro de El Cairo

Cuando volvieron a la calle Ghamra, donde habían aparcado cerca de una comisaría de policía, el coche ya no estaba allí.

—Parece que al final alguien lo reconoció —dijo entre risas Jack—. O se lo han llevado al depósito municipal... En cualquier caso, estamos sin coche hasta que pueda comprar uno nuevo. No quiero perder tiempo ahora, tengo que hacer la llamada.

Caminaron la corta distancia que los separaba de la estación de ferrocarriles. Probablemente, era el último lugar donde les buscarían sus perseguidores. Jack encontró una hilera completa de teléfonos públicos; no quería hacer la llamada desde su móvil por si intentaban rastrearlo. Pensó que utilizar la tarjeta de crédito también podría ser arriesgado. Jamila fue en busca de monedas mientras Jack esperó aferrado a la bolsa.

El teléfono apenas sonó una vez. Estaban esperando.

—Habla Jack Goodrich —dijo—. Se me pidió que llamara a este número.

Le respondió la voz de un hombre, cauteloso y poco amigable:

—Qué feliz coincidencia, profesor, lo he estado buscando por todas partes. Mi nombre es Muhammad, supongo que ha oído hablar de mí. Debo decir que estoy muy enfadado: usted y su compañera me han provocado muchas pérdidas. Cuando finalmente nos encontremos, y así será, hablaremos de ello. Pero por ahora, puede considerarse a salvo. Usted tiene algo que deseo con fuerza. Cuando esté en mis manos, quizá me tranquilice un poco y decida ser misericorde. Cuando consiga mi objetivo usted podrá irse adonde quiera, pero llegaremos a eso cuando corresponda.

»Antes que nada, hay algo que necesita ver. Quizá lo convenza para entregarme la espada. De hecho, estoy seguro. ¿Podría por favor decirme dónde se encuentra en este momento?

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Jack. Era todo lo que podía hacer para evitar perder completamente el control, porque su instinto le decía que el hombre al otro lado de la línea simplemente le colgaría el teléfono—. Si le ha hecho algún daño, va a sufrir por ello.

—Quédese tranquilo, de momento se encuentra a salvo. Ya lo verá cuando recoja lo que planeo darle. Como dije antes, ¿dónde se encuentra?

—¿Me está tomando por un imbécil? Su gente ya ha intentado matarme más de una vez. Dígame dónde tiene esta cosa, y yo la recogeré. Déjela en algún lugar público, y mantenga a sus matones a distancia.

Hubo un prolongado silencio, y Al-Masri finalmente habló. Su voz era más fría que nunca:

—Muy bien. Haré lo que pide, ya que claramente no confía en mí. Vaya a la plaza Ramsés a las tres de la tarde. Es un lugar de fácil acceso y lleno de gente. Encontrará un paquete al pie de la nueva estatua. No habrá nadie espiándolo, tiene mi palabra. Puede recoger la caja y marcharse.

La comunicación se cortó. Jack intentó llamar otra vez, pero nadie respondió. Colgó el auricular y contó a Jamila lo sucedido.

—La plaza Ramsés está aquí cerca —dijo Jamila, y señaló hacia el exterior de la estación—. ¿Sabía que volverías aquí?

Jamila miró hacia todas partes nerviosa, segura de que los observaban, y al final descartó la idea.

—No nos quedemos para averiguarlo. Ya sé cómo hacer esto, tenemos que coger un taxi hasta Al-Azbakiyya.

Al-Azbakiyya

El taxista los dejó frente a la calle que llevaba a la antigua librería de Mehdi. Jack le pagó una buena suma de dinero y le pidió que los esperase allí.

El callejón seguía tal y como lo recordaba. La imagen se había quedado grabada en su mente, y sintió cómo su respiración se aceleraba con cada paso. Sabía que si se detenía y cerraba los ojos, todo sucedería de nuevo ante él: la escalera a oscuras, la habitación llena de libros, los cuerpos, la sangre... Jamila lo miró y le cogió la mano.

Mucha gente iba y venía por el callejón, pero cerca de la tienda, Jack reconoció a Darsh, sentado en el suelo mirando fijamente una cámara de neumático de bicicleta.

Se acercaron a él, y al principio el muchacho no reconoció a Jack, visiblemente cambiado desde su última visita al callejón. Pero al hablarle, Darsh reconoció su voz.

—Es usted... Usted ya estuvo antes aquí. A su amigo, el viejo, lo mataron. También mataron a una mujer y a una niña.

—La mujer era mi esposa —dijo Jack, y notó cómo Darsh se estremecía—. La niña era una amiga de mi hija.

—Lo siento. Siento que hayan matado a su esposa —dijo Darsh.

—Gracias. Y ahora, Darsh, tengo un trabajo para ti...

Plaza Ramsés

14:50 h

Durante años, la estatua de granito del faraón Ramsés II se irguió en el centro de la plaza nombrada en su honor, erigida frente a una fuente y rodeada de un entramado

de autovías, pasarelas, autobuses, coches y peatones. Durante casi trescientos años, Ramsés sufrió el sol abrasador y el viento del desierto. Pero al fin, la vida en la transitada plaza frente a la principal estación de ferrocarriles de El Cairo se cobró su precio: con el tiempo, la estatua había comenzado a corroerse, y su carne de piedra fue devorada por los gases del tráfico y la eterna polución. En 2006, fue retirada y guardada en el nuevo Gran Museo Egipto, donde se le daría un lugar acorde a su dignidad.

Durante meses, los expertos debatieron con qué remplazar la vieja estatua. La plaza, ya de por sí no muy bella, rodeada de edificios altos e iluminada por las noches con las luces de neón de los comercios, se veía vacía sin la estatua. Hasta que a alguien se le ocurrió una astuta idea: ¿Por qué no remplazar la vieja estatua del faraón con la réplica que se utilizó para estudiar la forma de transportarla? Nadie notaría la diferencia, y pronto todos aceptarían la réplica como si se tratase de la verdadera.

Mientras Jamila llevó a Darsh a un salón de té para beber algo y comer unas pastas, Jack se dirigió al norte de la calle Talaat Harb, donde rápidamente encontró una gran tienda de fotografía. Al fondo vendían una amplia variedad de prismáticos. Tenía experiencia con ellos de cuando estaba en la fuerza aérea, y sabía lo que estaba buscando. Encontró el par más costoso de toda la tienda, unos Leica Duvoid que brindaban un aumento de hasta diez veces y permitían un *zoom* de quince. Servirían perfectamente a su cometido.

Cuando regresó a la plaza aún tenía tiempo por delante. Con el pasaporte falso que Jamila le había conseguido, reservó una habitación en el gigantesco Hotel Everest, justo al lado de la mezquita de Al-Fatah, cuyo minarete era el más alto de la ciudad. El Everest ofrecía una vista perfecta de la plaza y la estatua. En su habitación, como en todas las otras que daban al mismo lado, había un pequeño balcón desde donde Jack controlaba todo lo que sucedía en la plaza.

Telefonó a Jamila desde el móvil. No corrían demasiado riesgo, ya que Al-Masri esperaba que se encontrase en las proximidades. A pesar de ello, acordaron ser breves y hablar con un código sencillo.

—Estoy en posición —dijo—. ¿Mercurio está bien?

Había decidido llamar a Darsh Mercurio, el mensajero de los dioses.

—Muy bien.

—Tengo todo a la vista. Verificando el lugar...

Cortó la llamada.

Con mucho cuidado, escrutó la zona alrededor de la estatua. Los peatones caminaban alrededor de esta y de la fuente, y el tráfico avanzaba con fluidez. No podían estar en la estación de ferrocarriles, quedaba demasiado lejos de la estatua. Y alrededor no había muchos lugares donde esconderse. Jack aumentó el *zoom*, pero no encontró nada en el pedestal a los pies de Ramsés, unos tres metros por encima del nivel de la calle. Al pedestal se llegaba por unas escaleras situadas a los costados y detrás de la estatua. Siempre era posible que alguien estuviese esperando escondido

detrás de la estatua, pero si avanzaba, lo vería. Quedaban cinco minutos para la hora convenida.

Mantuvo los prismáticos apuntando a los pies de la estatua y esperó. Poco después, un hombre apareció de la nada, subió corriendo las escaleras de la izquierda y dejó algo en el pedestal. Apenas pasaron unos segundos y ya se había escurrido escaleras abajo hacia la calle y entre los coches, con la facilidad del que ha nacido para ello.

Jack lo siguió lo más lejos que pudo hasta que lo perdió de vista. Ahora ellos esperarían verlo a él, o a Jamila. Volvió a llamarla por el móvil.

—Ramsés acaba de encontrarse con un devoto. Envía a Mercurio.

En el salón de té, Jamila colgó el teléfono y se dirigió a Darsh:

—Es la hora, Darsh. No corras hasta que no estés cerca de la estatua, y entonces corre lo más rápido que puedas, como si fueras el delantero Abdel Halim Ali yendo hacia la portería. Zamalek pierde uno a cero, y solo quedan cinco minutos de partido.

Darsh sonrió.

—Nos encontraremos donde quedamos —le recordó Jamila.

El muchacho se alejó hasta desaparecer en el gentío y el barullo de la plaza.

Jack ahora seguía a Darsh con los prismáticos clavados en él mientras se acercaba. Avanzaba con calma, tan solo otro chico árabe de la calle intentando ganarse la vida, en busca de un turista al que molestar o de un perro callejero al que tirar de la cola. Muchachos como él eran el pan de cada día en las calles de El Cairo. Estallan por todas partes, irritando a los extranjeros con su «señor, señor, ¿necesita un guía?», invisibles para la mayoría de los egipcios. Nadie le prestaba atención, era uno entre millones. Se vestían con lo que encontraban, y siempre estaban sucios, hambrientos, no iban a la escuela y a nadie le importaba.

Jack lo observaba cruzar a través del tráfico denso hasta la acera, y luego caminar despreocupadamente hacia las escaleras. Sin mirar a ninguna parte en especial para no llamar la atención, subió la docena de escalones frío como el hielo y al llegar arriba lanzó una pelota de balonmano contra un lado del pedestal. Cuando la pelota rebotó, la atrapó en el aire y de golpe trepó al pedestal, cogió algo de allí y salió corriendo a toda velocidad. Corrió como si la plaza Ramsés fuese un campo de fútbol y él tuviera el camino despejado hasta la portería. De vuelta en la calle, zigzagueó entre coches, ciclomotores y motocicletas hasta la estación de ferrocarriles, donde se esfumó entre las multitudes.

Desesperado, Jack pasó con los prismáticos una y otra vez por la zona alrededor de la estatua, ampliando y reduciendo el aumento, deteniéndose en todo el mundo, esperando que alguien saliese corriendo detrás del muchacho. Pero nadie reaccionó. Ni cerca de la estatua, ni al otro lado, por donde Darsh había desaparecido.

Dejó a un lado los prismáticos y telefoneó a Jamila.

—Creo que Mercurio está a salvo. Vamos para allí antes de que alguien comience a buscarlo.

Jamila le esperaba en la puerta del hotel. Jack todavía llevaba la bolsa encima, y comenzaba a desesperarse por encontrar un lugar seguro donde dejarla.

Darsh no iba a encontrarse con ellos en la estación, solo utilizó al gentío para esconderse. Desde la estación regresó al extremo este de la plaza a espaldas de la estatua y caminó lentamente por Kamil Sidqi Pasha, una calle que iba recta por detrás de la plaza Ramsés separando el barrio de Ghamra, al norte, de Bab Al-Shariyya, al sur. Encontró el café donde Jack lo había citado y entró. El dueño lo vio entrar e intentó echarlo a la calle, pero Darsh le enseñó un puñado de billetes. Se sentó en una mesa al lado de la ventana y pidió una Coca-Cola con el dinero que Jack le había dado.

El café quedaba en la zona barata de la parte turística de la ciudad, donde los hostales y las pensiones competían con restaurantes de precios ridículos por batallones de estudiantes y mochileros que llegaban a la ciudad con unos pocos dólares y el estómago vacío. Jack solía pasar mucho tiempo por aquí cuando ayudaba a los estudiantes extranjeros que venían a pasar una temporada en la Universidad Americana. Había dicho a Darsh que buscara el café Semiramis y los esperase allí.

Fueron hasta allí caminando; cruzar la plaza en taxi habría llevado demasiado tiempo. Darsh ya iba por la cuarta Coca-Cola, sorbiendo el líquido negro por una pajita que había pasado por muchas otras bocas a lo largo de los años. Nunca había bebido tantos refrescos en su vida, y era la primera vez que probaba la Coca-Cola: sus tripas comenzaban a arrepentirse.

Jamila se quedó fuera para hacer guardia, aunque de todas formas no habría sido bienvenida. Jack saludó al muchacho y se sentó junto a él.

En la mesa había una caja blanca de cartón, de unos veinte centímetros de alto por quince de ancho. Estaba cerrada con cinta de embalar. Jack no la tocó. Hacía tiempo que le habían enseñado a no abrir paquetes sospechosos sin tomar extremas precauciones, sobre todo si lo envía alguien que quiere matarte. Cogió un montón de billetes de su bolsillo y se los entregó a Darsh. Era más dinero que el que el muchacho había visto nunca, más que el que sus padres habían visto nunca. Al cogerlo tenía los ojos como platos. «Tanto dinero por un trabajo tan pequeño», pensó. De no haber sido porque también estaba la mujer, habría sospechado razones oscuras.

—Gracias, Darsh. Quizá no te des cuenta, pero lo que has hecho ha sido de enorme ayuda para mí. Ahora debes irte de inmediato a tu casa. Te conseguiré un taxi. Tú termina tu Coca-Cola, vete a casa y pon el dinero en un lugar seguro. Tengo cosas que hacer, y probablemente no nos veamos por un tiempo. Pero cuando vuelva, quiero hablar con tus padres. Quiero pagarte una buena escuela, y más adelante ayudarte a conseguir una prueba en el Zamalek y entrar en la cantera. Tienes talento. Deberías aprovecharlo.

Darsh dejó a un lado la botella de Coca-Cola y dijo que no podría soportar una gota más.

—Está bien, has bebido mucho. Nosotros...

En ese momento se abrió la puerta del café y Jamila entró. Jack miró su rostro y supo que había problemas.

—Saca a Darsh por la parte trasera, coge tu caja y salgamos de aquí.

Travestismo

Jack cogió la caja de la mesa, la guardó en la bolsa junto con la espada y se la colgó al hombro.

—Darsh, ya la has oído —le dijo al muchacho—. Sal por la parte trasera. Escóndete en algún lugar por una hora, y luego vete a casa. No discutas, es peligroso que te quedes aquí.

Darsh se puso de pie, intrigado pero sin preocupación. En la calle había aprendido a cuidar de sí mismo. Si alguien lo perseguía, no tardaría en perderlo de vista.

Jack entregó suficiente dinero al dueño para garantizar la salida de Darsh y, esperaba, comprar su silencio. El niño volvió a darle las gracias a Jack y salió corriendo.

Jamila se había cambiado de ropa en el café de la plaza Ramsés. Ahora llevaba una chaqueta y unos tejanos a la moda. Sobre la cabeza llevaba un pañuelo comprado en un comercio gris que vendía ropa conservadora. Llevaba también una *milaya* dentro de una bolsa, comprada a un vendedor de la calle.

Guio a Jack hasta la calle y lo llevó hasta donde les esperaba un pequeño taxi Peugeot.

—Entra —le dijo.

—¿Qué sucede?

—Están en la calle, por toda la zona. Los he visto detener a la gente y hacerles preguntas. Uno pasó justo por aquí hace unos minutos. Debemos irnos ya.

El taxi se alejó con elegancia del bordillo. Jack miró a través de la ventanilla.

—¿Hacia dónde vamos exactamente? —preguntó Jack.

—A la estación de metro Urabi —dijo Jamila—. Es la manera más rápida de salir de aquí, y de todas formas nos llevará adonde quiero ir. Con un poco de suerte, no nos verán coger el metro, y no sabrán dónde nos hemos metido.

—¿Y ese lugar será...?

—Ya lo verás —respondió, sin querer decir más delante del taxista.

Avanzaron rápido por Gumhuriyya y giraron al oeste en Rihani. La estación estaba justo frente a ellos.

—Déjenos aquí —pidió Jamila.

El conductor avanzó a centímetros de una hilera de puestos de verduras brillantemente decorados y se detuvo en seco.

—Dale lo suficiente como para que su esposa y sus hijos vivan en el lujo durante el próximo año.

Jack sonrió, pero Jamila frunció el ceño.

—Hablo en serio. Tenemos que salir de este taxi rápido, y quiero dar al conductor una buena razón para no abrir la boca más tarde.

Jack cogió un puñado de dólares y se los entregó al taxista.

—Nunca nos viste —le dijo Jamila en árabe—. Si mi esposo o alguien más pregunta por nosotros, no sabes de quiénes están hablando.

Al taxista se le salían los ojos de las órbitas. Asintió, incapaz de hablar. ¿Qué le importaba si estaban huyendo? Que Dios se ocupase del asunto, para eso estaba.

—*Shukran* —consiguió balbucear—. Muchas gracias, no diré ni una palabra.

Salieron del taxi y avanzaron. Jack vio la «M» roja de una estación de metro frente a ellos, y comprendió que Jamila se dirigía hacia allí. Apenas habían avanzado doce pasos cuando escucharon el sonido del rechinar de frenos tras de ellos. Se giraron para mirar qué sucedía, junto con la mayoría de los paseantes.

Un Mercedes plateado, del tipo que los cairotas llamaban «polvo» porque solo los traficantes de drogas podían permitírselo, bloqueaba el paso al taxi del que se habían bajado. Se abrieron dos puertas, una de las cuales golpeó contra el taxi, y del coche salieron dos hombres vestidos con traje.

Uno de ellos, con un traje negro de corte europeo, pelo corto gris peinado hacia atrás y gafas de sol, corrió hacia el otro lado del taxi, abrió la portezuela y arrastró fuera al taxista entre gritos lanzándolo contra el pavimento. Al caer golpeó un puesto que vendía coles.

Jack observó horrorizado cómo el hombre de pelo gris sacaba una pistola de su bolsillo y la ponía contra el cuello del taxista. Una mujer comenzó a gritar. El hombre que iba al volante del Mercedes «polvo» también sacó su arma, con la que amenazó a quienes se detenían a mirar. Algunos se quedaron de pie, inmóviles, como una colonia de mangostas observando a las hienas acercarse. Otros salieron corriendo por las calles repletas de gente sin mirar atrás.

El primero de los pistoleros le gritó al taxista en un árabe de acento indefinido:

—¿Hacia dónde se fueron? ¿Hacia dónde?

Temiendo por su vida, el chófer señaló. Jack le vio alzar la mano y estuvo seguro de que los identificaría en seguida, pero en cambio el taxista tuvo la presencia de espíritu de señalar en dirección opuesta a la que se encontraban.

Jack y Jamila comenzaron a correr, mezclándose con la gente que huía de los hombres armados, sabiendo que debían llegar al metro y coger el primero que apareciese.

De repente, un anciano cerca del coche les gritó a los dos hombres:

—Los vi ir hacia allí. Un hombre y una mujer. Por allí —y señaló hacia el lugar donde los había visto por última vez.

Los pistoleros intercambiaron una mirada y comenzaron a correr hacia la acera. De camino, el hombre de cabello gris y traje negro se volvió con el arma en la mano y apuntó. El disparo atravesó la cabeza del taxista, y la bala rompió el cráneo y envió sangre y materia encefálica en un chorro carmesí que salpicó a coches y paseantes. El cuerpo del chófer se desmoronó como una muñeca a la que le quitasen de golpe el relleno, y cayó al suelo junto con los billetes arrugados de cincuenta dólares.

Jack y Jamila llegaron hasta la entrada del metro.

—¿Qué vía? —gritó Jack.

—La del sur —respondió Jamila, y señaló el camino.

Cuando llegaron a la vía se encontraron con un metro esperando, con las puertas aún abiertas. La gente entraba en los vagones, y con un último y desesperado impulso cruzaron la puerta más cercana. Las puertas se cerraron y el metro comenzó a avanzar. Alguien insultó a Jamila por no subirse al vagón exclusivo para mujeres, y ella respondió el insulto. Mientras se alejaban, Jack vio a los dos hombres llegar al andén y quedarse mirando el metro que se alejaba con silenciosa frustración.

—Ayudaría saber adónde nos dirigimos —dijo Jack—. ¿Qué pasa si nos separamos?

—Debemos cambiar de línea en Sadat.

—¿Hacia dónde?

—Cogeremos la línea 2 hasta Shubra Al-Khayma. No te preocupes, era mi plan alternativo desde el principio.

—Podríamos cambiar en Mubarak, mejor.

—Mubarak queda en plaza Ramsés, podrían estar esperándonos. Este camino es más largo, pero tenemos más posibilidades de perderlos.

—Le dispararon —dijo Jack con voz apagada—. Al chófer...

—Y también nos habrían disparado a nosotros; solo agradece que hayamos escapado. Ahora, guarda silencio y ponte esto.

Jamila cogió la larga *milaya* negra y se la pasó a Jack. Él dudó por un instante, y finalmente se colocó la prenda informe sobre la cabeza, con el fin de pasar por una mujer. Le quedaba un poco ajustada, pero nadie miraría con tanta atención. Jamila se la acomodó bien, y una vez que terminó, cogió sus coberturas para el rostro y la cabeza y repitió la operación en ella. Los otros pasajeros, todos hombres, observaron la transformación de Jack sin parpadear. Todo tenía sentido, por supuesto: una joven y bella mujer que se fugaba con su amante y era perseguida, sin duda, por un esposo cegado por los celos. Algunos negaron con la cabeza, pero lo que en realidad pensaban era «maldito suertudo, ya quisiera ser yo».

Jack se preguntaba adónde pensaba ir Jamila en Shubra Al-Khayma. Shubra y su extremo norte, Shubra Al-Khayma, constituían uno de los barrios más pobres de la ciudad. Con casi un millón de habitantes hacinados en una pequeña zona, era un lugar superpoblado, sucio, y un caldo de cultivo ideal para el extremismo religioso. No era el lugar de ensueño para un hombre travestido.

Se escuchó el ruido del motor bajando las revoluciones. Se acercaban a una nueva estación.

—Podríamos perderlos si bajamos en Nasser —dijo Jack.

—Por otra parte, podríamos ir directo hacia ellos. Los tipos del Mercedes deben de haber llamado a todos los que estuvieran cerca del metro. También deben de tener gente en Sadat, pero es el único lugar donde podemos cambiar de línea ahora. Habrá

gente en cada parada, y algunos subirán a este metro... No sabremos si están aquí hasta que no sea demasiado tarde.

Jack observó las luces pasar por las ventanillas del metro.

—No hay salida, ¿no?

Y mientras decía esto, el metro se detuvo en la estación de Nasser. El andén estaba repleto de gente, y Jack vio a unos hombres con gafas de sol: ¿serían sus perseguidores o solo egipcios ordinarios?

—Rápido, dame la bolsa con la espada —dijo Jamila—. Se ve extraña en ti.

Jamila se pasó la bolsa por el hombro. En las puertas, se había formado una masa de pasajeros chocando unos con otros, cada uno intentando salir o entrar a los vagones al mismo tiempo.

—Salgamos y busquemos un vagón exclusivo para mujeres en la línea 2.

Su fuerza, combinada con su apariencia de mujer bajo un velo, abrieron camino a Jack entre la multitud. Jamila le seguía detrás, aferrada a la bolsa con la espada y la caja misteriosa.

Se apresuraron a llegar al andén de la línea 2. El próximo metro les llevaría a una estación hacia el este antes de dirigirse al norte. Shubra Al-Khayma quedaba a diez estaciones de allí. El final de la línea.

Jamila reconoció a los asesinos en el acto, los dos que habían matado al taxista. Pero buscaban a una mujer cubierta con un velo y a un hombre, no a dos mujeres juntas. El hombre de cabello gris giró en dirección a Jack y dio un codazo a su compañero, un hombre joven y de rasgos achinados. Jamila cogió a Jack del brazo, como si estuviese de compras con su madre. Sus perseguidores volvieron su atención hacia el andén, y mientras miraban en otra dirección, el metro que esperaban paró frente a ellos. Jack y Jamila entraron en el segundo de los vagones reservados para las mujeres. Un instante después sonó la alarma y las puertas se cerraron. El metro continuó su camino hacia Shubra Al-Khayma. Lo último que esperarían sus perseguidores era que siguiesen viaje en la misma línea.

Advenimiento

Shubra Al-Khayma

El Cairo

Esa misma tarde

Sintieron el hedor del barrio incluso antes de salir de la estación del metro. El aire estaba cargado con todos los olores habituales de El Cairo, pero multiplicados por veinte. Era una de las zonas más pobladas del mundo, un hacinamiento de gente y animales impregnado por el olor abrasivo de las especias y los desagües.

Se sumergieron en la locura del barrio, mientras esquivaban los microbuses que aceleraban en las calles, los ciclomotores y los coches oxidados, y cada paso los adentraba más en el enjambre de calles angostas y callejones sucios habitados por un montón de casas, depósitos de ferrocarriles, fábricas, mezquitas e iglesias. Sobre sus cabezas, el espacio entre los tejados estaba entretejido de cables que parecían espaguetis recalentados, ropa secándose como banderas puestas para recibir a los héroes de una guerra, toldos de metal, farolas y los imprescindibles estandartes verdes de la Hermandad Musulmana que proclaman que «el islam es la solución». No era difícil distinguir cuál era el problema.

Siguieron pretendiendo que eran madre e hija de compras. Más de una vez Jack sintió ojos que se posaban sobre él. Sabía que no tenía ni la talla ni la forma de una matrona egipcia.

Y peor aún, Jamila atraía un tipo indeseable de atención en muchos de los hombres con los que se cruzaban. Era una zona conservadora de la ciudad, un lugar en el que los radicales y los terroristas crecían como hierba en el suelo reseco de esperanzas perdidas y deseos frustrados.

—Tenemos que salir de la calle antes de que alguien se haga una idea equivocada —dijo Jack.

—No lo planeé de esta manera —respondió Jamila—. Tú sigue caminando, no estamos lejos.

Jack no osaba imaginar qué era lo que no estaba lejos.

Frente a una mezquita, unos niños hurgaban en un montón de basura, una montaña de objetos descartados que revisarían en busca de cualquier cosa que vender por unas monedas.

Una piedra cayó desde alguna parte, golpeó a Jamila en el brazo y rebotó hacia la calle demacrada. Cuando Jack alzó la vista, pudo ver a un hombre joven agachándose en busca de otra piedra, y junto a él, otro con una ya en la mano.

El primero de los hombres se enderezó y miró directamente a Jamila.

—Oye, hermanita, tu chocho es como la miel...

Era un insulto bastante común, pero Jack tuvo que retenerse para no arrancarse el

velo y lanzarse sobre aquella rata. Una segunda piedra golpeó a Jamila en la cintura y una tercera le dio en la sien, provocándole un corte.

Jack estaba a punto de devolver la agresión cuando de la nada surgió una anciana tras los muchachos y comenzó a golpearlos con una pesada vara.

—¿Quiénes os creéis que sois? —les gritó—. ¿Qué creéis que estáis haciendo, lanzando piedras a las señoritas y gritando cosas de las que deberíais avergonzaros? ¡*Ekhs alayk!* Sé quién eres, Hamid Mansi. Y tú también, Farid Dabbash. Si no os vais de aquí de inmediato, hablaré con vuestros padres. Venga, fuera.

Los muchachos inclinaron la cabeza y se fueron entre los gritos de otros paseantes. La anciana los observó alejarse y finalmente desapareció por donde fuera que había llegado.

—Vamos —dijo Jack, cogiendo de nuevo el brazo de Jamila.

—Por aquí —respondió ella, girando en un callejón decorado con los faroles del último Ramadán.

Jack distinguió una iglesia copta a su derecha, y comprendió que habían entrado en la zona cristiana. En El Cairo vivían cerca de un millón de coptos, y muchos de ellos tenían sus casas en Shubra y Shubra Al-Khayma, codo con codo con fundamentalistas que los trataban como basura e intentaban quemar sus iglesias de vez en cuando.

Jamila lo guio por una calle detrás de la iglesia y se detuvo frente a una puerta pintada de azul. Mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie los siguiese, golpeó la puerta con fuerza con el puño.

Medio minuto después la puerta se abrió. Una mujer de mediana edad y vestida de negro estaba de pie frente a ellos, mirándolos.

—¡Jamila! —gritó, y se apresuró a abrazarla.

Jamila correspondió al abrazo y la besó en ambas mejillas. Eran claramente viejas amigas.

Cuando terminaron los abrazos, Jamila retrocedió un paso y le presentó a Jack.

—Shadia, este es Jack. Necesitamos quedarnos aquí por unos días.

—Lo mejor será que entréis.

Jamila estaba a punto de entrar cuando recordó cómo iba vestido Jack.

—Shadia, no quiero confundirte, pero Jack es un hombre. Viene de Inglaterra. Jack es un nombre inglés.

—Por supuesto, por supuesto. Pero entrad antes de que alguien se dé cuenta.

Un instante después se encontraban en una habitación del primer piso, rodeados de una familia de diez personas o más.

—Mejor quítate esa ropa —dijo Jamila riendo—. Luego te presentaré a todos.

Jack se liberó primero del velo que le cubría la cabeza, y luego de la *milaya* que ocultaba el resto de su cuerpo. Los cuatro niños que se encontraban en la habitación estallaron en carcajadas; era la primera vez en su vida que veían a un hombre vestido de mujer.

—Shadia, todos, permitidme que os presente a mi amigo Jack Goodrich. Jack es profesor en la Universidad Americana. Habla árabe a la perfección y es una gran autoridad en el idioma antiguo. Shadia...

La mujer que los había dejado entrar avanzó un paso, todavía sonriendo ante la visión de un hombre surgiendo de un velo como una mariposa de su capullo. Aunque tras mirar nuevamente a Jack, tuvo dudas respecto de la mariposa. Una polilla, quizá.

—Profesor Goodrich —dijo Shadia—, permítame presentarle a los demás. Estos son mis seis hijos. Las dos niñas son Marie e Irene. De pie, chicas.

Las dos muchachas se pusieron de pie. Una tendría tres años, la otra, unos cinco. Le sonrieron tímidamente y estallaron en risillas incontrolables.

Había otras dos muchachas, Marina y Hannah. Cuando Jack preguntó, Marina le dijo que tenía ocho años y Hannah doce. Después llegó el turno de dos muchachos, John y Pierre, de quince y diecisiete años respectivamente.

—Ella es mi hermana, Noah —continuó Shadia, y señaló a una mujer en la treintena—. Y este, mi cuñado Boutros. Boutros es contable. Ellos son el señor Zakhary y su esposa Mary. Viven en el piso de arriba. El señor Zakhary es maestro en la escuela San Sergius.

Los Zakhary eran de mediana edad, algo castigados por la vida. Sus expresiones eran un poco tristes, sus ojos parecían afectados por alguna cosa invisible y sus modos algo frágiles. Pero se pusieron de pie y le dieron la mano con una sonrisa. Jack se dijo que era difícil ser copto en El Cairo: en los últimos años, los ataques a los cristianos habían aumentado junto con el ascenso del radicalismo islámico.

No había más lugar en los bancos mullidos donde todo el mundo estaba sentado, pero Shadia obligó a los niños más pequeños a acomodarse en cojines en el suelo, para permitir a Jack y Jamila sentarse a su vez. Nadie preguntó por qué Jack llevaba ropa de mujer.

Mientras se sentaban, la puerta se abrió y un hombre entró en la habitación. Llevaba barba larga e iba vestido como un sacerdote copto, y al principio a Jack le dio la sensación de un patriarca descubriendo vicios entre su gente. Pero su miedo desapareció al instante cuando las dos niñas pequeñas, Marie e Irene, se pusieron de pie y corrieron hacia él gritando de alegría. Las alzó, una en cada brazo, y las besó con cariño.

Cuando las niñas se calmaron, el sacerdote dirigió la mirada a sus nuevos invitados.

—Jamila, qué alegría —dijo—. Hacía mucho tiempo...

Jamila se puso de pie, instando a Jack a hacer lo mismo.

—Joseph —dijo—. Se te ve bien.

—Gracias, siempre me siento bien al encontrarme contigo. ¿Cómo está tu padre?

—Está bien, pero sigue solo. Intento buscarle novias, pero no está interesado. Quizás un día deberías hablar con él.

El sacerdote sonrió.

—¿Y yo qué puedo hacer? Todavía extraña a tu madre. Era una mujer maravillosa, no creo que nadie más pueda satisfacerle. Y hablando de novias, ¿puedo suponer que has traído a este hombre para presentarlo como tu prometido?

Jamila se sonrojó.

—Apenas le conozco, Joseph. Yo... conocí a su esposa. Déjame que os presente.

—Jack, este es el padre Joseph Yaqoub, el esposo de Shadia y el padre de los niños que acabas de conocer. Joseph, este es el profesor Jack Goodrich, de la Universidad Americana.

Al escuchar el nombre de Jack, el sacerdote alzó las cejas.

—¿El profesor Goodrich, del departamento de estudios de árabe antiguo?

Jack asintió.

—Es un honor conocerle. La poesía preislámica es una de mis aficiones. Bueno, algo más que una afición. Disfruté mucho de su libro sobre los *Poemas suspendidos*. Es un honor tenerle en mi casa.

—Es un honor estar aquí. No creía que nadie leyera mis libros y artículos.

—Tiene muchos admiradores por ahí, profesor, créame.

Por un instante, una sombra oscureció el rostro del sacerdote.

—Profesor Goodrich, por favor perdóneme. No sé cómo puedo ser tan insensible. Por favor dígame si no es una terrible equivocación, pero creo recordar que algo malo le sucedió a su esposa y... ¿era su hijo? No salió nada en los periódicos, pero alguien que conozco mencionó algo...

Su voz se fue debilitando.

—No —dijo Jack—, no es un error. Mi esposa... fue asesinada hace unos meses, aquí en El Cairo. Mi hija... —pensó en los hijos más jóvenes del sacerdote y dudó un instante—. Mi hija está viva.

El sacerdote cogió las manos de Jack y las apretó entre las suyas. No dijo nada, pero su mirada lo atravesó como una leve descarga eléctrica.

Enviaron a las niñas a jugar a otra habitación, y el padre Joseph se unió a sus invitados en uno de los bancos.

Sobre las paredes había varios iconos y una fotografía del papa Shenouda III, máximo sacerdote de la iglesia copta. Jack ya había estado en casas cristianas antes, pero pertenecientes a la clase media. Esta era una vivienda mucho más pobre, como las chozas de Muqattam.

Joseph dijo algo a su esposa, que salió de la habitación.

—He pedido a Shadia que os prepare un poco de café. Estáis llenos de polvo y necesitáis un refrigerio. Tendréis que disculparnos, pero estamos en el ayuno de la Natividad. Comenzó en noviembre y continuará hasta la Navidad, para todos salvo los niños.

Una de las muchas cosas por las que Jack se sentía agradecido era por no haber nacido en una familia copta. Los coptos ayunaban durante doscientos diez días al año, especialmente durante la Cuaresma. En los días de ayuno, no comían nada entre el

amanecer y el atardecer, y evitaban todos los productos animales: carne, pescado, huevos, mantequilla... Era un régimen duro. La sola idea provocaba que su estómago hiciera ruido. Faltaban pocos días para la Navidad de los coptos, el 7 de enero.

—No, por favor, no hagáis una excepción por nuestra causa. Si vosotros ayunáis, nosotros ayunaremos también.

Jamila, que había dejado de seguir el Ramadán a los dieciséis años, lanzó una mirada a Jack que podría haber matado a un hombre más débil.

—Insisto —dijo Joseph—. Imagino que usted es anglicano. Los anglicanos no ayunan como nosotros. No diga nada más, son mis invitados, y es un honor tenerles aquí.

Cinco minutos después les trajeron café y unas galletas de Navidad, y Shadia se sentó junto a ellos en el banco que ocupaba tres de las cuatro paredes de la habitación.

Hablaron sobre cuestiones generales, sobre la familia Yaqoub y lo que habían estado haciendo desde la última vez que Jamila les había visitado, y sobre el padre de Jamila y otros de sus familiares a quienes los Yaqoub parecían conocer.

Jamila explicó a Jack que ambas familias se habían conocido años atrás, cuando su padre se encargó de construir una nueva iglesia para la congregación de Joseph en Shubra Al-Khayma: San Sergius, la iglesia que habían cruzado justo antes.

Los vecinos se excusaron y partieron. Pronto, solo quedaban los Yaqoub y sus dos hijos mayores.

—Estoy seguro de que estáis cansados, chicos —dijo Joseph a sus hijos—. ¿Por qué no vais con vuestras hermanas?

—Preferimos salir a la calle —dijo el mayor.

—Pero estaos tranquilos. No podéis hacer muchos esfuerzos durante el ayuno.

Los muchachos les dieron la mano otra vez, besaron a su padre y a su madre y partieron. El padre Joseph miró a su esposa, quien dijo que debía ocuparse de la cena. Se puso de pie, les dio la mano y siguió a sus hijos.

—Necesitamos tu ayuda —dijo Jamila.

—Sí —respondió el sacerdote—. Eso ya lo había imaginado.

Como en un espejo

Shubra Al-Khayma

16:30h

Jack y Jamila contaron todo al padre Joseph. Ocultarle la verdad hubiera sido una traición por su parte: si querían que los alojase, debía ser con pleno conocimiento del peligro que corrían, peligro que podría extenderse a él y a su familia si algo salía mal. Cuando terminaron con su relato, el sacerdote se quedó en silencio. Él y su familia conocían a Jamila desde hacía años, y confiaban en ella. También conocía la reputación de Jack, y no creía que pudiese inventarse algo así.

Jack le enseñó la espada y la carta. El sacerdote la leyó y luego asintió.

—Sí, parece auténtica —dijo—. La escritura, el vocabulario...

Jack cogió la caja de cartón de la bolsa. Ardía en deseos de saber qué había dentro, pero sabía que no podía permitirse un descuido.

—Padre, necesito llevar esta caja a un lugar donde sea seguro abrirla —explicó—. No sé qué hay dentro, y podrían habérmela enviado para matarme. Si es un explosivo sé cómo desarmarlo, pero necesito llevarla a un lugar seguro.

El sacerdote sonrió.

—Puedo hacer algo mejor que eso, hijo mío. Trae tu caja al despacho de la iglesia y te enseñaré.

Los ataques terroristas habían conseguido que los cristianos coptos tomaran conciencia de la importancia de la seguridad. Los sacerdotes acudían a cursos de entrenamiento, se recomendaba a los feligreses estar atentos ante potenciales amenazas, y las donaciones servían para comprar equipos de detección de armas y bombas.

El despacho se encontraba en la parte trasera de la iglesia, y se entraba por una puerta exterior. Sobre una pequeña mesa había un aparato de rayos X para el correo, un modelo básico creado para ser utilizado por pequeñas organizaciones. El padre Joseph encendió el aparato, y Jack colocó la caja dentro.

En la pantalla aparecieron dos objetos: el primero era rectangular con dos agujeros simétricos, fácilmente identificable como una cinta de vídeo. El otro tenía unos cinco centímetros de largo y uno de ancho. En su centro se distinguía la articulación de las falanges de un dedo humano. El dedo de una criatura...

Jack cerró los ojos y luchó por contener la bilis que subía por su esófago. El padre Joseph hizo la señal de la cruz y murmuró una corta plegaria.

—¿Por qué no sales, Jack? Deja que yo lo abra —dijo Jamila, intentando coger la caja, pero Jack se la arrancó de las manos.

—¡Tijeras! —gritó—. ¡Necesito unas tijeras!

El sacerdote le entregó unas, y Jack las usó para abrir la caja.

En el interior había una caja más pequeña, dentro de la cual se encontraba el pequeño dedo envuelto en algodón, con la sangre adherida tras el corte reciente, y el hueso que asomaba ligeramente en uno de los extremos.

No había forma de saber con certitud a quién pertenecía aquel dedo, pero Jack no necesitaba adivinarlo. Quería gritar. Todas las viejas pesadillas reaparecieron a la vez en su mente: el horror de la sangre, los gritos de los fantasmas..., los deshechos oscuros de su cerebro.

Alzó los ojos y notó que apenas podía ver a causa de las lágrimas. Alguien lo cogió de la mano, y poco a poco se fue tranquilizando.

—¿Qué hay en el vídeo? —preguntó.

Jamila y el sacerdote se miraron.

—Tengo un reproductor de vídeo en la habitación de al lado, Jack —dijo el padre Joseph—. Deja que Jamila y yo veamos la cinta. Supongo que comprendes por qué.

—No —dijo Jack—. Quiero saber exactamente a lo que me estoy enfrentando.

Pasaron a la otra habitación, y el padre Joseph puso la cinta en el reproductor. La pantalla del televisor, primero negra, cobró vida. La cámara había sido colocada en un trípode, y la escena que se mostraba era fija. Una habitación vacía con muros de cemento. Una bombilla colgaba del techo, balanceándose. Se escuchaba el murmullo de lo que debía de ser un aparato de aire acondicionado. Parecía la escena de una película de Andy Warhol. No había nada humano en ella. Tan solo cemento y luz.

Entonces, de la nada, se escuchó el sonido de una puerta al abrirse. Alguien empujó al centro de la habitación a una niña con un vestido sucio y arrugado, y una voz, quizá la del cámara o de otra persona fuera del encuadre, le ordenó que se mantuviera quieta. A pesar de la suciedad, Jack reconoció el vestido. Era el uniforme con el que Naomi iba a la escuela. Miró el rostro de la niña: era su hija... y al mismo tiempo no lo era. Era Naomi... y era alguien completamente diferente, una niña que nunca antes había visto. Sus largos cabellos rubios, ahora eran cortos, lacios, sucios e irregulares. Su rostro lleno de vida, ahora estaba demacrado. Había perdido peso, más de cinco kilos. Sus ojos, chispeantes y de color intenso, estaban muertos, apáticos. Eran los ojos de un fantasma sin vida, amor u odio. Estaba de pie en medio de la habitación, y Jack pensaba que en cualquier momento rompería a llorar, pero solo se quedaba mirando la cámara, inmutable.

Un hombre entró en la habitación por el mismo lugar por donde había entrado Naomi. Era de estatura media, con barba, y apuesto salvo por las cicatrices de viruela que picaban su frente. Estaba vestido con una *dishdasha* blanca y llevaba un solideo. Girándose hacia la cámara, observaba la lente con aire arrogante y serio.

Jack podía sentir el corazón latiéndole en el pecho, como un pájaro encerrado aleteando y luchando por liberarse. Se le había helado la sangre. Podía ver a Naomi temblando bajo su delgado vestido, y supo que tenía frío. No se trataba entonces de aire acondicionado, sino simplemente de aire: adivinó que debía de tratarse de un lugar bajo tierra, seguramente no muy lejos de la plaza Ramsés.

El hombre cogió un micrófono que le pasó el cámara.

—Si está mirando esto, profesor Goodrich, ya sabe lo que está a punto de suceder aquí. Permítame presentarme: mi nombre es Rashid, y soy el hermano del hombre que usted conoce como Muhammad. Consiguió escaparse de mí en Escocia, y hasta ahora ha logrado evadir a mi gente en El Cairo. Le he subestimado, tiene más recursos de los que imaginaba. Por eso su hija deberá sufrir.

»Usted tiene en su poder una espada que no le pertenece. Se la dio un hombre al que tampoco le pertenecía. Pertenece por derecho a mi hermano mayor, Muhammad. Es un descendiente directo del último califa, el último sucesor del Profeta, la paz sea con él. Devuélvame la espada y podrá volver a ver a su hija con vida.

»Si no lo hace, el próximo paquete que reciba llevará dentro su cabeza. Para mostrarle que hablo en serio y que el dedo en la caja era el de su hija, voy a mostrarle cómo lo obtuvimos.

Dejó de hablar, y alguien empujó una mesa de madera hasta que quedó frente a la cámara. Una segunda persona entró en cuadro, de pie detrás de Naomi. Sin aviso, la rodeó con un brazo a la altura del pecho llevándola hacia delante, mientras con el otro brazo le mantenía la mano izquierda plana sobre la mesa, cogiéndola por la muñeca.

Rashid dejó el micrófono en el suelo y se enderezó. Hurgó dentro de su túnica y extrajo un cuchillo corto, o algo similar. Se acercó al costado izquierdo de Naomi y cogió su muñeca, permitiendo al otro hombre asegurarla firmemente con los dos brazos.

En ese momento Naomi no se contuvo más. Al ver el cuchillo comenzó a gritar, y el grito atravesó sus tímpanos. El padre Joseph murmuró una plegaria inaudible.

—¡Papi! —gritó—. ¡Papi! ¡Por favor, ayúdame! ¡Ven a buscarme, papi! ¡No dejes que me hagan daño!

Rashid ni siquiera se inmutó ante los gritos de la niña. Y le hizo daño. Le separó los dedos, aislando el meñique, y lo cortó con el cuchillo como un cocinero corta espárragos. Al instante, su túnica blanca estaba manchada de sangre y el dedo de Naomi rodaba por la mesa.

Jack se desmayó. Cayó de la silla, golpeándose la cabeza contra el suelo. El padre Joseph apagó el vídeo y con la ayuda de Jamila volvieron a sentar a Jack en la silla.

Recuperó rápido el conocimiento, y en cuanto fue capaz de ponerse de pie, lo ayudaron a caminar lentamente de regreso a la casa de la familia. Shadia lo recibió y lo acompañó hasta la habitación de los muchachos, donde se le ordenó que se recostase. Estaba temblando. De vez en cuando, era víctima de un ataque que hacía sacudir todo su cuerpo. Shadia quería ir en busca de un doctor, pero Jamila no se lo permitió; era demasiado arriesgado.

Mientras Jamila cerraba la puerta, Jack clavó la mirada en sus ojos.

—He visto antes a hombres ser torturados así. Miembros arrancados, cabezas aplastadas. Creí que me había insensibilizado...

—Te odiaría si hubieras reaccionado de otra manera. Nadie debería nunca ver lo

que tú has visto. Yo casi no puedo soportarlo, y no es mi hija. Descansa, Jack. Guarda tus fuerzas para después.

El padre Joseph aguardaba en el pasillo.

—Joseph, necesitamos un lugar seguro donde quedarnos. Y eso quiere decir cualquier lugar menos este. Tú y tu familia estáis en peligro cada minuto que pasemos aquí. Has visto de lo que son capaces, has visto cómo es ese hombre. ¿Se te ocurre algún lugar?

Bajaron juntos la escalera.

—Tienes razón, no podéis quedaros aquí. Debo pensar en Shadia y los niños. Pero no puedo dejaros en la calle; ellos tienen gente aquí en Shubra Al-Khayma. Ya he oído hablar del hermano de este hombre, Muhammad Al-Masri. Su grupo se llama Ahl Al-Janna: el pueblo del Paraíso.

Joseph hizo una pausa.

—Jamila, no creo que este hombre se conforme con el título de califa. Temo que pretenda anunciarse como el nuevo Profeta: el Profeta de los Últimos Días. Y necesitará vuestra espada para convencer a los hombres. Si consigue lo que desea, todos se agruparán a su alrededor como abejas con su reina.

»En cuanto a vosotros, hay una cripta bajo la iglesia. Hay algunos féretros, pero no muchos. Puedo moverlos de allí, y ocultar la entrada. Tu padre la diseñó de esa manera: a la turba le gusta profanar a los muertos. Podéis quedaros allí mientras solucionáis esto.

Jamila le cogió la mano.

—Gracias. No hubiéramos sobrevivido mucho tiempo en la calle. Quizá puedas llevarnos allí más tarde. Ahora debo volver al despacho.

—¿Para qué?

—Para ver el resto del vídeo. Quiere intercambiar a Naomi por la espada. Debe tener algo más que decir.

Para cuando Jamila regresó, Jack ya se había recuperado casi totalmente, aunque su estado de ánimo no era el mejor. Le contó la oferta del padre Joseph. Él solo asintió, como si ya no le importase si encontraban un escondite o no.

—Hay otra cosa —dijo Jamila—. El vídeo no terminaba ahí. Rashid quiere que dejes la espada en el zoológico. Tienes que entrar por Charles de Gaulle, cerca de la embajada francesa, y dirigirte al lago de los hipopótamos, justo al interior.

—Sí, sé dónde es. Solía ir allí con Naomi.

—Quiere que dejes la espada en una bolsa al pie del puente de hierro sobre el lago.

—¿Cuándo? ¿Hoy?

—No, mañana al mediodía.

—¿Por qué tanto tiempo?

—No lo sé. Dijo que encontrarás un sobre pegado en el puente. Allí estarán las instrucciones sobre cómo recuperar a Naomi. Debes coger el sobre y dejar la espada y

la carta de Said. Nadie te pondrá un dedo encima.

—¿Tú le crees?

Jack quería recuperar de inmediato a Naomi, llevarla a un hospital.

Jamila negó con la cabeza.

—De todas formas tengo que ir —dijo Jack—. Lo entiendes, ¿no?

—Yo haría lo mismo en tu lugar. Cualquiera lo haría. Tu única obligación es con la niña.

—Tampoco puedo ayudarla si me capturan, o si me matan.

—Podría ir yo.

Jack dudó un instante.

—No, a esta altura ya saben quién eres. Tendrán gente vigilando por todas partes.

—¿Y Darsh? Hoy se comportó como un verdadero profesional...

Jack negó con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado. Hoy casi sale todo mal. Tiene que haber otra manera...

Alguien llamó a la puerta. El padre Joseph entró en la habitación.

—Quería ver cómo se encontraba Jack. Y saber si había algo más en el vídeo.

—Síntese, padre —dijo Jack—. Quizás usted pueda resolver nuestro dilema.

Jamila le explicó.

El sacerdote escuchó con atención. Miró a Jack, y luego otra vez a Jamila.

—Ninguno de vosotros puede ir. Necesitáis cogerlos por sorpresa. Mañana el zoológico estará lleno de gente, nadie notará la presencia de un sacerdote copto. Dejaré la espada donde ellos proponen y cogeré el sobre. Hasta entonces, rezaré por la suerte de tu hija. Si queréis acompañarme en la iglesia, sois bienvenidos.

Esa noche, Jack llamó a Inglaterra. Quería saber si Sandra había dado con los Gilfillan, y estaba ansioso por saber de sus padres.

Cogió su teléfono móvil y llamó al número de su hermana. Sonó tres veces, y entonces una voz de hombre atendió el teléfono.

—Aquí Derek Metcalf, ¿quién habla?

—Derek, ¿qué tal? Habla Jack.

Se oyó un ligero balbuceo al otro lado de la línea.

—¿Jack? ¿Quién coño te crees que eres, llamando a este número como si nada? «¿Qué tal? Habla Jack». ¿Te excita llamar a mi número desde quién sabe dónde, fresco como una lechuga, preguntando cómo estoy? ¿Cómo está Sandra?

—¿Qué pasa, Derek? ¿Ha sucedido algo? ¿Puedo hablar con Sandra?

—¡Eso, hablemos con Sandra! Cariño, es tu querido hermanito, quiere hablarte de mami y papi y de sus simpáticos amigos, ¿cómo se llamaban? ¿Los Gilfillan?

—Para un momento, Derek, y dime qué sucede...

—¿Me estás hablando en serio? ¿«Dime qué sucede»? Es demasiado tarde para

actuar como si no tuviera nada que ver contigo. Te están buscando, tío. Lo mejor será que te olvides de los «¿Qué sucede?» y vayas a entregarte a la comisaría de policía más cercana. Antes de que hagas más daño, si entiendes lo que te digo. A menos que estés planeando un viaje a Nottingham... ¿Es eso? ¿Es eso lo que viene ahora, Sandra y yo? Porque te lo advierto, si apareces por aquí, voy a arrancarte la puta cabeza, ¿entendido?

Jack cortó la comunicación. Le temblaba la mano, al igual que el resto del cuerpo. ¿Qué había ocurrido?

El hijo mayor del padre Joseph, Pierre, planeaba ir a la universidad aquel año. Tenía un pequeño ordenador con conexión a Internet en la habitación que compartía con su hermano.

Le tomó un minuto descubrir qué estaba sucediendo. Su madre y su padre habían sido asesinados en Norwich. Dos parejas y un hombre soltero habían muerto de la misma manera en Escocia, y se nombraba a Jack en relación con los asesinatos. Era el criminal más buscado del Reino Unido. En Gran Bretaña había comenzado una caza al hombre, y ya habían enviado en su busca a dos inspectores de Norfolk y Escocia a El Cairo.

Un puente demasiado lejano

Jardín zoológico de El Cairo

Duqqi

Mediodía del día siguiente

Cien años atrás, el zoológico de El Cairo había sido el cuarto del mundo en importancia, una joya de la orilla oeste del Nilo, repleto de árboles, arbustos y plantas provenientes de la India, África Central y Sudamérica. Aquel espacio verde había comenzado sus días como los Jardines de las Delicias, reservado exclusivamente para las concubinas del harén del Jedive Ismail. Los helechos gigantes crecían entre un sinnúmero de pagodas, miradores, quioscos y cenadores repartidos en un archipiélago de islas, con lagos y canales sinuosos. También era un lugar en el que los ciudadanos podían refugiarse del calor abrasador del verano.

Hoy en día el lugar había caído en desgracia: su arquitectura gloriosa seguía en pie, pero el zoológico estaba derruido y venido a menos. Por todas partes se encontraban los signos de la decadencia. Los viejos caminos de guijarros rojos, blancos y negros dispuestos en intrincados mosaicos se habían gastado con el paso de millones de pies, y aquellos demasiado deteriorados fueron remplazados por cemento. Las verjas estaban todas oxidadas, y los cenadores necesitaban varias manos de pintura.

Sin embargo, lo peor de todo eran las condiciones en las que vivían los animales: encerrados en jaulas pequeñas, molestados por los visitantes y sujetos al bullicio constante de los paseantes, parecían cansados y tristes.

Jack encontró un punto de observación en un montículo con vistas al puente suspendido de hierro de Gustave Eiffel, en el extremo norte de un lago en el que dos hipopótamos descansaban cubiertos de barro hasta los ojos. Desde allí, y con la ayuda de los prismáticos, podía ver todo lo que sucedía en la entrada del puente.

Jamila revisó su arma. Le preocupaba que una vez que se gastasen las diez balas que quedaban en el cargador, no tendría manera de remplazarlas. Estaba sentada dentro de un coche Peugeot que Jack había alquilado aquella misma mañana. Aparcó cerca de la entrada, a media manzana de la embajada francesa. El motor estaba encendido y su pulso estaba acelerado, sabiendo lo fácil que podía salir todo mal. Miró la hora en su reloj de muñeca. Casi las doce.

Su móvil comenzó a sonar. Al responder, escuchó la voz de Jack al otro lado de la línea:

—Un hombre vestido con una *dishdasha* acaba de pegar algo sobre el poste del lado izquierdo. El padre Joseph lo ha visto, pero está esperando a que se aleje. Mantén la línea abierta.

El sacerdote estaba varios metros abajo de donde se encontraba Jack, inmóvil y

de pie como admirando el paisaje. Su hijo mayor, Pierre, aguardaba cerca de la entrada del zoológico, junto a las jaulas donde los leones daban vueltas y vueltas ofuscados en sus diminutas cajas de cemento, mientras observaban de vez en cuando a la multitud detrás de los barrotes oxidados. En otra parte, un cuidador permitía que un grupo de turistas extranjeros jugara con unos cachorros de león, quienes soportaban el manoseo con total indiferencia.

El padre Joseph comenzó a avanzar a paso lento. No haría nada hasta el último momento. Si había alguien observando, no se esperaría a un hombre con sotana y sombrero alto.

Se quedó de pie junto al puente verde durante varios minutos, como admirándolo, y entonces dejó caer la pequeña bolsa que llevaba consigo, a la vez que despegaba el sobre del poste. No corrió, confiando en que quien estuviese observando aún esperaría ver llegar a alguien diferente. Sin mirar a su alrededor, se alejó por el sendero que llevaba a las jaulas de los leones.

—Ya tiene el sobre —dijo Jack al teléfono—. No puedo seguirle con la vista, hay demasiados árboles en medio.

—Ve al coche, ahora —le ordenó Jamila.

El sacerdote aceleró el paso entre la multitud reunida frente a la jaula de los leones, donde Pierre le esperaba. Se miraron, y en ese instante el sobre pasó de una mano a otra para luego desaparecer en el bolsillo de los tejanos de Pierre, que se alejó de su padre, giró, y se dirigió a la entrada.

El padre Joseph lo siguió. Jack había cogido otro camino desde el puente, y ahora estaba frente a la jaula de los leones. Distinguió la ropa del sacerdote entre la gente, pero lo perdió en seguida.

Pierre llegó hasta la entrada sin incidentes. Nadie podía saber que tenía el sobre, nadie estaba interesado en él. Se dirigió rápido hacia el coche y entró en la parte trasera.

—Mi padre está en camino —dijo.

Pero cuando Joseph llegaba a la entrada del zoológico, dos hombres salieron de entre la multitud y lo cogieron por los brazos, uno por cada lado.

—Creo que debería venir con nosotros, padre —dijo uno de ellos, llevándose al padre Joseph lejos de la entrada por un camino que llevaba hacia el sur de los jardines—. Queremos conversar con usted.

Mientras el hombre se aferraba al brazo de Joseph, alguien apareció por detrás, y lo último que sintió fue una mano sobre su cuello y unos dedos presionando con fuerza su arteria carótida. Se desplomó como una muñeca de trapo. El otro hombre se giró desconcertado, y Jack se lanzó sobre él antes de que pudiese reaccionar. Un golpe preciso en la nuez lo envió directo al suelo junto a su compañero.

—Rápido padre, salgamos de aquí.

Entraron en el coche y se alejaron antes de que cualquier miembro de Ahl Al-Janna pudiese salir del zoológico y alcanzarles. Se dirigieron de regreso a Shubra Al-

Khayma. Eran las doce y diez.

Jack leyó el mensaje que contenía el sobre mientras conducían. Era breve e iba directo al grano:

Profesor Goodrich: Si nos ha dejado lo que estamos buscando, y si consideramos que la espada es verdadera y no una réplica, vaya a la entrada de la Universidad Americana a las tres de la tarde. Su hija estará esperándolo. No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta.

No llevaba firma.

La entrada principal de la universidad era por el edificio Ewart, en Sheikh Rihan. A una manzana de allí, a la izquierda y a la derecha del lugar, se encontraban el Parlamento egipcio, el Ministerio de Interior y el edificio central del gobierno, conocido como Mugamma.

Dos calles más allá, en dirección suroeste, se veía por encima de los tejados el Panal, el edificio modernista que albergaba la embajada de los Estados Unidos.

Jack y Jamila habían pagado una considerable «propina» a un policía de tráfico en Qasr Al-'Ayni para que vigilase el coche, aparcado justo a la vuelta de la esquina. El plan de Jack era llevar a Naomi directamente al mejor hospital público de la ciudad, llamado también Qasr Al-'Ayni por encontrarse al final de esa misma calle, dos kilómetros más al sur.

Jack tenía los nervios destrozados. Si algo le sucedía ahora a Naomi, si se la arrebataban justo cuando había creído que podría verla de nuevo con vida, el golpe sería aún más duro que la primera vez, cuando descubrió aquel cuerpo que creyó suyo nadando en sangre. Tuvo pesadillas toda la noche; vivir bajo una iglesia no le había ayudado a calmar su ansiedad.

A las tres y cuarto, Naomi seguía sin aparecer. Jack entró una vez en el edificio para ver si no la habían dejado en el vestíbulo, pero lo único que encontró fueron estudiantes y personal administrativo moviéndose de una oficina a otra y de una cita a otra. Nadie lo reconoció.

Volvió fuera. Seguía sin haber rastro de ella.

A las tres y media, estaba desesperado. Esperaron hasta las cuatro. Luego hasta las cinco, las seis, las siete. Ya había oscurecido hacía un par de horas.

—Creo que debemos irnos, Jack. Algo ha salido mal. Mañana compraremos todos los periódicos, forzosamente se pondrán en contacto. Quizá quieran primero verificar la autenticidad de la espada y la carta. Seguramente tienen a alguien de Al-Azhar trabajando en ello ahora.

Jack negó con la cabeza. Él había sabido que la espada era verdadera en el momento en que posó sus ojos en ella, y comprendió que la carta era genuina tras leerla una sola vez. A un especialista no le tomaría tanto tiempo.

—Está muerta —dijo Jack—. Puedo sentirlo. La utilizaron para llegar a la espada. Por lo que sé, pueden haberla matado en el instante mismo en que apagaron la cámara ayer. Nunca tuvieron la intención de devolvérmela.

Jamila no sabía qué decir. Se sentía agobiada ante la idea de la muerte de Naomi, y no podía sino imaginar lo que estaría viviendo Jack en ese momento.

—Vamos al coche —le dijo al fin—. No hay nada más que podamos hacer aquí.

Cuarta parte

Perséfone en Egipto

Búnker de Al-Masri

Shubra

14.00 h

Naomi sentía mucho dolor. El único analgésico que había allí era paracetamol, que no era mucho contra la agonía que padecía. Samiha había hecho lo posible por detener la hemorragia mediante vendas y una crema antiséptica barata, pero la herida no se cerraba y debía cambiar los vendajes a intervalos regulares, lo que provocaba aún más dolor a la pequeña.

Samiha se había escabullido de su puesto para estar junto a Naomi. Nunca antes en su vida había estado tan enojada ni molesta. La crueldad inconcebible de cortarle el dedo a una niña le provocaba náuseas. Ya era suficiente con hacer daño a adultos, pero herir a una niña deliberadamente y sin ningún remordimiento le parecía la forma más pura de la maldad.

Naomi tuvo fiebre durante la noche, y a partir del mediodía no hizo sino ponerse cada vez más enferma. Samiha no sabía nada de medicina, pero el instinto y la experiencia con sus propios hijos le decían que Naomi probablemente no sobreviviría si no la llevaban pronto a un hospital. Pero eso era un sueño imposible. A menos que...

Decidió ir a hablar con Rashid y decirle con firmeza que debían hacer algo por la niña lo más rápido posible, o de lo contrario moriría.

—Naomi, intenta ser fuerte un poco más —le dijo—. Voy a preguntarles si me dejan llevarte a un hospital. No llevará mucho tiempo.

—No... me dejes... sola... Samiha —murmuró Naomi, apenas capaz de articular las palabras. Su voz era débil y apagada, y de vez en cuando perdía el conocimiento por unos instantes.

Samiha presionó su mano sana y salió de la habitación.

Era considerado indecoroso que una mujer interrumpiese a los miembros del núcleo duro de Al-Masri. Los hombres debían atender asuntos importantes, asuntos de Dios, y era un pecado distraerles de sus responsabilidades sagradas. Pero Samiha se había propuesto salvar la vida de la niña, y no había nada que fuera a disuadirla de ello.

Rashid Al-Masri se encontraba en la habitación que utilizaba para dormir, rezar y trabajar. Era mucho más grande que las celdas húmedas que ocupaban Naomi y Samiha. Samiha llamó a la puerta, y cuando él dijo «pase» ella obedeció, con la determinación claramente escrita en su rostro.

Rashid frunció el ceño.

—¿Quién te ha pedido que vengas aquí? ¿Sucede algo malo?

—Sí —respondió Samiha. A pesar de sentir cómo el corazón se le salía del pecho, su voz era firme. El mínimo signo de debilidad daría la excusa a Rashid para echarla de allí—. Algo no está bien. La niña se está muriendo. Necesita ayuda, necesita ser llevada con urgencia al hospital.

Él entrecerró los ojos. Samiha había notado antes la crueldad de sus ojos, una frialdad que indicaba que no se detendría ante nada. Las pocas veces que había visto al hermano mayor, percibió lo mismo pero magnificado. Rashid era capaz de torturar o matar a cualquiera que se cruzase en su camino o pusiera en riesgo su causa, pero Muhammad Al-Masri era capaz de sacrificar a la humanidad entera en el altar de su retorcida devoción al Dios de las Batallas.

—¿Y eso qué me importa? —le espetó—. ¿O a ti, de hecho? Te ordené que te ocuparas de ella. Si muere, será la voluntad de Dios. Si le duele, pasaré en cuanto tenga un momento libre y la liberaré de su dolor. Ahora, sal de aquí.

Samiha sintió una oleada de náusea inundar su estómago.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó.

—¿No es obvio? Esa estúpida niña ya no tiene utilidad para nosotros. Tenemos la espada, que ha sido examinada y considerada como auténtica por un sabio de Al-Azhar. Tenemos la carta que va con ella, que también fue analizada por el sabio y certificada como verdadera. La niña no sirve para nada. Si eres demasiado aprensiva para cortarle el cuello, lo haré yo mismo, pero tengo cosas más importantes de las que ocuparme en este momento. Sal de aquí y no vuelvas salvo si es para decirme que te has ocupado del asunto.

Se puso de pie y le clavó la mirada hasta que se fue de la habitación. No le puso ni un dedo encima, no hubiera sido correcto. En ese momento, tras tantos meses, Samiha sintió que estaba a punto de tener un ataque de nervios. De no haber tenido la certeza de que la vida de Naomi dependía ahora más que nunca de ella, hubiera perdido el control de sí misma. Pero eso garantizaría que le cortasen el cuello a la niña, y seguramente a ella también. Se juró que mientras le quedara una onza de vida, la utilizaría para proteger a Naomi.

Decidió que solo mediante un acto audaz podría conseguir lo imposible. De vuelta en su habitación, grabó una docena de CD con la información de su disco duro y los guardó en la caja de plástico en la que venían. Luego hurgó en el cajón donde le permitían guardar algunas mudas de ropa; allí encontró una *milaya* para ella y un pañuelo para la cabeza que le iría bien a Naomi si lo doblaba en dos. Finalmente, cogió un pesado cuenco de cerámica donde guardaba higos secos, lo vació de su contenido y lo colocó en la bolsa de plástico junto a los CD.

De vuelta en el cubículo —que apenas podía denominarse así— de Naomi, la ayudó a vestirse. Había recuperado un café bien cargado de la pequeña cocina junto a su propia habitación, y forzó a la niña a tomarse dos grandes vasos. Tenía un gusto horrible, y Naomi casi se atragantó mientras bebía, pero ya no tenía fuerzas para resistir, y Samiha sabía que la ayudaría a mantenerse despierta. Si Naomi perdía

completamente el conocimiento, podría ser fatal.

Mientras la niña recuperaba un poco de fuerzas, Samiha se inclinó y le contó lo que iban a hacer. Naomi asintió y prometió cooperar.

—¿Comprendes lo que necesito que hagas, Naomi?

—Sí. Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Subieron al piso de arriba y se dirigieron a la habitación que utilizaba la mujer a cargo de todas las trabajadoras femeninas. Fátima Kassab era una mujer de labios finos y ojos aguzados cuya principal misión en la vida era hacer más difícil la existencia de los demás. En la roca que tenía en lugar del corazón no había ni el más mínimo vestigio de dulzura. Le gustaba hacer llorar a las mujeres que tenía a su cargo: utilizaba el pecado como arma contra ellas, y cuando eso no funcionaba, las golpeaba en el rostro hasta que sangraban. Nadie quería tenerla de enemiga, ni siquiera se enfrentaban a ella los guardias que vigilaban el búnker. Samiha sabía que convencerla sería la parte más difícil de su plan.

—¿Qué quieres? —le soltó en el momento en que Samiha entró a la habitación.

Miró a Naomi, y Samiha pudo distinguir su gesto de disgusto. La niña infiel había ofendido su sentido del decoro desde el momento en que la había visto por primera vez.

—Me envía Rashid. La niña está muy enferma, y quiere que sea llevada al hospital más cercano lo más rápido posible. Su padre tiene otra cosa que el califa necesita y que no le ha entregado. Si la niña muere, no tendrá nada con qué negociar. Rashid me dijo que le pida autorización a usted y que la acompañe, ya que Naomi me conoce.

—¿Qué le sucede a la mocosa? ¿Por qué debería de estar enferma? Perdió un dedo. ¿Y qué? He visto a hombres sobrevivir después de que les volaran brazos y piernas.

Samiha tuvo que hacer un gran esfuerzo para no contestarle.

—Es una niña, no un hombre, y su herida no ha sido sanada. Se le ha infectado, y es eso lo que causa la fiebre. Está muy enferma, si no nos apresuramos podría morir. ¿No dijo el Profeta que Alá no creó ninguna enfermedad sin crear también la medicina o el remedio para sanarla?

Fátima dudó un instante. Nunca osaría desobedecer una orden directa, y mucho menos contradecir una afirmación del Profeta, pero todo se basaba en la palabra de una mujer que no le agradaba y en la que no confiaba.

—Iré a verlo yo misma —dijo al fin—. Quisiera que me lo dijera en persona.

—Lo siento —dijo Samiha sabiendo que debía ser osada o sufrir las consecuencias—. Ha dado órdenes expresas de que no se le molestara hasta después de la plegaria de Asr. Está de un humor de perros. No le aconsejo que lo interrumpa, y no creo que haya que complicar aún más las cosas.

La capataz clavó la mirada en Samiha. Pensándolo bien, la niña parecía en efecto muy enferma: estaba blanca como un fantasma, y sus vendajes estaban empapados en

sangre. No había ninguna segunda intención por parte de la palestina en traerle la niña, o en querer llevarla al hospital; simplemente tenía un corazón blando. Y un corazón blando era para Fátima la mayor de las debilidades.

—Yo la llevaré —dijo—. Hay una clínica cerca de aquí que solemos utilizar. Está dirigida por nuestra gente.

—¿Está muy lejos? La niña no puede caminar mucho.

—Entonces tomaremos un taxi. Déjame buscar algo de dinero para pagarlo. Puedes volver a tu habitación.

—Lo siento, pero el hermano del califa dio instrucciones precisas sobre que yo debía quedarme junto a la niña todo el tiempo. Mire cómo sufre, casi está delirando. Si le entra el pánico en la calle, podría atraer miradas indeseadas. Ella me conoce, puedo mantenerla tranquila. Puede venir usted también si insiste, pero yo debo quedarme junto a ella.

Fátima se sintió presionada, pero se decidió con rapidez: los castigos por desobediencia podían ser muy severos, incluso para alguien tan leal como ella. Prefería no correr el riesgo.

—Vamos —dijo.

Una escalera angosta de cemento las llevó un piso más arriba. Los guardias las observaron mientras se dirigían a la puerta. Fátima pidió que las dejaran pasar. La conocían bien y obedecieron: abrieron las cerraduras y marcaron un código en el teclado numérico. La puerta se abrió lentamente a través de las guías colocadas en el suelo y el techo.

Salieron a una habitación amueblada que parecía la de un piso cualquiera, donde otros guardias armados las observaban. La puerta volvió a colocarse en su lugar hasta que no hubo rastros de su existencia.

Fátima explicó su misión a los guardias, que la dejaron pasar junto a Naomi y Samiha. Otra puerta llevaba a un pasillo en los bajos de un edificio de apartamentos. Todo el inmueble estaba ocupado por miembros de Ahl Al-Janna, al igual que la mayor parte del barrio donde se encontraban.

La calle se le apareció a Samiha como un monstruo de pesadillas. Durante meses había estado aislada de las luces y los ruidos del mundo exterior, encerrada la mayor parte del tiempo en su minúscula habitación que se parecía más a la celda de un convento que a otra cosa. Salvo durante las comidas, en las que hombres y mujeres comían en turnos distintos, y en sus idas a los servicios de mujeres, había dormido y trabajado en su habitación las veinticuatro horas del día.

Ahora se distinguía el tráfico desde la calle angosta, y las aceras estaban repletas de personas empujándose unas a otras. En Shubra vivían tres millones de personas, tantas como en todo el Líbano. Era del tamaño de un pequeño país, pero reducido a calles y callejones. En realidad la calle era bastante pequeña, el tráfico no muy denso y no había muchos peatones, pero para Samiha era el lugar más aterrador en el que jamás había estado.

Con Naomi entre ellas, avanzaron en busca de un taxi. Naomi se estremecía con el paso de coches y peatones, tropezando de vez en cuando. Samiha rezaba para que la disposición del barrio le permitiese ejecutar su plan, ya que, si no, todo terminaría muy mal para ellas. Ya no se trataba de curar una mano herida o conseguir antibióticos para bajar la fiebre: si regresaban al búnker, Rashid se ocuparía de que tanto ella como Naomi pagasen su osadía con sus propias vidas.

Fátima insistió en que caminasen hasta una intersección con la calle Shubra, que iba directa hasta la estación de ferrocarriles. Allí encontrarían un taxi, y la clínica no quedaba lejos.

Entonces pasaron junto a un pasaje estrecho entre dos edificios. Esto era lo que Samiha había estado esperando. Apretó con fuerza el brazo de Naomi, rezando por que respondiese. Ya habían dejado atrás el pasaje, y por un momento Samiha creyó que Naomi estaba demasiado débil para representar su papel. Pero en ese instante se puso a gritar de dolor, un llanto genuino, diciendo que se sentía mal.

—Rápido, por aquí —dijo Samiha, y guio a Naomi hasta el pasaje.

Al desaparecer el sonido de los coches, fue como si toda la calle hubiese desaparecido. Los rayos del sol apenas atravesaban la pequeña abertura, por lo que el pasaje estaba constantemente en penumbras. Fátima, que llevaba a Naomi cogida del otro brazo, no pudo hacer otra cosa que seguirlas mientras regañaba a la niña por retrasarlas.

En ese instante Naomi vomitó. No era algo difícil para ella, ya le había pasado varias veces antes en su habitación.

—Sosténgala —dijo Samiha—. Tengo algo en la bolsa con qué limpiarle el rostro.

Hurgó en la bolsa, y en cuanto Fátima le dio la espalda para inclinarse a coger a Naomi sacó el pesado cuenco y se lo partió en la cabeza. Fue primero un golpe cargado de rabia, y luego un segundo que partió el cuenco e hizo desplomarse a Fátima en un instante.

Tras verificar que nadie la observaba, Samiha se inclinó para sentir el pulso de Fátima. Estaba viva, pero inconsciente. La desvistió con rapidez quitándole la túnica y el pañuelo primero y las bragas después, hasta dejarla completamente desnuda. Guardó las ropas en su bolsa. Para una mujer devota como Fátima, ser encontrada desnuda en la calle era algo peor que la muerte. Samiha se dijo que al despertarse se escondería en algún lado hasta que cayese la noche, y solo entonces se movería. Si se movía.

Fátima había traído consigo un poco de dinero para pagar la clínica. Samiha lo encontró y se lo guardó en el bolsillo. Solo esperaba que fuese suficiente para pagar un taxi.

La bocacalle estaba a pocos metros. Samiha le dio su bolsa a Naomi para que la llevara y la alzó en sus brazos. Era tan ligera como un bebé.

El primer taxi que pasó se detuvo frente a ellas.

—Llévenos al consulado británico —dijo Samiha mientras se acomodaba en el asiento trasero, con Naomi acostada apoyando la cabeza en su regazo.

El conductor les lanzó una mirada.

—La niña parece enferma —dijo—. ¿No necesita un médico?

Samiha negó con la cabeza. Sabía que no podía confiar en ningún médico por aquí. Alguien en el consulado sabría qué hacer. Alguien en el consulado la ayudaría a reunir a Naomi con su padre.

Georgina

15:45 h

El corazón de Samiha dio un brinco cuando el taxi se detuvo frente a la embajada. El conductor le explicó que el consulado estaba dentro del edificio, pero era un edificio impenetrable, pensó, un edificio orgulloso y arrogante, y ella no tenía ni idea de adónde ir o a quién dirigirse. Estaba segura de que su inglés no sería correcto, o que las echarían fuera a ella y a Naomi en el instante en que las vieran. Naomi estaba temblando, y Samiha temía que la niña muriese en cualquier momento.

Pagó el taxi y llevó a Naomi hasta la barrera de seguridad. Dos guardias en uniforme y armados las miraron con sospecha.

Se acercó al guardia de la derecha y le habló en inglés, idioma que leía bien, pero que casi no había hablado desde la universidad.

—Por favor, necesito ayuda —le dijo—. Es la niña. Necesita que la lleven a un hospital. A un lugar seguro. Corre mucho peligro, ¿puede ayudarnos? ¿Alguien ahí dentro puede ayudarnos?

El guardia la miró fríamente. «Otro apestoso mendigo gitano», pensó. No había compasión en su corazón. Había estado en Afganistán y en Irak, donde perdió toda la compasión que alguna vez pudo haber tenido.

—¡Vete de aquí, maldita mujer! —dijo, sin siquiera preguntarse cómo aquella pordiosera podía hablar un inglés tan bueno—. Venga ya, quita, o le pediré a mi colega que te enseñe una lección de la que no vas a olvidarte. ¡Hala, fuera de aquí!

Cogió su arma con ambas manos intentando asustarla.

Samiha le quitó el pañuelo a Naomi.

—Esta niña es inglesa. Su madre está muerta, y no sabe dónde está su padre. Mírela, se está muriendo. Necesita que la lleven a un hospital.

El guardia finalmente reaccionó. Incluso él podía notar que Naomi no era egipcia. Sus cabellos rubios y su piel blanca de la que el bronceado había desaparecido a fuerza de permanecer encerrada, hacían verosímil la historia de la mujer. A menos que la gitana hubiera secuestrado a la niña y ahora intentara cobrar una recompensa en la embajada. Se inclinó para hablar con Naomi, que se estremeció al sentirlo acercarse con su enorme ametralladora.

—¿Cómo te llamas, cariño?

Naomi comenzaba otra vez a perder el conocimiento, pero el nuevo entorno y la visión del guardia le dieron la fuerza necesaria para responder.

—Na... omi. Naomi... Goodrich. Mi... papá es el... profesor Goodrich. Vivo... en Ciudad Jardín.

—¿Qué le sucede? —preguntó el soldado poniéndose de pie.

—Tiene una infección sanguínea. Está ardiendo de fiebre. Morirá si no se la

atiende cuanto antes.

Al ver las vendas y la sangre espesa que las empapaba, el guardia terminó de comprender la seriedad de aquella situación. Se apresuró hasta su garita y utilizó el teléfono para llamar a alguien dentro del consulado.

Treinta segundos después, una mujer llegó corriendo desde la puerta de entrada hasta la barrera de seguridad. Era una joven empleada del consulado, todavía inexperta y deseosa de poder ayudar. Se llamaba Georgina Moffett-Petrie, tenía veintitrés años, amaba a los animales y llevaba seis meses en El Cairo.

Samiha le explicó la situación y ella comprendió el problema en seguida. Uno de sus perros había sido gravemente herido cuando ella tenía once años, y habían tenido que correr al veterinario. Pensó rápidamente y se dirigió al guardia:

—¿Tiene las llaves de su todoterreno, sargento?

Su padre era coronel, por lo que sabía tratar con los rangos inferiores.

—Sí, señorita, pero no estamos autorizados a...

—Al cuerno con lo que no estáis autorizados. Yo le autorizo. Esto es una emergencia, y me llevo a esta niña de inmediato al hospital Angloamericano. No pienso esperar a que alguien saque un coche oficial del garaje. Deme las llaves, ahora.

—Señorita...

—Sargento, si no me entrega esas llaves, estará en un transporte con dirección a Afganistán antes de la cena.

El sargento no sabía si el personal del consulado podía enviarlo a Afganistán, pero ella daba la impresión de ser capaz, y no valía la pena correr el riesgo. Hurgó en el bolsillo del pantalón y cogió las llaves.

—Ayúdeme a meterla en el *jeep*, por favor —dijo la mujer a Samiha.

Acomodaron a Naomi en la parte trasera, y Georgina se colocó detrás del volante.

—Yo también voy —gritó Samiha, y se subió a la parte trasera junto a Naomi, la cogió de la mano y le aseguró que todo iría bien a partir de ahora.

El vehículo tenía una luz azul y una sirena, y tras buscar a tientas un momento, Georgina encontró al fin el botón que las activaba. La apariencia militar del coche las ayudó a forjarse un camino a través del tráfico de la tarde. Avanzaron por la cornisa del río con el Nilo a su izquierda, y luego giraron al oeste hacia el puente Al-Tahrir y la isla de Gezira. Naomi temblaba cada vez más y vomitó de nuevo. Georgina avanzaba entre los coches con determinación. Podría haber hecho el mismo camino con los ojos vendados: una de sus tareas cotidianas era visitar a los expatriados y turistas británicos en el hospital, y llevaba el camino grabado en su cerebro. Cogieron una pequeña calle que avanzaba al norte del Centro de Exposiciones. Detrás de ellas, la Torre de El Cairo se alzaba a doscientos metros de altura. Las luces se encendían a la vera del río a medida que el atardecer inundaba la ciudad. Enfrente, el sol se ocultaba detrás de las pirámides como en el paquete de una conocida marca de cigarrillos.

La calle llevaba directamente hasta la entrada del hospital. El personal ya había sido alertado por la sirena, y una camilla esperaba a Naomi para llevarla a la habitación donde eran tratadas las emergencias.

—No sé cómo agradecerle —dijo Samiha una vez que se llevaron a Naomi—. Ha salvado su vida.

—Esperemos —dijo Georgina, que seguía preocupada por la niña. Se la veía muy enferma—. Escuche, lo mejor será que me diga qué sucedió. Supongo que se trata de un accidente, pero si sus padres no están... ¿Es usted la niñera?

Georgina debió explicarle qué era una niñera. En su mundo, las niñas perfectamente respetables tenían niñeras, e incluso Lady Di había sido una vez maestra de guardería. Por eso no le parecía sorprendente que Samiha hablase un buen inglés.

—No, no soy la niñera, aunque he estado cuidando a la niña desde hace varios meses. No es fácil de explicar...

—Tengo tiempo. Al menos me mantiene fuera de la oficina. En este momento tengo el trabajo más aburrido del mundo, organizo una conferencia de orientación para recién llegados. Espantoso... Ya organicé una el mes pasado, y no hicieron más que quejarse de lo cara que era la comida y los alquileres. Vayamos a la cafetería, si es que hay alguna en este hospital.

Mientras bebían un café tras otro en la pequeña sala destinada a las visitas, Samiha le contó a Georgina todo lo que consideraba prudente e inventó el resto para llenar los huecos en la historia: sobre el asesinato de Emilia Goodrich, que Naomi había presenciado, sobre el profesor Goodrich, de viaje para una conferencia que duraría una semana, sobre su relación con la familia que le solicitó cuidar de la niña, sobre el accidente ocurrido cuando ella había salido a hacer unas compras... No dijo nada sobre Muhammad Al-Masri o el grupo al que pertenecía, o sobre su propia historia, o sobre el atentado suicida que estuvo a punto de perpetrar. Llevó bastante tiempo, pero Georgina sabía escuchar.

Un médico egipcio vestido con una bata blanca y de andar imponente entró en la sala y las miró de arriba abajo. Samiha, con sus rasgos árabes y el pañuelo cubriéndole los cabellos, Georgina con sus cabellos rubios ondulados, sus ojos verdes y sus ropas occidentales.

—Parece usted demasiado joven para ser la madre de la niña —dijo al fin, mirando a Georgina tras haber descartado a Samiha por considerarla sin importancia.

—Eso espero —respondió Georgina. Ya había aprendido que los hombres árabes podían ser rudos con las mujeres occidentales, aunque fueran médicos—. Y tampoco es mi hermana. Trabajo en el consulado británico. Samiha es una amiga de la familia de la niña. Ella la trajo hasta mí, y yo la traje aquí.

El doctor parecía estar a punto de estallar. Dirigió su ira hacia Samiha, hablándole en árabe:

—¿Y cuánto tiempo esperó antes de traerla aquí? —preguntó—. Tuve que

aplicarle suero y antibióticos por vía intravenosa. No sé si lo logrará: la infección se ha desarrollado durante unas veinticuatro horas.

Samiha discutió con él unos instantes, intentando explicar lo sucedido sin decir la verdad. Sabía que aunque confesara todo, nadie la creería.

Georgina llevó la conversación de nuevo al inglés.

—¿Podemos verla?

—Claro que no, pero quisiera que sus padres vengan lo más pronto posible. Si la niña muere y ellos no están, no quiero tener que responder por ello.

—Creo que podrá comprobar que tengo todo el derecho según la ley de ver a la niña —respondió Georgina—. Soy una oficial del consulado, y ella es una ciudadana británica.

—Vuelvan luego, esta tarde. Ahora debe descansar. Es una infección muy fuerte, quizá no sobreviva.

—Muchas gracias. Esa parte ya la ha dejado clara. Volveremos más tarde.

—Antes de irse, pasen por la recepción para pagar la factura. Hay que depositar mil libras egipcias.

Georgina se ocupó del pago y luego caminó con Samiha hasta el coche.

—Volvamos a mi oficina —le dijo—. Tenemos que seguir hablando.

Los guardias habían cambiado, y Georgina no encontró ningún problema para hacer entrar a Samiha a la embajada. El consulado había cerrado al público a las 13:30, pero algunos empleados todavía estaban en sus escritorios. Había un problema con los nuevos pasaportes biométricos, y hacían horas extra intentando resolverlo.

La oficina de Georgina era un agujero en forma de cubo entre los aseos y un antiguo sistema de aire acondicionado. Ella se apretujó tras su escritorio y encendió el ordenador.

—Si encuentra un lugar, tome asiento —dijo a Samiha—. No tardaré mucho.

Para Samiha, demasiado preocupada por Naomi, era muy difícil ocultar su nerviosismo. Arrastró un pequeño sillón repleto de papeles de detrás de una pila de archivadores y se sentó en él. Se moría de hambre, y los cafés que había tomado le provocaban un ligero temblor. «Quizá no sobreviva...». Las palabras del doctor se clavaron en su mente como fragmentos de un cristal roto.

—¿Puede decirme dónde se encuentra exactamente el padre de Naomi? —preguntó Georgina—. ¿Está en Egipto?

Samiha se sentía indefensa. Sus mentiras estaban destinadas a delatarla.

—No sé dónde está —dijo.

No podía mantener quietas las manos. La cabeza le zumbaba por el miedo y la incerteza. Naomi podía morir. Ella misma estaba sola y a la deriva en una ciudad extraña, sin amigos ni dinero. La única embajada que podría quizás ayudarla era la embajada de Israel, pero sabía que su nombre haría saltar las alarmas si aparecía por allí.

—No comprendo —insistió Georgina—. ¿Usted me dice que es una amiga de la

familia y que ellos le pidieron que cuidase de la niña, pero ahora no sabe dónde está el padre?

Georgina sintió cómo se evaporaba su simpatía por aquella mujer árabe. Algo raro sucedía aquí, y quería llegar al fondo del asunto. Estaba segura de que Samiha mentía sobre algo.

—Fue una cosa de último minuto —explicó Samiha intentando salvar su historia—. Olvidó dejarme un número de teléfono o una dirección.

—Me cuesta creerlo...

—Sin embargo es la verdad.

—Un momento, necesitamos resolver esto. Voy a buscar al profesor Goodrich en mi ordenador. ¿Cuál es su nombre?

Naomi le había dicho el nombre de sus padres al principio de su relación.

—Jack —respondió—. Su madre se llamaba Emilia.

Georgina escribió los nombres.

Empleó unos cinco minutos. Cuando volvió a alzar la mirada hacia Samiha, sus ojos habían perdido la simpatía por completo.

—¿Podría decirme exactamente qué es lo que sucede? —preguntó.

—Ya se lo he dicho —empezó Samiha—. Hubo un accidente...

—Usted ha estado mintiéndome desde el principio. ¿Cuándo se fue de El Cairo el profesor Goodrich?

—Hace casi una semana. Debería volver pronto.

—¿Cuál es su dirección? Usted dijo que era amiga de la familia. Supongo que habrá ido a su casa.

Samiha no tenía una respuesta. Se había quedado sin mentiras.

Georgina continuó, implacable.

—¿Le interesaría saber que el profesor Jack Goodrich tuvo una entrevista en este edificio el jueves pasado? Parece que soltó una historia ridícula sobre una espada, afirmó conocer a personas que no le habían visto jamás, y pidió ver a alguien de nuestros servicios de inteligencia. Y la historia está lejos de terminar ahí: ahora parece que hay dos policías británicos en El Cairo que han venido a arrestar al profesor Goodrich por siete cargos de homicidio, incluyendo el de sus propios padres. Es un hombre buscado, y yo creo que usted tiene que ver con esto de alguna forma. Creo que atacó a su propia hija, y usted le está cubriendo las espaldas. Todo lo que me ha dicho hasta ahora es una colección de mentiras.

Samiha se tapó las orejas con las manos para detener la letanía de acusaciones. Cerró con fuerza los ojos para ocultar a quien la llamaba mentirosa. Las lágrimas comenzaron a brotar de entre sus párpados; intentó retenerlas, pero no paraban de salir. Entonces su cuerpo se sacudió en sollozos profundos y convulsos, para luego romper a llorar sin control en su soledad y su pérdida, ante el terrible hecho de conocer los planes de Muhammad Al-Masri.

Georgina la dejó llorar. No sentía nada por ella, y solo se preguntaba cuál era su

grado de implicación en los asesinatos. Quien sí le preocupaba era Naomi, por lo que aguardó a la espera de que Samiha hablase.

Pasó un largo rato hasta que Samiha dejó de llorar; al fin había liberado toda la angustia que la oprimía. Miró a Georgina con los ojos enrojecidos. Había perdido el control de todo: de quién era, de dónde estaba, de qué había sucedido con su vida y con sus hijos... Estaba vacía, como un caparazón hueco de lo que alguna vez fue un ser humano, una madre sin hijos, una esposa sin marido, una musulmana sin fe, una mujer sin esperanza.

Comenzó a hablar. Contó todo, desde el primer día en Yenín hasta ese mismo instante. El cinturón de explosivos que le habían colocado, Nabil y Adnan, el viaje a Israel y luego a El Cairo, su primer encuentro con Naomi, su huida...

Al principio, Georgina solo le prestaba atención a medias. Tenía una fiesta más tarde, con diplomáticos de los que ocuparse, dignatarios locales a quienes impresionar, y ya estaba harta de Samiha y sus mentiras. Pero a medida que la historia de Samiha fue avanzando, comenzó a escucharla con más cuidado. Para cuando iba por la mitad, comprendió la equivocación que había estado cometiendo.

Su hermano Ben había combatido en Irak con el 1.^{er} batallón del regimiento de Staffordshire. Tras su período de servicio, le dieron permiso para recuperarse de unas heridas sufridas tras un enfrentamiento en Basra y había vuelto a Akenside, la residencia familiar de verano en el bosque de Needwood. Ella había pedido permiso en su trabajo para ayudarle con la recuperación, y pasó varias semanas allí. Hacían largas caminatas juntos, lo observaba pescar en el río y traer carpas y doradas para la cena, lo acompañaba en el cuarto de estar, donde conversaban juntos después del almuerzo y ella escuchaba sus historias sobre la guerra.

Durante las primeras dos semanas siempre contó las mismas cosas a ella y a sus padres. Más allá de sus heridas leves, las cosas parecían haber ido bien en Irak: hablaba del espíritu de lucha del regimiento, de la camaradería entre soldados y oficiales, de la importancia del trabajo que estaban realizando... Parecía una buena guerra, y Ben estaba ansioso de volver a Basra con los suyos.

Un día, su padre la alejó de los demás y le dijo:

—Georgie, vigílalo, ¿quieres? Espera a que esté listo. No se abrirá ante mí ni en un millón de años, pero sí hablará contigo. Asegúrate de estar junto a él cuando llegue el momento. No lo pierdas de vista. Me voy a llevar a tu madre a otra parte por unos días, y veremos qué pasa entonces.

Solo necesitó dos días: estaban paseando a los perros, dos labradores llamados *Finn* y *Finbar*. Él contaba bromas, bromas de soldado, un poco groseras, un poco racistas, algo sentimentales, cuando de repente se quedó clavado en medio del sendero y comenzó un ataque de llanto que le llevó media hora controlar. Georgina sostuvo los perros por las correas y lo observó sin decir nada, sin siquiera tocarlo, llorando a su vez de vez en cuando a causa de la pena que le provocaba lo que aún no sabía y que apenas podía imaginar.

Ben finalmente se recuperó y caminaron hasta la casa en silencio. Lo llevó al cuarto de estar y le sirvió un whisky, sin hielo y en un vaso grande, y se sirvió otro para ella.

No paró de hablar durante cinco horas. Le contó la verdad, y cada vez que Georgina lo miraba a los ojos, veía la crudeza de aquella verdad reflejada en sus pupilas. Le narró los horrores que había presenciado, el espanto de algunas de las cosas que él y sus hombres habían hecho, el odio que los iraquíes sentían por ellos, y el miedo que llevaban dentro día y noche.

Georgina miraba a Samiha y reconocía la misma mirada, la misma percepción fantasmagórica del horror y la bestialidad, y la misma crueldad del mundo reflejada en sus ojos. Le resultaba imposible no creerla.

Samiha le explicó todo lo que había descubierto durante los meses que trabajó en Ahl Al-Janna. Sabía sobre Jack y la espada, y sobre cómo Rashid al Masri había intentado dar caza a Jack utilizando a Naomi como carnada. Relacionó la vuelta de Escocia de Jack con el viaje al extranjero de Rashid poco antes. Le contó a Georgina el tipo de hombre que era Rashid, un asesino sin corazón, y que pretendía matar a Jack. Georgina la creyó. La creyó sin reservas.

Dirigió la atención a su ordenador para ver si encontraba algo más sobre Jack Goodrich, y esta vez hurgó más profundamente que antes. Su hermano había tomado un curso de codificación en Sandhurst y era una especie de aficionado a los ordenadores en sus ratos libres, y había enseñado a Georgina más de lo que ella debía saber. Sabía romper códigos, encontrar y generar contraseñas y violar otras barreras de seguridad. Así, pudo dar un buen uso a sus aptitudes de pirata informática.

Lo que encontró no fue precisamente tranquilizador: el MI6 estaba detrás de Goodrich. Su esposa había sido un oficial de inteligencia en la embajada, y un hombre que trabajaba para ella y fue ascendido viajó a Escocia en busca de Goodrich y aún no había vuelto. Daba la impresión de que el hombre en cuestión había actuado sin el consentimiento de sus superiores. El profesor fue puesto bajo vigilancia desde su llegada a El Cairo el jueves, pero el MI6 lo perdió de vista esa misma noche y no lo encontraron hasta la noche anterior. Lo siguieron desde la Universidad Americana, donde parecía haber estado esperando varias horas.

Y había todavía más: referencias a una espada que Goodrich había encontrado robado, a un grupo islamista radical llamado Ahl Al-Janna y a reuniones secretas con sus representantes. Había otros archivos que mencionaban esto, pero por más que intentaba piratearlos, no conseguía acceder a ellos. Finalmente se dio por vencida; ya sabía lo suficiente.

Empujó su silla hacia atrás y sonrió a Samiha.

—Está en una iglesia, en un lugar llamado Shubra Al-Khayma —le dijo—. No tengo ni idea de dónde es, pero puedo encontrarlo en un mapa. No sé lo que hace allí, pero el MI6 piensa que todavía tiene la espada que mencionabas, y tienen la iglesia bajo vigilancia. Debes ir allí y decirle que su hija sigue con vida. Yo te llevaré, pero

no puedo hacer más que eso. Ya estoy corriendo un enorme riesgo así.

—¿Por qué hace esto?

—Porque creo que dices la verdad. Porque he visto lo que le hicieron a Naomi. Porque mi padre y mi hermano son soldados, y siempre me enseñaron a desconfiar de quienes trabajan en los servicios de inteligencia. Porque conozco a la persona que recibió a Jack la semana pasada en la embajada, y pienso que es un capullo. Ahora, vayamos a ver cómo se encuentra Naomi.

Vísperas

Shubra Al-Khayma

Temprano por la mañana

Georgina acompañó a Samiha hasta la iglesia. Esta nunca antes había puesto un pie en un lugar de culto cristiano; siempre le habían dicho que eran lugares donde se veneraba a Satán, donde se colocaban ídolos en altares y donde el sacerdote bebía sangre, así como los judíos mezclaban harina con sangre de niños asesinados para hacer el pan ázimo. Si Georgina no la hubiese tranquilizado al respecto, jamás habría cruzado el umbral.

Entraron desde el extremo oeste, por el nártex, completamente vacío. Tres puertas de madera maravillosamente talladas separaban el pequeño atrio de la nave. Desde el otro lado, podían oír voces coreando canciones. El cantor entonaba una melodía para el mes del Kiahk.

«Te saludamos, llena eres de gracia, la virgen impoluta, el navío elegido para la humanidad».

«La lámpara inextinguible, el orgullo de la virginidad, el altar indestructible y el cetro de la fe».

Las frases eran en copto, ininteligibles para Samiha y Georgina. Era quizá la más vieja música del mundo, surgida en la época de los faraones y cuyas letras fueron modificadas por los primeros cristianos. La voz del cantor se alzaba y descendía, entonando las antiguas palabras sílaba a sílaba. Entonces toda la congregación se sumó. Un olor de incienso atravesó las puertas: mirra, sándalo, resinas aromáticas y ámbar gris.

Georgina, que nunca antes había estado en una iglesia copta, se dejó llevar por la curiosidad.

—Entremos y sentémonos detrás —dijo, avanzando hacia la puerta más cercana.

Samiha se retuvo, asustada por los cantos y el aroma dulzón y envolvente, pero Georgina la cogió de la mano y la arrastró hasta la nave.

El lugar era algo que nunca antes Samiha había visto u oído mencionar. Era sumamente rico, lleno de vida en sus colores y sonidos, con el aura que daban la madera, los cristales y el humo, el brillo de la plata y el oro, la incandescencia de las alas de los ángeles y los rostros de los santos..., todo le hacía sentir como si entrase en otra dimensión.

A través de la nave colgaban las luces de colores colocadas por la Navidad, y frente al iconostasio que separaba la nave de los tres santuarios se erigía un pesebre.

Nadie las vio cuando se deslizaron en un banco al fondo de la sección de mujeres. Georgina se sentía desnuda. La gente se ponía de pie, se sentaba ocasionalmente y se arrodillaba de vez en cuando. La liturgia de las Vísperas continuó sin detenerse, en

preparación de la Misa de Gallo que duraría hasta las cuatro de la mañana.

Al fondo de todo, el padre Joseph daba la absolución a los fieles. Los curas asistentes y los monaguillos volvieron tras del iconostasio mientras él permaneció de pie, observando a los feligreses partir de la iglesia. Georgina y Samiha esperaron sentadas. Finalmente el sacerdote fue detrás del iconostasio, donde él y sus asistentes podían acceder a los altares, rezar unas cortas plegarias y verificar que todo estuviese listo para la Misa de Gallo. Ya estaban muy cansados, y todavía les esperaba un largo día.

Los demás se fueron por una puerta trasera, y el padre Joseph regresó a la nave donde Georgina y Samiha aún le esperaban. Él supuso que se quedaban para rezar, o para confesarse. Pero no las reconoció, y eso le pareció extraño, ya que los sacerdotes coptos son los confesores de familias enteras, y conocía a todas las que acudían a su iglesia.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó en árabe.

Samiha se quedó mirándolo, sin poder decir una palabra. Georgina se ocupó de la conversación.

—¿Habla usted inglés? —preguntó—. Me temo que mi árabe no es gran cosa. Es una vergüenza, y prometo ocuparme de ello en cuanto tenga tiempo, pero...

De inmediato, Joseph sintió el peligro.

—Hablo un poco de inglés, sí —dijo—. ¿Estáis perdidas? ¿Quizá pueda ayudaros?

Georgina le explicó quién era. Él la escucho en silencio, provocando una conexión que lo puso nervioso. Se preguntaba quién sería la mujer árabe.

—Busco a un hombre llamado Goodrich —dijo al final—. Profesor Jack Goodrich. Entiendo que se aloja aquí.

Observó cómo el sacerdote palidecía y notó el ligero gesto de su mano derecha mientras hacía el signo de la cruz.

—No se preocupe. Es sobre su hija, Naomi.

Le explicó lo mejor que pudo lo que había sucedido. El padre Joseph escuchó con recelo, consciente de que un exceso de confianza por su parte podía poner en peligro a Jack y Jamila. Conocía a Jamila desde hacía años, y ahora había jurado protegerla.

Samiha habló por primera vez, y su acento era distintivo para un oído egipcio.

—Señor, yo he estado con Naomi casi desde el principio. He cuidado de ella en el lugar donde la tenían en cautiverio. Yo también era su prisionera. Ayer le cortaron un dedo de la mano, el meñique. —Alzó la mano izquierda, y el padre Joseph supo que decía la verdad. Él lo había visto. Samiha continuó—: La dejaron desangrarse. Hice lo que pude para vendar la herida, pero comenzó a tener fiebre, y esta mañana estaba casi muerta. Encontré una forma de escaparnos. El profesor Goodrich debería visitarla. Podría mejorar su ánimo, darle fuerzas. Si no, me temo que pueda morir. Si sabe dónde se encuentra, por favor vaya y cuénteselo.

Había algo en el rostro de aquella mujer, algo en su tono de voz que lo convenció

de que no era una amenaza para sus huéspedes.

—Esperad aquí —les dijo—. Iré a buscarle en seguida.

Cinco minutos después estaba de vuelta con Jack y Jamila.

Jack habló con ellas rápido, atónito ante la historia de Samiha. Sospechaba un poco de Georgina, pero cuando ella habló sus sospechas disminuyeron: a diferencia de Malcolm Purvis, ella lo abordó con cierta inocencia y una honestidad llena de frescura. No entendía cómo alguien con un rostro tan transparente podía trabajar en el cuerpo diplomático.

—Samiha —dijo Jack—, quiero que te quedes aquí con Jamila. Dile todo lo que sabes, luego ambos hablaremos contigo.

—No tengo adónde ir —respondió Samiha—. Necesito vuestra ayuda, y estoy dispuesta a contaros todo lo que sé a cambio.

Entonces sonrió, y en ese momento su rostro cambió por completo. La diferencia fue que el miedo, la infelicidad, todo, pareció abandonarla. Jack la miró y sintió una cualidad indefinible afirmarse, una cualidad que alcanzó su ser de una manera que nunca antes había experimentado. Su rostro transformado, con su tímida sonrisa bajo aquellos enormes ojos tristes lo atrajeron. Quería confiar en ella. Que ella confiase en él. Ayudarla.

Le devolvió la sonrisa.

—Si salvaste la vida de Naomi, ya me has hecho el mayor favor posible.

Se dirigió a Georgina:

—¿Puedes llevarme al hospital? Quizá no me dejen entrar sin ti.

—Por supuesto —dijo ella—. No me he divertido tanto desde que mi tía Phylly se rompió la pierna en Gstaad. Es la primera vez desde que llegué a El Cairo que siento que hago algo útil. Jodidamente útil, por lo que he oído.

Jack sonrió.

—Más útil de lo que puedes imaginar —dijo. Podría ver a Naomi, quedarse junto a ella, cuidarla hasta que se recuperase.

—Vamos —dijo Georgina, y partieron.

Naomi yacía sola en la habitación en penumbras. Su temperatura había descendido drásticamente mientras los antibióticos luchaban contra la infección. Todavía estaba con suero, y había caído en un sueño ligero unas horas antes. Jack entró de puntillas, seguido con cuidado por Georgina. La luz de la luna iluminó el rostro dormido de Naomi y su brazo izquierdo, colocado por encima de las sábanas. Tenía la mano vendada con precisión.

Se acercó hasta ella y se inclinó para besar su mejilla. Al enderezarse, pudo ver en seguida cómo había cambiado. De haberse cruzado con ella por casualidad en la calle, quizá la habría tomado por otra, por una niña parecida a su hija, pero con menos suerte. Había perdido peso, y su rostro parecía tenso y preocupado. Incluso

dormida tenía el ceño fruncido.

Al verla prisionera en esa tierra de nadie entre la vida y la muerte, casi se le rompe el corazón. El dolor que había sentido al pensar que estaba muerta se despertaba, mezclado con confusión, miedo y culpa. La observó, y por un momento la estaba observando quedarse dormida en su cama, en su vieja casa de Ciudad Jardín. Entonces parpadeó entre lágrimas y las imágenes desfilaron ante sus ojos. Pensó en Emilia y en cómo se ocupaba de arropar a Naomi antes de dormir cada noche. Con la mayor frecuencia posible, él estaba también allí, esperando su turno. Recordó el rostro de Emilia y escuchó su voz susurrando a Naomi mientras se adormecía. Y sin que hubiese una razón para ello, el rostro de la mujer palestina que acababa de conocer, y de quien no recordaba el nombre, apareció entre la oscuridad. De alguna manera, se sintió reconfortado.

El médico a cargo dejó claro que Naomi debía permanecer en el hospital por al menos otras cuarenta y ocho horas, más si no se recuperaba del todo. Jack suspiró. La había perdido durante tanto tiempo que lo único que quería era tenerla cerca de él, llevársela de vuelta a la iglesia, de vuelta a Inglaterra. Entonces pensó en las personas que intentaban matarlo, y sintió aún más temor por Naomi que antes.

Apoyó la mano en su mejilla y la acarició. En ese momento, los párpados de Naomi se movieron. Bostezó largamente, y pegó un respingo en cuanto despertó del todo. Al principio su vista era borrosa, pero parpadeando consiguió que la habitación quedara enfocada.

—¿Papá? ¿Eres tú? Mataron a mamá, pensé que te habían matado. ¿Dónde estoy? ¿Estoy de vuelta en casa?

Jack no podía hablar. Georgina observaba, con el corazón en la garganta, mientras él cogía su mano sana y apretaba con fuerza.

—Estás en un hospital —consiguió decir—. Has estado enferma. El doctor quiere que te quedes aquí un poquito más. Pero vendré a visitarte, lo prometo.

Naomi frunció el ceño, y finalmente sonrió.

—¿Dónde está Samiha? Ella cuida de mí, tengo que hablar con ella.

—Shhhhh —la tranquilizó Jack—. Samiha te salvó la vida. Ahora no está aquí, pero vendrá más tarde. Necesitas volver a dormir, tienes que recuperar tus fuerzas.

Volvió a besarla, y Naomi cerró los ojos. Un instante después, dormía profundamente.

En la Puerta de los sirios

Puerta de los sirios

Universidad de Al-Azhar

El Cairo

Esa misma tarde

Malcolm Purvis, vestido impecable con un abrigo negro de vicuña de diecisiete mil libras, una bufanda rosa de cachemira y zapatos de cuero lustrados, parecía un actor de cine que se había equivocado de plató y de película. Caminaba por el patio principal de la universidad de Al-Azhar, y algunas de las miradas que recibía habrían hecho que un hombre de menos carácter diese media vuelta y saliera corriendo de allí. La luna menguante aparecía suspendida en el cielo sobre su cabeza. Las luces parpadeaban en el patio, dibujando sombras tras una miríada de pasajes abovedados.

Un hombre con barba, muy similar a los estudiantes con barba que pululaban a su alrededor, lo llevaba a encontrarse con su contacto de Ahl Al-Janna, el hermano del pequeño advenedizo que reclamaba ser califa de todos los musulmanes. Que diga lo que quiera, pensó Malcolm, siempre y cuando les fuese útil. Al-Masri pronto ocuparía el lugar de Osama Bin Laden como líder de Al Qaeda, y el trabajo de Malcolm era mantenerlo contento, asegurándose de mantener Gran Bretaña fuera de la lista de objetivos terroristas.

Había conducido hasta una zona cerca de Khan al Khalili, el enorme mercado cubierto de El Cairo, cerca de Al-Azbakiyya. Desde allí, su guía lo llevó a través de una red de pasadizos cada vez más estrechos, entre edificios gastados con el paso del tiempo grabado en los muros y las ventanas de celosía y callejuelas de adobe que se desintegraban poco a poco. Finalmente entraron en Al-Azhar por la Puerta de los barberos a un gran espacio abierto rodeado de domos y minaretes, alguno de ellos iluminado. Faltaban dos días para el año nuevo musulmán. En el aire flotaba el aroma de la festividad.

Aquí, más que en cualquier otro lugar que conocía de la ciudad, Malcolm se sentía rodeado por Oriente, con formas y sonidos salidos directamente del medioevo. Era la universidad más antigua del mundo, el pináculo de la enseñanza del mundo islámico, y un entramado de pequeños patios, salones de plegarias y seminarios, donde el aprendizaje y la religiosidad vivían codo con codo, chocando de vez en cuando.

—Este es el Riwaq Al-Shuwam —dijo el guía.

—La Puerta de los sirios...

Malcolm encontraba a aquel hombre desagradable, pero intentaba contenerse. Llevaba un traje barato, con los puños de la chaqueta raídos y el cuello de la camisa abotonado pero sin corbata, al estilo iraní. Caminaba de forma extraña, y Malcolm se

dijo que era aquella discapacidad, más que su pobreza, lo que le sacaba de quicio. Tampoco el hombre era demasiado amigable...

Condujo a Malcolm por una escalera hasta la puerta situada a mitad de un largo pasillo. Una voz respondió del interior.

—Entre —le dijo el guía en inglés.

Malcolm notó que tenía los ojos irritados, y se los frotaba constantemente. Evitó darle la mano cuando al fin se fue. Nunca se le ocurrió pensar que el hombre jamás le estrecharía la mano, ya que consideraba sucios a todos los infieles.

En el interior de la oficina lo esperaba un hombre en la treintena, vestido con la ropa de un profesor. Estaba sentado tras un escritorio completamente despejado. Sobre la superficie de caoba solo había un objeto, exactamente en el centro: un libro de tapas verdes con letras doradas. Purvis supuso que se trataba del Corán, pero decidió no hacer ningún comentario al respecto por temor a ofender a su interlocutor. «Nunca se sabe con el Corán», pensó.

Sobre la pared había varias muestras de caligrafías árabes y una fotografía. Malcolm la reconoció en seguida: era una fotografía de Hajj Amin Al-Husseini, gran muftí de Jerusalén y uno de los criminales de guerra más buscados. Tampoco dijo nada al respecto; ponía el mismo cuidado en no mencionar a Husseini en ciertos círculos que en no hablar del Corán.

—Señor Purvis, qué alegría verlo de nuevo.

Rashid Al-Masri no se puso de pie y no le ofreció la mano para saludarlo.

—Por favor, siéntese —le dijo—. Yo me sentaré aquí, si no le molesta. No hay mucho espacio en Al-Azhar, ¿sabe? Fue construida en una época diferente.

La oficina era pequeña y oscura, con una única lámpara en una esquina y un hilillo de luz mortecina que entraba por una pequeña ventana. A pesar del frío, apenas se sentía la calefacción. Malcolm se lo pensó dos veces antes de quitarse el abrigo.

—Pediré que nos traigan café —dijo Rashid saliendo de detrás del escritorio.

Asomó la cabeza por la puerta al pasillo y gritó un nombre o una orden, Malcolm no podía decirlo con certeza. Unos instantes después, un muchacho llegó corriendo. Cruzaron unas palabras, y luego se fue.

Rashid regresó tras el escritorio.

—Gracias por venir —dijo—. Le estoy muy agradecido. Y le ruego que perdone mi inglés, está bastante oxidado.

—Para nada —respondió Malcolm con una sonrisa.

Había demasiada santidad en el ambiente para los gustos de Malcolm. Se dijo que estos musulmanes se tomaban su religión demasiado en serio. Se sentía incómodo, distraído por la frialdad de Rashid, una frialdad que sus expresiones de amistad no conseguían disimular. Sabía perfectamente bien que Rashid solo lo toleraba porque le parecía útil. Y después de todo, reflexionó, ¿acaso no sentía él lo mismo por Al-Masri?

—¿Qué le trae hasta aquí? —preguntó Rashid. Si una serpiente pudiese hablar, su

voz sería como la de él—. Ya tengo lo que buscaba. Encontré a Goodrich y lo convencí de que me entregara la espada. Ahora pertenece a mi hermano. Cuida de ella con su vida y nunca, ni por un momento, la pierde de vista. Le está agradecido por ayudarlo a encontrarla.

Malcolm se enderezó en su asiento. Comprendió que estaba fuera de su medio, que todos los ornamentos en los que se apoyaba para marcar su estatus —el abrigo de vicuña, su traje a medida de Savile Row, su acento de Eton— no tenían ningún valor para el hombre que lo observaba desde detrás del escritorio. De haber venido vestido con harapos, no cambiaría nada. Rashid y él vivían en mundos diferentes, creían en dioses diferentes y luchaban por objetivos diferentes. Y sin embargo se encontraban uno frente al otro en esta oficina porque, de momento, sus metas coincidían. Pero todo podía cambiar. Podría ser completamente distinto el mes próximo, o el año siguiente. En el fondo, eran enemigos. Aunque los enemigos pueden hacerse favores el uno al otro de vez en cuando...

La puerta se abrió y el muchacho entró con dificultad mientras sostenía una bandeja de latón sobre la que una cafetera ornada y dos pequeñas tazas sin asa luchaban por mantener el equilibrio.

Una vez servido el café y tras tomar los primeros sorbos, Rashid repitió su pregunta:

—¿De qué ha venido a hablar, señor Purvis? No tengo mucho tiempo.

—No, por supuesto que no. La cuestión es la siguiente: usted ya tiene la espada, y mis superiores en el ministerio quieren asegurarse de que todo quede claro. No vemos a su hermano como un problema para nosotros. Puede convertirse en califa si lo desea, el gobierno de Gran Bretaña no se opondrá a ello. Pero necesitamos estar seguros de que el territorio británico estará a salvo. En el caso de un... usted me comprende, estoy seguro.

Era su primer encuentro desde que Al-Masri se había hecho con la espada. Los superiores de Malcolm sabían que eso había cambiado el equilibrio entre ellos y Ahl Al-Janna. Ahora necesitaban asegurarse de que el líder musulmán cumpliera con su parte del trato.

—Ya se lo he dicho antes, en gratitud a su ayuda mi hermano no tocará a Gran Bretaña si Gran Bretaña no le hace daño a él o al movimiento. No tenemos exigencias en Europa o América, solo en territorio musulmán. Destruiremos el Estado sionista y estableceremos la ley islámica en todos los países que ya han sido conquistados por la fe. Por supuesto, usted comprenderá que no puede existir un tratado firmado entre nosotros, solo un pacto de confianza, un acuerdo de seguridad...

Malcolm asintió. El café tenía cardamomo, y el olor agredía su olfato. Podía sentir el líquido amargo y cargado circular por sus venas.

—Por supuesto, por supuesto... Solo quería asegurarme. ¿Necesitan más dinero?

Rashid sonrió. El MI6 ya había dado mucho dinero a Ahl Al-Janna. Las tropas inglesas se retirarían de Irak y Afganistán, y el Reino Unido dejaría de votar a favor

de Israel en la ONU. Era un buen trato, mientras durase. Una vez que destruyeran Israel y eliminaran a todos los judíos, comenzaría el asalto a Europa. España y Portugal, bajo control musulmán siglos atrás, volverían al rebaño. La yihad no terminaría nunca.

—No, de momento no necesitamos dinero —respondió Rashid—. Mi hermano se proclamará califa en el año nuevo musulmán, dentro de dos días. Transmitiremos la ceremonia por Internet, y los musulmanes llegarán desde todos los rincones del mundo para el *bay'a*, el juramento sagrado de fidelidad. En la ceremonia esperamos representantes de Gran Bretaña.

Malcolm sonrió, dejó su taza sobre la bandeja y se puso de pie.

—Antes de que se vaya, ¿hay alguna otra cosa que yo debiera saber? —preguntó Rashid.

Malcolm le clavó la mirada. Su aire de sabiduría y santidad lo estaba poniendo nervioso.

—Goodrich está en San Sergius, una iglesia en Shubra Al-Khayma. Tenemos hombres vigilando el lugar. Esta misma tarde anularé la vigilancia.

—Eso es muy interesante. Gracias.

—La cuestión es que... la policía británica está aquí en El Cairo. Quieren arrestarlo por los asesinatos de los que ya le hablé. Es algo... complicado. Verá, si lo apresan y lo llevan a juicio, quizá cuente cosas que deberían permanecer ocultas. Podría hacernos daño a ambos.

—Sí, ya veo. Comprendo. No se preocupe, puedo ocuparme de ello.

—Su hija ha aparecido, en bastante mal estado. Se encuentra en el hospital anglo-americano.

—¿El que está junto a la torre?

—Ese mismo.

—Interesante... Gracias, ha probado usted que sabe... ¿cuál es la palabra? ¿Retribuir? Bueno, su guía lo espera para llevarlo de vuelta al coche.

Lo acompañaron a la salida. Al cerrarse la puerta de la oficina, Rashid se inclinó en su silla y sonrió. Lanzó una mirada a la fotografía de su pariente lejano en la pared.

El muchacho apareció y retiró la bandeja con su contenido. No había pasado un minuto cuando volvieron a llamar a la puerta.

—Adelante —dijo Rashid mientras se acomodaba en su asiento.

El hombre que entró era un personaje muy peculiar: iba vestido como un musulmán devoto, llevaba el pelo y la barba como Rashid, y sobre la cabeza tenía puesto un solideo negro. Los cabellos que asomaban bajo el solideo eran rubios, igual que la barba. Sus ojos eran color azul cobalto y su piel blanca como la de un europeo.

—*Salaam alaykum* —dijo al entrar. Hablaba árabe sin acento alguno.

Rashid respondió al saludo formal.

—Siéntate por favor, Kurt. Cuéntame las novedades.

Kurt se sentó, y al hacerlo sonrió ampliamente.

—Nuestros amigos de Brasil han llegado. Han traído el detonador. Todo estará listo según el plan.

—Gracias, eso era lo que esperaba oír. ¿Dónde están ahora?

—En el hotel. Los llevaré a Shubra más tarde, de uno en uno.

—Mi hermano los verá esta tarde. Gracias por hacer esto posible.

Kurt volvió a sonreír.

—Agradéceselo a él —dijo, señalando con un gesto de la cabeza la fotografía de Hussein.

Misa de Gallo

Final de la tarde

Todavía estimulada por lo que le sucedía, Georgina condujo a Jack hasta San Sergius. La excitación podía sentirse en el aire. Faltaban pocas horas para Navidad. La gente estaba fuera en las calles, preparándose para la celebración, felicitándose unos a otros con una calidez que se había extinguido hacía tiempo en las Navidades que ella recordaba con su familia. Nadie compraba cosas, nadie gastaba fortunas en regalos destinados a acumular polvo en el fondo de algún cajón. Georgina comenzó a pensar que finalmente sí había venido al lugar correcto, que había mucho más en El Cairo de lo que jamás había visto o vería en la embajada.

Jack descendió del coche cuando llegaron a la iglesia, y ella bajó la ventanilla del conductor.

—Profesor Goodrich, antes de que se vaya quisiera preguntarle... ¿Le molestaría mucho si me doy una vuelta por el hospital de vez en cuando? Solo para ver cómo se encuentra Naomi...

Jack sonrió.

—Eres muy amable —le dijo—. Te lo agradecería mucho, estaré muy ocupado en los próximos días. Y... puede que vuelva a necesitar tu ayuda.

Georgina cogió una tarjeta de visita de su bolso y se la ofreció.

—Tenga, aquí figuran mi teléfono y dirección. La embajada estará cerrada entre mañana y el viernes. Manténgase en contacto.

Jack se acercó un poco más a la ventanilla.

—Georgina, no sé cuánto has adivinado de lo que sucede aquí. Si tuviera tiempo, te lo contaría en detalle. Quizás algún día pueda hacerlo. Mientras tanto, es imperativo que no se sepa nada de la mujer palestina, de Naomi o de mí mismo. ¿Serás capaz de hacer eso? ¿De guardar el secreto?

Ella estornudó una vez, luego dos más. Hacía frío con la ventanilla bajada. De golpe se sintió lejos de su familia y de su casa. Con lo bonita que era esta Navidad egipcia, Georgina hubiera querido escuchar villancicos, y estar en una iglesia anglicana con un buen coro para cantar «Noche de paz».

—Fui educada en una familia del ejército, profesor: hombres silenciosos con el rostro marcado por las cosas horribles que han visto y hecho. Bebía secretos con la leche materna... —dudó un instante—. Así que mientras usted esté del lado de los ángeles...

Jack miró a su alrededor y vio las luces y el campanario iluminado. «Si alguna vez hubo ángeles, debió de ser en una noche así», pensó.

—Vete a la cama —dijo—. Duerme un poco. Quizá veas algunos ángeles en sueños.

Georgina se fue y Jack rodeó la iglesia hasta la parte trasera, la entrada de los sacerdotes.

Se dirigió hasta la cripta; los curas asistentes lo saludaron con un gesto al pasar junto a ellos. El padre Joseph le había dicho que eran de confianza. Les había contado que él y Jamila eran una pareja que acudía a la iglesia en busca de abrigo, y que habían aceptado la oferta sin dudar.

Samiha y Jamila conversaban cuando se acercó, y quedaron en silencio al oír el ruido de sus pasos. Samiha sonrió al verle, y una vez más sintió que en algún lado sus sentimientos trastabillaban, como si entre ambos pasara una corriente de reconocimiento mutuo.

Había café caliente y un plato de *Kahk Al-Id*, los panecillos de Navidad que todo el mundo comería al día siguiente. Jack se sirvió de ambos. Samiha le preguntó por Naomi, y el tono de ansiedad en su voz era genuino y de alguna manera reconfortante.

—Jack, Samiha tiene acceso a la información de sus ordenadores, o al menos a la mayoría. Le dejaban ver casi todo —dijo Jamila cuando terminó de contarles sobre Naomi.

Jack lanzó una mirada a Samiha.

—Creí que dijiste que te tenían prisionera...

Samiha asintió.

—Luego explicaré cómo sucedió. Muhammad Al-Masri y su hermano Rashid me dijeron desde el principio por qué me habían elegido: era dispensable, una mujer perdida, alguien que merecía morir. Tenían a un contable originario de Nueva York y otros más, y todos estaban allí contra su voluntad. Una vez que ya no les sirviéramos, no tendrían ningún problema en matarnos de un tiro y arrojar nuestros cuerpos en algún lado.

Le explicó el trabajo que había hecho para Ahl Al-Janna y las empresas que había creado, en especial las pequeñas compañías aéreas que utilizaban para pasar materiales de contrabando desde Irán vía Afganistán y Tayikistán en Asia central hasta Europa.

—Muchos vuelos pequeños llegaban aquí, a El Cairo. Nunca eran vuelos directos; unos vinieron de Turquía, otro desde Siria, otro del Líbano. Los iraníes ya tenían mucha experiencia en el contrabando de armas y otros equipamientos para Hezbollah, esto solo fue un paso más.

Samiha se detuvo de repente. Durante su estancia en el búnker, había actuado como si toda la trama fuese inventada. Sabiendo que la matarían antes de llegar al final, siempre pensó en ello como el guión de una película o el argumento de un libro antes que como algo que sucedería en la vida real. Ahora, hablando con el padre de Naomi y la mujer egipcia, la realidad comenzaba a doler.

—¿Con qué traficaban? —preguntó Jack.

—Principalmente armas. Ametralladoras, lanzacohetes, granadas. Las

almacenaban en un lugar en las afueras de El Cairo... lo siento, no puedo recordar el nombre. Hubo dos cargamentos que salieron desde una ciudad en Irán, un lugar llamado Isfahán.

Jack alzó las cejas.

—¿Estás segura? ¿Isfahán?

Samiha asintió.

—Es donde los iraníes tienen los centrifugadores de uranio —dijo Jack—. Allí preparan el uranio enriquecido. ¿Sabes qué había en esos cargamentos?

Ella se mordió el labio, intentando recordar.

—Sí —dijo al fin—. Es algo llamado tritio. ¿Es posible?

Jamila asintió.

—Es un componente de las armas nucleares —dijo.

Jack escuchó con especial atención. Todo comenzaba a tener sentido.

—Continúa —pidió a Samiha.

—Hubo una entrega especial hace un mes. Vino de Alemania. Compraron un pequeño aeropuerto privado en Wildeshausen, cerca de Bremen. Era para que los aviones pudieran repostar. Se me ordenó que creara dos compañías para Wildeshausen: una tiene la licencia de explotación del aeropuerto, la otra una licencia alemana de aviación civil. Eso les permitía comprar materiales a productores alemanes sin tener que revelar su destino final.

»También hubo varios vuelos a un pequeño aeropuerto al sur de El Cairo, en Helwan. Todo se introducía como componentes de automóvil para la planta de motores de la ciudad.

—Dijiste que hubo un vuelo especial...

—Sí, es cierto... Hace como un mes. También provenía de Alemania, pero llegó a Wildeshausen desde Afganistán, después de hacer una parada en el este de Turquía. Descargaron en Helwan y enviaron todo a El Cairo el mismo día. Sé que era especial porque fue la única vez que Rashid, el hermano del califa, fue en persona a buscar un cargamento. Rastreé el origen del vuelo hasta Afganistán: utilizaron el mismo avión para todo el viaje. No había manifiesto, pero sí un informe escrito por un tal Hajj Ahmad. Es el contacto de Al-Masri en Al Qaeda y el responsable de sumar adeptos al califa entre los militantes de Al Qaeda en Afganistán.

—¿Qué decía el informe? —preguntó Jack con creciente impaciencia.

—En los años noventa, después del desmembramiento de la Unión Soviética, Osama Bin Laden compró un arma nuclear en Kazajistán. También se dice que obtuvo una de las dos bombas portátiles de treinta kilos que los rebeldes chechenos robaron en 1991. Una de estas bombas, pequeñas y capaces de producir una explosión de hasta un kilotón, viajaba en el avión.

Nadie habló durante un momento. No había necesidad de palabras, hablar era casi obsceno a la sombra de lo que acababa de contarles Samiha. Cuando Jack rompió el silencio, era como si lo hiciera en un mundo diferente.

—Samiha, ¿tienes idea de lo que planean hacer con esta bomba?

Samiha respiró hondo.

—Rashid siempre decía a todo el mundo que se diera prisa. Teníamos que tener todo listo para el año nuevo.

—¿El año nuevo musulmán? —preguntó Jamila.

—Sí, el primero del Muharram. Dentro de dos días.

Otra vez quedaron en silencio. Jack no conseguía encontrarle el sentido.

—¿Dónde está Al-Masri? —preguntó al fin.

—Aquí, en El Cairo. Nadie se ha ido, se quedan encerrados en su búnker. Muhammad se proclamará califa en algún momento del día de año nuevo.

—¿Y qué sucederá antes? ¿Y después? —preguntó Jamila. Había perdido el apetito, y los pastelillos descansaban intactos en la bandeja frente a ella.

—Algo sucederá en El Cairo —dijo Jack—. Es eso, ¿no?

Samiha no conocía los detalles específicos de sus planes, pero asintió. Estaba segura de que Jack tenía razón.

—¿Por qué querrían hacer estallar una pequeña bomba nuclear en El Cairo? —preguntó Jack—. Mataría a más musulmanes que infieles. ¿O acaso planea atacar un barrio cristiano?

Jamila lo miró horrorizada.

—No —dijo, y la palabra surgió con la fuerza de un susurro—. No es eso. Ese no es el plan...

Jamila dudaba, pensando una y otra vez. Finalmente decidió que tenía razón. Si no, sería una coincidencia demasiado sospechosa.

—Jack, ¿has visto las banderas en el centro de El Cairo?

—Creo que sí —respondió—. Pensé que tendrían algo que ver con el año nuevo, o con los dos años nuevos. Por una vez que ocurren tan cerca en el tiempo...

Jamila hizo un gesto de resignación. Había olvidado que Jack llevaba mucho tiempo fuera de circulación, y que hacía bastante que no escuchaba noticias de El Cairo. En cuanto a Samiha, obviamente no había tenido oportunidad de oír nada al respecto en su búnker.

—No tienen ninguna relación con el año nuevo —dijo Jamila—. Al menos no exactamente. Las banderas están allí por una conferencia que comienza el viernes, coincidiendo con el año nuevo. Es una conferencia internacional, y va a llevarse a cabo en Giza.

Jamila dudó un instante. Las implicaciones de lo que Al-Masri planeaba hacer comenzaban a tomar forma.

—Jack, es una cumbre muy importante: participarán los jefes de Estado de cuarenta y cinco países. El presidente de los Estados Unidos estará allí. Y tu primer ministro. Por supuesto, nuestro presidente Mubarak también. Es una conferencia por la paz en Medio Oriente. Los americanos trabajan en ella desde la guerra entre Israel y el Líbano en 2006.

—¿Y toda esta gente está aquí?

—Algunos ya están en El Cairo, el resto llega mañana. Habrá una celebración especial por la Navidad copta.

—¿Y dices que esto sucederá en Giza?

Giza es una gran área urbanizada que forma la región sudoeste de El Cairo. Detrás se encuentra el Sahara Occidental. Pero donde terminan los edificios, comienza la meseta de Giza. Es fácilmente reconocible, el lugar más famoso de Egipto y una de las siete maravillas del mundo. En una pequeña área de dos kilómetros cuadrados se encuentran la Gran Pirámide y sus dos compañeras, cientos de tumbas, templos mortuorios y terraplenes. Todo aquello fue en su día el mayor cementerio del antiguo Egipto. También se encontraba allí la esfinge, el «Señor de Sothis, el Lugar Elegido».

—No en la ciudad —dijo Jamila—. Han acordonado las pirámides y las tumbas, y han construido una lujosa carpa para alojar la conferencia. Es un lugar impresionante. Los jefes de Estado más importantes, sus esposas y sus ministros ocupan las mejores habitaciones del hotel Mena House Oberoi con vistas a las pirámides. Mañana habrá una presentación formal en el Gran Museo Egipcio, a la que asistirá una mezcla de dignatarios extranjeros y la flor y nata de El Cairo. La gente hasta vendería a sus hijos para conseguir una invitación. La conferencia se inaugurará el viernes con una ceremonia. Han elegido una zona al sur de las pirámides. La esfinge estará un poco al este. Luego harán un gran paseo por las pirámides para todos los jefes de Estado que lo deseen. Será transmitida por televisión a todo el mundo.

Jack sintió a Samiha sobresaltarse. Cuando la miró, estaba pálida como el mármol y se había llevado la mano a la boca. Sus miradas se cruzaron, y en ese momento los ojos de Samiha se llenaron de miedo y se convirtió en algo real para él. En mucho más que un nombre que no recordaba.

—Las pirámides —dijo Samiha—. «El Padre del Terror...».

Estaban hablando en árabe. Abu Al-Hawl, el Padre del Terror, era la esfinge.

—Solían hablar de ello todo el tiempo, los dos, tanto Muhammad como su hermano: los monumentos antiguos, los templos, las tumbas con sus estatuas y pinturas de los dioses. Lo llamaban «el pasado pagano». El tiempo anterior a la llegada del Profeta, la Era de la Ignorancia. Muhammad solía decir que cuando el califa reinase nuevamente, haría como el Profeta y destruiría todo resto de adoración de ídolos. Devolvería las pirámides a la arena del desierto, aplastaría las tumbas. Volaría la esfinge en mil pedazos. *Dharratan, dharratan*, solía decir.

Jack tradujo lo que Samiha acababa de decir al inglés.

—Átomo a átomo —dijo, apenas audible.

Una *qunbula dharrriyya*, con la misma raíz, era una bomba atómica. Las intenciones de Al-Masri no podían ser más claras.

—Tenemos que informar a las autoridades —dijo Jamila. Su pulso se aceleraba, y un sudor frío le recorría la espalda.

—Ya quisiera que fuera tan fácil —dijo Jack—. Soy un hombre buscado, y en el momento en que me acerque a la policía o a cualquier otro, me esposarán y me arrojarán a la primera celda que encuentren. Luego lanzarán la llave a los cocodrilos.

—Yo puedo ir —argumentó Jamila—. Nadie me está buscando.

—No puedes estar segura de eso. Necesitamos más información, y tenemos que encontrar la forma de transmitirla sin que parezca una farsa.

Jack miró su reloj. Medianoche pasada. Podían escucharse los cánticos y plegarias en la iglesia encima de ellos.

—Necesitamos dormir un poco —continuó Jack—. Mañana será un largo día. Estamos todos exhaustos, y no podemos permitirnos estar muertos de sueño si queremos ser efectivos.

Jamila abrió la boca para protestar, pero la cerró en seguida, consciente de que Jack tenía razón.

—Hablabamos con el padre Joseph por la mañana —dijo al fin.

El Padre del Terror

Iglesia de San Sergius

4:30 h

El tiempo pasó como un fantasma. Un sentido de la urgencia hacía desaparecer la sustancia y opacaba la materialidad de las horas y minutos, destruyendo su forma. Jamila y Samiha durmieron juntas detrás de una cortina en un rincón de la cripta y Jack lo hizo detrás de una pila de cajas de cartón. Entraba y salía del sueño, y cada tanto lo despertaba el sonido de los cantos que se filtraban por el techo. Cada vez que conseguía dormir soñaba, y sus sueños eran oscuros y aterradores. Soñó con Naomi, que corría desnuda como una niña vietnamita en medio de un bosque en llamas, y veía su piel volverse roja por las quemaduras, y luego carbonizarse, ponerse negra y caer, dejando solo los huesos y una calavera sonriente. Detrás de los huesos estaba la esfinge, el Padre del Terror, siete veces más grande de lo que era en realidad, con un collar de cráneos alrededor del cuello y la cabeza coronada por una columna de humo ardiente, los ojos rojos y la boca abierta como una puerta al infierno. Empezó a gritar, y entonces despertó.

Abrió los ojos en la oscuridad. Alguien estaba junto a él, confortándolo.

—¿Jamila...?

—No, soy Samiha. No pasa nada, has tenido un mal sueño. Todo está bien.

Samiha encendió una pequeña lámpara junto al colchón. Jack cerró los ojos cegado por la luz. Cuando volvió a abrirlos, ella seguía inclinada sobre él, sosteniendo su mano con un gesto de preocupación en el rostro.

—¿Dónde...? ¿Dónde está Jamila?

—Duerme. Te escuché gritar, y vine a ver qué te sucedía.

Ella le soltó la mano, y por un instante Jack sintió como si perdiese algo.

—No puedo dormir sin tener pesadillas —explicó Jack.

—Me sucede lo mismo. Jamila también duerme intranquila. ¿Quieres un café? Si no podemos dormir, al menos estemos bien despiertos.

Salieron de detrás de las cajas. Jack se sentó a la mesa mientras Samiha preparaba el café. Cuando estuvo listo, trajo dos vasos grandes a la mesa. El café estaba cargado y aromatizado con semillas de cardamomo.

—¿Quieres contarme lo que estabas soñando? —preguntó Samiha.

Él la miró, y recordó la mano de ella sobre la suya: una mano pequeña y ligera como una pluma. Por un momento pensó que seguía soñando. La pesadilla comenzaba al fin a disiparse. Sacudió la cabeza.

—Hay muchas cosas sobre las que tener pesadillas —continuó—. Mi hijo mayor, Adnan, despertaba gritando, como tú. Tenía que abrazarlo mucho tiempo cada noche hasta que volvía a dormirse. Me preocupa imaginar cómo está ahora sin mí. Es

imposible criar un niño normal en Yenín, entre tropas israelíes, soldados de Hamás y carteles que convierten a asesinos en héroes. En las escuelas visten a los niños con cinturones explosivos. Las madres los colocan a sus propios hijos. Hay un personaje de la televisión que se parece a Mickey Mouse y dice a los niños que deben odiar a los judíos y americanos y crecer para poder ser mártires. Es como si nos hubiéramos vuelto locos. Y ahora esto...

Samiha cerró los ojos, y su mente se inundó con imágenes del pasado, rostros de vecinos, ojos vacíos detrás de velos y cintas de pelo verdes, niños escapando de los tanques, los rostros de sus compañeros de trabajo judíos cada vez que había noticias sobre un nuevo ataque terrorista. Las viejas sensaciones afloraron a la superficie. Abrió los ojos de nuevo y la habitación se enfocó nuevamente.

—En el búnker tenía pesadillas. Naomi también, todo el tiempo. Yo dormía en su habitación cada vez que podía, en parte a consecuencia de aquella vez que creí que cometería un ataque terrorista. Supongo que estaba a salvo en el búnker, pero nunca pude evitar sentir un miedo terrible por Muhammad Al-Masri: está dispuesto a destruir cualquier cosa que amenace con interponerse entre él y su objetivo.

»Algunos de los que le rodean están en el filo de la navaja. Realizan sus abluciones cinco veces al día, rezan cinco veces al día, y en mitad de cada noche, en el momento más frío, se levantan de sus camas y rezan un poco más. Pasan horas debatiendo sobre cómo van a aplicar la ley de la *sharia* una vez que hayan establecido el califato. Se comportan como si fueran parte del más humilde y el más oprimido de los pueblos. Sueñan con la muerte como si fuese una bendición, están casi enamorados de ella. Pero al mínimo contratiempo, gritan y claman por sangre. Yo pensaba que alguno de ellos vendría cualquier noche a matarme o violarme, quizás ambas cosas. Nunca dormí bien.

—Yo no he dormido bien desde que mataron a Emilia y Naomi —dijo Jack—. Tengo pesadillas casi todas las noches.

—¿Soñabas con ellas esta noche?

Jack dudó un instante, y luego asintió. Quería contarle todo, y temía decir algo que la hiciese ponerse de pie y marcharse.

Ella le contó toda su historia, y Jack la escuchó. Eran dos extraños cerca de la muerte. Cuando Samiha terminó, él le contó el descubrimiento del cadáver de Emilia, y cómo había creído que Naomi también estaba muerta. Era la primera vez que contaba la historia en detalle. Samiha en ningún momento le quitó los ojos de encima.

Cuando Jack estaba terminando su relato, llegó un sonido desde la iglesia. Una serie de golpes, luego un chirrido. Volvió el silencio, y entonces alguien comenzó a llorar. Era una mujer. Un hombre gritó, como proveniente de ninguna parte.

Despertaron a Jamila, que busco las armas y le dio una a Jack.

—Quédate aquí. Jamila y yo estamos entrenados para ocuparnos de los problemas —dijo a Samiha, intentando aparentar confianza. Aunque en el fondo, se decía que estaban atrapados.

Avanzaron con Jack al frente hasta la sacristía, y de allí al espacio sagrado donde se erigían los tres altares, frente a los asientos donde se instalaban los curas durante el servicio. Después del aislamiento silencioso de la cripta, poner un pie en el santuario era como avanzar a una nueva dimensión de la calma. La quietud era total y abrumadora. Jack se detuvo como quien duda al borde de aguas profundas o de un claro en el bosque. El humo del incienso remplazaba al aire en el lugar. La luz parecía transformada en oro sólido. Contuvo la respiración, preservando el incienso en sus fosas nasales y su garganta: cedro y sándalo, olíbano y láudano, mirra y resinas aromáticas.

Jamila estaba justo detrás, silenciada también por el vacío mortuorio que impregnaba el lugar, la tranquilidad, los aromas que todo lo invadían, la sensación de santidad.

Jack se deslizó en silencio a través de los paneles de madera. El oro y las piedras preciosas brillaban débilmente detrás de la bruma coloreada del incienso que aún perduraba de la Misa de Gallo. Los rostros de los santos parecían temblar en la semipenumbra, con los ojos clavados en Dios.

Un grito rasgó el silencio, y luego se oyeron otras voces dentro de la iglesia, en la nave: un murmullo, como si alguien estuviese discutiendo.

Avanzaron, y Jack pudo distinguir el llanto de una mujer. No era solo una mujer; también había niños.

El hombre gritó otra vez con un grito que parecía desgarrar su carne. Y de nuevo su voz, rezando desesperado, y otra vez silencio, y nuevamente el grito, esta vez más fuerte, mucho más fuerte, disolviéndose luego en sollozos. Y al mismo tiempo ahora lloraba la mujer, y los niños gritaban. Jack y Jamila se ocultaron detrás del iconostasio. Luchaban por distinguir lo que sucedía entre la pobre iluminación y el humo del incienso.

El ambón, un púlpito de mármol alzado sobre varios pilares delgados de mármol, estaba en la mitad de la nave. Con Jamila cerca tras él, Jack avanzó hasta poder ver con claridad lo que ocurría. Un grupo de personas estaba reunido alrededor del ambón. Reconoció al padre Joseph de inmediato por sus ropas, y entonces comprendió que la mujer que había gritado era su esposa Shadia, y que los niños eran sus hijos.

La familia estaba rodeada por un grupo de seis hombres armados, algunos vestidos con *galabiyyas* y otros con chaquetas de piel. Todos llevaban solideos. Uno de ellos tenía al sacerdote cogido por el cuello y lo obligaba a arrodillarse, empujando con fuerza su cabeza a pocos centímetros de sus rodillas. Un segundo hombre le aplicaba azotes en las plantas de los pies desnudos, golpeando una y otra vez con lo que parecía ser una vara de hierro.

Un tercer hombre, vestido con las ropas de un profesor de Al-Azhar y que había estado observando apartado, alzó las manos en un gesto a los demás.

Jack se sobresaltó al sentir a alguien acercarse por detrás. Se giró sacando su arma listo para disparar. Era Samiha. Tiró de ella cerca de él, detrás de una de las representaciones del iconostasio por donde podía ver a través de los agujeros en la madera.

—¿Reconoces a alguno? —le preguntó en un susurro.

Samiha miró con atención y luego le susurró al oído:

—El que lleva la túnica es Rashid, el hermano de Al-Masri, el que te conté. Lo reconocería en cualquier parte.

Jack hurgó en el bolsillo de su pantalón y cogió su cuchillo. Lo abrió y volvió a guardárselo.

De repente, Rashid atrapó a una de las niñas, a la pequeña Marie, de tan solo tres años, y la arrastró entre gritos hasta quedar frente a su padre.

—¡Dejad que la mire! —ordenó Rashid—. Dejad que vea lo que estoy haciendo. Ya hemos perdido mucho tiempo aquí, terminemos con esto.

El hombre que sostenía al padre Joseph por el cuello retiró su mano, atrapó al sacerdote por los cabellos y alzó su cabeza con fuerza. Joseph gritó de dolor.

—Mírame, sacerdote —gritó Rashid—. Quiero que comprendas lo que está a punto de suceder. Lo que va a sucederos a tu familia y a ti si no me dices dónde se esconde Goodrich.

Sosteniendo a Marie por el brazo con una mano, buscó algo dentro de su *galabiyya*, un cuchillo con una hoja de sierra de veinte centímetros. Lo alzó y lo puso contra el cuello de Marie, lo suficientemente fuerte como para hacer brotar sangre.

—Ya he matado niñas antes, y voy a separar la cabeza de tu hija de su cuerpo si no hablas ahora.

El sacerdote lo miró fijamente y escupió. Con el escupitajo cayeron sangre y restos de dientes. Rashid y sus matones habían estado trabajando sobre el anciano, golpeándolo y pateándolo para forzarlo a la traición.

—Si matas a una niña, Dios te pondrá a arder en el pozo más profundo del infierno, el lugar indicado para un demonio como tú.

La única respuesta de Rashid fue gritar órdenes a uno de sus hombres:

—Trae también a la mayor. Cuando vea morir a la primera, hará lo que sea para salvar a la otra.

Antes de que el hombre pudiese coger a Hannah, Rashid retiró el brazo y con dos golpes certeros deslizó la hoja del cuchillo por el cuello de Marie. La sangre brotó de la herida a borbotones, como una fuente, a través del aire cargado de incienso. Un grito inhumano partió la iglesia en dos. Shadia cayó al suelo. El padre Joseph dejó escapar un grito tan desesperado que Jack tuvo que taparse los oídos. Detrás de él, Samiha desvió la mirada y no pudo contener un vómito.

Rashid arrojó el cuerpo de Marie a un lado, dejándola desangrarse en el suelo de piedra, y con la sangre formando un charco cada vez mayor a su alrededor. En la mano izquierda aún sostenía su cabecita. Llevaba la túnica teñida de sangre. Lanzó la

cabeza de Marie sobre el regazo del padre Joseph, que la dejó yacer ahí, incapaz de moverse a causa del horror y el espanto. Se encontraba ahora más allá de los rezos, más allá de la esperanza.

Jack se dirigió hacia donde se encontraba agachada Jamila, espionando a través de la angosta entrada del iconostasio.

Hablaron rápido y en susurros, repartándose tres pistoleros cada uno. Jack iría primero, para dejar a Jamila el beneficio de la sorpresa. Verificaron sus armas. Jamila las había recargado al limpiarlas un poco antes.

Jack se puso de pie y se dirigió a la entrada.

Rashid sujetaba ahora a Hannah, que tenía doce años y era bastante alta para su edad. Estaba petrificada. Al presenciar el destino de su hermana, tras comprender el castigo que su padre había aceptado, sabía que era cuestión de un instante antes de que le cortaran la cabeza y la lanzaran al suelo.

Rashid la sostuvo con fuerza con un brazo y presionó la hoja del cuchillo contra su cuello.

Jack surgió entre las sombras, quedando a plena vista de los hombres de Rashid y de los santos que observaban desde los paneles de madera.

—Deja ir a la niña —dijo—. No significa nada para ti. Has venido por mí, y aquí me tienes.

Mientras hablaba, calculaba la distancia entre los hombres y los miembros de la afligida familia. Tenía la pistola detrás de la espalda. La prioridad era alejar a Hannah del cuchillo brillante de Rashid.

Rashid ni siquiera se mostró sorprendido ante la aparición sorpresa de Jack.

—La niña es mía —dijo—. Son todos míos. Son infieles. Dios nos ha ordenado dar muerte a los infieles.

—Los cristianos son un pueblo del Libro. Tienen derecho a tu protección. La niña es solo una niña, las leyes de la yihad prohíben su asesinato.

Rashid se rio. Era una risa repugnante, sin nada de humor en ella, y su eco retumbó abominable a través de la nave.

—La niña no significa nada para mí, igual que tu hija no significaba nada para mí. Cuando haya terminado contigo, me ocuparé de ella. Me has desafiado. Tu hija me ha desafiado. Desafiarme no está entre vuestras posibilidades.

Jack no apartaba la vista de Rashid, calculando cuánta gente había matado, cuál era el alcance de su odio hacia él. El asesino estaba de pie en medio de la nave, engreído y arrogante, una abominación en la casa del Señor, convencido de su superioridad, de la superioridad de su Dios, como si él mismo se hubiese en cierta forma convertido en una divinidad. Se había transformado en un dios de la ira y el desdén, en una bestia del Apocalipsis, en una divinidad sin piedad ni amor ni agonía, fuera de alcance, más allá de la humanidad. Y no había nada que Jack pudiera hacer. Absolutamente nada.

A menos que... Jack sabía que Rashid podía dar la orden en cualquier momento y

sus hombres masacrarían a la familia. También sabía que él y Jamila podían ocuparse de los pistoleros con una serie de buenos disparos, pero ¿qué sucedería entonces? No podía dispararle a Rashid sin poner en riesgo la vida de la niña.

Rashid tomó la decisión en su lugar. Se dirigió al hombre más cercano:

—Matadlos a todos —dijo—. Y dejad a Goodrich para mí.

Los terroristas alzaron sus armas, siguiendo las órdenes instintivamente. Estaban bien entrenados y eran rápidos. Pero Jack era aún más rápido. El primer hombre murió con una bala en el cráneo antes de que su arma pudiese apuntar a su objetivo; el segundo, medio segundo después, y el tercero, mientras se giraba para contrarrestar el asalto, con dos balas en la frente. Otros tres disparos sonaron un instante después de los de Jack. Jamila había alineado sus objetivos con precisión, dando a cada uno un tiro en la cabeza.

Por primera vez, Rashid parecía asustado. Hizo el ademán de cortar el cuello de Hannah, pero se lo pensó dos veces.

—Si la matas, la seguirás un segundo después —dijo Jack—. Entrégala a su madre y pon las manos detrás de la cabeza. Tengo unas preguntas que hacerte. Te quiero vivo, no muerto.

Rashid comenzó a retroceder arrastrando a Hannah consigo. Tenía un coche esperándolo fuera y al chófer listo para partir. Hannah estaba rígida por el miedo, pero su cuerpo frágil no era rival para el asesino de su hermana.

Rashid llegó con su rehén hasta la puerta del nártex. En ese momento le cortó el cuello, empujándola hacia delante para crear confusión. Mientras cruzaba la puerta, comenzaron a sonar los disparos detrás de él. Una bala le dio en el brazo, arrancándole un grito, pero ni siquiera trastabilló. Sin mirar atrás, salió corriendo de la iglesia.

Jack y Jamila llegaron a la calle vacía justo a tiempo de verlo entrar al coche. Dispararon, pero el chófer ya tenía el pie sobre el acelerador. El coche rugió y se perdió en la oscuridad de la noche.

Navidad

Volvieron corriendo al interior de la iglesia. La nave se había transformado en un osario. Podía sentirse el dolor inconmensurable. Shadia se había acercado a ver a su hija mayor asesinada. El padre Joseph, sufriendo lo indecible a causa de los golpes, intentaba sin éxito consolarla, mientras ella gritaba y se arrancaba los cabellos. Samiha hacía lo posible por reconfortar a las otras dos niñas, Irene y Marina, pero nada de lo que pudiera hacer o decir podía calmarlas, y ella no podía imaginar cómo algo en sus vidas podría alguna vez devolverles la paz. Los dos hermanos estaban sentados juntos en un banco, con los brazos entrelazados. El más joven, John, lloraba sin consuelo; Pierre estaba pálido y se había encogido en sí mismo.

Jamila, para quien ellos eran como su segunda familia, estaba desconsolada. Se sentía enferma, atontada y enloquecida. Por supuesto, sabía que habían evitado la masacre de toda la familia Yaqoub, pero al mirar los cuerpos de Marie y Hannah, al ver su sangre derramada por el suelo formando dos charcos idénticos sobre los que los reflejos de las luces navideñas danzaban en una miríada de colores, no podía sentir alivio, sino un malestar aplastante en el alma.

Solo cuando entraron en la nave, Jack comprendió que el peligro aún no había pasado. Naomi todavía estaba en el hospital, y Rashid sabía dónde se encontraba.

Dejando a Jamila para que se ocupase lo mejor posible de la familia, se acercó adonde Samiha estaba sentada con las niñas.

—Samiha, necesito tu ayuda. Tenemos que ir al hospital ahora mismo, antes de que Rashid llegue.

Ella se puso de pie y aseguró a las niñas que regresaría más tarde.

Jack ordenó a Jamila que se llevase a la familia de vuelta a la casa y que despertase a los otros sacerdotes.

—Y mantente lejos de la policía —le dijo—. Puede que estén infiltrados. Si algo me sucede a mí o a Samiha, eres la única persona que sabe lo que planean hacer el viernes. Tienes que mantenerte con vida y lejos de sus garras. Encuentra la forma de avisar a las autoridades. Quizá la embajada de los Estados Unidos... Al menos intenta que cancelen la conferencia.

Todavía embargada por la emoción, Jamila se limitó a asentir. Una voz le decía que debía recuperar el control, que detener el ataque era prioritario frente a lo demás. Otra voz le decía que rompiera a llorar.

Con Samiha siguiéndolo cerca, Jack salió corriendo a la calle. El coche alquilado seguía donde Jamila lo había dejado, y tenía la llave extra en el bolsillo.

Condujeron hacia el sudoeste por Abu'l Faraj, despertando a los niños dormidos que soñaban con Papá Noel al desgarrar el silencio de su noche. Al sur de la mezquita de Sinan Pasha cogieron la Corniche y avanzaron con rapidez en dirección sur hacia

el puente. Durante todo el camino, Jack rezaba a lo poco que quedaba de Dios en él, y durante todo el camino tenía en la cabeza la imagen de la mano de Rashid al acercarse al dedo meñique de Naomi, la misma mano que separaba la cabeza de Marie de sus hombros, la misma mano ensangrentada al abrir un enorme corte en la garganta inocente de Hannah.

Durante el último trecho de camino buscó con la mirada signos de la presencia de Rashid. Pero al llegar frente al edificio, no había otros coches aparcados.

Golpearon la puerta hasta que un portero respondió.

Jack empujó al atónito vigilante y entró en la recepción. En ese momento apareció una enfermera en la escalera. Asustada, miró a Samiha cruzar la puerta.

Antes de que pudiera llegar al pie de la escalera, Jack estaba junto a ella:

—Necesito su ayuda —dijo—. La niña inglesa, la que tiene la mano herida. Lléveme a ella.

La enfermera, una mujer de unos cuarenta años, se negó con firmeza.

—No puede entrar aquí a empujones a estas horas de la mañana con exigencias. ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere de ella?

—Soy su padre. Alguien viene de camino a matarla. Tengo que sacarla de este lugar.

—Por favor, cálmese. Lo que dice no tiene sentido. La niña no está del todo recuperada. Si se la lleva ahora, tendrá una recaída. Podría morir.

—Me ocuparé de eso una vez que esté a salvo. Pero me la voy a llevar ahora, y usted no va a interferir.

La enfermera frunció los labios y presionó el localizador en el bolsillo del pecho. Jack la empujó a un lado y Samiha, que ya había estado en el hospital dos veces, señaló una puerta a su derecha que llevaba al pasillo donde se encontraba Naomi.

Al dirigirse hacia allí, escucharon la voz de la enfermera detrás de ellos. Corrieron. Era la séptima puerta. Jack abrió y entró en la habitación con sigilo, intentando no alarmar a su hija.

Dormía profundamente. Las lucecillas de colores de los monitores parpadeaban como las guirnaldas de un árbol de Navidad. Durante un instante de horror, Jack recordó las luces de la iglesia reflejadas en los charcos de sangre. Se acercó a la cama y la movió con dulzura por el hombro.

—Naomi. Naomi, despierta.

Le llevó un tiempo despertarse del todo. Y mientras lo hacía, Jack escuchó un ruido que hizo disparar su corazón: un coche se acercaba al hospital. Veloz. Momentos después, escuchó el chirrido de los frenos al detenerse frente al edificio.

Se escuchaban las pisadas en el pasillo. Samiha se asomó fuera: la enfermera se acercaba flanqueada de un doctor en bata blanca y del portero.

Jack recordó que la puerta se abría hacia dentro. El picaporte por el interior era una larga pieza de metal unida con firmeza al borde. Había una segunda pieza en la pared a la misma altura, para que los pacientes en recuperación pudiesen apoyarse en

ella al entrar o salir de la habitación.

—¡Rápido, bloquea la puerta! —gritó a Samiha.

Se escuchó una puerta de coche golpeando fuera.

Samiha no perdió el tiempo: encontró una escoba en un rincón, la cogió y la atravesó por las dos piezas justo a tiempo. Dos segundos después, alguien empujaba la puerta para descubrir que no se movía. Se escuchó un grito de ira. Luego se escucharon más pasos; una persona se apresuraba por el pasillo.

Jack abrió la ventana. El aire frío de la madrugada llenó la habitación.

—¿Papi? —preguntó Naomi—. ¿Qué haces? ¿Pasa algo malo?

—Tengo que sacarte de este hospital —le respondió—. Hay un lugar mejor, pero necesitamos irnos ahora. No hagas ruido. No debemos despertar a nadie.

Pero Naomi podía escuchar los golpes en la puerta, y estaba asustada.

Samiha la tranquilizó y le dijo que todo estaría bien. La alzó de la cama y utilizó la sábana blanca como un chal para cubrirla.

Jack salió primero por la ventana. Era solo un pequeño salto hasta el suelo. Los golpes eran cada vez más fuertes, y alguien comenzó a lanzar todo su peso contra la puerta. El mango de la escoba comenzaba a ceder.

Samiha pasó a Naomi a Jack, luego salió ella misma y saltó al exterior. Hubo un segundo golpe en la habitación detrás, y escucharon cómo el mango de la escoba se partía en dos.

Naomi estaba a salvo en los brazos de Jack. Corrieron con Samiha, sabiendo que corrían por sus vidas. Rodearon el edificio, vieron el segundo coche aparcado junto al suyo y al chófer detrás del volante, visible en la oscuridad gracias a una de las luces de seguridad del edificio.

—Dame a Naomi —dijo Samiha, deteniéndose para cogerla.

El conductor ya tenía medio cuerpo fuera del coche mientras buscaba su arma. Jack lo vio, sacó su propia arma y le disparó. El hombre cayó hacia delante, con un pie todavía dentro del coche, y se desplomó en el suelo. Todavía se movía cuando Jack se acercó hasta él con la pistola en la mano. Se detuvo junto a él y disparó una única bala en su cabeza.

Rashid corría hacia ellos con un arma en la mano. Disparó a Jack, pero el disparo salió desviado.

Jack se arrojó detrás del coche de Rashid, y una bala impactó en el lado opuesto. Usando el vehículo como escudo, Jack se arrastró hasta la parte trasera. Se puso de pie, con el arma automática cogida con ambas manos, y disparó.

Pero disparó a la nada. Rashid vio que se encontraba expuesto y regresó al refugio de las paredes del hospital.

Jack corrió hasta su coche, deteniéndose a disparar una bala al neumático delantero izquierdo del de Rashid. Samiha había acomodado a Naomi en el asiento trasero, y desde allí intentaba pasar al asiento del acompañante.

Jack se sentó a su lado. La llave estaba en el contacto.

Una salva de disparos llegó desde el hospital, impactando sobre el costado del coche. Jack encendió el motor y puso la marcha atrás. El coche retrocedió dando un giro cerrado. Puso la primera y se lanzó por las calles pasando a la segunda marcha. Los disparos los seguían en la oscuridad.

Mientras avanzaban a toda velocidad por el camino que los llevaría hasta el río, Jack se giró para ver a Samiha.

Comenzó a hablarle. Y fue entonces cuando vio la sangre en su ropa.

La huida

5:20 h

Las ambulancias fueron las primeras en llegar, seguidas por la policía. Jamila había pedido que fueran a la iglesia. Ella y el padre Joseph los esperaban en la entrada. Otras mujeres de la congregación se ocupaban de Shadia y el resto de los niños, y habían llamado a un médico. Todo el mundo estaba muy tenso y en la congregación ya se había corrido la voz sobre el ataque de la madrugada. La misa de Navidad había sido cancelada.

El padre Joseph presentó a Jamila como una cristiana y amiga cercana de la familia. Parecía muerto en vida. Mientras los sanitarios le vendaban los golpes y magulladuras, hablaba con un policía en tono monocorde.

Los policías preguntaron a Jamila por qué había sucedido aquello, y ella respondió que no lo sabía, pero que los asesinos eran terroristas musulmanes según lo mostraban sus barbas y sus cráneos afeitados. Los cuerpos seguían en la nave mientras el equipo de forenses se ponía a trabajar. Se ocuparon primero de los cuerpos de Marie y Hannah, para luego llevárselos en una ambulancia privada a la que llamó uno de los sacerdotes.

—¿Quién mató a los pistoleros? —preguntó un detective a Jamila.

—Yo —respondió—. Solía trabajar para los servicios de seguridad. Siempre llevo un arma conmigo para mi protección.

Les entregó el arma, que colocaron en una bolsa debidamente etiquetada.

—Tendrá que venir con nosotros a la comisaría —le dijeron.

—Más tarde —dijo—. No puedo dejar a la familia en este estado. Tengo que ver a los niños. Me conocen. Déjeme quedarme al menos hasta que sus investigadores hayan terminado en la iglesia.

Cuando vio que el teniente de la policía a cargo de la investigación aceptaba sus peticiones, Jamila se dijo que tenía suerte. Estaban llevando el caso con guantes de seda, evitando el tratamiento habitual que se daba a los cristianos en la ciudad. Habían alertado a sus superiores por teléfono, y se le había advertido al jefe de la policía que la violencia del Estado sería un enorme riesgo la víspera de una conferencia internacional. El estatus de los coptos de Egipto estaba en la agenda, y ya se indagaba demasiado sobre el trato oficial hacia las minorías.

Jamila volvió junto al padre Joseph. Parecía un anciano, encorvado y débil, sin iniciativa y con los ojos vacíos de vida.

En la oscuridad, se acumulaba una multitud que seguía creciendo. Algunos lloraban. Otros cantaban himnos. Todos sostenían velas en sus manos, y sus hijos, ante las Navidades destrozadas, estaban allí con ellos, horrorizados y preguntándose qué sucedía. Otros, escondidos en las sombras, observaban y esperaban.

La bala había atravesado el antebrazo izquierdo de Samiha, haciéndole perder mucha sangre. Medio centímetro más a la derecha y le habría seccionado la arteria radial.

Tras asegurarse de que nadie les seguía, Jack se detuvo en la calle Jabalaya y apagó las luces. Su experiencia en el terreno le había enseñado a estimar la profundidad de las heridas mediante el tacto.

—Quítate el pañuelo —le dijo a Samiha—. Úsalo para presionar directamente sobre la herida.

La ayudó a colocar el pañuelo en su lugar.

—Ahora, sostén el brazo por encima de la cabeza. Sé que duele, pero es necesario disminuir el sangrado. No puedo llevarte a un hospital público. ¿Podrás aguantar hasta que encontremos ayuda?

—Me duele muchísimo —dijo, apretando los dientes. Alzó el brazo—. Pero puedo manejarlo si tú puedes.

Jack tenía aún la mano posada sobre la suya, ayudándola a aplicar presión. Era una mano pequeña, y a pesar de la pérdida de sangre, estaba tibia. Dejó descansar su mano allí unos segundos, luego la retiró.

Sacó la tarjeta de Georgina de su bolsillo y encendió la luz del salpicadero. Le había dicho que vivía en Aguza, en un piso barato que pertenecía al Consejo Británico, a pocas calles de allí. Jack se estaba quedando sin opciones, y tanto Naomi como Samiha necesitaban ayuda urgente.

Condujo con rapidez en dirección norte hasta el puente 6 de Octubre, cruzó a la orilla oeste y cogió la calle del Nilo. Conocía el camino al Consejo, pero le tomó más tiempo encontrar la calle de Georgina.

Naomi no dijo nada en todo el camino, y Jack temía que hubiera caído nuevamente en un estado de inconsciencia. Cuando finalmente se detuvieron, Samiha abrió la puerta de inmediato y miró en la parte trasera, donde estaba Naomi.

—Se encuentra bien —dijo—. Pero tenemos que encontrar un médico rápido.

Tras una docena de llamadas al timbre, una Georgina malhumorada respondió al fin. Tenía la cara llena de crema y el pelo alborotado.

—Si eres tú, Jamie, vete a la mierda. ¿Qué hora es, de todos modos?

—Son pasadas las seis —dijo Jack—. Amanecerá en media hora. No soy Jamie, soy Jack Goodrich. Necesito tu ayuda. No tengo a nadie a quien acudir.

Georgina bostezó y se frotó los ojos.

—¿Jack? ¿Qué sucede?

Le contó lo que ocurría utilizando la menor cantidad de palabras posible. Georgina lo observaba incrédula. ¿No sería finalmente Jack Goodrich un hombre peligroso?

—Naomi está en el coche —dijo—. A Samiha le han disparado en el brazo. Tuve que sacar a Naomi del hospital. Hay que llevarlas a un médico lo antes posible. De

camino, te contaré todo lo que Samiha me ha dicho sobre Muhammad Al-Masri y su organización.

Georgina desapareció para vestirse.

Mientras esperaba abajo, Jack observó la luz gris que reflejaba la luna creciente. Aquí, lejos del bullicio incesante del centro de la ciudad, El Cairo parecía tranquilo. Era un mundo diferente del que acababa de dejar. Y entonces pensó en cómo todo podía cambiar en un parpadeo, cómo en algún momento del viernes, el cielo sobre El Cairo se volvería blanco. Podía llegar a las pirámides en quince minutos, e incluso menos si conducía rápido y evitaba las calles más transitadas.

La puerta se abrió al fin y Georgina salió vestida con unos tejanos y un jersey, con un cepillo para el pelo en la mano.

Jack condujo por la calle del Nilo hacia el norte, donde se convertía en la calle Sudán. Poco después cruzó la vieja vía del tren en dirección a Imbaba, la barriada que había servido de base a Al-Masri hasta que la cambió por Shubra.

Mientras conducía, explicó a Georgina lo que Samiha le había contado.

—Suenan un poco exagerado —dijo Georgina al final—. Como una historia sacada de un thriller. Con Tom Cruise o Pierce Brosnan. James Bond, o algo por el estilo.

Desde el asiento trasero, Samiha, que estaba escuchando, la interrumpió.

—James Bond no le cortó el dedo a Naomi. James Bond no apareció esta noche en la iglesia ni asesinó a dos hermosas niñas. Tiene una bomba y piensa utilizarla. Puedes elegir entre ayudarnos o dificultarnos las cosas. Si eliges lo segundo y él hace explotar la bomba, es imposible saber cuánta gente morirá.

Georgina se quedó en silencio.

Pasaron frente al mercado de camellos y luego junto al enorme centro comercial de cemento Kit Kat.

—He estado aquí un par de veces antes —dijo Georgina, ordenando a Jack que se detuviese—. El doctor O'Malley tiene una clínica por aquí.

Jack alzó a Naomi mientras Samiha, debilitada por la pérdida de sangre, caminaba a paso lento, apoyándose en Georgina. El cielo aún estaba cubierto de estrellas y la luna se alzaba como una fina tajada de hielo, pero el horizonte al este ya no estaba negro. Detrás de las colinas de Muqattam, el alba despuntaba como una débil llama. Jack miró el amanecer y pensó no en este, sino en el que vendría al día siguiente.

La clínica estaba en los bajos de un gran edificio habitado por inmigrantes rurales que luchaban con fuerza por mantenerse en el último peldaño de la escala social de El Cairo. Al principio había sido dirigida por Médicos sin Fronteras, la asociación internacional de médicos y enfermeras que trabajan en el tercer mundo, pero partieron tras un ataque de la Hermandad Musulmana. Tras un breve paréntesis, la clínica había vuelto a abrir sus puertas gracias a un médico irlandés de unos sesenta años, Pádraig O'Malley.

Pádraig se había graduado en el Colegio de Cirujanos de Dublín en la época en la

que los preservativos y *Lolita* aún estaban prohibidos, y había sido uno de los pioneros en el control de la natalidad en la República de Irlanda. Tras retirarse a los cincuenta y tantos, partió a África, donde trabajó en numerosos países turbulentos antes de terminar en El Cairo. Demasiado pequeña y escasa de personal, su pequeña clínica era el único recurso para los campesinos pobres del norte de Egipto empujados a la gran ciudad en busca de una mejor vida. Con los precarios fondos provenientes de diferentes asociaciones católicas irlandesas, O'Malley vendaba sus heridas, les daba antibióticos, vacunaba a sus hijos y entregaba preservativos que olvidaba mencionar en sus informes anuales a las asociaciones.

Se estaba preparando para comenzar a trabajar cuando llamaron a la puerta. Un instante después, una enfermera se llevaba a Naomi en camilla hacia una habitación y el doctor desgarraba la manga de Samiha.

No hubo preguntas ni discusiones. O'Malley había tratado más heridas de bala de las que podía recordar, y jamás había llamado a la policía o a los servicios de seguridad. Su única preocupación era salvar vidas.

Mientras el doctor trabajaba, Jack continuó contándole a Georgina la historia en detalle.

—Necesitamos un ordenador —le dijo—. Si Samiha pudiera piratear el ordenador en el que Al-Masri guarda la información, sabríamos dónde piensan colocar la bomba y de cuántos kilotones es. Si es una bomba pequeña, de un kilotón o menos, El Cairo estaría a salvo, pero todo el mundo en la conferencia moriría incinerado.

—Tengo un Mac en casa. Mi hermano me lo regaló cuando llegué. Jack, no sé si creerte o no, pero si tu historia es cierta... ¿Por qué no me dejas hablar con el embajador?

—Nunca aceptará cancelar la conferencia con tan pocas pruebas. Necesitamos algo convincente.

Una hora después, Naomi mejoraba de nuevo. La fiebre había bajado, y el doctor O'Malley les dijo que pronto estaría fuera de peligro.

—En el hospital dijeron...

—No pierda su tiempo con lo que dijeron en el hospital. Se preocupan demasiado por nada. He visto más casos como este que apariciones de la Virgen María han visto ellos. Todavía necesita cuidados, pero en uno o dos días estará de pie y corriendo por ahí.

—La quiero fuera de El Cairo a más tardar esta noche —dijo Jack—. Y no quiero «peros», tiene que estar en un tren a Alejandría antes de medianoche.

—Quizás esté pidiendo demasiado...

Jack no respondió.

—Volveré esta noche —dijo—. Asegúrese de que esté lista.

Samiha ya podía caminar. Llevaba el brazo en cabestrillo, pero le habían realizado una transfusión e insistía en ir con Jack.

Jack entregó una generosa donación a O'Malley.

—Téngala lista para partir esta noche y habrá mucho más dinero aún —le dijo—. Gracias por lo que ha hecho hasta ahora.

—Olvide el dinero —dijo el doctor—. Si es capaz de irse, se irá. Si no, no la dejaré partir, por mucho que usted me pague.

Jack miró a su alrededor. La clínica estaba repleta de hombres, mujeres y niños. Gente sin vida, desesperados por vivir.

Gente que no conocía otra cosa que el dolor, buscando un poco de alivio. Los más pobres entre los pobres, los derrotados, los humillados, los excluidos. Y pensar que un hombre que se creía la sombra de Dios afirmaba tener la solución a todos sus miedos y sufrimientos, trayendo la salvación en una nube con forma de champiñón. Se estremeció. Fuera, el aire estaba frío.

La víspera

Jack las dejó en casa de Georgina, donde ella y Samiha se pondrían a trabajar en el ordenador. Samiha aún estaba débil a causa de la pérdida de sangre, pero tras meses de frustración e ira, pensaba esforzarse al límite con la esperanza de frustrar los planes de Al-Masri.

—Ten cuidado, Jack —le dijo Samiha—. Y vuelve pronto.

Jack apoyó la mano en su mejilla y asintió.

—Dile a Georgina que te lleve de vuelta a la clínica si te sientes enferma. Regresaré lo más pronto posible.

La vuelta le tomó más tiempo que la ida. El tráfico era denso. En el lado este del río, se cruzó dos veces con hileras de limusinas, una dirigiéndose hacia el Palacio Abdeen y otra en sentido opuesto. El presidente recibía a sus invitados.

La multitud no se había movido de San Sergius. Ya no sostenían velas, pero habían llegado sacerdotes desde otras iglesias de la ciudad y guiaban a pequeños grupos en oraciones mientras los acólitos pasaban de un lado a otro llevando incensarios. Jack esperaba encontrarse con una bandada de periodistas y cámaras, pero no parecía haber nadie de la prensa. Supuso que las autoridades no habían informado de nada, y que de alguna manera ordenaron sepultar la historia: lo último que quería el presidente en aquel momento era que esto se filtrase en medio de la conferencia. Jamila le había contado el atentado suicida en la escuela de Zamalek y la consternación que había provocado.

Un cordón de la policía intentaba que los recién llegados no se acercasen a la escena del crimen. Jack consiguió rodearlo y pasó entre la gente hasta llegar a la casa de la familia Yaqoub. Frente a la puerta había un pequeño grupo. Estaban de rodillas en la calle, murmurando plegarias, invocando a un Dios que nunca antes les había parecido más distante que hoy. Un sacerdote movía de arriba abajo un icono de la Virgen frente a ellos, deteniéndose de vez en cuando para dejarlos besarla o tocarla con las manos. Un monje estaba de pie a un lado, sosteniendo un crucifijo de oro. Jack se dijo que las mujeres, que eran mayoría en este grupo, parecían tener frío y hambre. Pero estaba claro que no se moverían de allí en todo el día.

Un hombre grande y fornido lo detuvo frente a la entrada.

—Necesito pasar —dijo Jack—. Debo hablar con Jamila Loghoud. Es una amiga de la familia Yaqoub. Está con ellos ahora.

—No puede pasar —respondió el hombre—. Nadie está autorizado.

Siguió una larga discusión, y al final, el hombre entró en la casa, habló con el padre Joseph y regresó para dejar entrar a Jack.

—Dice que no puede quedarse —espetó—. Dice que usted sabe por qué.

Jack asintió. Sabía muy bien por qué.

Había un médico que se ocupaba del padre Joseph, quien iba vestido con una larga sotana negra. Estaba en el salón con los cuatro niños y Jamila, acompañados por dos sacerdotes y una anciana a la que le presentaron como la madre de Joseph. Los Zachary estaban también allí, al igual que el matrimonio Boutros. Jack podía escuchar a Shadia llorando en la otra habitación. Jamila le explicó que su madre y su hermana estaban con ella.

Habló brevemente con el padre Joseph, y le prometió llevar al asesino de sus hijas a la justicia.

—Y debo llevarme a Jamila —prosiguió—. Odio tener que hacerlo cuando sé cuánto la necesitáis, en especial los niños. Pero tenemos una tarea importante que terminar. Si no atrapamos a este hombre, habrá una masacre tal que lo de esta mañana parecerá pequeño en comparación. El horror que todos sentimos ahora se verá multiplicado muchas veces, más allá de toda medida.

El sacerdote asintió. Tenía los ojos secos, pero Jack podía adivinar lo que sentía por dentro. Como sucedió con él cuando descubrió el cuerpo de Emilia y creyó a su hija asesinada, sabía que el padre Joseph nunca volvería a ser el mismo. «La fe de un hombre tiene un límite», pensó.

—Jamila me lo explicó todo cuando te fuiste. Tienes razón, debéis ponerle un fin a todo esto. Que Dios os acompañe.

—Padre, quizá suene trillado, pero comprendo lo que está viviendo. Sería fácil para mí decirle que pasará. Pero sé que no se irá nunca. No tengo ni la respuesta ni la cura. El dolor no aplaca el dolor. Mi sufrimiento no puede curar el suyo. Pero le juro que haré justicia. Las muertes de Marie y Hannah serán vengadas.

El sacerdote lo miró fijamente.

—No busco venganza —dijo—. No es el camino de la cristiandad.

—Esa es su elección —respondió Jack suavemente—. Pero Rashid Al-Masri morirá de todas formas. Por lo que le hizo a mi esposa. A mis padres. A esas personas en Escocia. A la pequeña Fiona Taggart. Solo Dios sabe a cuánta gente inocente ha matado, o a cuántos más matará si sigue adelante. Le prometo que lo mataré. Rápido o lento, no hay diferencia. Y no rezaré por su alma, porque no creo que tenga una.

Joseph se persignó.

Jamila se despidió de los niños y partió junto a Jack. Por el camino, le contó lo que había sucedido.

—Tienes que saber dónde se encuentra Naomi en caso de que algo salga mal.

Le dijo el nombre del médico y la ubicación de la clínica, pero ella le respondió que conocía bien a O'Malley.

También le dio la tarjeta de visita de Georgina y le pidió que la guardase bien.

Fuera de la casa, la gente todavía rezaba. Se abrieron paso entre la multitud y se dirigieron al coche. Pero las personas frente a la iglesia habían invadido la calle y no paraban de aumentar a medida que llegaba más gente desde Mise Al-Qadima y otras zonas cristianas. En medio del tumulto, Jack y Jamila se separaron.

Jack vio el coche y a Jamila cerca, pero cuando consiguió liberarse de la multitud, aparecieron como de la nada dos hombres, uno a cada lado de él.

—¿Profesor Jack Goodrich?

Cuando Jack se giró, el hombre que le había hablado ya estaba a su lado, y el otro se acercó por el costado opuesto. En la voz podía adivinarse un acento inglés.

—¿Es usted Jack Goodrich? —volvió a preguntar el hombre.

—¿Quién quiere saberlo?

Su interlocutor hurgó en el bolsillo y, por un instante, Jack pensó que sacaría un arma. Pero en su lugar sostuvo en alto una cartera con una placa dorada en el interior.

—Inspector Norman Alderton, de la policía de Norfolk. Mi compañero es el inspector Ferguson, de la policía escocesa. ¿Puedo pedirle que me confirme que usted es el profesor Jack Goodrich de la Universidad Americana, antiguo residente de la calle Fouad 17, en el barrio de Ciudad Jardín, El Cairo?

—¿De qué se trata todo esto? ¿De qué mierda se trata todo esto? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Confirma ser el profesor Jack Goodrich, tal y como le he descrito?

—Sí, pero ¿por qué? No he hecho nada. ¿Por qué...?

—En ese caso, profesor Goodrich, debo advertirle que será escoltado a la comisaría más cercana, donde se le declarará formalmente sospechoso de asesinato. Concretamente, del asesinato de sus padres, Arthur y Nancy Goodrich, residentes en Norwich, Ian y Jean Stewart, y Angus y Ailsa Gilfillan, residentes en Whitebridge, en el condado escocés de Invernesshire. También se le considera sospechoso del asesinato de Simon Henderson, de la embajada británica en El Cairo. Después de las formalidades, usted será extraditado al Reino Unido, donde será juzgado bajo la ley inglesa. Tiene derecho a permanecer callado o a solicitar un abogado...

Mientras el policía terminaba de hablar, el escocés hizo un gesto con la mano y dos policías egipcios uniformados surgieron de entre la gente.

Un coche negro apareció y se detuvo frente a ellos. Jack fue esposado al asiento trasero, con un inspector a cada lado. Uno de los uniformados se sentó delante.

—¡Muévase! —gritó Alderton al conductor.

Claramente esto iba en serio, se dijo Jack después de que la verdadera realidad de su situación comenzara a aclararse ante sí.

Cuando el coche arrancó, Jack miró por la ventanilla para ver a Jamila observando boquiabierta cómo se alejaba.

Faltaban veinticuatro horas para que comenzara la Conferencia Internacional para la Paz y la Reconstrucción en Medio Oriente.

Tras las rejas

Piso de Georgina

6:30 h

Cuando Georgina abrió la puerta se encontró con Jamila muerta de preocupación. Apenas la había conocido brevemente, no lo suficiente como para formarse una impresión de su carácter. La hizo pasar, y Jamila no tuvo que perder el tiempo explicándole lo que había sucedido.

—Ya lo sé todo, la policía estuvo aquí. —Georgina estaba preocupada. Sentía como si se hubiera lanzado de cabeza a unas aguas demasiado profundas para ella—. Quizá tengan pruebas de que Jack cometió los asesinatos.

—No creerías eso ni por un minuto si hubieras estado en la iglesia esta noche. De no haber sido por Jack, habrían masacrado a toda la familia.

Conversaron mientras Samiha dormía un poco. Jamila le contó sus antecedentes en los servicios de seguridad egipcios, y completó todo lo que pudo la información sobre Jack.

—Georgina —dijo después de un rato—, podríamos sentarnos a hablar durante horas. Podría darte un paseo por varios sitios web seguros, incluyendo el del MI6 de Egipto. Pero cada minuto que hablamos el tiempo se nos acaba y hay vidas en peligro. Necesitamos recuperar a Jack, y necesitamos saber qué haremos después. Porque si no tenemos un plan, lo mejor será que salgamos de El Cairo y salvemos nuestros lamentables pellejos.

—¿No podríamos...? Jamila sonrió.

—Las ideas después. La prioridad ahora es saber qué es lo que sucede con Jack.

Georgina, que ya había manejado varios casos de ciudadanos británicos arrestados en El Cairo, conocía bien los engranajes del sistema. Mientras Jamila esperaba fuera en la calle, entró en la estación central de policía, en Bab Al-Khalq.

Al enfrentarse al sumiso sargento que cuidaba el escritorio, Georgina hurgó en su bolso y le mostró su pase del consulado.

—Quiero ver a uno de sus superiores, y no tengo tiempo que perder.

El sargento, que no hablaba una palabra de inglés, conocía bien los avatares de la jerarquía. La mujer extranjera frente a él sostenía una credencial de algún tipo que parecía muy oficial, y a él no le correspondía discutir nada. Llamó al inspector de servicio, un hombre alto y lúgubre del Delta, que había aprendido algo de inglés en la universidad de Alejandría.

A Georgina le llevó menos de dos minutos saber que Jack estaba allí, que dos policías británicos lo estaban interrogando y que lo trasladarían a Londres en el

próximo vuelo.

—Necesito hablar con él antes de que se lo lleven —dijo Georgina—. ¿Cuánto tiempo más llevará el interrogatorio?

El inspector miró el reloj de la pared tras el escritorio.

—No más de una hora —respondió—. Los británicos quieren llevárselo en el próximo vuelo, pase lo que pase. Ha matado a mucha gente. Dicen que es el responsable de las muertes en Shubra Al-Khayma esta madrugada. Un asesino múltiple... Nunca deberían haberle dejado entrar en este país.

Le agradeció la información y salió de la comisaría.

Jamila pensó con rapidez.

—Por lo general sacan a los prisioneros por la entrada trasera —dijo—. Si la prensa se entera de esto y aparece aquí, lo meterán en un coche en el patio frente a la salida y saldrán rápido para alejarse de la multitud.

Corrió hasta la calle Ahmad Maher, a un kilómetro de distancia, donde era posible comprar casi todo, y volvió lo más rápido que pudo. Cogiendo la mano de Georgina, corrió con ella hasta Bayt Al-Razzaq, quinientos metros más allá.

—Entremos —le dijo.

La casa era una construcción de lujo del siglo XVIII, visitada por los turistas más refinados. En el interior, Jamila se dirigió directamente a los *haramlik*, las habitaciones donde en su época encerraban a las mujeres. En este período del año, eran las únicas visitantes. Jamila abrió el paquete que había traído de Ahmad Maher, descubriendo dos *milayas* con guantes y velos.

Cinco minutos después estaban de pie detrás de la comisaría de policía. Dos mujeres cubiertas completamente que dijeron al centinela que esperaban la salida de sus esposos. Un jugoso soborno les dio acceso al patio interior.

Pasó una hora, y nadie aparecía con Jack. Jamila se dijo que quizá lo dejarían encerrado hasta mucho más tarde. O quizá saldrían en cualquier momento.

Cuatro horas después, seguían esperando. Georgina había vuelto al escritorio de la entrada dos veces, y las dos veces le dijeron «una hora más». Comenzaban a sospechar que se habían llevado a Jack a escondidas para evitar a la prensa. Los policías entraban y salían del patio, ingresaban o liberaban prisioneros, parientes buscaban a sus hijos y hermanos, una furgoneta llegó con comida, pero Jack seguía sin aparecer. Ya era media tarde, y se les estaba acabando el tiempo.

Entonces, la puerta trasera se abrió y salieron dos hombres: un europeo alto y un superintendente de la policía egipcia. Georgina cogió la mano de Jamila y la apretó con fuerza. Después de que los hombres pasaran a su lado, le susurró enojada:

—Conozco al hombre del abrigo. Es Malcolm Purvis, un diplomático, y resulta que también sé que trabaja para el MI6.

Jamila asintió. Había oído hablar de Purvis.

Pasaron cinco minutos, y se abrió la puerta cochera del patio. Entró un Ford negro. La puerta permaneció abierta y el conductor dentro del vehículo. Pasaron los minutos. El motor seguía encendido. Jamila podía sentir el latido de su corazón, y sabía que tendrían solo una oportunidad. No tenía ni idea de cuántos policías habría custodiando a Jack, cuántos estarían armados, o si podría conseguir lo que se proponía. Explicó a Georgina lo que planeaba hacer. Georgina le aclaró a su vez que pasaba la mayor parte de sus fines de semana con algo que llamó el Ejército Voluntario, y que sabía defenderse sola. Su único problema era que nunca había sido entrenada para pelear cubierta con una sábana de pies a cabeza.

De repente, se escucharon pasos detrás de la puerta. Jamila avanzó a un lado, Georgina al otro. El guardián estaba tan ocupado en que nadie bloqueara la salida que pasaron desapercibidas.

Las puertas se abrieron de golpe. Un policía salió y se hizo a un lado para sostener la puerta abierta. Justo tras él apareció un hombre de piel cerúlea con un traje europeo barato y luego Jack, que iba esposado a él. Tras ellos avanzaba el otro inspector británico.

Caminaron directos al coche. El conductor salió del coche y abrió la puerta trasera de su lado. El primer inspector le dijo a Jack que entrase y, una vez que estuvo dentro, se sentó junto a él. El segundo inspector no había llegado aún a la puerta opuesta, para sentarse al otro lado, cuando Georgina se acercó a él por detrás y apoyó en su espalda algo que se sentía como el cañón de un arma.

—Quédese donde está o dejará su hígado, sus riñones y la mayor parte de su estómago en El Cairo —ordenó, utilizando el tono de comandante que había aprendido de su padre.

Jamila apuntó su arma directamente a la cabeza del primer inspector y le ordenó que se moviera. Sorprendido y fatigado tras tantas horas despierto seguidas del interrogatorio por el que acababa de pasar, Jack apenas reaccionó al principio. Pero entonces tiró de su brazo esposado, arrastrando al inspector a través del asiento hasta tenerlo a su lado. Cerró el seguro de la puerta para impedir la entrada al otro inspector.

—Esto es un secuestro —dijo Jamila—. Haga algo y le dispararé en el muslo izquierdo. Haga algo más, y la segunda bala irá a su ingle. Estoy entrenada para esto. Ya lo he hecho antes, y créame, inspector, no dudaré en volver a hacerlo si intenta cruzarse en mi camino.

Georgina dejó al segundo inspector petrificado junto a la puerta del coche y dio la vuelta para sentarse en el asiento del acompañante.

Jamila se inclinó hacia delante y le habló en árabe al conductor:

—Pon la primera marcha y pisa el acelerador —le ordenó—. Conduce lo más rápido que puedas, luego te diré adónde ir. Si no haces lo que te digo, te dispararé y conduciré yo misma el jodido coche.

Ya fuera por la impresión de escuchar a una mujer profiriendo insultos o por la

conciencia de haber mojado sus pantalones, el conductor hizo exactamente lo que le pedía. El coche salió disparado, destrozando la puerta cochera que el guardián intentaba cerrar sin éxito. El conductor giró a la derecha y tomó la calle vacía.

Jamila se quitó el velo y sonrió a Jack. Le habló en árabe:

—Nosotras ya hemos hecho nuestra parte. El resto te corresponde a ti. ¿Qué hacemos ahora?

El principal sospechoso

Piso de Georgina

Media hora después

—Me dijeron que asesiné a mis padres en Norwich, y que luego regresé a Escocia, donde maté a Simon y al matrimonio Gilfillan. Lo reconstruyeron todo, calcularon los tiempos y compararon las balas. Aunque no lo creáis, incluso enviaron a un pobre diablo a tomar un vuelo entre Escocia y Norfolk. Soy el principal sospechoso, ni siquiera se plantean que haya sido otra persona. Les conté la verdad, y se rieron en mi cara... Dijeron que era la historia más delirante que habían oído jamás, que seguramente leía demasiados *thrillers*. Los egipcios me quieren de vuelta en El Cairo para juzgarme por los asesinatos de la iglesia.

Jamila lo observó mientras hablaba, sin preguntarse ni por un segundo si estaba o no diciendo la verdad. Sabía que sí. Y también sabía que ninguna policía del mundo le creería. En cuanto a Georgina, la excitación del rescate perdía peso frente a sus cada vez mayores dudas respecto de la sensatez de meterse en esta historia. Podía imaginar a su madre al enterarse, y el frío tono de voz que solía adoptar en tales ocasiones. Se dijo que la prisión era preferible a tanto sarcasmo.

Ataron al policía y al conductor con una cuerda que Jamila había comprado en el mercadillo junto a la comisaría de policía expresamente para eso. Probablemente aún seguían allí, amordazados y atados con unos nudos que habría que cortar para deshacer, en el suelo del coche aparcado en un callejón lejos del bullicio. Georgina se dijo que para entonces debían de sentirse extremadamente incómodos, pero que no les sucedería nada malo. Alguien los encontraría en una hora o dos, y el policía británico iría a su hotel a tomar un baño caliente y una sesión con el masajista del lugar.

Estaban de vuelta en el piso de Georgina. Durante su ausencia, Samiha había despertado sin conseguir dormirse de nuevo. No podía soportar la idea del tiempo que se iba, y se decía que si no conseguían detener a Muhammad Al-Masri, nunca volvería a ver a sus hijos otra vez. Había encontrado una cafetera, y consumido tanta cafeína como su cuerpo podía aguantar. Entonces, con una gran taza junto a ella y un termo con café no muy lejos, se sentó frente al ordenador de Georgina y se puso manos a la obra. Cuando los demás llegaron, se acomodaron en el salón y les contó lo que había descubierto.

—La conferencia está organizada bajo la dirección nominal del presidente Mubarak, que piensa acudir a todos los encuentros. Sin embargo, como se trata de una pieza clave para las negociaciones de paz, no dirigirá realmente ninguno. Para eso se han traído un puñado de premios Nobel. No hay manera de llegar a Mubarak. No con el poco tiempo que tenemos, ni siquiera con todo el tiempo del mundo.

»La persona con la que debemos contactar es el ministro de Asuntos Exteriores, Megdi Yusuf, que es quien detenta el verdadero poder en la conferencia. Él organizó todo junto a su homólogo israelí, Abraham Edri, contactó personalmente con todos los jefes de Estado y conserva el control general de la organización. Si algo sale mal, será su cabeza la que termine en la picota.

—¿Algo como una bomba atómica explotando durante la ceremonia de apertura, por ejemplo? —bromeó Georgina.

Jack sonrió. Si realmente había un momento propicio para el humor macabro, era sin duda este.

—El problema es que Yusuf no es fácil de localizar en este momento —continuó Samiha—. Acompañará al presidente en la recepción de los jefes de Estado durante casi todo el día, y cada vez que encuentra un hueco es para revisar algún detalle del evento. Su agenda está en línea en la página del ministerio, y es abrumadora. Incluso controla el servicio de comida. Obviamente, no puede o no quiere delegar. Sin embargo...

Samiha titubeó. Tras un primer momento de excitación, comenzaba a tener dudas, y se preguntaba si la información que tenía era suficiente.

—Hay un área en la que sí delega, y es la seguridad. En lugar de dejar que cada país se ocupe de su propia seguridad, generando un caos de competencias, contrató a una compañía privada americana para que se haga cargo de la conferencia. La responsabilidad por la seguridad de cada jefe de Estado sigue siendo de sus propios guardaespaldas, pero estos no tienen poder de decisión en la seguridad global. Para esto Yusuf ha contratado a un viejo amigo suyo: su nombre es Khaled Selim, y solía ser un tipo importante en una de las agencias nacionales de seguridad.

—Fue mi jefe en el Mubahat Al-Dawla —dijo Jamila con voz queda—. Es una pesadilla trabajar con él, pero es muy eficiente. Se asegurará de que todo funcione tan bien como los trenes en la época de Mussolini.

—¿Le conociste personalmente? —preguntó Jack.

Jamila negó con la cabeza.

—Le vi en persona una o dos veces. Era el jefe, y las personas como él nunca se mezclan con los rangos inferiores.

Samiha continuó:

—La compañía americana controla la seguridad del perímetro, el control de la prensa, las credenciales biométricas y otras cosas más. Pero Selim tiene a su cargo diez mil hombres armados reclutados en el ejército y los servicios de seguridad.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Jack.

—Creo que será más fácil acceder a Selim que al presidente o al ministro de Asuntos Exteriores. Si conseguimos persuadirlo de que la conferencia está en peligro, tiene suficientes hombres como para buscar la bomba. Incluso quizá posea la autoridad para cancelar o posponer la ceremonia inaugural con un nivel de alerta máximo.

Jamila negó con la cabeza.

—Nunca hará eso... El presidente quedaría retratado, y eso es importante. Nunca más vendría nadie a Egipto para un evento semejante. Mubarak está intentando cambiar la reputación violenta del país. Yusuf se lo ha jugado todo a que esta conferencia se realice sin ningún inconveniente. Si es un éxito, será un candidato al premio Nobel de la Paz, lo que podría lanzarlo a la carrera presidencial. Llevaría mucho tiempo persuadirle, y no tenemos ese tiempo. De todas formas, Selim tampoco será de fácil acceso...

Samiha no tenía argumentos. Hubo algunas sugerencias por parte de los otros, pero ninguna parecía realizable. Guardaron silencio. Ya era pasado mediodía. Entonces, Georgina alzó la mano:

—La embajada conserva archivos secretos de todos los políticos y personas importantes. Este tal Selim debe estar en algún lado. De hecho, probablemente tenga un archivo nutrido. La mayor parte de la información es del tipo de la que puede filtrarse en la prensa si la necesidad llegase. Por lo general no necesitamos servirnos de eso, no es algo con lo que deba jugarse.

Aquellos archivos eran un secreto a voces entre el personal de la embajada, y entre ellos se encontraba Georgina. Había llegado a Egipto con unas credenciales impecables, principalmente en el terreno social. A pesar de su rango subalterno, ya formaba parte del círculo selecto de ex-alumnos de importantes universidades, graduados de Oxford y Cambridge y familiares de diplomáticos y militares. Uno de sus tíos había sido embajador en Egipto en los años setenta, y un tío abuelo en los cincuenta. Por supuesto, nunca había hablado de ello con nadie (no sería apropiado), pero todos lo sabían, e incluso los rangos superiores compartían con ella confidencias que jamás hubieran mencionado a la nueva carnada de escaladores sociales surgidos de los barrios de protección social.

Le llevó tan solo quince minutos entrar en el sistema, encontrar el archivo de Selim y leerlo.

De vuelta en el salón, compartió sus descubrimientos con los demás.

Selim tenía una amante, una francesa que vivía en Zamalek, la parte norte de la gran isla del Nilo donde se encontraba la escuela de Naomi. Solía visitarla cada jueves por la noche (viernes en el calendario musulmán), siempre en el lujoso y enorme piso de ella, uno de los edificios de apartamentos construidos por los ingleses en la calle Saray Al-Gazira. No era precisamente algo sabido por todos, pero un grupo reducido de personas estaba al tanto, incluida su esposa. Ella tenía su propio amante, un joven poeta egipcio llamado Misbah, y prefería no decir nada sobre las correrías de su esposo.

La novia francesa de Selim era la corresponsal en Egipto del periódico *Le Monde*. Tenía veintiocho años, era increíblemente hermosa, *soignée*, morena, tan compleja y astuta como Houdini, y aficionada de ciertas posiciones sexuales que solo una hija de franceses y un producto de la educación francesa era capaz de adoptar. Se decía que

sus pechos eran tan frescos como los de una quinceañera, que el cajón donde guardaba sus bragas olía a violetas, y que su trasero era tan firme y provocador como dos panecillos delicados y redondos recién liberados del ardiente abrazo del horno. Selim estaba loco por ella, y las «lecciones de francés» semanales en su tocador perfumado eran lo único que lo mantenía cuerdo en un trabajo tan importante como agotador.

Siempre visitaba a la adorable Adrienne una vez caída la noche. A veces regresaba a su casa después de medianoche, a veces se quedaba a dormir con ella. Y si sus tareas lo mantenían hasta tarde en el ministerio, podía llegar a verla a medianoche o incluso más tarde. Ella nunca lo visitaba, y nunca se los veía juntos en público.

Cuando se encontraban, llegaba a su casa en un coche particular, un Lexus negro que su chófer aparcaba fuera de Clarendon House, un edificio de apartamentos que databa de los años treinta. Un segundo coche, un Mercedes, lo seguía siempre de cerca. En su interior iban dos guardaespaldas, siempre los mismos, hombres en quienes Selim confiaba por su discreción.

—Seguro que no irá esta noche —dijo Jack—. Son los momentos más críticos antes de que comience la conferencia.

—O quizá sí —opinó Jamila—. Esta noche habrá una gala de año nuevo en el hotel Mena House. Selim está obligado a asistir para ocuparse de la seguridad. La cena termina alrededor de las diez para dar tiempo a los invitados de relajarse y dormir un poco antes de mañana. Podría querer pasar la noche fuera para calmar los nervios con un poco de sexo recreativo.

—Eso no podemos saberlo —dijo Georgina.

Gracias a una llamada a las oficinas de *Le Monde* en El Cairo supieron que *mademoiselle* Dussoilier asistiría a la rueda de prensa que tendría lugar antes del banquete, pero que no tenía otros compromisos para el resto de la noche. Georgina hablaba un francés rudimentario, y fue ella la que hizo la llamada. Sugirió en broma que quizás Adrienne planeara tomarse las cosas con calma.

—Ha tenido muchos compromisos esta semana —dijo la secretaria—. Ha venido gente de refuerzo de París, y ella no para desde hace días. Supongo que querrá pasar una noche tranquila antes de que esto comience mañana. ¿De qué periódico me dijo usted que era?

—Del *Times*. Dígale que la he estado buscando. Quizá me tope con ella mañana. *Au revoir*...

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Jack—. ¿Le pedimos a Georgina que se pase por su casa a tomar unas copas para tener una charla con Selim?

Nadie respondió, simplemente se quedaron mirando unos a otros. Parecían abatidos. Entonces, Georgina rompió el silencio:

—De hecho, es escandalosamente obvio si lo pensáis un poco. Los buenos modales no servirán de nada. Tendremos que secuestrarlo; solo por unas horas.

Hablaremos con él hasta que nos crea.

Jack se dirigió a Zamalek una hora después, acompañado por Jamila y Samiha cubiertas con sus velos. Había teñido su barba y sus cabellos con algo sacado de una botella en el dormitorio de Georgina. En ese barrio cosmopolita, Jack no destacaba tanto como podría en otras partes de El Cairo. Condujeron hacia la isla, pasando junto a banderas y decoraciones que ya comenzaban a parecer usadas, con sus colores en plena mutación producto de la eterna polución.

No tuvieron problemas en encontrar el edificio, aunque las cosas se pusieron más complicadas a partir de allí: la entrada del lugar estaba protegida por un guardia uniformado. Eso implicaba que tendrían que ocuparse de él o de su sustituto, además de los guardaespaldas.

—Vayamos a ver la parte trasera —propuso Jack—. Esperadme aquí, iré a dar la vuelta.

La parte trasera del edificio estaba mucho menos protegida que la delantera. Un callejón estrecho separaba los edificios de una calle de los de la otra.

La gente que vivía en aquellos pisos, con sus trajes Armani, sus carteras hinchadas y su bote semanal de *Crème de la Mer* sobre el tocador, seguramente solo utilizaba la entrada principal, ajena al mundo que existía en los callejones de detrás.

En el callejón había sombras por todas partes, y entre las sombras había gente que intentaba llevar algún tipo de existencia en ese inframundo, personas caídas en desgracia, unidas frente a una salvación imposible.

Jack se dijo que seguramente uno de los guardaespaldas cubriría la parte trasera. Probablemente cerca de la puerta, desde donde podría observar a la gente que entraba y salía del edificio: personal de limpieza, sirvientes, proveedores..., cualquiera que pudiese utilizar la entrada trasera. Pensó que incluso Selim podría entrar y salir por aquí. No había salida de emergencia ni otra forma de acceso que la puerta trasera. Jack tomó nota con el objetivo de preguntarle al portero cuál era la entrada que utilizaba el jefe de seguridad. Los porteros de El Cairo, al igual que los conserjes de París, conocían al dedillo las idas y venidas de sus patronos, y por lo general eran fácilmente sobornables.

Antes de dejar el callejón, Jack dedicó otra mirada a las pobres gentes que habían hecho de este lugar su hogar. Se apiadó de ellos con una fuerza desconocida hasta ese momento. Sus propias pérdidas y la conciencia de la devastación que le esperaba le hacían ver a aquellos mendigos, con quienes tan familiarizado estaba durante su vida en El Cairo, bajo una nueva luz. Pensó en Darsh, y en su promesa de ofrecerle un futuro. También recordó la generosidad mostrada por los *zabbalin*, los recolectores de basura de la aldea a la que Jamila lo había llevado después de la boda.

En el camino a Zamalek se habían cruzado con una familia de *zabbalin* mientras avanzaban lentamente por una calle: un hombre, una mujer y sus dos hijos pequeños.

El equipo al completo.

De pronto, una idea comenzó a cobrar forma en la mente de Jack. Pensó en cómo los *zabbalin* eran vistos por todos, y sin embargo recorrían la ciudad como si fuesen invisibles, igual que los mendigos. Todo el mundo los veía, pero nadie reparaba en ellos o les dedicaba siquiera un pensamiento.

—Por supuesto —dijo—. Por supuesto...

Entregó todas sus monedas y algunos billetes a los mendigos y regresó a la calle donde Samiha y Jamila lo esperaban. Apenas podía distinguirlas una de la otra con los velos puestos, pero al verlas más de cerca reconoció los ojos de Samiha. Se preguntó cómo podría confundirlos; sus iris eran del color del oro. Y estaban clavados en él.

La luz del cielo comenzó a cambiar. Los rayos del sol alcanzaban las puntas de los minaretes de la ciudad y se convertían en lenguas de fuego contra el horizonte del oeste, hundiéndose tras las pirámides y los templos funerarios y cubriendo las carpas de la conferencia con un manto dorado. Desde cada minarete se alzaban las voces de los almuédanos llamando a la plegaria del atardecer que daba inicio al nuevo año.

—¿Dónde hemos visto a los *zabbalin*? —preguntó Jack.

Samiha, que recordaba haberse sorprendido al verlos, señaló en dirección al río:

—Unas calles más allá —dijo.

Fueron hasta allí caminando. La familia seguía en su trabajo, incluso el día de Navidad. Jack se dijo que si Jesucristo volviera a nacer, lo haría en una de sus aldeas, y crecería guiando un burro por las calles en busca de basura, vestido con harapos.

Quinta parte

Ocultos a la luz de las farolas

Piso de Georgina
Una hora después

En Zamalek cogieron el coche de vuelta al piso de Georgina. Jack volvió a salir poco después, tras dejar a las tres mujeres descargando e imprimiendo todas las pruebas que habían podido recopilar sobre Ahl Al-Janna y sus planes. Aunque sabían que al final todo dependería de lo mismo: si Selim creía o no a Samiha. Conociendo su debilidad por las mujeres bonitas, Georgina esperaba en secreto que el jefe de seguridad se sintiese atraído por Samiha. Todo ello siempre y cuando pudiesen acercarse a él, por supuesto.

Samiha no paraba de mirar nerviosamente el reloj, preguntándose cuándo deberían comenzar a preocuparse por Jack: había partido sin ser capaz de decirles a qué hora volvería.

Mientras trabajaban conversaban en inglés, para que Georgina pudiese comprenderlas. Georgina comenzó una charla sobre novios, solo para descubrir que se trataba de un tema que ninguna de sus interlocutoras podía comprender. A Samiha la habían casado tarde, a los dieciocho años. Antes de eso, comprendió rápidamente que frecuentar hombres era algo que se pagaba con la muerte, aunque todo lo que hicieran fuera cogerse de las manos. Jamila provenía de una familia más abierta, y había estado con dos hombres, aunque siempre en secreto. Era una mujer independiente, como Samiha, pero en Egipto seguía siendo demasiado fácil cruzar la línea entre lo tolerable y lo estrictamente prohibido. Las anécdotas de Georgina provocaban tanta excitación como espanto en las mujeres árabes, y en cuanto ella se dio cuenta, se dedicó a ser la estrella de la tarde.

Jack estuvo de vuelta a media tarde. Había pasado una hora comprando un billete de tren para Naomi para esa misma noche, y otra hora visitándola en el hospital. Retiró más dinero del banco con el fin de pagar a una de las enfermeras del doctor O'Malley para que llevara a Naomi a la estación de Ramsés a la hora indicada y acompañarla hasta Alejandría. También realizó una importante donación para la clínica. A cambio, el médico le entregó algo vital para lo que planeaba en Zamalek.

Dejó a Naomi sentada en la cama y comiendo un almuerzo ligero. O'Malley pensaba que se encontraba fuera de peligro, aunque no estaba contento de que la enviara al norte, e insistió en que una vez allí la llevaran de inmediato a una clínica.

Ahora, de regreso en el pequeño aunque elegante piso de Georgina, Jack sufría por la decisión que había debido tomar. Naomi llevaba encima dinero suficiente y los teléfonos del consulado y de sus tíos en Nottingham. Pero si la bomba estallaba, Jack sabía que el país entero sería un caos. La hermana Clare, la enfermera, una mujer encantadora proveniente de Galway, era monja en una de las órdenes que ayudaban a

financiar la clínica. Según el doctor O'Malley, la hermana Clare repartía condones como caramelos, fingiendo que eran globos para los niños y así aplacar su conciencia. Había visto demasiados bebés muertos para predicar la abstinencia, como ella misma le había dicho. Le gustaba, y confiaba en ella. Pero aun así sabía que quizá nunca volvería a ver a su hija.

Intentaron descansar un poco, pero ninguno de los cuatro consiguió dormir bien. Ya había oscurecido, y en la noche sin luna, las sombras de la muerte por venir parpadeaban como los fantasmas de los fallecidos.

A las nueve, Jack despertó a todo el mundo. Intentaron comer algo, pero no tenían apetito. Al final, apartaron los platos y Jack se puso de pie.

—Hora de partir —dijo.

Georgina se quedó en el piso intentando abrirse camino entre los archivos del ordenador, con la esperanza de encontrar algo más sustancial. Samiha y Jamila habían hecho todo lo que pudieron con los documentos en árabe, y ahora era el turno de Georgina con el material en inglés.

Jack y sus dos compañeras llegaron a Zamalek cinco minutos después. Conducían un coche barato de segunda mano comprado en Imbaba para usarlo en la huida. Era un Peugeot 405 de 1994, igual que todos los otros Peugeot de El Cairo. Una vez fuera de Zamalek, no habría ningún problema para desaparecer en el tráfico.

Algo antes, Jack había pagado generosamente por el burro y el carro, además de una pila de harapos que les servirían para disfrazarse de *zabbalin*. Todo los esperaba en un callejón cerca de la calle Saray Al-Gazira, al cuidado de uno de los hijos mayores de la familia. Se vistieron con los harapos, que despedían un hedor insoportable. De noche y solo iluminados por las farolas alrededor del edificio de apartamentos, nadie sospecharía de ellos.

El muchacho, que tenía unos quince años, les explicó todo: cómo caminar (rápido, sin hacerse notar), cómo sacar la basura de los cubos y meterla en el carro (con cuidado, evitando que se caiga), cómo hacer avanzar y detenerse al burro (con caricias, golpes, empujones y a veces a gritos)... Practicaron un poco yendo y viniendo por el callejón. Era el mejor disfraz que habrían podido imaginar. Nadie les dedicaría una segunda mirada.

Dejaron el coche aparcado a pocas calles del edificio de Adrienne. Jack había hablado antes con el portero y supo que le darían la noche libre, como todos los jueves. Nadie los molestaría por el Peugeot destartado. Abandonando un momento a sus compañeras, Jack regresó al coche y cogió los dos revólveres recién cargados. Uno sería para él, el otro para Jamila. No quería a Samiha siquiera cerca de un arma.

Fue hasta el carro y los tres comenzaron la agotadora y nociva tarea de recoger la basura de los callejones. El muchacho, después de formarlos en su particular actividad, se despidió y partió en busca de un taxi que lo llevase hasta su pueblo.

Quedarse durante horas en el mismo sitio hubiera sido algo estúpido. Por el contrario, decidieron dejar su impronta en el barrio, caminando en silencio por calles

y callejones. Al principio se limitaron a las calles principales, ida y vuelta como recolectando basura. Nunca se alejaban más de unas pocas calles de la entrada del edificio de apartamentos. Cada vez que un coche pasaba se ponían tensos, pero siempre continuaba su camino y todo volvía a estar en silencio.

Jack había vuelto de la clínica del doctor O'Malley con varios aerosoles de cloruro de etilo y unas jeringuillas de propofol listas para usar. Tendrían que actuar rápido, sin otra ventaja que los ensayos en casa de Georgina.

Era una noche clara, e incluso visto desde la ciudad el cielo estaba plagado de estrellas. En la tierra, una hilera de farolas parpadeaba, arrojando su brillo pálido y amarillento sobre las calles. Desde una ventana abierta llegó la música de un concierto de Mohammed Raheem. En otro lado, una pareja discutía sobre quién debía pasear al perro. Una pareja de ancianos pasó cogida de la mano en dirección al río. A través de la noche se escuchaba la música de los cruceros que subían y bajaban por el Nilo.

Las horas pasaban. Todos sabían lo que sucedería si Selim no aparecía por allí, precisamente esta noche. Parecía ridículo que el destino de miles de personas, quizás el destino del mundo, dependiera de la presencia o ausencia de un solo hombre.

Justo antes de medianoche, ocuparon sus posiciones cerca del edificio de apartamentos. Algunos jirones de nubes pasaban entre las estrellas, y las calles estaban llenas de las sombras y los sueños de los que dormían. El murmullo constante del tráfico llenaba la noche; incluso aquí, en las zonas más ricas de la ciudad, los coches no cesaban de ir y venir. La gente salía y entraba de los pisos, los taxis recogían y dejaban pasajeros, la pareja de ancianos pasó de vuelta, aún cogidos de la mano. La vida seguía su curso, pensó Jack. Pero no podía dejar de imaginar el aire cubierto por las curtidas alas negras del ángel de la muerte.

De pronto vieron acercarse lentamente un coche con las luces encendidas. Avanzó hasta quedar frente al edificio y se detuvo. Bajo la luz de la farola, Jack reconoció el Lexus. Lo seguía de cerca un Mercedes.

Jack se encontraba al pie de las escaleras, hurgando en una esquina entre la pila de basura que él mismo había colocado allí. Observaba todo, sin saber muy bien en qué orden habría que proceder. Jamila se ocupaba del carro. Lo acercó lentamente y lo condujo hasta que bloqueó el Lexus.

Los guardaespaldas salieron del Mercedes y se dirigieron a la entrada, controlando el área antes de que el jefe de seguridad saliese de su coche. La presencia de los recolectores de basura los irritaba.

Se acercaron a Jack, uno de cada lado.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó uno de ellos—. Lárgate de inmediato. De todas formas, no deberías estar fuera a estas horas de la noche.

Jack respondió con una larga frase en árabe. Entretanto, Samiha se acercó al segundo guardaespaldas. Cada uno de ellos llevaba un auricular en el oído, y no estaban prestando demasiada atención a lo que Jack decía ni les importaba. Lo único

que querían era que aquella familia desapareciese llevándose su carro. Jack cogió el aerosol de su bolsillo y Samiha lo imitó. Alzaron los pequeños tubos y esparcieron el cloruro de etilo en la boca y nariz de los guardaespaldas. Ambos se derrumbaron en segundos.

Jamila ya había abierto la puerta del coche y estaba rociando al conductor. Este se desplomó cuando le tocó, y Jack lo maniató en la calle.

—Señor Selim, por favor no se mueva —dijo Jamila en el tono más tranquilizador posible mientras se acomodaba al volante—. No le haremos ningún daño. Esto no es un secuestro por razones políticas o económicas. Todo lo que queremos es hablar con usted y mostrarle algunas cosas que esperamos que se tome en serio. Muchas vidas dependen de lo que decida hacer.

Jack y Samiha inyectaron a los guardaespaldas con el propofol, un anestésico de acción rápida que los mantendría inconscientes por mucho más tiempo que el cloruro de etilo. Una vez dormidos, Jack los arrastró hasta el Mercedes y los acomodó en el asiento trasero. Les quitó las armas y el equipo de comunicación, y rompió la radio del coche. Cerró las puertas y se arrodilló para sacar el aire de los neumáticos.

Mientras hacía esto, Samiha inyectó al chófer de Selim y lo dejó en la calle. Jack se acercó para ayudarla a atarle las manos y acomodarlo en el asiento del acompañante del Lexus.

Durante todo el proceso, Selim permanecía inmóvil y en silencio en el asiento trasero de su coche. No hizo ninguna pregunta ni comentario. Pero estaba pensando en qué haría a continuación, recordando las cosas que había enseñado a toda una generación de hombres de Estado egipcios. De alguna forma, nada de lo que sabía parecía ser útil en una situación como esta.

Jack se sentó al volante y Jamila y Samiha se acomodaron una a cada lado de Selim. Habían atado el burro a la verja: el muchacho regresaría a buscarlo por la mañana para llevárselo a casa.

Se pusieron en camino y mientras conducía, Jack se dijo que acababan de pasar el Rubicón.

El pueblo del Paraíso

Piso de Georgina

Temprano de madrugada

El viaje de regreso no fue muy largo. Nadie pronunció una palabra de principio a fin. Selim no preguntó a sus captores quiénes eran, adónde lo llevaban o qué planeaban hacer con él. Parecían recolectores de basura, pensó, aunque las dos mujeres eran sorprendentemente bellas y el hombre ni siquiera era egipcio. De lo que no dudaba ni un segundo era que todo esto tenía algo que ver con la conferencia. Tampoco dudaba de que le quedaban apenas unas horas de vida. Era un hombre orgulloso, y el alcance de su corrupción en la vida pública se limitaba a su relación ilícita con su amante, de la que estaba enamorado. Se dijo que con toda seguridad sus captores buscaban una forma de violar la seguridad de la conferencia. Se sorprendió a sí mismo en su decisión de no traicionar a su país cuando este se encontraba a punto de dar un paso importantísimo. Aunque lo torturaran, no les diría nada.

Pero no lo torturaron. En cambio, se presentaron por sus nombres y le aseguraron que no le harían daño.

—Todo lo que queremos es hablar con usted —le dijo el hombre—. Queremos explicarle algo con todo lujo de detalles. Luego podrá irse si lo desea. No intentaremos detenerle.

—¿Precisamente usted me promete eso, profesor, cuando su nombre está en todos los periódicos? —preguntó Selim—. ¿Cuando media policía de El Cairo lo está buscando en este mismo instante? Usted asesinó a su esposa y a su hija, a sus padres, a dos niños y a seis hombres egipcios en una iglesia, y por lo que entiendo, eso es solo una parte de los asesinatos que cometió. ¿Por qué debería creerle cuando me dice que no me hará daño? No me considere tan estúpido...

—No le he traído aquí para convencerle de mi inocencia —respondió Jack—. Usted está aquí porque algo mucho más importante está a punto de suceder, y porque es la única esperanza que tenemos de detenerlo. Tomemos un café. Será una noche larga.

Khaled Selim no era un hombre fácil de convencer. Había pasado gran parte de su vida trabajando en los brutales servicios de seguridad bajo diferentes presidentes, y en todo ese tiempo había escuchado suficientes historias imposibles y teorías conspirativas como para llenar varios tomos si algún día decidía escribir sus memorias. Durante más de una hora, no se alejó de su convicción de que todo era un plan para salvar el pellejo de Goodrich y acusar de sus crímenes a un grupúsculo difuso de terroristas islámicos.

El cuento de la espada, admitió, era bastante inteligente, aunque hoy en día ya no aparecían objetos como aquel. Si había una espada, se trataba de una falsificación, de eso estaba seguro. Aunque admitía no ser un experto en esas cosas. Entonces su inconsciente le ofreció un viejo recuerdo enterrado: durante un día muy ocupado, se había cruzado con un informe sobre una espada. ¿Hacía cuánto de esto? ¿Seis meses? Sí, ahora recordaba. Un profesor de Al-Azhar había estado preguntando por una espada, una reliquia que había sido traída a El Cairo por una banda de contrabandistas que negociaban con antigüedades robadas. La espada había estado pudriéndose en el sótano del Museo de Antigüedades de Bagdad hasta que la robaron durante la invasión americana de 2003. El informe estaba escrito por el departamento de policía a cargo del contrabando de antigüedades, y llegó hasta él porque el contrabando a veces estaba relacionado con el terrorismo. Había olvidado todo aquello hasta ahora.

Comenzó a escuchar con más atención lo que le contaban. Por supuesto, hubiera sido más fácil si las tres mujeres se ocupasen solas del asunto. Goodrich, a quien todavía veía como un asesino despiadado, era una mosca en la sopa.

Recordaba a Jamila Loghoud. Solo se habían visto un par de veces, pero nunca había olvidado su rostro. Más de una vez había pensado en... Sonrió inadvertidamente e intentó controlar los viejos impulsos que su visión había despertado. Lo que de verdad le molestaba era por qué una mujer como ella estaba metida en un negocio sórdido como este. ¿Sería la amante de Goodrich?, se preguntó. ¿Era por ella que el profesor había matado a su esposa?

Pero eso no explicaba por qué una mujer del consulado británico estaba poniendo su carrera y posiblemente su vida en la picota. Y tampoco conseguía descifrar a la tercera mujer, Samiha. Por supuesto, reconocía su acento palestino, pero no comprendía el rol que jugaba en todo esto.

Goodrich le estaba hablando del grupo que había obtenido la bomba, sobre su búnker y sobre la posibilidad de encontrarse frente a las consecuencias de una explosión nuclear.

—No me ha dicho cómo se llama este grupo —dijo Selim—. Quizás haya oído hablar de ellos.

—Ahl Al-Janna —respondió Jack.

—Sí, me suena. Algunos de nuestros informantes los han mencionado. Pero me temo que se trata de un grupo de trasnochados. No creo que sean ni remotamente capaces de organizar un ataque como este. Sin mencionar la instauración de un califato y ocupar el lugar de Osama Bin Laden. Lo que me recuerda que no me ha dicho cómo se llama su líder.

Samiha se encargó de responder, y algo en su voz dejó claro que hablaba desde su experiencia personal.

—Su nombre es Muhammad —dijo—. Muhammad Al-Masri. Tiene un hermano llamado Rashid que hace el trabajo sucio en su lugar. Rashid dirigió el ataque a la iglesia de Shubra Al-Khayma. Rashid asesinó a la esposa de Jack y secuestró a su

hija.

Samiha dejó de hablar. Selim estaba pálido.

—Deberíais haber mencionado su nombre antes.

Selim no olvidaba el tiroteo en Shubra unos meses antes. Su departamento había perdido buenos hombres en el combate, y él había sido regañado por el ministro cuando se supo que los hermanos Al-Masri habían escapado.

—Contadme más de la mini bomba...

Mientras Samiha le explicaba la historia de la bomba desaparecida en Kazajistán, Selim comenzó a sentirse en su medio. Conocía varios casos similares relacionados con Al Qaeda, y la historia que contaba Samiha del arma robada en Chechenia y transportada desde Afganistán vía Alemania contenía varios elementos de verdad. La mayoría de la gente nunca había oído hablar de estas cosas, y los detalles que le daba la mujer palestina no podían provenir de algún periódico de Internet.

El hecho de que los componentes fuesen iraníes terminó de convencerlo. Era otro detalle que una persona cualquiera no podía haber inventado. Samiha le explicaba que no pretendían construir una bomba, sino utilizar la que había sido fabricada por los rebeldes chechenos. Sabía que los terroristas musulmanes chechenos habían vendido varias armas nucleares a Al Qaeda unos años atrás, que a su vez obtuvieron del 12.º Directorado Principal del Ministerio de Defensa Ruso, el Glavnoye Upravleniye Ministersvo Obrony, la organización a cargo de todas las armas nucleares rusas.

Había un detalle particular en estas armas: necesitaban un mantenimiento regular. Sin ello, el daño que podían causar disminuía hasta llegar a cero. Un mantenimiento regular implicaba revisiones cada seis meses, remplazando el tritio cada vez. Según Samiha, eso era lo que cargaban los aviones provenientes de Isfahán.

No había muchas teorías conspirativas con tanto sentido como aquella. Y resultaba difícil imaginar cuál era el beneficio para Jack Goodrich de inventar una historia que pudiese mostrarse falsa en tan solo unas horas, si se trataba en efecto de una invención.

Ya era de madrugada cuando Selim asintió y les dijo que parasen.

—Ya habéis dicho todo lo que necesito oír —dijo—. Me habéis convencido. Tengo que realizar unas verificaciones de seguridad esta mañana, antes de que comience la conferencia. Ahora tengo algo concreto para pedir a mi gente que busque. Si esto resulta ser un engaño, caerá sobre vuestras cabezas. Vendréis conmigo a Giza, y os quedaréis en el complejo hasta que encontremos esta bomba o hasta que estalle. Si no hay ninguna explosión ni ninguna bomba, me ocuparé personalmente de que seáis entregados a la policía y arrestados bajo cargo de secuestro de un oficial del Estado. La pena por ello es la muerte. Y creo que Jamila sabe lo que puede pasarles a tres prisioneras atractivas antes de que las envíen a la horca. En cuanto a usted, profesor, me aseguraré de que no sea extraditado al Reino Unido, sino juzgado bajo las leyes egipcias y condenado a muerte por todos los asesinatos que pueda colarle.

Por supuesto, con uno solo sería suficiente. Esperemos que digáis la verdad.

Selim sonrió, pero nadie le devolvió la sonrisa.

—¿Podemos confiar en que no nos pondrán las cadenas en el momento en que lleguemos a Giza? —preguntó Georgina, quien no estaba muy segura de cómo funcionaba la inmunidad diplomática en casos como este.

Selim le lanzó una mirada.

—No, no podéis. Ninguno de nosotros puede confiar en el otro. No por completo. Pero creo que habéis presentado un buen caso, y creo que el peligro justifica las decisiones que habéis tomado. Seréis cacheados antes de entrar en el recinto: no puedo permitir que vayáis armados, pero si no lleváis explosivos encima, puedo dejar que colaboréis en la búsqueda. Cerraré el perímetro y pediré refuerzos.

—¿Está dispuesto a cancelar la ceremonia y evacuar a los jefes de Estado si no encontramos nada? —preguntó Jack.

Selim negó lentamente con la cabeza. Había estado pensando lo mismo.

—Solo el presidente puede dar esa orden. Puedo acudir a él, pero para cuando consiga convencerle ya estaremos todos muertos. La conferencia comienza a las nueve de la mañana. No perdamos más tiempo. Cuanto antes comencemos a buscar, mejor.

Luz y sonido

Giza

Faltaban todavía unas horas para el amanecer cuando llegaron al sitio de la conferencia. Aquí, al borde de la ciudad, el cielo era más negro y las estrellas brillaban más que antes. Mañana por la noche, pensó Jack, las galaxias estarían ocultas por una nube de humo y cenizas, humo y cenizas donde se confundirían los átomos de un millar de seres humanos, fragmentos de príncipes y princesas mezclados en partes iguales con los de los más pobres y oprimidos de El Cairo.

Selim los acompañó a través del perímetro de seguridad que rodeaba la circunferencia de la meseta. Hizo llamar a su segundo al mando, y este hizo llamar a sus subalternos. El responsable de la compañía de seguridad que se encontraba de servicio aquella mañana fue convocado desde la oficina principal de control, y llamaron por teléfono a su jefe en su habitación del hotel Mena House. Se reunieron todos, junto con Jack y los demás, en una cabaña montada un año antes para alojar a un grupo de arqueólogos que realizaban excavaciones en la necrópolis al oeste de la Gran Pirámide.

El jefe de seguridad presentó a Jack como «el profesor», y a las mujeres como sus asistentes. Continuó explicando a todos qué era lo que debían buscar, pero no mencionó siquiera una vez la palabra «atómica». Era consciente de que se instalaría el pánico si se filtraba la información de que podía haber un arma nuclear en el recinto, y cada uno de los empleados de seguridad estaría en un santiamén conduciendo su coche lo más lejos posible de El Cairo.

—Buscad particularmente una mochila, o algo similar. Algo lo suficientemente grande como para pesar entre treinta y sesenta kilos. Regresad aquí cada hora. Registrad todo el lugar, pero por el amor de Dios, no hagáis que esto parezca más que una última verificación de seguridad, y no digáis una sola palabra a los guardaespaldas de las comitivas presidenciales.

Todo el mundo hizo preguntas, pero Selim se limitó a responder que daría los detalles más adelante. Su prioridad era encontrar la mochila con los explosivos. Nadie debía tocarla, de eso se ocuparía el escuadrón antibombas. Cuando sus subordinados se fueron, llamó al escuadrón antibombas en los cuarteles militares de la ciudadela.

Una mujer americana que trabajaba para la compañía de seguridad registró minuciosamente a Jamila, Samiha y Georgina. Las llevó hasta su oficina y las hizo desnudarse. Georgina intentó apaciguar los ánimos bromeando con lo que sucedía, y obtuvo a cambio un ceño fruncido y una reprimenda. A Jack lo registró uno de los hombres de Selim.

Este los estaba esperando cuando salieron.

—Hay algo que me preocupa —dijo—. ¿Cuándo pudo colocar aquí la bomba Al-Masri? El lugar lleva semanas bloqueado. Las pirámides están cerradas. La seguridad es muy estricta. Si supiéramos cuándo trajeron la bomba, quizá tendríamos una pista de dónde puede estar.

Ordenó que encendiesen los focos de los espectáculos de luz y sonido. La esfinge y las tres pirámides principales estaban brillantemente iluminadas. Por contraste, el resto de la meseta parecía más oscuro que nunca. Se repartieron linternas, pero no había suficientes para todo el mundo. Comenzaron la búsqueda, concentrándose en el sector donde se sentarían los dignatarios durante la ceremonia.

Los guardias de seguridad se repartieron por toda la meseta. Esta era la tarea que todos temían desde el principio: buscar una bomba en Giza era como buscar una aguja en un pajar.

Jack y los demás se separaron. Jamila se fue con Georgina, y sin que Jack se lo pidiese, Samiha se quedó con él. Jack conocía bastante bien la zona, a la que había venido en incontables ocasiones con amigos de visita desde el Reino Unido, nuevos miembros del equipo de la universidad o estudiantes. Fue capaz de describir a Samiha dónde se encontraba cada cosa en relación al resto.

—Es enorme —dijo ella—. No tenemos ninguna posibilidad de encontrar la bomba.

—Este es uno de los cementerios más antiguos del mundo —dijo Jack—. Quizás es digno que termine de esta manera. Digno y muy triste. Pero tienes razón, llevaría semanas y miles de personas realizar una búsqueda en profundidad. Hay tumbas, mastabas y templos por todas partes, además de las tres grandes pirámides y siete más pequeñas. Está repleto de agujeros en el suelo, cámaras subterráneas, cámaras ocultas en las pirámides..., pero no tenemos otra opción.

Hacía mucho tiempo que Samiha había perdido su fe en Dios; años atrás se había convertido en una apóstata en cuerpo y alma. Su cultura no permitía ese tipo de desvíos del camino recto, no aceptaba ninguna visión diferente o crítica, y castigaba la más mínima sospecha de incredulidad. Por fuera, había sido una buena musulmana, no tenía otra opción. Por dentro, siempre había soñado con algo diferente.

Sin ser consciente, Samiha hizo lo más escandaloso que una mujer en su situación podría hacer: buscó con su mano la mano de Jack y la cogió para ya no soltarla. De donde ella venía, una mujer podía morir por intimar de aquella manera con un extraño. Jack sonrió y no movió su mano, sin decir nada más.

—Estoy asustada.

—¿Tienes miedo de morir?

—No —respondió Samiha. No podía mirarlo a los ojos—. Tengo miedo de morir aquí sola. Este sitio no parece real, no se parece a nada que haya visto antes. Me arrancaron de lo que conocía, y durante todos estos meses he estado como muerta. Quizás esté muerta, quizás es solo una pesadilla que debo vivir el resto de la eternidad.

—Yo me quedaré contigo —dijo Jack.

La sensación de cercanía que había vivido con ella al principio era cada vez mayor. Allí, en la oscuridad, la mano de Samiha parecía la única cosa que todavía lo anclaba a la tierra.

Examinaron todo lo que encontraban en su camino. Cada grieta, cada hendidura, cada rincón. Jack apuntaba con la linterna que compartían a cada lugar oscuro. Nada. Quizá la bomba había sido puesta en una gran abertura y después sepultada, quizás habían pasado sobre ella sin saberlo. Se sentía exhausto, y podía sentir el cansancio de Samiha a cada paso que daban, todavía cogidos de la mano. Pensó en Emilia y en Naomi, sobre todo en su hija, que en ese momento ya debía de estar en Alejandría. Pensó en ella sola en algún lado durante el resto de su vida. La gente recordaría a su padre como un asesino múltiple que había masacrado a su esposa y a sus padres.

El sol del amanecer se alzó entre las arenas del desierto, tiñéndolas de rojo sangre y luego de dorado, como si vertiesen sobre ellas capas de metal fundido. Eran las siete de la mañana. Jack miró a Samiha. Entonces decidió que, cuando la búsqueda terminase y fuese el momento de sentarse a esperar la explosión que acabaría con todo, la tomaría entre sus brazos y la abrazaría con fuerza. Ella era todo lo que le quedaba.

Conversaron durante todo el tiempo que pasaron revisando el sitio. Ella le contó su historia en detalle, y él hizo lo mismo. Le contó titubeante el día que descubrió el cuerpo de Emilia. No todos los detalles, no todas las sensaciones, pero suficiente, más que suficiente. Ella lo escuchó, con cada palabra llegando a su corazón. Quería que él fuera feliz, que llenase el vacío de su corazón con lo que a ella le quedaba de comprensión y sentimientos. Samiha se dijo que estaban malditos: sin ningún sentido aparente, sus dolores se encontraban aquí, en un cementerio. La muerte se llevaría todo el dolor sin darles nada a cambio. Hacía tiempo que había dejado de creer en el Paraíso. Aquel hombre extraño era todo lo que le quedaba, por el poco tiempo que restaba antes de que la oscuridad se los llevase a ambos.

Jack la miró, sintió su mano contra la suya, una mano pequeña que pesaba lo que una pluma, y se dijo que aún estaba sonando. La pesadilla comenzaba a disiparse.

Se cruzaron con Jamila y Georgina cerca del templo funerario de la reina Khentkawes, al otro lado de la calzada de la esfinge. Su búsqueda no había dado frutos. Hasta el momento, nadie había encontrado nada.

Se pusieron otra vez en marcha. Jack se preguntó si Selim tendría detectores de metal, y luego imaginó todos los que necesitarían. Supuso que la bomba estaba programada para estallar en el momento en que todo el mundo estuviese sentado y diese comienzo la ceremonia. El tiempo pasaba cada vez más rápido. Al principio miró la hora en su reloj cada cinco minutos, incapaz de evitarlo. Luego se forzó a dejar de hacerlo. La siguiente vez que miró su reloj eran casi las ocho y media. En la zona donde se habían colocado las sillas, los empleados intentaban enderezarlas y acomodar las alfombras sobre el irregular suelo. Algunos invitados comenzaron a

llegar. Los corresponsales de la televisión estaban haciendo los últimos retoques a sus equipos, y los presentadores miraban a las cámaras mientras se arreglaban los cabellos.

Ya habían apagado las luces, las pirámides solo eran iluminadas por la luz del sol. Jack las miró, y se detuvo ante la inmensidad de la Gran Pirámide. En ese momento varias ideas le vinieron a la mente.

Era muy probable que los preparativos para la ceremonia se alargasen más allá de las nueve: a los jefes de Estado no les gustaba que los apresurasen. Los principales dignatarios, como el presidente de Egipto y sus homólogos de los Estados Unidos, Reino Unido, Francia y el rey de Arabia Saudita serían los últimos en ocupar sus asientos, y Jack estaba seguro de que eso no sería hasta bien pasadas las nueve.

Encontró a Selim en la sala de control, gritando órdenes a todo el mundo.

—Selim, esto no llevará más de un minuto. Necesito preguntarle algo.

—Adelante, aunque no creo que sirva de nada. La bomba va a explotar en cualquier momento. Si es que hay una bomba.

—Usted dijo que la meseta ha estado cerrada a los turistas desde hace semanas. Pero antes, además de los turistas, ¿hubo otras personas? Arqueólogos, por ejemplo.

Selim pensó un momento, le gritó algo a un asistente y luego pensó un poco más.

—Siempre hay arqueólogos por aquí —dijo al fin—. Vienen de todas partes. Hubo un grupo excavando en la necrópolis occidental. Creo que americanos. Yo los controlé a todos. También hubo unos japoneses en una de las mastabas fuera de la Gran Pirámide. Ah, y un pequeño grupo de una universidad alemana. Trabajaban con robots exploradores en las tres pirámides.

—¿Qué universidad? —preguntó Jack, que comenzaba a sentirse mal físicamente.

—No tengo ni idea —respondió Selim—. Escuche, tengo que seguir con lo mío. Si su bomba no explota, aun así debo mantener la ceremonia segura. —Jack se dio la vuelta para irse. Quizá le estuviese haciendo perder el tiempo. Pero antes de llegar a la puerta, Selim añadió—: Ah, sí, ya recuerdo. Tuvieron que deletreármelo. La universidad de Wildeshausen. ¿Ha oído hablar de ellos?

—Sí... Muchas veces —respondió Jack antes de salir corriendo. No existía ninguna universidad en Wildeshausen. Pero sí una pista de aterrizaje.

El teléfono del centro de control estaba siempre en uso. Jack cogió su móvil y buscó el número que le había dado la hermana Clare. Llamó, rezando para que tuviese el móvil encendido. Sonó varias veces. Samiha, de pie junto a él, lo observaba ansiosa.

La monja finalmente respondió. Jack le pidió hablar con Naomi.

—Verá, está un poco cansada después del viaje, la fiebre y todo lo demás. Podría dejarla dormir un poco, a la pobrecita.

—Póngala al teléfono ahora —dijo Jack—. Es urgente, más de lo que puede imaginar.

La monja hizo lo que le pedía.

—Cariño —dijo Jack—, no tengo mucho tiempo para hablar ahora. Necesito hacerte una pregunta. Cuando estabas en el hospital, dijiste muchas cosas que no me quedaron claras. Dijiste algo de ese hombre, el hombre que te cortó el dedo..., dijiste que le contó que puso algo en un santuario.

Naomi, sorprendida por el tono de voz de su padre, no conseguía ordenar su mente al principio.

—Mi vida, es muy importante que lo recuerdes —insistió.

—Ah, sí... Dijo que había puesto algo en el *Haram*.

—Ahora necesito que pienses bien. Estabas hablando en inglés. Si hubieras estado hablando en árabe, ¿qué habrías dicho?

Naomi repitió la frase, esta vez en árabe, y Jack supo que tenía razón. Hay dos significados de *haram* en árabe: el primero, con una «hache» fuerte, significa santuario, y eso había llevado a Jack a creer que Al-Masri planeaba llevar la espada a La Meca, una de las dos ciudades sagradas del islam. Pero el segundo significado, pronunciado con una «hache» débil, quiere decir otra cosa. Significa «pirámide».

—¿Y dijo cuál era?

—¿Cuál? Sí, papi, la grandota. *Haram kabir*.

La Gran Pirámide.

—Cariño, te llamaré más tarde, y si todo sale bien, nos veremos pronto. Recuerda que te quiero mucho. Pase lo que pase. —Colgó el teléfono—. Samiha, si Selim pregunta, dile que he ido a la Gran Pirámide.

Samiha asintió.

—¿Es ahí donde está?

—Sí —respondió Jack—. Quédate aquí, y rézale a todos los dioses para que llegue a tiempo.

—¿Podrás desactivarla?

—Puedo intentarlo. Si Selim encuentra a alguien del escuadrón antibombas, dile que lo envíe tras de mí. —Dudó un instante, y luego la abrazó y le dio un beso en la frente—. Haz lo que te digo, y después espérame aquí.

Comenzó a correr, sabiendo que la vida de todo el mundo en un radio de dos kilómetros dependía de la velocidad con la que pudiera encontrar la bomba, y de si podía desactivarla.

Samiha lo observó irse, sabiendo que no lo vería nunca más, y que finalmente moriría sola. Entró en el centro de control, sin ninguna esperanza.

En la Cámara del Rey

8:45h

Hubo un tiempo en que estaba más fuerte que un toro. Las largas excursiones con la fuerza aérea habían desarrollado los músculos de sus piernas, proporcionándoles resistencia y velocidad cuando las necesitaba. Ya no estaba en forma, pero la urgencia y el miedo le daban alas. Era una distancia importante, y tenía que llegar hasta el norte de la Gran Pirámide.

Ya había estado allí varias veces, pero ahora debía adivinar dónde podría haber escondido la bomba Al-Masri. Había varias cámaras y numerosos pasillos en la estructura de la Gran Pirámide: las dos cámaras principales, del Rey y de la Reina, y bajo ellas, cavada en los cimientos, una habitación sin terminar denominada comúnmente la Cámara del Caos. Además había un pasillo ascendente, uno descendente, un conducto que comunicaba ambos, llamado Conducto de Greaves, y la larga galería abovedada conocida como la Gran Galería.

Mientras corría, Jack intentaba imaginar la pirámide tal y como la recordaba de su última visita. No había tiempo de explorar más de una cámara, y si elegía la equivocada sabía que no volvería a ver la luz del sol.

El lugar más lógico era la Cámara del Rey, una habitación vacía ubicada en el centro de la pirámide y a mitad de camino hacia el vértice.

Los pasajes que llevaban hasta allí eran largos y empinados, y Jack sentía cómo sus piernas comenzaban a flaquear, aunque no podía permitirse ceder. Frente a él, la estructura maciza de la pirámide se elevaba bloqueando el cielo.

Rodeó el extremo nordeste de la pirámide y se apresuró a llegar a la cara norte, donde el califa Mamun había mandado a excavar a sus hombres en el siglo IX en busca de cualquier tesoro que pudiese estar enterrado. El claustrofóbico túnel se había convertido en la entrada principal de la pirámide.

Encendió la linterna y entró. El túnel descendía durante los primeros treinta metros. Con el corazón a punto de estallarle por el esfuerzo y el terror, avanzó hasta llegar al pasaje ascendente que conducía al corazón de la inmensa estructura. Se dio cuenta de que no había dicho adónde se dirigía, y que si los del escuadrón de bombas aparecían, tendrían que adivinar adónde había ido. Se preguntó por qué no había prestado más atención en el breve curso sobre desactivación de bombas al que había acudido.

Sus muslos le gritaban que se detuviese, su respiración iba y venía como si sus pulmones luchasen por conseguir un poco de aire en el estrecho pasaje, y el corazón parecía salirse del pecho. Definitivamente no estaba en forma, y sus músculos no respondían como habrían hecho años atrás. La oscuridad era casi total, y se dijo que

lo más fácil sería recostarse y esperar, pasar de esta, la más perfecta oscuridad del mundo, a la otra oscuridad. Apretó los dientes. Dos imágenes lo mantenían en camino: una era la de Naomi, y la otra, para su sorpresa, la de Samiha. Si alguna vez salía vivo de esta, sabía que le esperaba una gran reflexión por delante.

Llegó a la Gran Galería. Para su sorpresa, las luces colocadas para los turistas ya estaban encendidas, sin duda preparaban el gran paseo para los dignatarios más intrépidos tras la ceremonia. Había un pasamanos de madera a cada lado del túnel, y a sus pies el suelo estaba cubierto de planchas del mismo material.

Sin importar cuántas veces había estado allí, no cesaba de maravillarse. La galería avanzaba en línea recta durante cincuenta metros, y el techo se elevaba en una bóveda escalonada a ocho metros y medio del suelo. Se veía exactamente como debió de haberse visto el día en que los restos momificados del rey Kefren recalaron allí, cuatro mil quinientos años atrás.

Piedra sobre piedra, grandes bloques de mampostería, tan pesados que solo podrían haber sido colocados por un gigante, tan juntos unos a otros que ni siquiera una hoja de papel o un alfiler podría deslizarse entre ellos.

Como le sucedía siempre, Jack se sintió como un gnomo frente a esas piedras, con su espíritu silenciado y aplastado por la imposible grandeza del lugar.

Al final de la Gran Galería, Jack entró en una especie de antecámara. Detrás se encontraba la Cámara del Rey, la habitación donde siglos atrás los hombres de Mamun habían hallado los sarcófagos vacíos del faraón. Ahora, pensó Jack, otro califa estaba a punto de hacer volar todo en pedazos.

Podía distinguirse una luz proveniente de la cámara.

Al verla, Jack finalmente comprendió lo que estaba a punto de suceder. Ya había observado que no era posible saber cuándo comenzaría con exactitud la ceremonia, y recordaba que habría una transmisión en directo en las televisiones de todo el mundo. Sabía también que Al-Masri no podría resistir la tentación de hacer coincidir la explosión con el momento en que las retransmisiones mostrasen el inicio de la ceremonia.

Los espectadores del mundo entero verían ennegrecer sus pantallas, para luego presenciar, horrorizados y sorprendidos, los primeros informes sobre la explosión nuclear en El Cairo.

No iban a hacer detonar la bomba con un temporizador. Alguien estaría esperando en la Cámara del Rey para pulsar el botón en el momento en que se le notificase, probablemente por radio, que el presidente Mubarak se acercaba al podio para dar la bienvenida a sus invitados. El último terrorista suicida. El mártir entre los mártires. El hombre del Fin de los Tiempos.

Jack entró con sigilo en la antecámara, y avanzó hasta la Cámara del Rey. Rashid Al-Masri estaba sentado en el suelo, rezando con un rosario de cuentas de ámbar entre los dedos. Estaba vestido con el uniforme de un policía de seguridad. Junto a él descansaba un *walkie-talkie* como los de los guías turísticos. Y al otro lado, la bomba

dentro de su reluciente cubierta metálica: se trataba del «robot» introducido en la pirámide por sus amigos alemanes. No era muy grande, un metro de alto por medio de ancho. Resultaba difícil creer que pudiese provocar tanto daño.

Por un instante, al ver a Jack con la barba y el cabello teñido de rubio, Rashid pensó que se trataba de uno de sus asistentes alemanes. Pero cuando lo observó con detenimiento, una sonrisa cruzó su rostro al reconocer a su enemigo.

—Qué extraño verle aquí, profesor —dijo—. Me siento como el ángel de la muerte que, al ver a un hombre en Samarcanda, se sorprende porque le habían dicho que lo encontraría esa noche en Bagdad. Quizá me haya estado buscando. Quizá Dios lo haya enviado para presenciar el sacrificio de mi hermano, mi sacrificio, el sacrificio de mis hijos.

»Cuando todo esto haya terminado, cuando usted y yo no seamos más que cenizas, cuando yo esté en el cielo rodeado de vírgenes y usted en Jahanam ardiendo con la prostituta de su esposa, mi hermano anunciará una nueva era para el islam, y una nueva era para la humanidad. Será proclamado califa de un extremo al otro del planeta, y no hay nada que usted pueda hacer para detenerlo. Es el comienzo de un nuevo orden mundial bajo las leyes de Dios.

»Dígame, ¿su hija lo encontró finalmente? ¿Esa zorra de Samiha logró llevarla hasta usted? ¿Samiha le contó que es una adúltera y una prostituta? ¿O acaso su hija está muerta y ardiendo con su madre en el pozo más profundo del infierno?

Jack estaba a punto de morder el anzuelo cuando de pronto todo cambió. En aquella inmensa tumba, en la mayor de las tumbas jamás construidas por la humanidad, en esa cámara de la muerte donde había descansado el cuerpo de un faraón, un *walkie-talkie* trinoó primero una vez y luego otra.

Rashid lo cogió, escuchó lo que le decía una voz chisporroteante y volvió a dejarlo en el suelo.

—Ha llegado el momento —dijo—. Si tiene unas últimas palabras que decir, o alguna plegaria a sus falsos dioses, hágalo ahora.

Rashid comenzó a ponerse de pie. Su amor y su dolor se evidenciaban en el brillo de sus ojos. Unos ojos obsesionados por Dios. No le temía a nada, no deseaba nada. Nada sino una muerte de mártir y una eternidad con sus vírgenes en el Paraíso.

Estaba casi erguido cuando Jack se abalanzó sobre él. Sus años como ala cerrada en los partidos de rugby de la escuela y la universidad lo habían preparado para este momento. Nunca antes en su vida se había movido con tanta velocidad ni hecho un placaje con tanta fuerza. Las piernas de Rashid cedieron ante el empuje y se cayó pesadamente contra el suelo, golpeándose la cabeza con fuerza contra la roca sólida.

Ninguno de los dos se movió en los treinta segundos siguientes. Ambos estaban atontados y doloridos.

Rashid fue el primero en moverse. Mientras se ponía de pie, su mano hurgó en la túnica y extrajo el cuchillo que había utilizado para degollar a Marie y Hannah Yaqoub.

Avanzó hacia Jack despacio, pero convencido de que tenía el control de la situación. Le dolía el cuerpo, le daba vueltas la cabeza, pero sabía que podía matar a Jack de una sola arremetida.

—Bien hecho, profesor. Muy valiente de su parte. Pero estúpido. Tengo tiempo de sobra para matarlo, no tengo por qué apresurarme. Si aún guarda algo de sentido común, se irá de aquí arrastrándose y me dejará continuar con lo que he venido a hacer. Está a punto de llevarse a cabo un acto sagrado. La presencia de un infiel solo podría contaminarlo. Debería haberse quedado con sus libros, profesor. La gramática y la sintaxis son más su *métier* que atacar a un hombre armado.

Jack comprendió entonces el error de Rashid. El egipcio lo había tomado por un académico y nada más que eso. No tenía ni idea de su experiencia militar. Jack se dijo que no solo era un error. Era un error fatal.

Permaneció un poco más en el suelo, mientras juntaba fuerzas para el movimiento final. Rashid, creyendo que se encontraba demasiado débil para moverse, se inclinó para atravesarlo con el cuchillo. Cuando se acercó, Jack se alzó sin esfuerzo y se volvió hacia un lado. Rashid se tambaleó y Jack lo cogió por el antebrazo, giró sobre sí mismo y le rompió la articulación a la altura del hombro. Rashid gritó de dolor, y el cuchillo resonó al caer al suelo. Jack lo atrapó por el brazo izquierdo y se lo rompió con un golpe seco en el codo. Rashid gritó una segunda vez y luego se puso a gimotear. Se inclinó para recoger el cuchillo.

Cogió a Rashid por la ropa y tiró de él hasta el sarcófago rojo. Allí, le sostuvo firmemente el brazo derecho contra la roca.

—Esto es por lo que le hiciste a mi hija —dijo.

Presionó el cuchillo contra la muñeca del egipcio y seccionó la mano por la articulación. La sangre brotó cubriendo el rojo de la tumba con su rojo más oscuro.

Jack lo miró a los ojos. Toda su arrogancia y su severa superioridad habían desaparecido. Pero Rashid no rogaba piedad, y Jack no sentía que su corazón pudiera apiadarse. Recitó los nombres de sus muertos, y entendió que el hombre frente a él estaba más allá de la redención. Podía entregarlo para ser juzgado y ahorcado, pero la cámara estaba llena de las almas de sus muertos, y supo que ellos estaban esperando.

—Y esto —le dijo—, es por todos los inocentes que has matado. Mil muertes no serían suficiente. Esta sola tendrá que bastar. Tu muerte, y la conciencia de que no existe el Paraíso, que no hay vírgenes esperando, y que no habrá califa.

Obligó a Rashid a ponerse de rodillas, y entonces apoyó la hoja del cuchillo contra su cuello. El corte fue rápido y profundo. Dejó que cayese a un lado y se alejó unos pasos. Casi podía escucharlos despedirse: Emilia, su padre y su madre, los Gilfillan, Hannah y su hermana Marie, Simon... Se sentó y comenzó a llorar.

Samiha lo encontró media hora más tarde, todavía llorando. Los soldados del escuadrón antibombas entraron tras ella. Era hora de irse.

Rodeó los hombros de Jack con un brazo, y con la mano libre cogió el cuchillo ensangrentado de sus manos. Lo dejó caer al suelo casi sin que hiciera ruido.

Guio a Jack a través de la antecámara y la Gran Galería, y finalmente por el estrecho pasillo al final del cual los esperaba la luz del sol.

Siguieron caminando en silencio. Samiha nunca le preguntó qué había sucedido en la Cámara del Rey. Ni en ese momento, ni en todos los años que siguieron.

A través de un antiguo mar

El Cairo

Toda un área de Shubra fue evacuada, y una hora después, un jet de la fuerza aérea egipcia pasó volando y dejó caer una bomba anti-búnker sobre el escondite subterráneo de Muhammad Al-Masri, reduciéndolo a escombros. La espada que tantas muertes había causado nunca se recuperó. Al cabo de dos días, en ciertos barrios comenzaron a escucharse rumores que decían que el califa seguía con vida pero que estaba oculto, a la espera de un momento más propicio para reaparecer.

Todos los cargos contra Jack fueron retirados. Se tomaron las huellas dactilares del cuerpo de Rashid y se las presentaron a los dos inspectores que habían venido a arrestarlo. Las mismas huellas se encontraron en las escenas del crimen en casa de los padres de Jack y en Escocia. Los inspectores volvieron a sus casas y el caso se cerró.

Jack, Jamila, Samiha y Georgina fueron invitados a un encuentro privado con el presidente egipcio. En una breve ceremonia privada, otorgó a Jack el mayor honor que Egipto podía ofrecer, la Estrella de Sinaí, reservada normalmente al heroísmo en la batalla. Jamila, Samiha y Georgina recibieron la distinción que seguía en importancia, la Estrella de Honor. Más tarde, a petición expresa del presidente Mubarak, invitaron a Georgina al Palacio de Buckingham, donde la monarca la recompensó con la Medalla de la Reina al Valor.

Pocas semanas después, un curioso objeto apareció en las subastas de eBay. Era un abrigo de hombre de vicuña, que según el vendedor había costado diecisiete mil libras. Las ofertas comenzaron en quinientas libras. Por aquellas fechas, desaparecieron varios nombres de la lista del personal del Ministerio de Asuntos Exteriores. Aparecieron varios anuncios en los periódicos más selectos en los que se informaba de que los servicios secretos de inteligencia, el MI6, reclutaba nuevos miembros. En la embajada británica en El Cairo se cambió a casi todo el personal, dejando a otras varias embajadas con escasez de empleados. Y en el Reino Unido, un viejo juez debió abandonar su retiro a petición de la Corona para realizar un discreto servicio a Su Majestad.

Para Samiha, la mejor de las recompensas estaba por llegar. Al conocer su historia, el presidente contactó personalmente con su homólogo palestino. El esposo de Samiha le concedió el divorcio, y se le otorgó la custodia de los hijos, que volaron a El Cairo el mismo día. Todos estaban allí para recibirlos: Jack, Jamila, Georgina y Naomi, cuyo dedo había comenzado a sanar tras un injerto de piel.

En San Sergius se organizó un servicio religioso en honor de Marie y Hannah. Todos acudieron. Luego, en privado, Jack contó a la familia Yaqoub lo que habían conseguido gracias a su sacrificio: de no haber dado refugio a Jack y Jamila, Al-Masri estaría dirigiendo sus ejércitos contra judíos y cristianos.

Un día, Jack fue junto con Samiha a Al-Azbakiyya, donde encontraron a Darsh pateando un balón en el callejón de siempre con su amigo de siempre. Tras algunas bromas, Jack le pidió que le presentara a sus padres. Ambos estaban en su casa, porque el padre de Darsh volvía a no tener trabajo. Jack les explicó que había puesto dinero en una cuenta de banco especial para pagar cada mes la educación de Darsh. Había suficiente para ayudar a vivir a la familia y evitar que el muchacho comenzase a trabajar demasiado joven.

—He hablado con alguien en Zamalek —dijo Jack—. Cuando tengas la edad requerida, te harán una prueba en la categoría de alevines. Pero solo a condición de que continúes con tu educación. El dinero siempre estará allí, incluso si decides ir a la universidad, incluso si decides hacer un doctorado, como yo.

—¿Por qué hace usted esto? —preguntaron los padres de Darsh.

—Su hijo hizo algo por mí, algo muy importante. Me ayudó a recuperar a mi hija con vida. E indirectamente, hizo algo por Egipto que ningún dinero podría pagar. El presidente sabe de él. Quizás algún día le llegue una invitación al palacio presidencial. Yo vendré de visita cuando pueda.

Jack tuvo una conversación muy emotiva con su hermana Sandra. Unos días después, Sandra recibió un cheque por una suma más que suficiente para su tratamiento de fecundación in vitro. Jack era consciente de que el dinero que le habían dado era un soborno para mantenerlo callado y solícito. Pero después de lo que había pasado, no pensaba devolverlo.

Uno tras otro se fueron separando. Georgina fue a Londres a conocer a la reina, luego se instalaría en París para comenzar en un puesto importante de la embajada.

—Por supuesto no será lo mismo que El Cairo, y voy a añorar los olores y todo, pero la verdad, debéis admitir que París es hermosa en todas las épocas del año, y además no engordaré porque las mujeres en Francia no engordan, mientras que muchas mujeres egipcias, aunque no Jamila, por supuesto, pero muchas otras engordan terriblemente... Santo Dios.

Georgina comenzó a llorar y los abrazó a todos.

La observaron alejarse por la puerta de embarque, saludándolos con la mano, prometiendo reencontrarse un año después.

A Jamila le ofrecieron un cargo de responsabilidad a las órdenes de Khaled Selim, pero lo rechazó: Adrienne y sus maravillosos pechos estaban a punto de volver a París, y Jamila no quería ocupar su lugar. Al escuchar esto, el presidente le ofreció un puesto entre su personal más cercano. Pero Jamila también lo rechazó.

—¿Y qué es lo que quieres hacer tú? —le preguntó Jack.

—Iré a visitar al doctor O'Malley —dijo—. Prometió ayudarme a instalar una clínica para los *zabbalin*, y un centro comunitario. No tendré ningún problema en conseguir una financiación del Estado. Eso es lo que quiero, Jack. Esta historia me ha

dado mucho que pensar.

—Dime si puedo hacer algo por ti —le dijo, y la besó con cariño en la mejilla—. E invítame a la boda.

—¿Qué boda?

—Cualquier boda. La tuya sería un buen comienzo.

—Creo que primero esperaré a la tuya —dijo ella—. Cuídate, Jack. Y tú también, Naomi. Espero que volvamos a vernos pronto.

Abrazó a Samiha y, al hacerlo, le susurró algo al oído. Ambas mujeres se rieron y luego Jamila se alejó, restregándose los ojos.

Aleandría

Nabil y Adnan nunca habían estado en la playa ni habían visto el mar. Samiha solo lo había visto desde la cubierta del ferry que había tomado para ir a Chipre. Las olas rompiendo en la orilla era algo nuevo para ella. Naomi les contó todo a los muchachos, y pronto hubo un clamor unánime por un descanso en el mar.

—¿Por qué no vamos todos a Alejandría? —sugirió Jack—. Tú podrías tener una acompañante, Samiha. La hermana Clare, quizá.

Samiha sonrió y negó con la cabeza.

—Nada de acompañantes. Estoy harta de que las mujeres con velo me digan lo que debo hacer.

Viajaron hacia allí en el tren rápido esa misma noche. Jack reservó habitaciones para Samiha, los tres niños y él en el hotel Salamlek Palace. El Salamlek había sido un magnífico pabellón de caza para el Jedive Abbas Helmi II, y el lugar donde se alojaba su amante austro-húngara, la condesa Maytorok von Szendro. Estaba rodeado de magníficos jardines y daba a las playas de arena blanca de la bahía de Muntaza.

Samiha nunca antes había visto tanto lujo. Era lo contrario de todo lo que conocía. Lo único que siempre había experimentado había sido la dureza y las reglas de la violencia. Y sin embargo, no le importaban demasiado la grandeza del lugar, los empleados uniformados, los candelabros, el mármol, los techos de marquetería ni tan siquiera el casino.

Pero la belleza de los jardines de Muntaza, con sus palmeras, sus arbustos floridos, sus aromas embriagadores y la vista desde la terraza, con una brisa suave que suspiraba desde el antiguo mar, la sumergían en un estado de creencia en la bondad de las cosas. Imaginó los trirremes y los birremes llegando desde Grecia, los dromones y panfiles desde Bizancio, los galeones venecianos repletos de todas las riquezas de Oriente, el mar dorado de día y plateado de noche, sin otro sonido que el de los remos golpeando el agua y los tablones de madera crujiendo.

El segundo día, llevaron juntos a los niños a la playa de arena blanca. Naomi,

Nabil y Adnan jugaron a la orilla del mar durante horas, corriendo contra las olas una y otra vez, gritando de placer. Adnan corría por la arena con todo el vigor de un niño de nueve años, pateando un balón de plástico. Jack le enseñó a construir un castillo de arena con un cubo y una pala que compraron en la tienda del hotel.

Cuando Adnan finalmente se cansó y comenzó a tener hambre, Samiha extendió unas sábanas de playa y abrió la cesta que habían preparado para ellos en el hotel. No había casi nadie más en la playa.

Cerca de los restos de un bote de remos abandonado se escucharon los ladridos de un perro y una voz suave que intentaba hacerlo callar.

Una bandada de aves marinas pasó batiendo las alas y giró para volar contra el viento. Samiha las observaba girar en el aire con la boca ligeramente abierta y un ligero gusto de sal en la lengua. El viento venía del Mediterráneo, y no había nada de Egipto en él. El único sonido era el de las olas rompiendo y las voces de los niños que llegaban desde la orilla. Un socorrista del hotel vigilaba a una distancia prudencial.

Jack y Samiha dejaron a los niños comiendo y bebiendo gaseosa y dieron un paseo por la playa, cogidos de la mano.

—Todavía tengo pesadillas —dijo Jack.

—No me sorprende. Quizá más adelante encuentres a alguien con quien hablar.

—Estoy hablando contigo —dijo, y Samiha sonrió. Ningún psicólogo lo entendería tanto como ella.

—Entonces habla.

Caminaron en silencio un poco más, y finalmente Jack habló.

—Samiha, ¿has pensado adónde irás después de esto?

—Un poco. No puedo regresar a Cisjordania, eso ya lo sé. Quizás Israel, si aceptan recibirme. Quizá Jordania. O El Cairo, no lo sé.

—Samiha, la verdad es que necesito a alguien que pueda ocuparse de Naomi. Yo no puedo solo. Tú..., ella te conoce muy bien, y dice que te quiere mucho. Y... no para de preguntarme cuándo me casaré contigo.

Él la miró y observó sus mejillas, que adquirieron un tono carmesí.

—Por supuesto, es demasiado pronto para hablar de ello —dijo rápidamente, viendo que la había avergonzado—. De casamiento, o...

—No te preocupes —dijo Samiha—. Apenas nos conocemos. Naomi es una casamentera.

—Es solo que...

Samiha se acercó a él y apoyó una mano en su mejilla. Jack apoyó la mano contra su nuca y la acercó aún más. Sus labios se encontraron. Era el más dulce de los besos, un primer beso, como si fueran unos adolescentes torpes en su primer contacto. Cuando tras varios minutos se separaron, parecía como si el mundo hubiese cambiado por completo, como si la marea se hubiese llevado consigo sus vidas pasadas para sepultarlas mar adentro en las profundidades.

Volvieron a besarse con el sonido de las olas susurrando contra la orilla. Esta vez,

al separarse, miraron hacia el mar, hacia las olas verdes y azules donde se había erigido una de las maravillas del mundo antiguo, un agua que parecía un manto dorado, y hacia el horizonte, donde el mar y el cielo volvían a dividirse.

—Creo que deberíamos quedarnos juntos —dijo Jack, con la emoción transparentándose en la voz—. Algo terminará por suceder. Pero todavía debo terminar mi luto por Emilia, ¿lo entiendes? Quisiera ir a Dublín. Me han ofrecido un puesto de director en la Biblioteca Chester Beatty. Pero no puedo responder hasta no saber si quieres venir conmigo.

—¿Para cuidar de Naomi?

—Nabil y Adnan también vendrían, por supuesto. Es una buena ciudad para criar niños, e Irlanda comercia mucho con Medio Oriente. Seguro que necesitan gente como tú, que hable árabe.

Volvieron a cogerse de las manos.

—Jamila me pidió que cuidara de ti. Parece creer que necesitas a alguien que te cuide.

—Entonces ven con Naomi y conmigo a Dublín.

—Está bien —dijo—. Me gustaría.

—Entonces tenemos un trato. Me ocuparé de comprar los billetes. ¿Compro ida y vuelta o solo ida?

—Solo ida, por supuesto —respondió Samiha, y volvió a besarlo. La sal de sus labios tenía el gusto de la fruta del paraíso.

En la ciudad de Alejandro Magno, donde Antonio y Cleopatra se amaron, donde las grandes bibliotecas del mundo antiguo atrajeron a sabios de Grecia, Roma y Bizancio, donde el poeta griego Cavafis escribió los doscientos poemas de su vida, donde Oriente y Occidente se encontraban desde el inicio de los tiempos, las suaves voces de los muecines se alzaron sobre el tráfico y el murmullo del mar. Por el momento, el mundo volvía a estar a salvo. Era la hora de la plegaria del mediodía. No había otro Dios que Alá, y Mahoma seguía siendo su Profeta.

Agradecimientos

Muchas muchas gracias a quienes colaboraron para que esto saliera bien, en especial a mi querida esposa Beth, por sus pertinentes comentarios sobre el texto y por mantener todo en orden tranquilamente a pesar de sus muchas ocupaciones, a mi agente Vanessa Holt, por su gestión eficiente y sus consejos, y a Susie Dunlop, mi astuta editora. Gracias también a Sebastian Gutteridge, que supo llevar a buen término unos cálculos que a mí me parecían imposibles.



DANIEL EASTERMAN es el seudónimo de Denis M. MacEoin (Belfast, Irlanda del Norte, 1949). Ha sido editor de *Middle East Quarterly* desde junio de 2009.

Estudió Lengua y Literatura en el Trinity College de la Universidad de Dublín, y Árabe, Persa y Estudios Islámicos en la Universidad de Edimburgo. Sus especializaciones académicas son el chiismo, Shaykhism, babismo, y la Fe Bahá'í. Se doctoró en la Universidad de Cambridge. Fue profesor durante un corto intervalo en la Universidad Mohammed V de Marruecos y después profesor de Árabe y Estudios Islámicos en la Universidad de Newcastle. En 1986, fue designado Miembro Honorario del Centro de Estudios de Oriente Medio y el Islam en la Universidad de Durham.

Es autor de novelas de intriga y suspense, la mayoría de ficción histórica, muy adictivas, en las que se tratan frecuentemente problemas políticos y religiosos. Ha escrito también ocho novelas, bajo el seudónimo de Jonathan Aycliffe, que fueron muy aclamadas por la crítica. Aparte de sus ocupaciones literarias y académicas, se interesa por la medicina alternativa en el Reino Unido, que es donde actualmente reside.

Como Daniel Easterman, ha publicado las novelas: *El séptimo santuario* (*The seventh sanctuary*, 1988), *La cofradía del sepulcro* (*Brotherhood of the tomb*, 1989), *La noche de la séptima oscuridad* (*Night of the seventh darkness*, 1991), *El testamento de Judas* (*The Judas testament*, 1994), *El último asesino* (*The last assassin*, 1995) y *La noche del Apocalipsis* (*Night of the Apocalypse*, 1995).